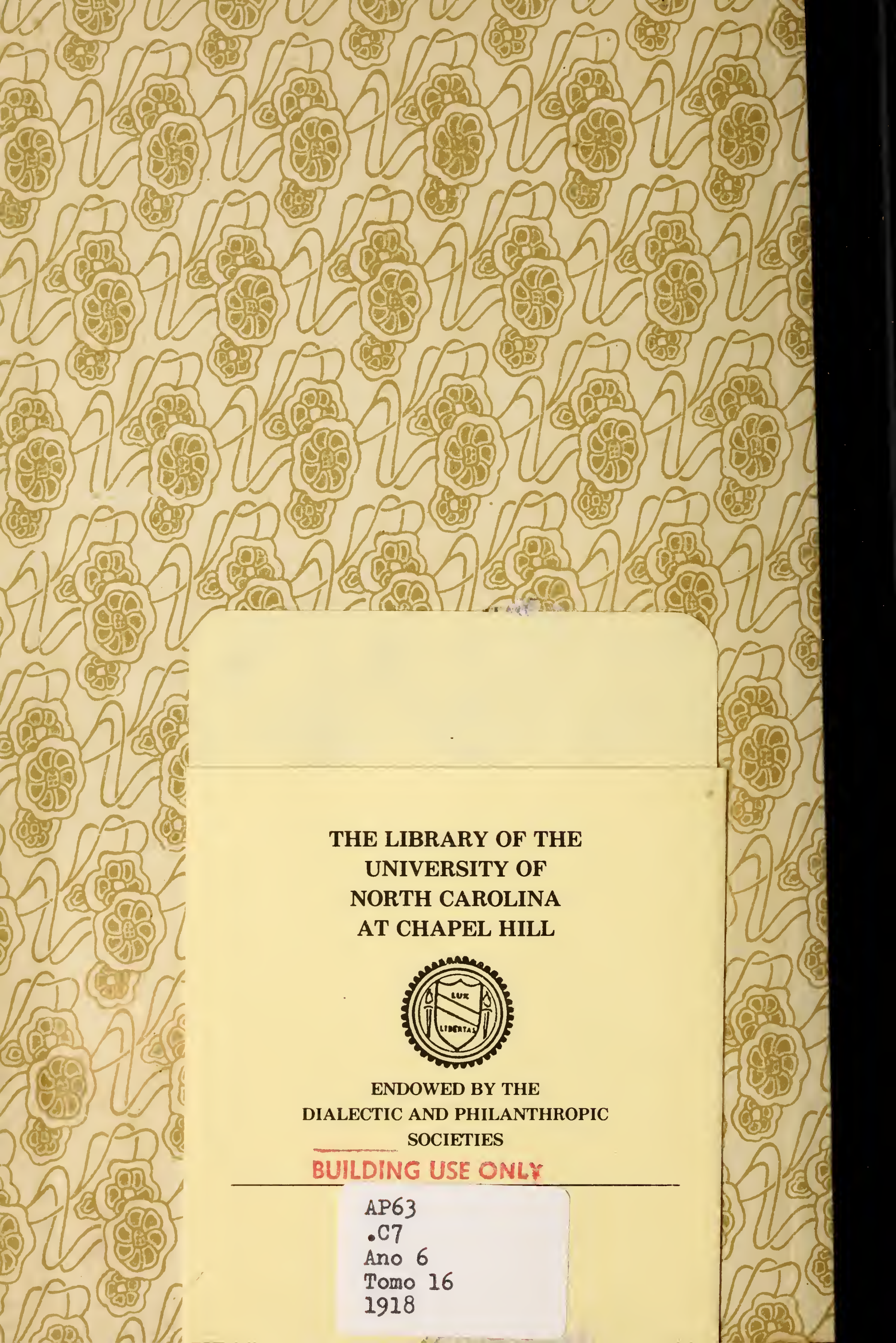
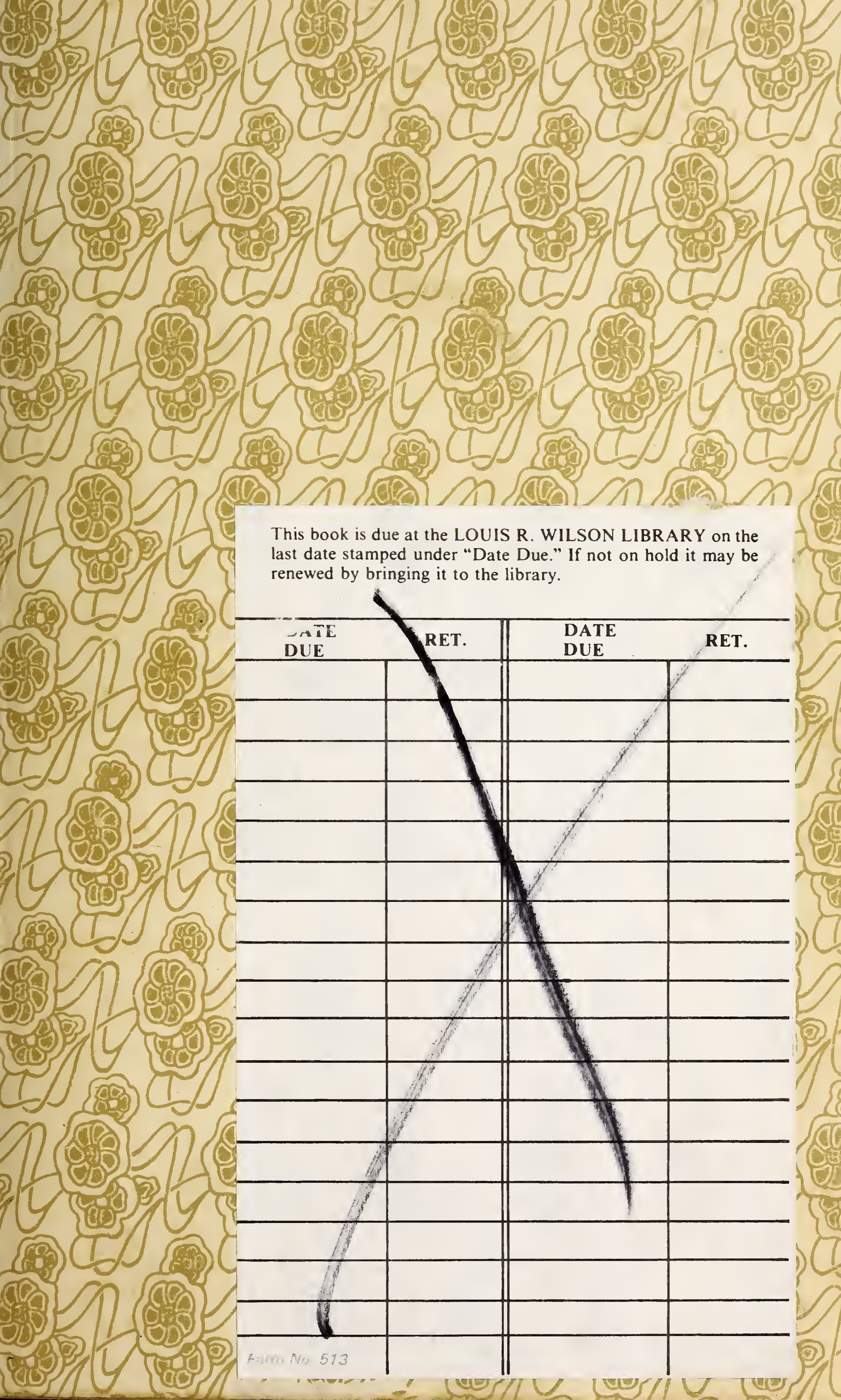




CUBA CONTEMPORÁNEA

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR:
CARLOS DE VELASCO

AÑO VI

TOMO XVI
(ENERO A ABRIL, 1918)

DIRECCION:
APARTADO POSTAL 1909
HABANA
CUBA

Cuba Contemporánea

AÑO VI

Tomo XVI. Habana, enero de 1918. Núm. I.

EDUCADORES

> Educar no es sólo dar carrera para vivir, sino templar el alma para la vida.
>
> JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO.



OINCIDE la entrada de CUBA CONTEMPORÁNEA en el sexto año de su vida, con la celebración, en la ciudad de Santa Clara, de varios solemnes actos públicos en homenaje a la memoria de un educador meritísimo y ciudadano ejemplar, Mariano Clemente Prado y López, maestro que fué del director de esta revista.

Nacida el 1.° de enero de 1913, desde entonces ve la luz pública sin interrupción alguna, venciendo la indiferencia ambiente y las envidias malsanas, con el aplauso de muchos y la censura de unos pocos, pero firme siempre en su empeño de servir los intereses nacionales, sin claudicar jamás, sin apartarse del programa que le trazamos sus fundadores.

Graves acontecimientos se han sucedido desde entonces en nuestra patria y en el mundo entero, envuelto hoy en la más formidable guerra que han visto los tiempos; murieron en nosotros algunas ilusiones, pero alentamos nuevas esperanzas; contemplamos, conturbados, el espectáculo que presenta el universo, pero tenemos fe en el porvenir y confianza en que nuevos

hombres sabrán llevarnos por nuevos y mejores senderos, no sólo a nosotros, sino a los hijos de todos los pueblos ahora en lucha.

Alentados, pues, por el espíritu propio y el hálito de vida de la generación que nos sucede y nos espolea y estimula, entramos en el sexto año con el mismo firme propósito de ser útiles desde el puesto que voluntariamente hemos tomado en la labor constructiva que a cada cubano consciente y previsor toca hacer, desde su campo y según sus medios de acción, para contrarrestar la demoledora o disolvente que nuestros vicios de raza y nuestros enemigos tradicionales o nuevos están llevando a cabo desde que dimos, en nuestra existencia republicana, el primer paso por el camino del desorden.

Y ya que el 31 de diciembre último fué dedicado por la ciudad de Santa Clara a honrar la memoria de uno de los más modestos y valiosos educadores cubanos, séanos permitido unir el recuerdo de Mariano C. Prado con el del sexto aniversario de nuestra publicación, ya que sin él, sin su impagable y nunca bastante agradecida enseñanza—luego continuada con igual desinterés y entusiasmo por Juan Clemente Zamora—, CUBA CONTEMPORÁNEA seguramente no existiría con su actual director.

A Prado y a su continuador, que supieron templar el carácter de sus educandos y transmitirles su saber, debe quien esto escribe el bien supremo de una educación basada en la parte final del más conocido de los aforismos del gran La Luz y Caballero; debe la coronación de una obra comenzada donde hoy parece que se abandona hasta un límite rayano en lo criminal: en el hogar. He ahí el punto de partida de nuestros yerros y tropiezos colectivos, de nuestras arbitrariedades y violencias en la vida cívica, de nuestras divisiones y rencores en la existencia republicana; he ahí las ''raíces del mal'', como afirmó nuestro compañero Julio Villoldo en un comentado trabajo: la educación doméstica y la elección equivocada de mentores para nuestra juventud.

De educadores, más que de reformas, está necesitado nuestro pueblo; de directores, más que de jefes, está hambrienta esa noble y dócil masa, siempre engañada y siempre ilusa, siempre en pos de un hombre ideal que nunca llega, ni jamás llegará porque

ninguno es igual a como lo forja nuestra fantasía. Reformas necesitamos los cubanos, sí; pero principalmente de otro orden que no políticas: necesitamos reformas morales, reformas de carácter, que sólo pueden realizar educadores compenetrados con el espíritu cubano, con el alma nacional y sus aspiraciones y anhelos más íntimos; reformas que sólo pueden hacer hombres identificados con nuestros dolores y alegrías, con nuestros deseos y nuestras esperanzas...

Por eso el hermoso ejemplo dado por la ciudad de Santa Clara al honrar merecida y públicamente a uno de los hombres que más en ella se distinguieron en la difícil y honrosa tarea de formar caracteres, de dar ciudadanos a la República impalpable todavía entonces, pero viva ya en su corazón de patriota consciente del deber que le tocó cumplir en su hora, es un ejemplo digno de loa y merecedor de que a su alta significación dedique CUBA CONTEMPORÁNEA los primeros párrafos del primer número de su sexto año de vida.

Porque no solamente merecen el comentario de esta pluma agradecida los homenajes rendidos a la memoria ilustre de quien le enseñó a manejarla, sino que la figura inolvidable de aquel maestro severo y bondadoso, sabio y sencillo a un tiempo mismo, requiere, tanto por su real valor histórico como por cuanto puede significar su vida como arquetipo de ciudadano útil, de ciudadano de la clase que necesita Cuba, algo más que unas líneas del discípulo, del paisano y del compatriota que le recuerda siempre con respeto y afecto singulares.

*

Mariano Clemente Prado y López nació en la capital de la provincia de Santa Clara el 26 de julio de 1854, en la casa número 4 de la calle de Santa Bárbara, que desde el 31 de diciembre último lleva su nombre. Desde muy temprana edad se dedicó al magisterio y fundó el colegio "Santa Ana", compartiendo su tiempo entre las nobles tareas educativas y las del periodismo, hasta que se hizo cargo de la dirección de la denominada "Escuela Pía", fundada en 1794 por Francisco Antonio Hurtado de Mendoza. La muerte le sorprendió al frente de este plantel, en 19 de mayo de 1899, cuando alboreaba la República y en

el mismo día, cuatro años después, en que Martí caía también para siempre en el campo sagrado de Dos Ríos.

La vida de don Mariano Prado fué ejemplar; su rectitud, su honradez, su hombría de bien jamás fueron desmentidas; todas sus energías, todo el indomable tesón de su carácter firme, todo su saber los puso al servicio de la nobilísima profesión que ejerció durante más de la mitad de sus cuarenta y cinco años de existencia; y nunca ninguna madre o ningún padre desvalido tocó a las puertas de su colegio sin que éstas se abrieran de par en par, con los brazos fraternales y el corazón generoso del maestro, para acoger al nuevo discípulo por cuya educación no habría él de recibir otra recompensa que las gracias de aquellos padres y el hondo reconocimiento de cuantos a su lado supieron aprovechar las enseñanzas que a todos prodigaba por igual, incansable, solícito, cariñoso y severo.

De las aulas de los dos colegios citados salieron muchos discípulos que hoy brillan en distintos campos de la actividad nacional, y que de diversos puntos de la República se dieron cita en Santa Clara para rendir a la esclarecida memoria del mentor inolvidable su tributo de amor y de respeto.

Nunca es más grande un pueblo que cuando honra a quienes contribuyen a formarlo: y si merecen estos homenajes públicos quienes en los campos de batalla lucharon denodadamente por constituirlo, no menos dignos de tan alto reconocimiento son quienes forman el espíritu de los hijos de ese pueblo, quienes luchan más obscuramente, pero no con menos abnegación ni menor mérito, por dar a la Patria hombres que la amen y le sean útiles: los maestros.

Por eso el homenaje rendido por la ciudad de Santa Clara al educador Prado tiene tanta significación en estos momentos en que los valores morales parecen naufragar; y conforta el ánimo y da nuevas esperanzas el bello espectáculo de ver unidos en un solo anhelo—el de honrar a quien los hizo hombres—a los hijos espirituales de un ciudadano cuyos merecimientos y virtudes le hicieron digno de tan señaladas pruebas de estimación.

Tales manifestaciones, en estos instantes de incertidumbre y zozobra universales y de apasionamientos y rencillas nacionales, tienen no sólo el mérito de honrar a sus iniciadores y al pueblo

que los realiza, tanto como a la propia figura en cuyo honor se verifican, sino el de mostrar a todos cuál es el camino que debemos seguir si queremos ser dignos de la patria que libertadores y educadores fundaron con sus aceros y sus cerebros: enalteciendo a los buenos, aunque la modestia de sus vidas no les haya dado la gloria de grandes honores, y confundiendo y despreciando a los malos, aunque la pompa de vanas distinciones les ponga por algún tiempo en un plano superior e inmerecido.

*

Hombres como don Mariano Prado son los que necesita Cuba: rectos, puros, buenos, justos; hombres que enseñen y eduquen a los ciudadanos de mañana, que vayan reformando el carácter y las costumbres de una sociedad creada para la esclavitud, como dijo Martí; hombres que no vacilen en castigar severamente cuando sea menester, y que también sepan repartir equitativamente premios a los acreedores a ellos; que señalen el verdadero valor del castigo y de la recompensa, que fijen con claridad y exactitud la línea divisoria entre lo ilícito y lo lícito, lo malo y lo bueno, lo perjudicial y lo provechoso, lo injusto y lo justo... Así era él.

Recuerdo exactamente que cierta vez averiguaba Prado quién había sido el autor de una de esas picardías juveniles tan frecuentes entre los escolares; y como ninguno de los preguntados lo dijera, y él tenía la seguridad de que entre ellos estaba el culpable, amenazó con castigarlos a todos reteniéndolos en el colegio hasta dos horas después de la de salida, es decir, hasta las siete de la noche. Entonces, uno de ellos, cuyo nombre no quiero estampar aquí, se confesó autor de la "maldad". El maestro, al oirle, dijo:—A confesión de parte, relevo de prueba: tú solo sufrirás la penitencia. Dejó ir a los demás, y, cuando el último hubo salido del local, se dirigió al que había dicho que era culpable, se sentó a su lado y comenzó a hablarle afeándole su acción. Cuando terminó de reconvenirle por la picardía y de hacerle ver la justicia del castigo, comenzó a celebrarle la honradez de su confesión y a afear el proceder de quienes ocultan la verdad o mienten; terminando por levantarle el castigo impuesto, en gracia de no haber mentido. Aquel niño no volvió

nunca a incurrir en falta, y aprendió así a aborrecer la mentira y a decir siempre la verdad.

*

Para su época y el medio en que vivió, Prado fué realmente un pedagogo distinguidísimo que ha dado a Cuba, en proporción y teniendo en cuenta las circunstancias de lugar y tiempo, tantos hombres útiles como dieron en la Habana y en Matanzas los directores insignes de aquellos memorables colegios denominados ''El Salvador'' y ''La Empresa''. Su mérito principal fué el desinterés, su característica el cariño a la profesión de maestro, y su virtud mayor la rectitud de carácter. De una entereza moral a toda prueba, fué modelo en todo: como hijo, como padre, como ciudadano y como educador. Su lápida puesta en la casa donde nació, sintetiza bien su vida y sus merecimientos.

Su paso por el mundo señala a nuestros compatriotas cuántos beneficios pueden derramar sobre la Patria hombres como él, dedicados a la ingrata y hermosa labor del magisterio y llevando a Cuba en el corazón. Cuba (debe repetirse hasta la saciedad) necesita, sobre todo, educadores, mentores, más que jefes y caudillos; necesita que sus hijos sean educados en el amor a ella, que los maestros inculquen a sus discípulos el respeto y el cariño a todo lo cubano, fortaleciendo el espíritu de solidaridad y de nacionalidad; que los padres se den cuenta de que sólo educadores cubanos pueden infiltrar en los corazones de sus hijos ese amor y ese respeto que no podrán jamás sentir por esta tierra nuestra, aunque sean muy sabios y muy religiosos, quienes en ella no hayan nacido y no participen de nuestra veneración por la obra ingente de nuestros libertadores y de nuestros mártires.

CARLOS DE VELASCO.

La Habana, 1.° enero 1918.

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO EN LA LITERATURA ESPAÑOLA



L comenzar el estudio de las principales características de la literatura española, fácil es advertir que el sentimiento religioso señala su enorme influencia en cuantos escritores de diversos géneros aparecen en la Península Ibérica, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Difícilmente en otra literatura se marca de modo tan continuado ese ambiente de religiosidad; y casi seguro que ninguna otra ofrezca persistencia tan evidente, tan decisiva, que arrancara del sagaz crítico alemán Federico Schlegel, al estudiar los aspectos de la literatura española, la expresión de que todo en ella respiraba el sentimiento nacional más noble, de que ''todo en ella era moral y profundamente religioso, aun cuando precisamente no se tratara de religión ni de moral''; nada encontró capaz de extraviar sus sentimientos, de cambiar sus ideas; y por todas partes descubrió un mismo espíritu de honor, de moral severa y de fe sólida.

Para señalar concienzudamente la influencia de los sentimientos religiosos en las letras hispánicas, conveniente ha de ser, de antemano, trazar a grandes rasgos los hechos históricos que les dieron origen, primero, y auge, después.

Al aparecer el cristianismo, la hermosa doctrina de Jesús, en los tiempos felices del Imperio romano, cuando imponía al mundo su idioma, su religión y su cultura, España era una vasta provincia de dicha nacionalidad.

El cristianismo proclama la igualdad de los hombres ante Dios; predica el amor al prójimo y la libertad del hombre; de-

vuelve a la mujer, degradada por el paganismo, su dulce aureola de pudor y de castidad; lleva una voz de consuelo y de esperanza a los tristes, a los desheredados, a los oprimidos; condena la esclavitud y las pasiones brutales de aquella sociedad romana, que ve en la muerte un juego, en la efusión de sangre un placer, en la satisfacción de sus caprichos una ley, y muestra la ferocidad como su carácter habitual. Y cuando en el Sermón de la Montaña la beatífica palabra de Jesús declara bienaventurados a todos los humildes, a todos los desgraciados, a todos los débiles, y para ellos abre de par en par el Reino de los Cielos, lega al género humano la oración más tierna y más consoladora que ninguna religión haya podido ofrecer.

Claro está que al mantener tales principios el cristianismo, retaba a una cruenta lucha a las ideas sustentadas hasta entonces; pues iba abiertamente contra la organización social y política de aquellos tiempos. El César no podía admitir que su pueblo comprendiera la conveniencia y la dignidad de estas tres palabras, que son las bases de la democracia moderna: Libertad, Igualdad y Fraternidad. El sensualismo brutal predominante tampoco podía conceder que la mujer tuviera derechos y dejara de ser una *cosa*. La dulzura y el respeto que merecen la madre, la esposa, la hija, eran casi desconocidos por la familia romana, donde el ''pater familiæ'' lo controla todo y fuera de él ningún género de autoridad ni de consideraciones se estima. La plebe, los esclavos y los habitantes de provincias, constituían la mayor parte de la población y en ellos recargábanse todos los trabajos y las faenas peores, sin que jamás vieran la recompensa a sus fatigas. Sus vidas y sus haciendas estaban a merced de las clases privilegiadas. Y a esos elementos sociales más bajos, precisamente, ofrecía el cristianismo la regeneración espiritual y los derechos cívicos que anhelaban. Larga, trascendental, enorme, fué la lucha. Al fin venció el cristianismo, porque necesariamente tenía que vencer: se ajustaba a la naturaleza humana; imponía el decoro colectivo; se inspiraba en el amor y en la caridad. Y las bellas doctrinas de Jesús penetraron en todos los espíritus, resplandecientes de generosidad y de mansedumbre. ¡Lástima grande que la codicia, el lucro, el fanatismo y otras torpezas de los mal llamados mantenedores de sus ideales, con-

virtieran luego los reflejos de sus máximas bondadosas en sombras de abyección y tiranía!

Sobre este período importante de la contienda sanguinaria entre el paganismo y los cristianos, que se nota perfectamente en la literatura española, dice Revilla que

una fase interesantísima brinda el desenvolvimiento del arte literario, por los progresos que la predicación del Evangelio había realizado, merced, por una parte al descrédito en que había caído el gentilismo; y, por otra, a la buena acogida que tuviera la doctrina de Cristo, ardientemente propagada por hombres llenos de fe y de entusiasmo. La profunda desmoralización a que había venido el mundo pagano y la activa predicación de los Apóstoles y Padres de la Iglesia, contribuyeron, aunque por distintos caminos, a un mismo resultado: al triunfo definitivo del Cristianismo, que al informar como lo hizo en poco tiempo la vida de aquellas sociedades caducas, dió nuevos elementos de inspiración al arte, que ya no podía alimentarse con lo que le ofrecieron los ideales del mundo pagano, cuya total corrupción y descrédito anunciaban su próxima e inevitable ruina.

Durante la dominación romana en España aparecen los primeros ingenios españoles: los Séneca, Lucano, Marcial y Quintiliano, en cuyas obras resaltan el amor ardiente con que acarician el vivo recuerdo de su libertad perdida, de tal modo que puede afirmarse que la característica de la independencia de la literatura española ya se señala en ellos.

A esa manifestación pagana de las celebridades que arriba se mencionan, otra manifestación del más puro cristianismo empieza a introducirse en la Península; y represéntanla Juvenco, Prudencio, Orosio, Orencio e Idacio. Aquilino Juvenco, de ilustre estirpe, acomete la meritoria y alta empresa de cantar en la lengua del Lacio, hablada en todos los ámbitos civilizados de la tierra, la vida del Salvador del Mundo. Aurelio Prudencio, hijo de Zaragoza, se distingue en el *Libro de las Coronas, El libro de los Himnos* y *El origen del pecado,* aunque atropella los fueros de la Gramática. Orosio, discípulo de San Agustín, defiende las doctrinas de Cristo contra la calumnia de los gentiles y escribe los siete libros de sus *Historias,* que constituye un monumento indestructible. Draconcio, nacido en la Bética, surge también como un polemista en su *De Deo* y aspira a extirpar los errores de los heresiarcas. Orencio, obispo de Granada, escribe una obra titulada *Oraciones,* con sobriedad y circunspección,

animado de su horror a los vicios, que bosqueja en todos sus estragos. Idacio, hijo de Ponte Lima, florece a fines del siglo cuarto y, como los anteriores, consagra su vida a la defensa del cristianismo; escribe el *Cronicón,* relato histórico sobre las depredaciones hechas por los bárbaros en el suelo de la Península, apuntando de pasada las calamidades que afligían y conturbaban la Iglesia ya por aquellos años. Estas son las manifestaciones literarias del sentimiento religioso, durante la dominación de Roma.

Cae el Imperio; comienza la dominación visigoda en España; se acentúan los cismas en el cristianismo triunfante; y hemos de ver ahora cómo el pueblo español se inclina a la iglesia católica decididamente; con qué ardor mantiene los impulsos de sus sentimientos religiosos y cómo su elaboración literaria se circunscribe, en el período de referencia, a impulsar los dogmas del catolicismo. No ha podido nunca prosperar en España ninguna tendencia que se aparte de la ortodoxia; y muestra elocuente y sensible del vigor de esta intransigencia la ofrece, en el pasado siglo, uno de los críticos más eminentes de España, el ilustre D. Marcelino Menéndez y Pelayo, al escribir la historia de los mismos heterodoxos, cuya contribución a la cultura reconoce, y quien declara paladinamente:

> Pienso que la historia de nuestros heterodoxos sólo debe ser escrita en sentido católico y sólo en el catolicismo puede encontrar el principio de unidad que ha de resplandecer en toda la obra humana.

¡Razón tuvo el señor Alcántara García al reconocer como cualidad del pueblo español

> su fervoroso intransigente sentimiento religioso, idolátrico y supersticioso a la vez!

Ni para las serenas e imparciales labores del historiador fué posible que el genio hispano abandonase sus prejuicios y sus pasiones.

Conviene resaltar, para comprender mejor la diferencia que vamos a establecer entre el sentimiento religioso cristiano y el sentimiento religioso católico, los elocuentes y terminantes conceptos de Luben, en su obra *El catolicismo y sus luchas con el Estado.* Dice Luben:

El cristianismo fué en su origen la religión de los perseguidos, de los parias y de los desheredados.

En un principio las turbas hambrientas, las masas preteridas, los esclavos de la explotación y los parias de la tiranía, cuantos, en fin, sufrían la dolorosa vergüenza de la pobreza ultrajada, oprimidos y vejados bajo el yugo infamador del despotismo, abrazaron la redentora religión de Jesús con bendito fervor fanático, porque era evidente que también el sublime mártir del Gólgota había sido un insigne desgraciado, un perseguido augusto, cuyas infinitas amarguras habían acabado trágicamente en el duro escabel de la cruz santificada...

Después... ¡oh, después!, andando el tiempo, un César semi-impotente, el famoso Constantino el Grande, amo absoluto de Roma y de su vasto Imperio, hizo profesión de fe cristiana, separándose de los dioses magníficos del Olimpo, y comenzó la vida legal de la triste religión de los parias y de los perseguidos, que hasta entonces había vivido envuelta entre tinieblas; oculta en las catacumbas y profesada, casi única y exclusivamente, por masas de infelices alucinados que, por regla general, solían acabar los amargos días de su desgraciada existencia en las cárceles públicas, en las gladias del coliseo o bajo el acerado látigo de los verdugos.

Convertido el Emperador Constantino a la naciente fe cristiana, pronto se operó un cambio radical en el modo de ser y de actuar del cristianismo militante. Su clero, antes andariego, fervoroso, caritativo y humildísimo, desvanecido al parecer por el vértigo de las alturas, comenzó a sentir la necesidad de mostrarse engrandecido, augusto, dominante y de aspecto marcadamente farisaico.

Para ello, claro está, procuró rodearse de toda clase de privilegios, de honores jerárquicos y de magnificencias deslumbradoras; y, olvidando por completo las buenas doctrinas de San Pedro, que encareció a los obispos y a los sacerdotes cristianos la necesidad en que se hallaban de vivir decorosamente, a expensas de su esfuerzo personal ocupándose en algún oficio manual que les produjera lo bastante para su subsistencia, el clero cristiano, encumbrado a la categoría de clero oficial, comenzó a vivir a costa de los fieles y explotando la gracia de Dios.

Desde entonces, desde el trascendental momento histórico en que el Emperador Constantino se proclamó protector de la fe del Crucificado, el cristianismo dejó de ser cristianismo en la buena acepción de la palabra, y comenzó a paganizarse con todos los peores vicios de la idolatría, perdiendo la dulce piedad fraternaria y comunista que constituyera la esencia de sus primitivas doctrinas de redención, de amor y de confraternidad.

El cristianismo había muerto para dar vida al catolicismo.

Epoca de extraordinaria confusión en las ideas políticas y religiosas es la que señala el paso de la dominación visigoda por España. La monarquía que funda Ataulfo se distingue por su odio a todo lo romano, a tal punto, que basta al rey ser amigo

de los hijos de la Ciudad Eterna para que en una conjura se trame su asesinato y éste se lleve a cabo con toda sangre fría. Así vemos una sucesión interminable de atentados a la persona real, y son muy pocos los reyes godos que mueren en sus camas. Un número infinito de guerras conmueve de continuo la monarquía y casi todas ellas no tienen otra finalidad que mermar el predominio y la extensión territorial del famoso Imperio, ya en decadencia. Luego son las luchas entre los visigodos y otras tribus bárbaras; y salpimentando estas contiendas, los asesinatos políticos por escalar el trono. Aparece y es adoptado el arrianismo, por estos tiempos, para complicar más el cuadro que ofrece la dominación visigoda: y Leovigildo protege ese cisma e impone oficialmente dicha secta: llega en su fanatismo hasta condenar a muerte a su hijo Hermenegildo porque no quiere abjurar de sus creencias católicas. No por este inhumano rasgo Leovigildo ha dejado de considerarse como un experto guerrero, hacendista distinguido y legislador concienzudo. Recaredo, hijo y sucesor de Leovigildo, abraza la religión católica; y bajo las bóvedas de la basílica de Santa Leocadia, de Toledo, todo el arrianismo oficial abjura también. Desde entonces podemos decir que la religión católica es la religión oficial de los españoles y el signo de la cruz es el que llevan simpre por delante, en todas sus contiendas, en todas sus conquistas y en todos sus atropellos.

Ciertamente que la encarnizada controversia del catolicismo y el arrianismo, en la época que nos ocupa, señala sus huellas en las letras. Leandro de Sevilla, Juan de Biclara e Isidoro de Sevilla son los impugnadores gloriosos del arrianismo: todos varones eruditos, muy conocedores del griego y del latín, y principalmente Isidoro, llamado "Doctor de las Españas y Espejo de los obispos y sacerdotes", ilustradísimo para su tiempo, como lo demuestra su famosa enciplopedia *Orígenes y Etimología,* en veinte libros que contienen todo lo que podía saber un erudito en el siglo séptimo.

En Huesca primero, en Sevilla después, se encuentran los focos de cultura de esta dominación visigoda que vemos sucumbir en la batalla de Guadalete por la traición de un conde y de un obispo. Al hundirse la monarquía visigoda, gloriosamente desaparece su rey D. Rodrigo; y culpa grande de la catástrofe

tuvo el catolicismo triunfante, que se inmiscuyó en la política temporal, sobreviniendo la corrupción del clero, como se desprende de las decisiones de concilios posteriores. Desde ese momento la nueva civilización árabe se sobrepone a la visigoda; su religión y su teología, maduradas en Oriente, llegan a constituir una importante rama de la escolástica musulmana en la Península Ibérica, por los mismos siglos en que la cristiana florece en Europa.

La llegada de los musulmanes a Iberia inicia una brega tormentosa de ocho siglos entre dos razas, dos civilizaciones y dos sagrados monumentos de las letras: la Biblia y el Koran. La media luna quiere imponerse a la cruz: Mahoma a Cristo; los españoles, hijos legítimos de los godos, realizan una serie continuada de heroicos esfuerzos, que brindan a la posteridad como la medida más alta de patriotismo, de firmeza en las creencias religiosas y de amor a la independencia. Esa brega de ocho siglos, sin desmayar un solo instante, hace que los cristianos de España recobren con las armas en la mano, de los hijos de Islam, sus libertades, su fe, su territorio; y cifran sus fervorosas esperanzas en constituir una nacionalidad, unidos todos por un mismo gobierno, una misma religión y un mismo idioma. Por esta época aparecen Juan Hispalense, prelado de Sevilla, que traduce las Sagradas Escrituras y combate el mahometismo; Cixila, obispo de Toledo, que escribe la vida de San Ildefonso con admirable candor; Isidoro Pasense, obispo de Pasaugusta, que se ocupa en la historia del pueblo sarraceno; San Alvaro, autor de *Indículo luminoso,* señalándole errores al Koran; y Eulogio, restaurador de las letras clásicas, que ejerció una saludable influencia en los mozárabes. Córdova es el foco de la cultura arábiga. Y el choque de esa civilización oriental con la de occidente, señala en el carácter y costumbre de los españoles varias cualidades que también se evidencian en su literatura: el honor, la fidelidad, la galantería, el respeto, la generosidad con los amigos, etc.

Bajo esa dominación musulmana que no abarca toda la Península, como es sabido, se forma el idioma de Castilla, que, después de sufrir múltiples alteraciones y de recibir influencias de otras lenguas, constituye el bello y robusto idioma que hablamos; el

pueblo es el primero que con él expresa sus ideas y sus aspiraciones; y así nos encontramos que los primeros monumentos de la poesía popular castellana responden a sus sentimientos religiosos: *El libro de los tres reyes de Oriente, El poema de los reyes magos* y *La vida de Santa María Egipciaca.* La forma heroica de esa poesía popular se manifiesta entonces en *El poema del Cid.* Apréciase por estos tiempos la poesía vulgar-erudita, donde se distingue el clérigo Gonzalo de Berceo, y los romances, y tanto en ellos como en el desenvolvimiento de las letras bajo el reinado de Alfonso el Sabio, en las obras de Raimundo Lulio, y para fijar un solo término: en toda la expresión literaria de España hasta el reinado de D. Juan II, después del cual viene la unidad española con los reyes Fernando e Isabel, se nota cumplidamente la característica religiosa que nos ocupa. Luchar contra los moros no significa sólo combatir por la patria y por la independencia, sino combatir en favor de Dios y de los fueros del Salvador; y con ello los españoles no hacían cosa alguna extraordinaria sino corresponder a las tendencias substanciales de la edad en que vivían: la Iglesia estaba en todo su apogeo; los frutos de la política de Carlo Magno veíanse en su enorme grandeza; los más soberbios emperadores acatan respetuosos las órdenes del sucesor de San Pedro, y hasta en ocasiones son objeto de su menosprecio o de sus iras, como aquel Enrique IV de Alemania, que, excomulgado por el Papa Gregorio VII—el célebre Hildebrando, hijo de un carpintero—, esperó tres días a las puertas del castillo de Canosa, descalzo y con sayal de penitente, para presentarse y humillarse...

Antes de llegar al punto histórico de la conquista de Granada por los Reyes Católicos, en que termina la dominación árabe con Boabdil y en que los españoles realizan sus ideales nacionalistas, es preciso tomar en consideración un elemento no mentado todavía, ajeno al catolicismo, de gran valer económico e intelectual, y que al ser expulsado ignominiosamente de España, luego, ofrece una muestra más de la intransigencia católica: los judíos.

Dice José Ingenieros, en su conferencia sobre la cultura filosófica de la España medioeval:

Se supone que los primeros judíos entraron a la Península antes de la conquista romana, durante la cual siguieron llegando otros. El cristianismo trajo algunos conflictos entre los creyentes de la vieja y de la nueva fe. Los visigodos no los molestaban. Pero, a partir de la conversión de Recaredo, el estado gótico se trueca en una turbulenta teocracia católica y los judíos comienzan a pagar con las setenas los siglos de relativa paz de que habían disfrutado. En el siglo octavo la persecución recrudeció. En esas condiciones debieron asistir con simpatías a la invasión de los árabes, de quienes esperaban mayor respeto, y no vacilaron en darles ayuda en su conquista, aunque tuvieron el tacto de no inmiscuirse en su vida política. Los judíos prosperaron bajo los almoravides, pero fueron muy molestados por los almohades.

Su cultura creció bajo Abderrahmán II; grandes academias judías florecieron en Sevilla y Lucena. Perseguidos por los almohades, más que por los cristianos, tuvieron que errar sin sosiego, como ocurrió al propio Maimónides. A medida que avanzó la reconquista, mejoró su situación en los estados cristianos, llegando a tener influencia considerable en algunos reinados de Castilla y Aragón, que más se distinguieron por su amor a la cultura y a las letras, influyendo no sólo en la política, en la filosofía, en la industria y en las artes, sino también en la literatura, donde produjo una de las obras más preclaras: la *Comedia de Calixto y Melibea.*

Estos juicios son más exactos que los de Menéndez y Pelayo, quien, al juzgar el conjunto del "panteísmo judío" en España inclínase a considerarlo exclusivamente dañino, en cuanto constituye un semillero de heterodoxas corrupciones del pensamiento teológico y católico. Lo más firme de la mentalidad hebrea, durante los siglos XI y XII, florece en España; y en la Península, durante la Edad Media, "contrasta abiertamente—dice Bonilla y San Martín—con la pobreza del pensamiento cristiano".

Esos elementos de origen hebreo contribuyeron poderosamente a la formación de la lengua de Castilla, cultivando el romance desde sus primeros tiempos, en tanto que el mundo docto hablaba latín, y con sus expresiones y giros semíticos le dieron flexibilidad y hermosura a la lengua. Ilustraron con su ciencia la medicina, las letras, la filosofía, la alquimia y la historia; trabajadores, estudiosos, ahorrativos, llegaron a constituir la riqueza, y eran los únicos que comprendían el comercio de alto vuelo.

Comienza la Edad Moderna con los Reyes Católicos, victoriosos en su magna empresa: ya no hay moros en España. Y

tres hechos elocuentísimos dan días de grata recordación al catolicismo: la media luna ha sido por completo eclipsada, el estandarte de la cruz se clava en un nuevo continente—un mundo hasta entonces desconocido—, y se establece la Inquisición, el Tribunal del Santo Oficio, para velar por la fe. Los sentimientos humanitarios de los católicos españoles iban a congratularse con la expulsión de los moros y judíos, quemando herejes y matando indios en América... Todo en nombre del dulce Jesús de Nazaret.

Y al llegar a estos extremos, queremos recordar el juicio aplastante del inolvidable Nicolás Heredia, en su brillante trabajo *La sensibilidad en la poesía castellana*, refiriéndose a la característica religiosa.

He examinado, hasta el presente—dice—, ciertos elementos que al actuar sobre la sociedad española crearon estados de conciencia muy originales, estados que, a su vez, recoge el arte para dorarlos con su brillo. La encarnación tangible de esa concepción siniestra de la vida que dió al alma nacional un perfil inalterable, halla su nombre en un tribunal que toma por guía el hilo teológico y somete a su jurisdicción, no ya los actos manifiestos, sino la intimidad más recóndita del ser. La religión, adulterada por el fanatismo y la codicia, la función individual la convirtió en instrumento permanente de gobierno. Si la salud del alma era lo primero para el hombre, la salud de las almas había de ser el más esencial de los fines del Estado. La Inquisición respondió a un plan de higiene espiritual y, de paso, a un fin político por la convivencia dentro de la sociedad católico-española igualmente de dos pueblos aborrecibles desde el punto de vista religioso: moros y judíos. Cultos diferentes los separaban del cristiano dominador y a las persecuciones de éste respondían, como era de rigor, con el odio, más profundo a medida que se guardaba más secreto. La ferocidad nacional, que no se había hartado todavía con los crímenes de la conquista de las Indias, los horrores del saco de Roma y las matanzas de Flandes, vino a su propio suelo para repetir lo que ya había hecho en los judíos, practicando una forma de exterminación sin sangre visible y dando el espectáculo inhumano de una inmensa tropelía que arrancó violentamente de su hogar a un pueblo desvalido.

En la expulsión de los judíos, sobre el pecado de la crueldad hubo el de la más negra ingratitud. Isaac Abarbanel y Abraham Senior, ambos israelitas tan ricos como sabios, prestaron a los Reyes Católicos el inmenso servicio de aprovisionar al ejército que sitiaba a Granada, durante dos años, sin que, como dice el

Sr. Pierra, le faltase no ya lo necesario y lo útil, sino lo superfluo.

Y ¿qué recompensa—agrega—pedían Senior y Abarhanel por tan extraordinario servicio? Bien poca cosa; pedían tolerancia y justicia para su raza, y tolerancia y justicia les fué prometida por Isabel, por esa Isabel, que, tres meses después de la rendición de Granada, con incalificable perfidia, burlándose de su promesa, pisoteando su real palabra, violando todos los derechos y ultrajando la justicia y los fueros más sagrados de la humanidad, firmaba aquel decreto de expulsión terrible y cruel, que en el término preciso e improrrogable de cuatro meses arrancaba de sus hogares a más de doscientas mil almas y, sin permitirles sacar moneda, oro, plata y otras mercancías prohibidas, los arrojaba a playas extranjeras a morir en la miseria y en la desesperación... Entre esa muchedumbre de hombres, mujeres y niños apiñados en sucias carretas o a pie, agobiados por el cansancio y más bien arrastrándose que caminando, iban también, arruinados y pobres, los venerables ancianos Isaac Abarbanel y Abraham Senior, antiguo consejero de la pérfida Isabel, Rabb Mayor de las Aljamas hebreas y Factor General de los ejércitos conquistadores de Granada.

Y todavía hay historiadores, como el delicioso Orodea, que tratan de indultar a los reyes católicos de la severa reprobación de la posteridad por acción tan indigna.

Sobre esa expulsión de los judíos, Burke ofrece los siguientes detalles:

Muchos de ellos fueron muertos, otros maltratados y desvalijados y la mayor parte se embarcó para el África en la situación más lastimosa. Durante la travesía, la tripulación de más de un buque cayó sobre el pasaje, robando a los hombres, violando a las mujeres y echando al mar a los niños. Los que sobreviviendo a sus desgracias desembarcaron en Berbería, fueron atacados por los beduínos que pasaron un gran número a cuchillo. No tenemos un dato auténtico que fije el total de los que fueron sacrificados, pero autoridades en la materia afirman que en una expedición de 140,000 moriscos, perecieron más de 120,000.

Pero España en el pecado tuvo la penitencia: por muchos siglos el desastre comercial y financiero fué la secuela de aquella injusta expulsión decretada para satisfacer la intransigencia católica de sus hijos.

Acerca de esta misma época de los Reyes Católicos, que tantos sucesos trascendentales presenció, reproduciremos varios conceptos del Dr. Ingenieros, que convienen para aclarar debida-

mente la influencia del catolicismo en la cultura española. Dice así el profesor argentino:

Una fatalidad siniestra ensombrece la cultura castellana desde el advenimiento de los reyes católicos; la unidad del reino aparece minada por hondas causas de subversión en todos los órdenes de la vida política, económica e intelectual. Esa unidad fué siempre ilusoria; antes del matrimonio de Fernando e Isabel existían en la Península cuarenta señoríos feudales, más o menos independientes; habían derramado más sangre luchando entre sí, que en expulsar la civilización árabe. La ignorancia y la pobreza ciérnense desde el comienzo sobre la nación nueva, en la medida misma en que se exalta el sentimiento nacionalista, esencialmente dinástico y teocrático. La gloria fué substitutivo del pan y la fe reemplazó a todo afán de cultura científica. El alma castellana soñó con el imperio universal en servicio de Roma; restringió la cultura filosófica a una teología en latín de los tiempos bajos y tuvo dos ideales predominantes: poner un candado en cada boca herética y plantar un laurel sobre la paja de cada trigal.

Los siglos diez y seis y diez y siete tienen una gloria imperecedera: el siglo de oro literario. Castilla dió a España el alma misma de la nueva nacionalidad: el idioma sobrepuesto a los otros dialectos peninsulares y pronto encumbrado en maravilloso perfeccionamiento. Pero este beneficio —nos dice la historia—no fué obra de la dinastía ni de la iglesia. El renacimiento literario, ya iniciado con la italianización del siglo catorce, culminante en Boscán, continuóse bajo esa misma influencia, hasta el reinado de Carlos V. En tiempos de los Reyes Católicos el clero y la dinastía—católicos antes que españoles—no omitieron esfuerzos por reemplazar el latín al castellano; en la corte de Isabel se desarrolló una manía epidémica de aprender el latín y traducir autores latinos; en las historias de la literatura española se leen los nombres de doctos varones que proclamaban la incapacidad del castellano para expresar altas y galanas ideas.

A pesar de esos obstáculos, el renacimiento literario en España fué magnífico. No hubo, empero, Renacimiento científico y filosófico: la dinastía teocrática confió a la Inquisición el mandato de obstarlo.

Y ya sabemos cómo lo hizo la Inquisición. Basta repetir las palabras de Pompeyo Gener:

La Inquisición paralizó las creencias, quemando los cuerpos de los que pensaban.

No es posible olvidar el florecimiento del misticismo en España, por la época que recordamos, con Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Malon de Chaide y otros religiosos, sin duda la expresión más tierna, más bella, de la característica re-

ligiosa. Si a los místicos unimos los nombres de Fray Luis de León, los escritores, oradores e historiadores sagrados, Padres Feijóo, Mariana, Isla, Avila, y recordamos que Garcilaso, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Tirso de Molina, Agustín de Moreto y Bartolomé de Argensola vistieron trajes eclesiásticos, algunos en los postrimerías de su vida—más por conveniencias que por convicciones—, y algunos, también, después de haberse casado o de haber sido protagonistas en algún lío amoroso, indiscutiblemente que la iglesia católica contribuye con un personal eminentísimo al brillo y esplendor de la literatura española. Pero no dejan de ser algunos de los genios que antes mencionamos los primeros en demostrar, con sus obras interesantísimas, el estado de incultura y degradación social de su pueblo en este período en que el monarca de las Españas no ve ponerse el sol en sus dominios; ni deja tampoco la Inquisición de señalarse con rojos y abominables hechos, hasta el punto de que hombres de piedad tan sincera y de vida tan correcta como Fray Luis de León y San Juan de la Cruz pasaran por sus calabozos, y de que la seráfica doctora Teresa de Jesús viviera los últimos años de su existencia en una dolorosa perturbación espiritual, porque el Santo Oficio había recogido las obras que escribió sobre su vida y sus fundaciones, sin emitir fallo. Y en esa espera cruel, el Señor la llamó a su seno...

Podemos resumir el temperamento español, en cuanto a la imposición del catolicismo se refiere—ya que en todas las épocas se lo ha cogido para sí con una tendencia exclusivista algo incomprensible—, con estas ideas exactísimas de un pensador cubano:

La monomanía española es la inclinación a la violencia, al afán de imponer a todo trance lo que cree—sea racional o no lo sea—como verdad definitiva. La imposición oficial, por la fuerza, de la unidad católica empezó con Recaredo. Hasta el día anterior los arrianos constituían un elemento vivo, de genuina cepa gótica, mas a partir de la conversión del rey debían ser, por este hecho, perseguidos, odiados, muertos o proscriptos. Lo mismo se hace con el hebreo y a su tiempo se hará con el morisco.. La Inquisición cuidará, cuando llegue su turno, de destruir cualquiera manifestación que se oponga—siquiera sea como principio ideológico, no como viva realidad—a la ortodoxia tradicional de la nación. Y una vez que el espíritu español se sienta poderoso, el régimen interno pugnará por hacerse

universal y, traspasando las fronteras, le veremos ir con Carlos V a imponer por medio de las armas la hegemonía del Papado a los herejes alemanes. Luego irá a Flandes con el duque de Alba para que los tercios y los inquisidores cumplan con sus respectivos ministerios. Por su lado Felipe II convertirá toda Europa en un campo de batalla en nombre de la fe, y así seguirá sucediendo hasta que desangrado y exánime el pueblo español, como consecuencia necesaria de la increíble aventura, purgue su error con la más espantosa decadencia.

El Quijote es la mejor filosofía de la historia de España. Lo que Cervantes concibió, en abstracto, día por día, desde D. Pelayo, se ha venido realizando sin que ninguna de las contiendas estrafalarias del hidalgo haya dejado de tener su traducción en la historia. El afán de imponer a todo prójimo la opinión de que Dulcinea era la más fermosa de todas las mujeres del universo, sin enseñar siquiera su retrato, aunque éste fuera del tamaño de un grano de trigo, como demandaba el mercader, corresponde a la empresa peregrina de irse una nación por ambos mundos en busca de aventuras para que el hugonote y el indio, el luterano y el idólatra, el moro y el flamenco, renunciaran de pronto a sus creencias y tomaran, con el hierro y las llamas por argumento decisivo, las que les endosaba su opresor. Los historiadores españoles refieren como cosa natural que, apenas desembarcado en Méjico, Hernán Cortés hizo trizas los ídolos aztecas—del mismo modo que el caballero andante los títeres del tablado de Maese Pedro—; y celebran este arranque digno de un insensato y no de un héroe. Las crónicas españolas están llenas de episodios de esta clase, que por su constante repetición a nadie maravillan, como no maravillan al lector penetrado del estado mental de D. Quijote la batalla de los carneros, la provocación a los leones, la embestida a los molinos, el lance de los galeotes y otras divertidas escaramuzas del caballero de la Mancha. Al provocar o al imponerse con o sin razón, con sus bríos o su flaqueza, la patria del hidalgo obedece a su índole histórica que le dicta la violencia como norma, y así se ha paseado por el mundo, triunfante o apaleada, pero siempre incorregible.

En lo que respecta a nosotros los cubanos, la intransigencia religiosa de los españoles tuvo también resonancias penosísimas. Eternamente alimentaron la dolorosa confusión de creer que las colonias eran dilataciones del territorio nacional y que todos sus dominados estaban en la obligación de pensar y sentir igual que ellos. Al combatir las ideas de libertad de los cubanos, estimaron, y siguen estimando, que defendían los fueros de la religión católica, la religión oficial. No concebían que Cuba pudiera perderse "mientras la virgen de Covadonga imperara aquí". Los Obispos de España, principalmente los de Oviedo, Zaragoza, Toledo y Madrid, al despedir y bendecir los batallones que

embarcaban para la Gran Antilla a sofocar la insurrección, llamaban *herejes* a los patriotas cubanos; en sus arengas exclamaban: que "con el signo de la cruz" vencerían, y repartían escapularios entre las tropas para ponerlos a salvo del plomo de los *canallas mambises.* En la Habana recibía en el muelle esos mismos batallones el obispo Santander y Frutos, que entonces ocupaba la diócesis habanera; y menudeaban los *Te Deum* en la Catedral por el triunfo de las católicas armas españolas. Y eran de escuchar las frases de aquel prelado a las tropas coloniales, cuando piadosa y cristianamente les recomendaba *que mataran muchos mambises.*

Oficialmente la religión católica—desde el Sumo Pontífice hasta el último cura de misa y olla—fué contraria a las libertades cubanas; y con todas sus armas, materiales y espirituales, combatió con rudeza el ideal separatista. No podía ser de otra manera: la religión católica tenía que estar al lado de la opresión y de la tiranía. Y para demostrarlo, con hechos que no admiten lugar a dudas, copiamos de la revista *Ilustración Española y Americana,* agosto 1895, página 99:

> Las tropas expedicionarias—dice el cronista aludiendo a la salida de Vitoria del sexto cuerpo del ejército—quedaron formadas en la plaza de Mendoza frente a la iglesia de San Miguel. En el atrio de ésta había una tribuna a la que subió el nuncio para bendecir a los soldados en nombre de Su Santidad León XIII. Acompañábale el obispo de Vitoria y mucho clero. La familia real colocóse en el centro de la plaza.
>
> La oración de Monseñor Cretoni—Nuncio de Su Santidad en Madrid—fué elocuente y muy sentida. Comenzó saludando a los valerosos soldados que abandonando sus casas y sus familias, acuden a las filas para ir a pelear en lejanas tierras con los enemigos de la patria y repetir las gloriosas e incomparables hazañas de los españoles en América. Alabó la sabiduría y celo de Su Majestad la Reina Regente; aseguró al ejército que vencería porque su causa era justa y la amparaba Dios.

Conocido ya el resultado de aquella guerra, se puede presentar este delicioso dilema: o el Nuncio de Su Santidad se equivocaba—a pesar de la infalibilidad del Papado—al decir que Dios amparaba aquella causa, o el amparo de Dios no basta para que triunfen las causas injustas.

Y terminaba la revista con estas palabras:

> Mil veces dichosos vosotros que al abandonar el suelo en que habéis

nacido lo hacéis para pelear por la causa más santa. Dichosos vosotros que váis a defender la honra de la patria y a devolver la tranquilidad a muchos hogares. Que Dios os acompañe como os acompaña nuestro cariño, y que pronto, muy pronto, tornéis victoriosos a este pueblo querido donde dejáis las más hermosas afecciones. Pero antes, soldados del ejército español, dignos hijos de esta nación hidalga y generosa, sabed que, así como Moisés levantó las manos al cielo para bendecir a su pueblo, el Sumo Pontífice León XIII desde la altura del Vaticano os envía también su apostólica bendición, *que por encargo suyo os doy yo con toda mi alma.*

Hincó rodilla en tierra la infantería; arrodillándose también los circunstantes, y en medio de un profundo y solemne silencio dió el Nuncio la bendición papal a los soldados. ¡Escena grandiosa y sublime en que no hubo alma que permaneciese serena!

Y más aún hicieron los representantes de la religión católica por demostrar su malquerencia a los propósitos dignísimos de los patriotas cubanos. Reflejaron su odio hasta en aquellas mismas cosas que se relacionaban con las simpatías, con el fervor patriótico de nuestro pueblo. Bien sabido por todos es que en la corte celestial no hay ningún cubano; y dudamos mucho que lo haya en lo futuro, pues no vemos ningún compatriota en olor de santidad por cierto. Pero, según la misma tradición de los católicos criollos, sólo la virgen de la Caridad del Cobre dirigió su mirada compasiva a esta isla y apareció en nuestras aguas, mereciendo el respeto y la devoción de la grey católica cubana, hasta el punto de que a aquellos que no creemos en santos ni en vírgenes nos es simpática la Caridad del Cobre por el simple hecho de ser cubana. Pues bien: la devoción a esa virgen pareció a los integristas de la colonia que tenía tendencias emancipadoras, algo que dañaba a la soberanía de España, y su culto fué hostilizado con hipócrita perfidia. Y precisamente por un sermón en alabanza de esa Caridad del Cobre, en que, lleno de unción patriótica y de nobilísimo entusiasmo, el sacerdote cubano padre Doval pedía a su virgencita libertades para esta tierra, fué causa de que se le expatriara en plazo perentorio. Y análogamente al padre Doval sufrieron persecuciones también los pocos curas cubanos que aquí vivían, durante las luchas por la independencia.

Y lo más triste del caso no es que la Iglesia Católica se considerara eminentemente española en tiempos de la Colonia, sino

que ahora, en plena República, todavía se muestra resabiosa por el éxito de nuestra Revolución. Las diócesis cubanas están regidas, en su mayoría, por obispos extranjeros. Las festividades patrióticas de la República no agitan las campanas alegremente, como en aquellos memorables días del cumpleaños de Su Majestad. Si hubo Te Deums por el triunfo de las armas españolas, no los hubo por la restauración de la República. Si el cincuentenario de la Purísima Concepción conmovió todos los templos y a todos los creyentes, no tuvo esa fortuna la declaración diplomática y habilidosa de que la Caridad del Cobre era la patrona de Cuba, cosa que los católicos de nuestra tierra habían establecido sin la autorización de Roma. Y cuantas reformas de índole jurídico-social se ha querido implantar para satisfacer los ideales de las Asambleas Constituyentes de la Manigua—el Divorcio, la Reglamentación de la Enseñanza Privada, entre ellas—se han visto paralizadas, cuando no vencidas, por esa mano oculta, poderosa y fuerte, que no se ve, pero que se siente... ¡La mano del clero español, que aún influye poderosamente en Cuba a despecho de los sacrificios de Céspedes y de Martí!

Suerte enorme fué para Cuba que los sentimientos religiosos de España no vieran colmadas sus aspiraciones. Como ha dicho un escritor contemporáneo:

En Cavite y en Santiago de Cuba pudo verse de un modo palpable cuán poco valen los fervores religiosos de un pueblo que, estropeado por la opresión católica, extraordinariamente católica, pasara los días y las noches postrado de rodillas, pidiendo al buen Dios de los ejércitos el triunfo de las armas españolas; porque mientras las regias plegarias subían a la mansión celeste, un interminable cordón misterioso, los potentes obuses de los herejes, ilustrados e inteligentes, robustos de cuerpo y de cerebro esclarecido, hundían para siempre en las obscuras profundidades de los mares las inútiles escuadras guerreras de esta pobre España contemporánea, tan devota, tan católica, tan apostólica, tan romana, y sobre todo, ''tan amante de la santa ignorancia, crasa, supina y bienaventurada''...

¡Ah!... Era la ''obra magna del catolicismo que, llevando a su pueblo predilecto al matadero, cubierto de toda suerte de medallas, reliquias y escapularios, acababa así, de un modo altamente trágico, después de una larga serie de siglos de laboreo corruptor''...

¡Pobre España y desgraciados de los españoles, si, después de tan

tremendos y amargos desengaños, persisten todavía en vivir bajo el yugo aniquilador del catolicismo de Roma y de los ultramontanos!...

Felizmente el porvenir de España se presenta muy distinto a su pasado. Hay una España caduca, rancia, que siente la nostalgia de Felipe II; pero va desapareciendo. Hay otra España que surge, amplia, tolerante, espléndida, llena de generosa savia y de juveniles aspiraciones. Es la España nueva: la de Joaquín Costa, la de Pérez Galdós, la de Guimerá, la de Benavente, con sus bellos adalides en la poesía: Villaespesa, Carrere y Machado. En estos momentos mismos se presiente la convulsión: será un movimiento aterrador y magnífico, que sepultará en el olvido muchas instituciones inútiles y sembrará en los corazones otras esperanzas.

Y cuando la historia literaria se ocupe en la característica de las letras españolas en sus postrimerías, no serán estos sentimientos religiosos los que persistan en ella y la señalen de un modo especialísimo. Serán otros, muchos de los cuales no pueden ahora ni presentirse, más en consonancia con los intereses que cree el conflicto monstruoso que conturba el mundo; y más en consonancia, también, con las últimas palabras de la civilización y del progreso.

ANTONIO IRAIZOZ.

La Habana, dic. 1917.

En el grupo de periodistas cubanos jóvenes, Antonio Iraizoz es uno de los más valiosos, no sólo por sus ideas liberales, sino por su talento. Dirige el diario *La Noche,* que es, en el periodismo cotidiano habanero, como una avanzada de esta revista. En la apreciación de muchos problemas cubanos coinciden casi siempre ambas publicaciones. Con valor y alteza de miras maneja la pluma, y buena prueba de ello son sus trabajos de variada índole, entre otros su celebrada conferencia *La masonería y la tendencia al nacionalismo en Cuba,* que en todo está de acuerdo con la orientación constantemente seguida por CUBA CONTEMPORÁNEA. Le damos expresivas gracias por este oportuno artículo en que una vez más se advierte el peligro del clericalismo antinacional.

LA POLITICA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EL CONTINENTE AMERICANO

II

Primera Parte

Sumario

El Gobierno de Washington hizo ostensible su simpatía a la causa de la insurrección de las colonias españolas, llegando al reconocimiento de la Independencia de éstas en abril de 1822. En 1823 anuncia la "Doctrina de Monroe", como una aplicación de la política de "las dos esferas", frente a la actitud, amenazadora para América, de determinadas naciones europeas.



A insurrección de las colonias españolas del Continente americano encontró en los norteamericanos franca simpatía. Este es un hecho de evidencia innegable y de fácil explicación. Los norteamericanos habían hecho surgir su nacionalidad al calor de su amor al republicanismo, y por fuerza tenían que sentirse identificados con aquellos pueblos que moraban en el mismo Continente, que como ellos tenían su origen en la colonización europea, y que sobre todo aspiraban a la independencia inspirados y alentados por su ejemplo.

Que los hombres que por aquella época ejercían los poderes públicos en los Estados Unidos participaban de ese estado de opinión, está demostrado por muchos antecedentes que figuran en documentos oficiales.

Véase la resolución del Presidente de la República enviando un cónsul a Caracas, a mediados del año 1810, como respuesta a la solicitud de la "Junta" de dicha Ciudad reclamando el envío de ese funcionario, después de decretada la libertad de comercio; las frases que se emplean en la comunicación de 19 de diciembre de 1811, por la que el Secretario de Estado, a nombre del Presidente, avisa el recibo de la notificación que se le hace de la declaración de Independencia de las "Provincias Unidas de Venezuela", así como el dictamen de un Comité especial, a que fué deferida dicha "Declaración", en la Cámara de Representantes, y por el que se recomendaba se incitase a los revolucionarios para que perseveraran en sus esfuerzos; los términos del Mensaje Presidencial de 2 de diciembre de 1817, en que por el primer magistrado se le expone al Congreso que en la lucha entre España y sus colonias había puesto todo su empeño en tratar bajo el mismo pie a los dos bandos contendientes, manteniéndose neutral y permitiendo a unos y a otros abastecerse en los puertos de la nación; léanse esos y otros documentos de aquella época, relativos a la misma materia, y se comprobará la exactitud de nuestra afirmación.

Pero nada de esto es comparable al paso que dió la Cancillería Americana en pro de la Independencia de aquellas colonias, el año 1818, esto es, cuando aún no había reconocido dicha Independencia y cuando todavía el poder de España combatía la rebelión. Inmediatamente nos vamos a referir a él.

La "Santa Alianza", la liga sombría y funesta que para acabar con todas las libertades, como medio de afirmarse en sus tronos, idearon los soberanos de Europa, se había constituído en 1815, y en 1818 debía celebrar sus sesiones en Aix-La-Chapelle. Entre los asuntos que iban a ser materia de discusión ocupaba lugar la manera de mantener el poder de España en sus colonias.

El Gobierno de Washington se enteró de que por algunos de los de Europa se pretendía recabar el apoyo de los Estados Unidos en aquella empresa, y en 31 de julio del año a que nos referimos, Richard Rush, en aquel entonces Ministro en Londres, procediendo de acuerdo con instrucciones de la Secretaría de Estado, le hizo saber a Lord Castlereagh, Ministro de asuntos

exteriores, que el Gobierno de los Estados Unidos, tras detenida deliberación, había resuelto no tomar parte, bajo ningún concepto, en ningún plan de pacificación que tuviera otra finalidad que no fuera la de la independencia de las colonias. Análoga manifestación hicieron a los Gobiernos de Francia y Rusia los Enviados de los Estados Unidos ante los mismos.

Al enterarse el Gobierno Inglés de la resuelta actitud de los Estados Unidos, le retiró todo su apoyo al proyecto de la Santa Alianza de someter las revueltas colonias.

La Gran Bretaña se colocaba en una situación eminentemente práctica. Por arriesgarse en una empresa cuyas consecuencias desconocía, no se iba a atraer el odio de los pueblos de la América del Sur y a perder el magnífico comercio que con los mismos había emprendido y que hasta entonces estuvo monopolizado por España. Ni siquiera podía seducirla la adquisición de nuevos territorios, pues la India, Australia y el Africa del Sur ofrecían ancho campo a su actividad exterior.

Si algún temor hubo de quedar con respecto a la actitud que en lo futuro pudiera adoptar Inglaterra, quedó desvanecido poco tiempo después, el año 1822, cuando, con ocasión de reunirse la Santa Alianza en Verona, protestó aquella nación, por boca del Duque de Wellington, en términos tan enérgicos contra el acuerdo de que Francia pudiera intervenir en España con objeto de restablecer el orden, y contra aquel otro por el que se eliminaba la representación popular y se suprimía la libertad de imprenta, que de hecho quedó separada de la Santa Alianza; y sin su cooperación parecía aventurado que las otras naciones se arriesgaran en la empresa de someter a las colonias.

*

El mes de abril del propio año en que se reunió el Congreso de Verona y cuando todavía combatía España en suelo americano, por no perder su soberanía, el gobierno de Washington reconoció la independencia de las nuevas nacionalidades.

Este hecho revelador de la actitud de los Estados Unidos —francamente favorable a los nuevos Estados—, unido al de la desviación de Inglaterra del proyecto de la Santa Alianza, de someter a las colonias, parecía alejar todo peligro de que Espa-

ña recuperase sus perdidos dominios. Pero no era así; hemos de ver inmediatamente cómo al año siguiente la funesta Santa Alianza se ofreció más amenazadora que nunca.

*

En el verano del año 1823, después que las huestes francesas invadieron con éxito la península española, se aseguraba como cosa corriente, en todas las cancillerías, que el próximo paso que daría Francia, respaldada por la Santa Alianza, sería el de ayudar a España a mantener, recobrar, mejor dicho, su dominación en las colonias.

A Inglaterra le infundía serios temores la probabilidad de que tal empresa se realizara, no ciertamente por la suerte que pudieran correr los nuevos Estados, pues no había reconocido su independencia, como ya lo habían hecho los Estados Unidos, sino porque, según antes se ha dicho, iba a perder su cada vez más próspero comercio con las antiguas colonias, dado que en aquella época sólo la Metrópoli podía comerciar con sus posesiones, y, además, porque iba corriendo el peligro de que Francia obtuviera compensaciones territoriales y fuera a convertirse, de esa manera, en fuerte rival suyo como potencia colonial.

El Gobierno Inglés pensó en prevenirse contra ese peligro, y como conocía yà la opinión del pueblo norteamericano, hacia éste volvió la vista. Véase cómo procuró un acercamiento con el gobierno de Washington, para evitar la posible acción de la Santa Alianza en Hispano-América.

En 16 de agosto de 1823, George Canning, Ministro de Relaciones Exteriores en el Gabinete Británico, sostuvo una conversación con el Ministro de los Estados Unidos, Richard Rush, y después de exponerle el hecho de que hacía pocas semanas le había significado al gobierno de París, por medio de una ''nota'', que Inglaterra estaba confiada en que Francia no se prevalería de su posición para obtener concesiones territoriales en las posesiones españolas, hubo de manifestarle que, a su juicio, los Estados Unidos pensaban de la misma manera; y que el hecho solo de que las naciones de Europa vieran a éstos y a su nación abundando en la misma opinión, sería suficiente para evitar la proyectada acción militar.

Cuatro días después, o sea el 20 de agosto, quiso Canning ser más preciso y hubo de librarle una comunicación al diplomático norteamericano proponiéndole que los dos se unieran, a nombre de sus respectivos gobiernos, para formular estas declaraciones:

1.°—Consideramos imposible la reconquista de las colonias por España.

2.°—Consideramos la cuestión de su reconocimiento como Estados independientes, sujeta al tiempo y a las circunstancias.

3.°—No estamos, sin embargo, dispuestos a poner obstáculos para un arreglo entre ellas y la madre patria, por medio de negociaciones amistosas.

4.°—No pretendemos apropiarnos ninguna porción de esas colonias.

5.°—No veríamos con indiferencia que una porción de ellas pasase al dominio de otra potencia.

En 23 de agosto Rush le acusó recibo a Canning de su proposición, en términos admirables. Le expuso que tenía la seguridad de que el Gobierno de Washington abundaba en el mismo parecer que el de Londres, y que en ese sentido no tendría inconveniente en formular las cinco declaraciones en cuestión, pero que la forma de hacer dichas declaraciones es lo que él no podía decidir sin antes recibir instrucciones; y aprovechó la ocasión para hacer resaltar, por cierto que con mucha delicadeza, el hecho singular de que Inglaterra, que tanto se preocupaba al parecer de la suerte de las colonias, no hubiera reconocido aún su independencia. Expresóse en estos términos:

Los Estados Unidos ya han reconocido la independencia de las provincias españolas de la América y lo único que desean es ver mantenida dicha independencia en condiciones de estabilidad, para ventura y provecho de las mismas y del resto del mundo. Para el mejor éxito de esta finalidad nada sería más conveniente que el hecho de que las naciones de Europa, muy especialmente la Gran Bretaña, recibieran a las referidas provincias en la familia de las naciones.

¿Por qué el diplomático norteamericano, al consignar que aunque tenía la seguridad de que su Gobierno participaba del pensamiento encerrado en las cinco declaraciones, aseveraba que desconocía la forma en que podría formularlas?

La explicación la revelan los términos de la comunicación que el propio día 23 de agosto le dirigió Richard Rush al Secretario de Estado al remitirle la proposición del Ministro inglés. Le llamaba la atención a su Gobierno con respecto al peligro que podría encerrar tomar una medida que los envolviera en el sistema político europeo, y que por otra parte podría acarrearles la enemistad de Francia, que por sí sola, a su juicio, no podía emprender tan magna empresa.

Se ve, pues, que Rush no creía conveniente que los Estados Unidos dieran paso alguno que implicara una negación del principio de "las dos esferas".

El día 31 del propio mes de agosto, Canning hubo de dirigirle otra comunicación a Rush, que éste, a su vez, remitió a Washington, donde llegó el 5 de noviembre, exponiéndole que las proposiciones que le había hecho eran meramente confidenciales, desprovistas de todo carácter oficial; pero, en cambio, en 18 y 26 de septiembre le consultó si, caso de reconocer la Gran Bretaña la independencia de las provincias españolas, los Estados Unidos suscribirían las declaraciones propuestas, a lo que contestó el diplomático norteamericano que nada resolvería mientras no tuviera instrucciones.

Rush, en una comunicación fechada en 10 de octubre y que llegó al Departamento de Estado el 19 de noviembre, reveló estar al cabo de cuáles eran los móviles que guiaban a la Gran Bretaña en este asunto:

No la guía—decía—ninguna buena disposición hacia la Independencia de los nuevos estados... No se inspira más que en su interés y en su ambición, y hasta no me extrañaría que en el fondo estuviera de acuerdo con el propósito de la Santa Alianza de suprimir en Europa las reformas populares.

En 22 de octubre Rush vuelve a escribir para decir que Canning guardaba completo silencio en el negocio en cuestión, que nada le había vuelto a decir sobre el particular.

En 24 de noviembre Canning y Rush celebran una conferencia, en la que el primero le da cuenta al segundo de la que a su vez había celebrado el día 9 de octubre con el Embajador francés Príncipe de Polignac.

Le expuso que en esas conferencias él había declarado que la

Gran Bretaña permanecería neutral en la disputa entre España y sus colonias, a menos que promediara en dicha lucha alguna potencia extranjera; que no aspiraba a ventajas territoriales, sino a sostener relaciones de amistad y comercio con las referidas colonias, y que reconocería la independencia de éstas caso de que alguna nación interviniera en el referido conflicto, ya por la fuerza, ya por medio de la amenaza.

Asimismo le dió a conocer a Rush que el Príncipe de Polignac, por su parte, había declarado que Francia no se aprovecharía de las ventajas de su situación en España para realizar adquisiciones territoriales en América, y que no emprendería contra las colonias acción alguna por medio de las armas.

Ahora Rush se lo explicaba todo. Canning fué a buscar alianzas con los Estados Unidos cuando temió que Francia aprovechara su situación para conseguir buenas posiciones en América, y desistió de ese empeño cuando esta nación le dió la seguridad de que no iba a emprender ese camino.

Veamos ahora qué acogida se había dispensado en Washinton, mientras tanto, a las proposiciones de Canning.

El Presidente de la República, James Monroe, quiso oir la opinión del ex Presidente Jefferson, y éste la expuso por medio de una carta fechada en 22 de octubre.

Dijo Jefferson, en esa carta, que tanto la América del Norte como la del Sur tenían un sistema distinto al de Europa, razón por la cual debían mantenerse alejadas de las cuestiones y disputas de ésta; que la única nación europea de quien se podía temer algo, por su potencia, era la Gran Bretaña, y que si ésta se desprendía del bando enemigo para engrosar el de los Gobiernos libres, la suerte de éstos estaba decidida. En ese sentido mostrábase partidario de la alianza con la Gran Bretaña.

En parecidos términos se expresó el ex Presidente Madison, a quien Monroe también pidió consejo.

A principios de noviembre del año 1823, a que nos venimos refiriendo, el Presidente Monroe dió cuenta con este asunto de las proposiciones de Canning a su Gabinete. En un principio pareció inclinado a que los Estados Unidos hicieran conjuntamente con la Gran Bretaña las declaraciones propuestas por Canning; pero alguien que había en ese Gabinete, y que, tanto

por el temple moral de su carácter como por su patriotismo y talento, figura entre los primeros ejemplares de la gran democracia americana, hizo ver a todos la verdadera situación. Nos referimos a John Quincy Adams, a la sazón Secretario de Estado. Hizo ver a todos, con su extraordinaria sagacidad, que lo que buscaba hábilmente la Gran Bretaña al procurar esa liga con los Estados Unidos era, más bien que oponer una barrera a las pretensiones de la Santa Alianza, impedir a éstos exceder-se de los linderos de su territorio en lo futuro. Siguiendo esta opinión el Presidente, abandonó la que le indicaba Calhoun, otro de sus Secretarios, quien se mostraba partidario de darle un voto de confianza a Rush. En definitiva, nada se acordó sobre las proposiciones de Canning.

*

Hemos narrado punto por punto todos los detalles relacionados con las proposiciones de Canning, con toda intención. Por muchos se consideran las gestiones de Canning en este asunto como causa de la enunciación de la famosa doctrina de Monroe, a que después nos referiremos, cuando no es así.

Toda la significación y trascendencia de las proposiciones de Canning queda señalada. No produjeron otras consecuencias que las que dejamos dichas. El verdadero origen de la doctrina de Monroe hay que buscarla en una causa mediata: el deseo del Gobierno de Washington de evitar que la Santa Alianza trajera a América sus principios reaccionarios, y en otra inmediata: la actitud adoptada por la Cancillería Americana con ocasión de determinadas situaciones que sobrevinieron en las relaciones diplomáticas con Rusia, y a que a renglón seguido nos vamos a contraer.

*

En 16 de septiembre del año 1821 el Emperador de Rusia expidió un úkase prohibiéndoles a los extranjeros comerciar y navegar dentro de una zona de cien millas italianas, situada entre la costa noroeste de América, el estrecho de Behring y el paralelo número 51 de latitud norte.

La Gran Bretaña y los Estados Unidos se creían con dere-

cho a esa zona, y sus respectivos gobiernos protestaron contra aquella disposición.

En 17 de julio de 1823 el Secretario de Estado J. Q. Adams se encontraba tratando de este asunto con el Barón de Tuyl, Ministro ruso, y hubo de hacerle esta arrogante declaración que resumía su manera de pensar en el asunto y que era una expresión del estado general de la opinión ante las amenazas de Europa:

Le negamos a Rusia derecho a ningún establecimiento territorial en este Continente, y desde ahora proclamamos el principio de que los Continentes americanos, en lo futuro, no serán objeto de nuevas colonizaciones por parte de Europa.

Cinco días después, Adams le enviaba instrucciones a Middleton, Ministro en Rusia, con respecto a este asunto, y le decía:

Ninguna ocasión más a propósito que ésta para expresarle al Gobierno de Rusia, con toda franqueza, que el mantenimiento de la paz y el interés mismo de Rusia son incompatibles con el establecimiento, por esta nación, de nuevas posesiones en el Continente Americano. Con excepción de las colonias británicas situadas al Norte de los Estados Unidos, el resto de los dos Continentes no debe ser gobernado más que por manos americanas... Negamos, pues, el derecho de Rusia a establecer colonias en este Continente... Las nuevas repúblicas americanas sentiríanse intranquilas si vieran a Rusia de vecina con los Estados Unidos; esto aparte de que las pretensiones rusas en esta materia resultan incompatibles con las de la Gran Bretaña.

Obsérvese que esta declaración de Adams está perfectamente inspirada en la doctrina de ''las dos esferas''. Lo propio aconteció con otra declaración que formuló también por aquella época, con motivo de determinadas gestiones del propio Ministro ruso, según vamos a ver.

En 16 de octubre del año 1823, el Ministro ruso, Barón de Tuyl, visitó a Adams en la Secretaría de Estado y le expuso, siguiendo instrucciones de su Gobierno, que al conocimiento de éste había llegado que la República de Colombia había designado como Ministro en aquel Imperio al General Devereux, y que se había resuelto no recibirlo y adoptar análoga determinación con todos los diplomáticos que enviaran los nuevos gobiernos de Hispano-América.

Adams hubo de contestarle que por encontrarse ausente en Virginia el Presidente de la República, no podía darle una contestación oficial; pero que podía hacerle presente que la declaración de los Estados Unidos, al reconocer la independencia de los Estados americanos, de continuar en la neutralidad hasta entonces observada respecto a España y sus colonias emancipadas, había tenido por base la observancia de igual neutralidad por todas las potencias de Europa con respecto a dicha lucha; que mientras aquel estado de cosas continuara sin modificación, podía asegurarle que los Estados Unidos no se apartarían de la neutralidad declarada; pero que si uno o más Estados europeos se separaban de este camino, el cambio de circunstancias necesitaría consideraciones de parte del gobierno americano, cuyo resultado le era imposible predecir.

El día 5 de noviembre, de regreso el Presidente, Adams le dió cuenta de la entrevista y de las manifestaciones que había hecho, y aquél no sólo las aprobó, sino que le expuso que así se lo hiciera saber al diplomático ruso; cumpliéndose esto en una entrevista que tuvo efecto tres días después.

Pero no terminó con eso este asunto. Se continuó tratando del mismo en el Gabinete, y el 25 del propio mes se redactó una declaración, dos días después leída por Adams a Tuyl, concebida así:

Los Estados Unidos ni su Gobierno pueden ver con indiferencia que ninguna nación europea, no siendo la propia España, trate de restablecer, ya el dominio de ésta sobre sus colonias emancipadas, ya de fundar monarquías en dichas colonias, ya de adquirir alguna de las que aún se encuentran bajo el dominio de España.

Bueno es hacer constar, para la mejor inteligencia de esta declaración, que uno de los proyectos que acariciaba la Santa Alianza era el de establecer monarquías en América.

Se ve, pues, por lo expuesto, que desde el mes de julio del año 1823 la Cancillería norteamericana había levantado, frente a las ambiciones de Europa, el principio de la ''no colonización'', y que en noviembre de ese mismo año había levantado, también frente a la ingerencia que pudieran adoptar las naciones del Viejo Continente en los asuntos americanos, el principio de la ''no intervención''.

Estos principios, que no son otra cosa que una enunciación de la doctrina de "las dos esferas", fueron repetidos por el Presidente Monroe en su Mensaje al Congreso, de 2 de diciembre del citado año. Desde entonces se conocen las ideas expuestas en ese documento, con el nombre de "Doctrina de Monroe".

El principio de la "no colonización" está expuesto así:

En las discusiones a que han dado origen estos intereses, y en los arreglos que deben terminarlas, he creído llegada la ocasión de afirmar, como un principio en que están envueltos los derechos e intereses de los Estados Unidos, que los continentes americanos, por la libre e independiente condición que han asumido y mantienen, no deberán considerarse en lo adelante sujetos a futuras colonizaciones por las potencias europeas *(are henseforth not to be considered as subjects of future colonization by any European powers).*

Y a su vez se refirió al principio de la "no intervención" en los términos siguientes:

Respecto de los acontecimientos en esa parte del Globo, con que tenemos tantas relaciones y de donde derivamos nuestro origen, hemos sido siempre interesados y ansiosos espectadores. Los ciudadanos de los Estados Unidos alimentan los sentimientos más amigables en favor de la libertad y felicidad de sus prójimos en aquella parte del Atlántico. Jamás hemos tomado parte en las guerras de las potencias europeas, sobre los asuntos que a ellas tocan: ni nuestra política permite hacerlo. Unicamente cuando nuestros derechos son invadidos o seriamente amenazados, nos resentimos por la injuria o nos preparamos a la defensa.

Estamos, por necesidad, más inmediatamente relacionados con los movimientos en este hemisferio, por causas fáciles de comprender a todas las personas ilustradas y a los observadores imparciales. El sistema político de las potencias aliadas es esencialmente distinto, en este respecto, del de América. La diferencia procede de la que existe entre los respectivos gobiernos. Nuestra nación está interesada y decidida a defender el propio hogar, que ha sido construído a expensas de tanto tesoro y de tanta sangre y acrecentado por la sabiduría de los más inteligentes ciudadanos, y en el cual hemos disfrutado de una felicidad envidiable.

Cumple por consiguiente a la ingenuidad y a las amigables relaciones existentes entre los Estados Unidos y aquellas potencias, el deber de declarar: que consideraríamos cualquier tentativa por su parte, de extender su sistema a cualquier porción de este hemisferio, como peligrosa para nuestra paz y seguridad. Nosotros no hemos intervenido ni intervendremos en las colonias o dependencias existentes de ninguna potencia europea, Pero respecto de los gobiernos que han declarado y mantenido su independencia, que hemos reconocido, apoyados en grandes consideraciones y justos principios, veríamos cualquier intervención con el propósito de oprimirlas

o disponer en cualquiera otra forma de sus destinos, por cualquier potencia europea, como la señal de una no amigable *(unfriendly)* disposición hacia los Estados Unidos.

En la guerra entre aquellos nuevos gobiernos y España declaramos nuestra neutralidad al tiempo de su reconocimiento, que hemos observado y observaremos, con tal que no ocurra cambio alguno que, a juicio de competentes autoridades o de este Gobierno, amerite, por parte de los Estados Unidos, un cambio correspondiente e indispensable a su seguridad.

Los últimos acontecimientos en España y Portugal demuestran que la Europa está todavía perturbada *(unsettled)*. La mejor prueba que puede producirse respecto de ese importante hecho, es que las potencias aliadas han creído conveniente y satisfactorio para ellas la intervención por la fuerza en los asuntos interiores de España. Hasta qué punto pueda llevarse tal intervención, bajo los mismos principios, es cuestión en que están interesadas todas las naciones independientes cuyos gobiernos difieran de los suyos, inclusas las más remotas, y de seguro ninguna con mayor motivo que los Estados Unidos.

Nuestra política respecto de Europa, adoptada desde el comienzo de las guerras que han agitado por largo tiempo aquella parte del Globo, permaneció siempre igual en el hecho de no intervenir en los asuntos interiores de aquellos Estados; considerar el gobierno de facto como legítimo; cultivar con él relaciones amigables y conservarlas con franca, firme y varonil política; aceptar siempre las justas reclamaciones de todas las potencias; y no someternos a las injurias de ninguna de ellas.

Pero respecto de estos continentes, las circunstancias son enteramente distintas. Es imposible que las potencias aliadas puedan extender su sistema político a cualquiera porción de este hemisferio, sin peligro para nuestra paz y felicidad, ni nadie puede creer que nuestros hermanos del Sud, si se les dejase solos, lo consintiesen de buen grado. Es igualmente imposible, por lo tanto, que nosotros mirásemos con indiferencia tal intervención, en cualquier forma que ocurriese.

Si comparamos las fuerzas y los recursos de España con los de aquellos gobiernos, y la distancia que los separa, es claro que la primera nunca podrá subyugar a los segundos.

Es también política de los Estados Unidos la de dejar las partes entenderse entre sí, en la esperanza de que las otras potencias adopten el mismo principio.

Repetimos lo que antes dijimos. No se expuso en el Mensaje ninguna idea nueva. Eran las mismas consignadas con ocasión de los dos incidentes con el Gobierno de Rusia.

Está fuera de discusión que el verdadero autor de la doctrina en cuestión fué Adams, no sólo porque fué concebida por el criterio de éste, sino porque fué él quien redactó los párrafos que se acaban de transcribir.

Cuando en Europa se conoció el Mensaje de Monroe, produjo un efecto sorprendente. A todos causó verdadero asombro que una nación que había surgido hacía poco, que no contaba más que con diez millones de habitantes, se atreviera a encararse, por así decirlo, de una manera tan atrevida, con las viejas monarquías europeas. Las declaraciones formuladas con este motivo por el Príncipe de Metternich, por Von Gent, por Chateaubriand, por los más insignes estadistas europeos, denotan que el Mensaje les había producido la sorpresa que ocasiona un acto de arrojo y de valor.

El periódico francés *L'Etoile* se expresaba así:

> Mr. Monroe no es más, después de todo, que el Presidente temporal de una República situada en la costa oriental de la América del Norte. Esa República está situada entre unas posesiones del Rey de España y otras del Rey de Inglaterra, y no hace más que cuarenta años que fué reconocida su independencia. ¿Con qué derecho coloca ahora bajo su control a las dos Américas, desde la bahía de Hudson hasta el Cabo de Hornos?

Al mismo Canning no le agradaron los términos del Mensaje.

> Probablemente—le decía a Rush en 2 de enero de 1824—la Gran Bretaña se verá en el caso de tener que combatir el principio de la no colonización.

Pero, a pesar de todos esos comentarios, el Mensaje produjo el efecto que se buscaba; pues aunque Francia le había dado la seguridad a la Gran Bretaña de que no ayudaría a España en la empresa de someter a las colonias, la actitud de la Santa Alianza, a ese respecto, lejos de ser franca, era aún para inspirar desconfianza en América.

La mejor prueba de que el Mensaje tuvo eficacia, la revela el hecho de que todos los sudamericanos lo recibieron con marcadas señales de regocijo.

Y por lo pronto, Rusia, antes tan amenazadora, transigió sus diferencias con los Estados Unidos, en cuanto al comercio y la navegación de la zona situada al noroeste del Continente, por un tratado que se apresuró a suscribir en la primavera del año 1824.

RAÚL DE CÁRDENAS.

La Habana, dic, 1917,

REFORMAS (*)

I

N estos últimos tiempos muy particularmente se ha hablado mucho de la necesidad de laborar intensamente en el empeño de buscar, por medio de ciertas radicales reformas oportunas y discretas, la paulatina desaparición de las morbosidades imperantes en nuestro depauperado organismo político. Piensan muchos que nada se conseguirá con tales reformas, si previamente no se modifica convenientemente al hombre, a los componentes de la agrupación social que va a ser objeto de ellas. El hombre fabrica, crea leyes, instituciones excelentes, óptimas, pero vemos con cierta frecuencia que las cosas permanecen en el mismo o peor estado, que los mejoramientos esperados no llegan nunca, o si llegan es falseados o transformados. Aparentemente verdaderas estas apreciaciones contienen una gran cantidad de error. La vida es demasiado multiforme para que se la pueda vaciar en un solo molde. Si se estudia serenamente la historia, sin *parti pris,* sin espíritu de sectarismo, se observará siempre que los grandes hechos que han transformado en determinado sentido colectividades sociales extraviadas o estacionarias, no han sido productos de la totalidad y ni aun siquiera de la mayoría de sus componentes, sino de un hombre de superioridad incontestable o de grupos de hombres de cierto viso, de una *élite* que ha

(*) Véase la nota de la página 131, tomo XIV, de CUBA CONTEMPORÁNEA (núm. de junio, 1917), donde aparece otro trabajo de nuestro corresponsal en la República Dominicana.

dispuesto de la suma de poder necesario y ha puesto en la empresa de reformación una tenacidad a toda prueba y todo el caudal de sus privativas energías...

Si no hay ese hombre o ese grupo de hombres, inútil es esperar nada de la implantación de tales reformas. Resultarían letra muerta en el fondo como muchas excelentes nuestras dictadas en diferentes ocasiones. Poseemos varios voluminosos tomos de ellas. Nuestro repertorio en esa materia es abundantísimo. Creo que los pueblos siempre están *preparados* para adelantar y avanzar en un sentido de cada vez más efectiva conciencia democrática, siempre que a su cabeza esté el hombre o los hombres de buena voluntad interesados leal y patrióticamente en tal empeño. El progreso jamás ha sido la obra de las multitudes, sino la de uno o más individuos *inconformes* con el estado de ignorancia o atraso del medio en que se dilata su existencia. En la *inconformidad* de que habla Emerson está vinculada la base fundamental de todo movimiento progresivo. Las sociedades más atrasadas, más rutinarias, más estacionarias, han sido y son aquellas en que por circunstancias exteriores y por deficiencias de mentalidad no se ha podido efectuar un lozano florecimiento de ideas en completa discrepancia con modos de pensar y sentir del mayor número de los que las forman.

La Argentina semi-bárbara de Facundo Quiroga y de Rosas va gradualmente saliendo de ese estado y transformándose ventajosamente bajo la impulsión de ciertos hombres hondamente penetrados de las necesidades de la época en que actuaron y provistos del conocimiento necesario de los medios y resortes indispensables para satisfacerlas lo más completamente posible. Sobre los escombros de esa época de atraso, de rutinarismo, de barbarie, se yergue majestuosa, aureolada con un resplandor de gloria imperecedera, la gran figura de Domingo F. Sarmiento. Países en formación como algunos de estos americanos de civilización latina necesitan poseer un núcleo de hombres *representativos* dispuestos, cueste lo que costare, a acometer la magna obra de mejorar su deficientísima condición social en un sentido de gradual y entera adaptación a modalidades de la civilización peculiares de la hora presente. Pero esos hombres representativos son como diamantes de a libra por su escaso número. No

sólo necesitan poseer relevantes condiciones de inteligencia, de mentalidad, sino, mucho más que eso, cualidades de carácter firme y recio, de una voluntad tesonera exenta de flaquezas y desmayos e incapaz de amilanarse ante los tremendos obstáculos que ponen de continuo en la vía salvadora los intereses creados. Y hay que declarar que de esta clase de hombres andamos harto menesterosos.

Bajo la presión de la mano de esos hombres estructurados para realizar innovaciones trascendentes, la evolución de desesperante lentitud privativa de sociedades irregularmente integradas se traduce en movimientos aceleratorios que en ciertos momentos son o parecen ser verdaderas revoluciones. Eso constituye una ley biológica lo mismo en los mundos de la naturaleza que en los del espíritu, en lo físico que en lo superorgánico. En lo físico, la teoría de las *mutaciones discontinuas,* del gran naturalista holandés Vries, parece comprobarlo satisfactoriamente por el considerable número de hechos observados en que se apoya. En lo que respecta a lo social, el insigne Gabriel Tarde ha analizado con verdadera profundidad esta faz del interesante problema. Por no sé qué oculto dinamismo, ese poder aceleratorio que se desprende de ciertos hombres de alta inteligencia y de robusta voluntad, se exterioriza en ciertos momentos con fuerza suficiente para arrollar cosas añejas que se creían por completo irremovibles. Pero si un pueblo, por carencia de esos hombres representativos, por falta de impulsión interior, de virtualidades intrínsecas, no puede por sí solo determinar la impulsión necesaria para esos movimientos aceleratorios, como no es posible permanecer indefinidamente estacionarios estando en contacto íntimo con países de un superior estado cultural, la impulsión viene de afuera y se cumple siempre con menoscabo de las modalidades espirituales que particularizan la fisonomía moral del pueblo que la motiva.

II

El tópico importantísimo, acaso vital, de las reformas, ha sido objeto de muy preferente atención por parte de dominicanos distinguidos por su clara inteligencia y su constante devoción a

ideales de bien público, como Mariano A. Cestero, Francisco J Peynado, Moisés García Mella, Américo Lugo, Rafael J. Castillo y otros que en este momento no me vienen a la memoria. Bajo la bandera de las reformas constitucionales se han agrupado desde hace varios años muchos de los elementos de más alto prestigio con que cuenta el país. Ha sido el grito de combate de tres revoluciones puede decirse. Ha encontrado eco hasta en las últimas clases sociales que las han entendido a su manera, pero que al fin se han dado, en cierto sentido, más o menos aproximada cuenta de la trascendencia de ellas. Si al principio esa aspiración pudo considerarse y aun se consideró por gobernantes suspicaces como eficiente pretexto de levantamientos armados, luego, consagrada y depurada en tres sucesivas etapas revolucionarias, formó ambiente y constituyó el punto cardinal adonde afluyeron, impetuosos y desbordantes, los más radicales anhelos de mejoramiento político del pueblo dominicano. Fué obra, pues, de soberana previsión, no sólo abrir paso a ese cada vez más potente deseo, sino estimularlo y robustecerlo no dándole en ningún caso y en ningún sentido carácter partidarista, sino neta y exclusivamente nacional. Desgraciadamente, nada positivo se hizo en el camino de dar cumplida satisfacción a tan justificadas aspiraciones.

La tendencia general de todos los escritores reformistas es combatir el centralismo asfixiante que formó siempre el núcleo principal de nuestras instituciones falsamente democráticas, y del cual, como de charca cenagosa, ha brotado nuestro triste y disolvente personalismo. Nuestras veinte constituciones, todas, cual más cual menos, de tipo centralista, monárquico absolutista puede decirse, no han servido sino para consagrar la dictadura, robustecer la acción ejecutiva hasta un punto apenas creíble. Toda nuestra estructura constitucional tiende al entronizamiento de la tiranía de un hombre o de una oligarquía. En el fondo, nuestras instituciones son supervivencias medioevales disfrazadas con apariencias de modernidad. En ninguna de ellas resplandece un concepto científico de fundamentales realidades del espíritu de nuestro tiempo.

En ellas, en esas instituciones, vive el pasado. El famoso artículo 210 de la primera Constitución de la República que im-

primió carácter abusivamente legal a la dictadura de Pedro Santana, aunque suprimido en las subsiguientes, continuó en ellas, si no en la letra, por lo menos en su espíritu centralizador y terriblemente absorbente. Nuestra organización jurídica ha sido esencialmente favorable a la acción perturbadora del Ejecutivo. Nuestras instituciones han estado siempre calcadas en un espíritu de tradicionalismo, de fuerza, de agresividad, de violencia, en que todo personalismo político, suspicaz y tiránico, tiene amplia y sólida base. Nuestro concepto de gobierno ha tenido siempre su raíz en una idea de absorción completa de funciones de poder que se dirige sin cesar a anular los gérmenes de innovación y de mejoramiento, que por ley natural surgen con más o menos relativa frecuencia en el desenvolvimiento colectivo.

III

En su serio y bien pensado opúsculo *Descentralización y Personalismo,* buscó el ilustre ciudadano Mariano A. Cestero, una de las figuras representativas de más alta probidad que ha tenido el país, base de positiva consistencia para echar los cimientos de una organización nacional ampliamente descentralizadora y refractaria en un todo a los factores determinantes del personalismo de tan nociva influencia en nuestra tormentosa existencia histórica. Ese torpe y menguado régimen personalista ha convertido algunas de estas repúblicas de civilización ibérica en verdaderas satrapías donde sólo ha prosperado y prospera el culto de la fuerza, y donde el derecho, consignado en constituciones ilusorias, ha resultado perennemente un verdadero mito. La mirada del observador sereno puede seguir fácilmente, en estos ambientes tan propicios para ello, las evoluciones progresivas y aun regresivas que, con desesperante realidad, nos presenta a cada instante ese monstruo multiforme que se llama el personalismo. Sus metamorfosis son a veces en extremo sorprendentes. Lo cómico y lo trágico, éste casi siempre en mayor cantidad, alternan en su obra nefasta, obra que en ocasiones parece inspirada por no sé qué terrible dramaturgo obseso por visiones macábricas de sangre y de exterminio. A veces en la obra del personalismo vense soluciones de continuidad.

Son paréntesis luminosos abiertos por algún gobernante que implanta con mano casi siempre irresoluta, sin método y sin subordinación a un proceso serial, reformas o fragmentos de reformas. Esos mandatarios fracasan siempre. De ahí y de otras circunstancias el creciente desencanto, la opinión de algunos escépticos de que somos incapaces de salvarnos por nosotros mismos, por el bien encaminado empleo de nuestras propias energías dormidas o extraviadas...

En un folleto muy interesante y jugoso del ilustrado jurisconsulto Francisco J. Peynado, se aboga principalmente, con sólido fundamento, por la atracción de corrientes inmigratorias en condiciones de contribuir poderosamente al mejoramiento patrio. Todas las resaltantes deficiencias y defectos que con severo índice señala Peynado, y que a su juicio hay previamente que modificar o suprimir si en realidad estimamos conveniente la atracción al país de gente nueva lo más afín posible a la nuestra, están ciertamente al alcance de cualquier espíritu perspicaz que se proponga calar hondo en nuestro fondo social con el fin de estudiar concienzudamente los resortes y procedimientos necesarios para introducir en él modificaciones sustanciales que nos capaciten para la pronta realización de altos propósitos de adelanto y de civismo. Hace muchísimo tiempo que, como lo indica Peynado, debió romperse abiertamente con la interminable serie de preocupaciones añejas y de mentiras convencionales de relumbrón, que han formado la base perpetua de nuestra existencia colectiva, y preconizar, sin componendas ni pasteleos, la manera de colocar el país en condiciones las más propicias y ventajosas posibles de traer a nuestras playas numerosos emigrantes de raza blanca, fuertes y trabajadores, que es la única manera de acrecer considerablemente nuestra capacidad agrícola e industrial tan reducida y rudimentaria, y el único modo de haber puesto dique eficaz al desbordamiento sobre nuestro territorio, cada día más amenazante, de la pletórica población negra de la república vecina.

El opúsculo del culto escritor Moisés García Mella, *Libertad civil,* trata con elevado espíritu asuntos de trascendental importancia para la sociedad dominicana. Centralización completa en lo militar, circunscrita rígidamente a su esfera, y amplísi-

ma y completa descentralización en lo civil forman la síntesis de los puntos acertadamente tratados en el jugoso trabajo de García Mella. Común, provincia, nación, deben, en el más alto grado posible, descentralizar sus respectivas formas de funcionamiento jurídico para poder dar libre vuelo, armónico y efectivo desarrollo, a sus peculiares energías, a sus actividades políticas, económicas, sociales, en el más radical concepto de la palabra. Esa es la verdadera fórmula de toda agrupación nacional que aspire a una organización de derecho genuinamente democrática. A la primera ojeada pálpase que nuestra vida nacional, en sus principales aspectos, es mucho más artificiosa que real, y se desenvuelve en un ambiente de resaltantes mentiras convencionales. Durante más de setenta años estuvimos jugando a República sin haberlo sido nunca realmente. Nuestra idea de función gubernativa, siempre coercitiva y absorbente, tiene su raigambre efectiva en la herencia acumulada de tres centurias de infecundo coloniaje. Muchos esfuerzos serán necesarios para desprendernos de concepto tan añejo y tan funesto. Bueno o malo, todo lo hemos esperado siempre de arriba. Para la inmensa mayoría, el Ejecutivo—que tiene funciones muy precisas y concretas—debe hacerlo todo, abarcarlo todo, poner su mano, muchas veces extranguladora, en todas las iniciativas y manifestaciones de la vida nacional. Hay que dejar a los gobiernos, a los Ejecutivos—ojalá no fuera necesario—que llenen sus legítimas funciones, y laborar cada cual, viril y conscientemente, sin titubeos ni desfallecimientos, en todo noble y generoso empeño de mejoramiento colectivo.

Américo Lugo y Rafael Justino Castillo, en diversas ocasiones, han apuntado en la prensa nacional ideas muy oportunas y juiciosas acerca de estos asuntos de tan vital interés para el porvenir del país. Pero sus voces, como todas las demás, se han perdido estérilmente en el más pavoroso vacío. Aquí se lee muy poco, puede decirse. Todas esas prédicas giran en torno de una minoría ilustrada, que tiene ya sus convicciones hechas a ese respecto y a la que no hay necesidad de convencer. Hasta la masa, sumida en crasa ignorancia, no llegan casi nunca. Y así hemos vegetado dolorosamente a la sombra letal de instituciones caducas y por completo insuficientes para prácticas y procedi-

mientos de la democracia representativa, entendida en su más racional y prolífico sentido. Pensé siempre que la más eficaz y positiva garantía de esas reformas hubiera sido comenzar por la descentralización completa de la administración de Justicia, libertándola por entero de toda influencia oficial por medio de rentas propias que manejasen directamente empleados nombrados por ella, a fin de que no estuviese nunca expuesta a claudicar o a no funcionar por suspensión de sueldos o amenazas partidistas perturbadoras de su vida económica.

IV

En la vida, en lo individual como en lo social, es virtud poderosísima la previsión. Su valor más efectivo y trascendente se aquilata, en grado máximo, en las funciones gubernativas. Desde arriba, desde las alturas, lo mismo en lo físico que en lo moral, se puede precisar con sus principales detalles característicos una exacta o aproximadamente exacta visión de conjunto. El político verdadero, el estadista sagaz, el hombre de gobierno, frente al conjunto de aspiraciones, anhelos y exigencias más o menos apremiantes que por virtud de cierto dinamismo social se producen en un momento dado, está en el deber imperioso, por previsión prudente y discreta, de escuchar a tiempo, oportunamente, sin indecisiones ni titubeos, esas voces que vienen de abajo traduciendo un estado de alma más o menos pronunciado de ser colectivo, murmullo suave y tenue al principio, más fuerte y resonante después, hasta trocarse en concierto de amenazas, como en ciertos casos de la tragedia griega. En estas democracias de aluvión, inconscientes, irreflexivas, impresionistas, tales voces, inescuchadas o desatendidas, suelen llegar con frecuencia a extremos deplorables que hay que evitar a todo trance. Imperdonable es en un gobierno bien intencionado pretender con amenazas o subterfugios contener o desviar esa corriente de opinión que persigue ansiosamente un objetivo determinado. Lo prudente en el hombre de gobierno es ponerse a la cabeza de ese movimiento, o cuando menos encauzarlo hábil y provechosamente...

Así creí yo firmemente que lo haría el gobierno surgido de

las últimas elecciones. Timbre de honor hubiera sido para don Juan Isidro Jiménez, el candidato triunfante, haber puesto todos los medios gubernativos, de tanta eficacia entre nosotros, al servicio de la justa causa de las reformas. No sucedió así por desgracia. Pronto se vió que ni él ni los que lo rodeaban parecían tener mayor interés en la implantación de ellas. Parecía esquivarse abordar de frente el problema. Acaso intereses partidistas se movían en la sombra para impedir se intentase nada seriamente con ese propósito. No hubo la abnegación necesaria para encimarse a mezquindades de intereses personalistas efímeros y llevar a cabo una obra de reconstrucción nacional. Y así, sin haberse nada seriamente intentado, nos ha sorprendido la catástrofe, la terrible catástrofe de la ocupación militar del país por un ejército extranjero.

Fed. García Godoy.

La Vega, R. D., julio de 1916.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET [1]

ON un ademán de paladín, Ortega y Gasset se ha puesto en poco tiempo a la cabeza de las nuevas generaciones españolas. Su nombre está ya junto a los cuatro o cinco nombres definitivos. Si Baroja es un tartamudeo de disgusto y Azorín es un balbuceo sentimental, si Valle Inclán es una resonancia preciosa y Ramiro de Maeztu una libre charla europea, Pérez de Ayala es la literatura misma, y Ortega y Gasset es un pensamiento vigoroso, junto al cual apenas se oyen la divagación un tanto flemática de aquél o la crónica desabridilla del de más allá.

Hace varios meses—al publicarse el tomo primero del *Espectador*—escribí un artículo *(La salvación del héroe),* al cual me permito aludir porque era como una teoría de la conducta de Ortega y Gasset.

Hablaba yo entonces de las dos tendencias fundamentales que lo solicitan—la filosofía y la literatura—y pretendía comunicar al lector mi sospecha de que la primera, ayudada por cierta pendiente de su temperamento, lo arrastra fácilmente hacia la política: ¡y por la política se han perdido en España hombres tan excepcionales como éste! La literatura, en cambio—decía yo—más desinteresada si cabe, le aparta de todo lo que no sea Dios.

Ortega, que en *Vieja y nueva política* primero, y después como director del semanario *España,* se ensaya para la acción

(1) *El Espectador,* II, Madrid, mayo de 1917, 8.º, 213 págs.

pública, pronto se retira de todo eso con mal disimulado disgusto, y vuelve, como el joven Descartes, a sus afanes estudiosos y a la investigación de sí mismo.

Es un mal jefe de partido,—afirmaba yo. Es un gran escritor.

—Me ahogo—gritaba él en el primer tomo del *Espectador*. —Me ahogo de mentira política. ¿Dónde hallar alguien que se interese por la sola verdad?

—Ya lo estáis viendo—comentaba yo.—Ya reacciona él solo, por espontánea nobleza, contra su único y verdadero peligro.

Verdad es que, de tiempo en tiempo, la oportunidad sigue arrancándole un artículo para el periódico. Pero, ¡es tan difícil aquí, en estos momentos, negarse del todo a la política! ¡Es acaso tan indebido, cuando se tienen buenos propósitos y al gunas ideas en la cabeza!

Al publicarse aquel primer tomo, todavía no había estado Ortega y Gasset en América, pero ya su actitud interna se resolvía en una naciente aversión contra las limitaciones de la vida española. ¡Cómo podía yo adivinar el camino que seguiría este proceso—siempre patético—de una mente que se depura con sus propias virtudes! ¡Cómo las fases de esta puntual lucha entre la literatura—que es la amante—y la política filosófica, que aquí viene a ser la esposa oficial! ¡Ay! El mito de la Venus Urania y la Venus Terrestre tiene, amigo mío, más sentido del que sueña tu filosofía! (2)

Yo me figuraba—pronosticando con la intención—que el combate de las dos Venus había de ocurrir por la línea de la mayor felicidad, y ahora no puedo disimularme que va tomando por una senda un tanto espinosa. En su reacción contra los males o los peligros ambientes, Ortega y Gasset se ha ido amargando, se ha ido despechando de España. Si debo apreciar de algún modo las protestas con que algunos reciben su nueva obra, Ortega y Gasset ha rebasado un tanto los límites de la piedad. Declaro con toda llaneza que ignoro si también los de la justi-

---

(2) Véase la pág. 42 del *Espectador*, II.—No fué Plotino quien hizo por primera vez esta distinción: fué Platón en el *Simposio*. Ortega lo sabe mejor que yo, pero los helenistas somos muy celosos.

cia: yo apenas comienzo a conocer a España, yo no puedo ser juez.

Ello es que su viaje a América ha dado un rumbo nuevo a este "descubrimiento de sí mismo" a que Ortega vive entregado. (Porque este escritor se busca a sí mismo sin cesar, con una inquietud de adolescente. Hay en él yo no sé qué de niño heroico que pone una vida sin malicia al servicio de una idea terrible.)

El viaje a América no fué para él un viaje de recreo. Creyó descubrir en aquellas sociedades, que comienzan tumultuosamente, una nueva Historia, el antídoto contra las dolencias de las sociedades caducas; descubrir nuevas alegrías posibles, una existencia más amplia y digna, mejor acogida para la obra de un pensador, una posible rectificación total de las viejas equivocaciones, la probabilidad de recomenzar una vida más conforme con nuestra Idea. En suma, podemos decir, con cierta sonrisa, que José Ortega y Gasset descubrió la América. La descubrió, en efecto, para sí mismo. América ha logrado así una envidiable conquista, y ha sellado un pacto de alianza con una de las voluntades más limpias y claras de que se honra la España joven. Agradecemos esa frase de jovial humorismo con que acaba el prólogo del nuevo libro, y a la que, yo no sé por qué, no le quieren dar en Madrid el valor que tiene:

—"En las páginas de *El Espectador* (3) no se pone el sol."

Así sea; no se ponga el sol, ni veamos oscurecerse toda la alegría de una inteligencia a fuerza de protestar contra los males ambientes. Porque cuanta es la alegría con que el escritor recuerda su viaje a la Argentina, tanta es la desesperación (esta

(3) ¿Por qué escribir "de *El Espectador*" y no "del *Espectador*?" ¿Por qué la gente de letras no se pone de acuerdo para no dar más valor del que tiene a ese pedantesco apéndice, a esa oreja o asidero del sustantivo, al artículo indefinido? Escribid: "del *Imparcial*, del *Universal*", pero no "de *El*", por misericordia. Esta última grafía, amigo Ortega, es un caso de *democracia morbosa*: no todas las palabras son iguales, no todas las que aparecen en un título son parte esencial de ese título. Ese pedantesco *El* no es más que una muleta de la siempre coja, siempre tartajosa gramática, que no puede dar alcance al pensamiento.—Y pues de minucias se trata, que impriman más cuidadosamente el próximo tomo del *Espectador*. Todos los guiones faltan, de algunas letras sólo la intención queda, y a veces vacilan las comas con una "incunable" indecisión.

es la palabra justa) con que convierte los ojos a su vieja España. A veces pierde la paciencia, se diría que escribe con dolor. Y no era eso, no, lo que queríamos para él sus amigos. Que se salve en buena hora el poeta, pero no a costa de su serenidad.

Es la vieja historia de Ulises: mal podemos ser dichosos de vuelta a Itaca, así nos espere la fiel Penélope de la patria, si hemos oído en mitad del mar el canto arrebatador de las sirenas.

Y el símil tiene muy larga aplicación; porque yo me temo (y no lo quisiera) que las sirenas argentinas que han seducido a nuestro Ulises, sean, en mucha parte, verdaderas sirenas. He de verter aquí toda la crueldad de mi pensamiento, porque me propongo ser sincero hasta el fin; Ortega no es hombre para regatearle nuestra opinión. Pues bien: yo temería que su entusiasmo por América estuviese también condenado a desvanecerse, como se ha desvanecido ya aquel hermoso ensueño de reconstrucción de la patria que inspiraba, en otro tiempo, las páginas de las *Meditaciones*.

Desde luego, su viaje a América se reduce prácticamente a la Argentina. Y la Argentina es la morada de las Gracias Americanas. De las Gracias, como las definen los modernos mitólogos: ''el espíritu de los deseos realizados''. La Argentina es la tierra de la felicidad gratuita: una gracia son todas sus virtudes y sus riquezas, y allí la felicidad se reparte gratis. Todo viajero que desembarca en Buenos Aires se siente envuelto en un fuego de hospitalidad y agradecimiento. Lo primero que quisiera decir es: ''Gracias, muchas gracias''. (O ''muchas Gracias'', con mayúscula, que da lo mismo.) Si aquel personaje de Heine cantaba: *¡Tirilí, tirilí!* al oir hablar de un viaje a Italia, yo sé de muchos que, al hablar de un viaje a la Argentina, rompen a gritar: *''¡gracias, Gracias'!'*

—Vosotros los mexicanos—me decía Leopoldo Lugones, en París—sois casi como los pueblos europeos; tenéis tradiciones, y tenéis problemas históricos que resolver; podéis ''jouer á l'autochtone'' con vuestros indios, y os retardáis concertando vuestras diferencias de razas y castas. Sois pueblos vueltos de espaldas. Nosotros estamos de cara al porvenir: los Estados Unidos, Australia, la Argentina, los pueblos sin historia, somos los de mañana.

Ya sois los de hoy,—le respondo yo ahora. Vuestra indiscutible fuerza espiritual, argentinos, sólo es comparable a vuestra prosperidad. No en vano atraéis los anhelos de los hombres libres. Yo os deseo todo bien.

Con todo, pensando en mi pobre patria desgarrada, yo me decía, oyendo a Lugones, que tener historia es tener merecimientos... Pero, ¿qué tendrá que ver la moral con el éxito de las naciones, donde reinan—a cuatro patas—los dioses brutales de la fuerza?

Y Ortega y Gasset sólo ha conocido la tierra graciosa, la América que ríe,—o porque aún no le ha tocado llorar, o porque no habrá de tocarle nunca. Pero, ¿le hubiera seducido igualmente la América que lucha y sufre? El músculo en reposo le ha enamorado, le ha enamorado la robusta serenidad de la estatua, nunca puestos a prueba. Acaso descubriría más ímpetu en el músculo que se desdobla bajo la carga de un duelo nacional. Más ímpetu sí: no más alegría. Y no le pidamos, por ahora, que se entristezca más. Dejémosle enamorarse de las Gracias Argentinas y hagamos votos por que "la alegría americana" sea más duradera y firme en su alma de lo que fué la "alegría española" de otro tiempo.

Porque este libro está lleno de amargura. De las *Meditaciones* al *Espectador* hay, a mi entender, un avance por el camino de espinas. Hasta su estilo, que ha perdido en frondosidad y en ritmo lo que adquiere en muequecillas de capricho personal, me parece que denuncia un dolor. Hablar a fuerza de dolor es el peor método del arte. El *Pelícano* de Musset es una falsa imagen romántica. Aulla la literatura española largamente, arrancándose los escritores sus propias entrañas...

¡Oh, no caigas tú, noble amigo, en la horrible lamentación! Arroja de ti con desenfado esa capa de incomodidades, y ríe. Rompe esa dureza ingrata de tu cara con la curva de una sonrisa. Olvídate un poco de ti mismo. Ríe: no todos conocen la alegría de pensar. No creas en la sirena de ayer ni en la de hoy: hay mejor sirena en el corazón. Un mundo luminoso se abre más allá del mar del espíritu, adonde las bellas ideas se revuelven graciosamente, superiores a las pasiones humanas. No hay que esperar tanto de la tierra: la tierra es dolor. No hay que

exigir demasiado de los hombres: con agudo entendimiento de las debilidades cósmicas el pueblo hebreo ha inventado el símbolo del Sábado. ¡Hasta el Creador conoció el cansancio! Ríe un poco, por encima de la vida. Hay quien ha perdido sus bienes y aun las consideraciones sociales. Le han quemado su campo, le han matado a los suyos... Pero hay un consuelo que brota de la serena Belleza, y ríe.

Escribe sólo sobre las cosas que amas, y ríe.

ALFONSO REYES.

Madrid, septiembre de 1917.

RUSIA Y LA DEMOCRACIA (*)

III



N el capítulo VII de esta obra, Wesselitsky se refiere al reinado de Alejandro II (1855-1881).

Para el autor de *Rusia y la Democracia*, este monarca fué un liberal en el más alto y puro sentido de la palabra, un creyente en la bondad de la naturaleza humana, un humanitario henchido de impulsos generosos.

Su liberalismo, si bien menos radical que el de Alejandro I, en los comienzos de su reinado, fué mucho más hondo y firme. Amó a Rusia y a su pueblo sobre todas las cosas, y él mismo era un verdadero ruso, en cuyo carácter se distinguían las dos cualidades nacionales predominantes: la combinación de la firmeza con la blandura. Estaba animado del ardiente deseo, no sólo de realizar la reforma más anhelada de su padre, sino también de regenerar a Rusia por completo. Hubiera sido un gobernante ideal, de no tener en sí la infortunada característica de sus dos antecesores: la creencia en la superior misión civilizadora de Alemania, y la confianza en la amistad de los Hohenzollern.

La magna reforma social de Alejandro II, esto es, la emancipación de los siervos, la llevó a vías de hecho a pesar de la tenaz oposición de la nueva aristocracia, de los descendientes de los favoritos y de los burócratas de los reinados anteriores. La esforzada insistencia del Emperador y su incontrastable deter-

---

(*) Véanse los números de junio y noviembre de 1917 de CUBA CONTEMPORÁNEA, tomos XIV y XV, págs. 108-120 y 241-250.

minación de realizar la reforma prevalecieron sobre todos los obstáculos.

La trascendental medida estuvo sujeta a la crítica, teniendo en cuenta sus distintos aspectos jurídico, económico y político. Para los conservadores aparecía como demasiado radical y democrática, casi revolucionaria, desde el momento en que no ofrecía ninguna compensación a los dueños de los siervos por la pérdida del trabajo no remunerado de éstos, y por las expropiaciones de que se les hacía víctimas para entregar parte de sus tierras a los emancipados. Los liberales, por el contrario, se quejaban de la insuficiente cantidad de las tierras distribuídas, las cuales hubieran querido que se entregaran sin previa indemnización a sus propietarios.

En una nota de su libro, Wesselitsky llama la atención sobre el hecho de que la emancipación de los siervos rusos coincidió casi con la libertad de los esclavos negros de los Estados Unidos; y aunque no deja de considerar la cuestión racial y las dificultades que hubo que vencer, señala que es digno de tenerse en cuenta que a pesar de ser la reforma rusa mucho más radical que la norteamericana, se llevó a cabo sin serias perturbaciones, ya que no hay que hablar de guerra civil.

Los esclavos liberados en los Estados Unidos montaban a unos tres millones y medio; los siervos emancipados en Rusia ascendían a veintidós millones, pertenecientes a la nobleza, y a veintiún millones de la propiedad del Estado; en total, unos cuarenta y tres millones.

Con la implantación de esta reforma los aldeanos rusos fueron compensados de la injusticia cometida con ellos en tiempos de Boris Godounoff.

La emancipación de los siervos en la historia de Rusia puede considerarse como una revolución pacífica, y sirvió de base para la reconstrucción de todo el engranaje del Estado. Ya Rusia no era la misma nación, después de realizado el magno proyecto en 1861, que había sido durante los azarosos tiempos de la guerra de Crimea.

La segunda gran reforma llevada a cabo por el progresivo monarca fué la creación de los Tribunales de Justicia independientes del Poder Ejecutivo. A esta reforma se le dió un carác-

ter democrático, abaratando la administración de la justicia y poniéndola al alcance del pueblo, pues hasta entonces sólo los ricos podían dirimir sus contiendas en los Tribunales, dado lo subido de las costas.

La tercera y no menos importante reforma fué la introducción de una forma de autonomía local, la creación de los Zemstvos, asambleas representativas de provincias y distritos, elegidas por todas las clases de la población. Estos organismos fueron una continuación y ampliación de aquellas asambleas de la Nobleza, de los tiempos de Catalina. Y así como estas últimas prepararon al pueblo para la labor en los Zemstvos, éstos formaron a los hombres para la futura Duma del Estado.

Entre otras reformas llevadas a cabo por Alejandro II podemos citar las siguientes: extensión del gobierno municipal; la abolición de toda censura para los libros y la previa para los periódicos, un principio de libertad en la prensa; una gran tolerancia religiosa y un tratamiento más suave de los disidentes rusos (raskolniki).

Y al llegar a este punto dice Wesselitsky que no puede dejar de hacer referencia a uno de los mayores errores referentes a Rusia, divulgados por la opinión pública alemana en Inglaterra: la pretendida intolerancia religiosa de Rusia para con los Credos o Iglesias de la Europa Occidental.

Desde el llamado período de San Petersburgo todos los europeos occidentales fueron tratados en Rusia como si fueran seres superiores, y gozaban de todas las libertades y prerrogativas que se negaban a los rusos; sus iglesias estaban mucho más emancipadas del Estado que la llamada ''dominante'', o sea la Iglesia Rusa. La Iglesia Luterana, a la que pertenecía la Nobleza Alemana de las provincias del Báltico, al igual que una gran parte de la Corte de San Petersburgo y la burocracia, era prácticamente la que gozaba de mayores privilegios en Rusia. Las restricciones tan sólo pesaban sobre aquella porción del clero católico que tomaba una parte activa en la agitación política de Polonia; pero la verdadera intolerancia únicamente se practicaba respecto a los disidentes de la Ortodoxia Rusa.

Pasamos por alto todo lo referente a estas luchas, agrias y

amargas como todas las religiosas, y seguimos con las reformas del Emperador.

Alejandro II se preocupó igualmente de Finlandia, en donde introdujo grandes cambios democráticos, entre otros el de que el lenguaje finlandés, que era el que hablaba el pueblo, fuera el idioma oficial, a más del sueco, empleado por las clases elevadas. De igual modo equiparó al pueblo, en general, en el goce de los derechos que eran patrimonio de la minoría sueca.

En cuanto a Polonia, reformas muy favorables a su pueblo se estaban elaborando cuando una insurrección, preparada en el extranjero por los enemigos de ambos pueblos eslavos, echó a rodar los buenos propósitos de Alejandro II.

El reformista emperador trataba de coronar el edificio de su obra con la promulgación de una carta fundamental. En el preciso momento en que iba a realizar un grandioso proyecto, cayó víctima de una inmerecida catástrofe. Nunca, dice el autor, se ha perpetrado un crimen más abominable y más estúpido. El horario del reloj de Rusia se atrasó por un cuarto de siglo con la realización de este espantoso delito político.

Una vez terminada la reseña de las reformas de orden interior, entra el autor de la obra a estudiar la política extranjera de Alejandro II y dice que es penoso tener que pasar de la una a la otra: la concreta diciendo que fué guiada por sus simpatías por Alemania y su confianza en Guillermo I; si bien añade que en ambas políticas, la doméstica y la exterior, había una característica común: la pureza y generosidad de los motivos.

Además de las simpatías por Alemania, del afecto y respeto que sentía por su tío materno Guillermo I, Alejandro se vió influído por el gran ascendiente que ejercía Bismarck sobre el Canciller ruso, Gorchakoff. Las simpatías prusianas de la Corte, el servicio diplomático y la alta burocracia germanizados, tampoco fueron ajenos a esta influencia.

Y entramos a considerar uno de los aspectos más interesantes de la historia de la nación rusa en relación con la política europea; de esta época data el engrandecimiento de Prusia, en este período empezó a prepararse la tenebrosa urdimbre que ha culminado en la presente conflagración mundial.

Casi toda la opinión pública, y los más clarividentes estadis-

tas y escritores rusos desaprobaron, sin resultado, la política exterior de Alejandro II. Los éxitos de Prusia, en sus tres etapas, dañaban grandemente los intereses vitales de Rusia.

La conquista del Schleswig-Holstein rompía el equilibrio del mar Báltico, privaba a Rusia de su predominio allí, preparando, en cambio, el de Alemania. La exclusión de Austria de la Confederación Germánica, destruía, también, el equilibrio de poderes dentro de ella, el cual los dos gobernantes más eximios de Rusia, Pedro y Catalina, tan ansiosamente deseaban conservar; y esa exclusión, necesariamente, convertía a los Estados más pequeños de Alemania en vasallos o dependientes de Prusia. Al propio tiempo la exclusión de Austria de la Confederación Germana, al par que la pérdida de sus posesiones italianas, la hizo tornar su vista en dirección a los Balkanes, convirtiéndose el deseo de expandirse en ese sentido en el eje capital de su política. Esta nueva orientación la colocó frente a frente de Rusia, de la que se hizo irreconciliable antagonista, viéndose, por tanto, en la necesidad de solicitar una alianza con Alemania.

A poco vino la resonante victoria de esta última sobre Francia, después de la guerra franco-prusiana; la unidad germana bajo la hegemonía de Prusia, y el resurgimiento del Imperio Alemán con sus tradicionales pretensiones de supremacía universal, en su carácter de heredero del extinguido Imperio Romano.

Una elemental visión del porvenir aconsejaba a Rusia que hubiera puesto de su parte todo lo necesario para evitar la consumación de estos hechos, o, por lo menos, haber solicitado tales compensaciones o garantías que la hubieran colocado en estado de seguir manteniendo el equilibrio de poderes en Europa. (1)

Lejos de eso, aunque parezca increíble, Alejandro II apoyó la política prusiana y se regocijó grandemente de sus éxitos. Lo que es más, en 1870, cuando Austria, adolorida aún por su desastre de Sadowa, pretendió unirse a Francia, fué la amenaza rusa la que la hizo desistir de su alianza con Napoleón III, norma de conducta que también tuvo que seguir Italia, a pesar de su gratitud a Francia.

(1) Esta imprevisión, esta absoluta falta de visión política, es la que la ha conducido al enorme fracaso que ahora contemplamos.

Las durísimas condiciones de paz impuestas por Alemania parecieron excesivas en San Petersburgo; pero Bismarck supo ganarse la aquiescencia de Alejandro II, convenciéndole de que si no se quebrantaba a Francia de esa manera, Guillermo I perdería el trono y la monarquía en Europa quedaría expuesta a serios peligros.

Y comentando estos hechos, dice Wesselitsky que Guillermo I dijo la verdad cuando, al telegrafiarle a Alejandro II dándole las gracias, al terminarse el tratado de paz, le decía que "después del Todopoderoso, era a él a quien Alemania le debía la mayor parte de su éxito".

El gobierno ruso no exigió compensación alguna por la inconmensurable asistencia que le había prestado a Prusia.

Tanto el Emperador ruso como Gortchakoff, y los innumerables amigos de Alemania que existían en San Petersburgo, eran de opinión, sin embargo, de que tanto Guillermo I como su Canciller aprovecharían la primera oportunidad que se presentara para testimoniar a Rusia su profunda gratitud.

La crisis balkánica que tuvo lugar durante los años de 1875-78 parecía el momento más oportuno para proceder de esa suerte, y hasta se llegó a pensar que Bismarck había resuelto hacerlo, no tan sólo para pagar la deuda contraída, sino para ganarse la eterna amistad de Rusia. En los altos círculos gobernantes reinaba una creencia tan absoluta acerca de la amistad y devoción del Canciller de Hierro, que a él se acudía para consultarle en todos los asuntos importantes del Imperio, y de hecho llegó a convertirse en el verdadero director de la política extranjera de Rusia.

Wesselitsky, al referirse a este importantísimo momento histórico de su país, dice que las verdaderas miras de Bismarck y el origen de las crisis balkánicas eran bien conocidos de algunos observadores (él entre ellos), quienes repetidamente llamaron la atención de los diplomáticos rusos acerca de lo engañados que estaban, pero no pudieron hacerles comprender esta desabrida verdad.

En mayo de 1875, Bismarck, fuertemente impresionado por el sorprendente recobro de Francia después de su espantoso desastre del 70, resolvió asestarle un nuevo y más aplastante

golpe. Se inició una violenta campaña de prensa, acompañada de inequívocos y amenazadores preparativos militares. Toda Europa se alarmó, y Alejandro II, el ya probado amigo de Alemania, le aconsejó a Guillermo I que se abstuviera de una agresión que no podía merecer el consentimiento de Rusia. Tal advertencia fué respaldada por el gobierno británico.

Ambas, Rusia e Inglaterra, por motivos diversos, habían patrocinado la unidad germana; pero ni la una ni la otra deseaban ver una nueva mutilación de Francia. Bismarck, ante este imprevisto obstáculo, negó, con todo vigor, que él hubiera pensado agredir nuevamente a ese país. Pero, astuto y rencoroso, procuró evitar para lo porvenir tan desagradable contingencia, y fué entonces cuando ideó empujar a Rusia a un conflicto que, forzosamente, tenía que debilitarla y colocarla frente a Inglaterra.

El autor ruso a quien venimos siguiendo con la mayor fidelidad posible, es de opinión que la historia de la política alemana durante esos años de 1875 a 1878 es muy instructiva y debe ser narrada en detalle; él se reserva el derecho de hacerlo más adelante, en una obra más extensa y completa, limitándose, en el presente, a señalar los hechos más culminantes que, a juicio suyo, no habían visto aún la luz pública.

Bismarck procedió, al preparar esta guerra que él estimaba necesaria para la supremacía de Alemania, de la misma manera pérfida que el Guillermo II de nuestros días. Los intereses de las demás naciones y de la propia Humanidad, al igual que todos los principios morales, quedaron enteramente subordinados a la consecución de la meta a donde quería llegar. La única diferencia estriba en el sentido de las realidades y en la adaptación de los medios a los fines, que caracterizaban la conducta de Bismarck y le aseguraban sus éxitos.

Como la pésima administración turca daba constante motivo para el descontento de los cristianos residentes en Turquía, era cosa fácil y hacedera el provocar una insurrección que se propagara por todos los Balkanes, y que más tarde repercutiera en Rusia.

Bismarck seleccionó para estos fines la Herzegovina, región poblada de gente ardorosa y guerrera, y contigua a Austria.

Comunicó sus proyectos a elevados personajes de la Corte vienesa; el consentimiento de Francisco José fué obtenido fácilmente, y la ejecución del plan fué encomendada a un ambicioso general eslavo llamado Roditch, gobernador entonces de la Dalmacia.

Esta especie de conjura no se le comunicó al ministro de Relaciones Exteriores austro-húngaro, el Conde Andrassy, quien, en aquella época, como la mayoría de los magyares, se oponía a cualquier aumento de la población eslava dentro de la monarquía de los Habsburgo.

El primer levantamiento ocurrió entre los protegidos de Austria, los católicos de Herzegovina, en tanto que los ortodoxos, que formaban la mayoría del país, eran más bien opuestos al movimiento. Al fin lo secundaron; Bosnia siguió el ejemplo y un año después Serbia y Montenegro se unían a sus hermanos de raza.

Los turcos, como de costumbre, cometieron grandes atrocidades, no solamente en los países sublevados, sino también en Bulgaria. La opinión pública de toda Europa se conmovió, pero en ninguna parte la indignación fué más intensa y adquirió caracteres más elocuentes que en Inglaterra. El pueblo ruso, que estaba siempre deplorando la opresión de los cristianos de Oriente y suspirando por libertarlos, se impresionó vivamente al conocer las acusaciones de Gladstone contra Turquía, y creyó que ya era tiempo de no seguir actuando de manera pasiva. Numerosos voluntarios pertenecientes a todas las clases sociales marcharon a prestar ayuda a Serbia. Un intenso sentimiento religioso se apoderó de la muchedumbre, de tal suerte, que muchos que pensaban ir en peregrinación a Jerusalén, prefirieron ir a combatir a los turcos.

El gobierno ruso, sorprendido por los hechos en medio de vastas reformas que necesitaban grandes dispendios, y, por tanto, el mantenimiento de la paz, no se prestó gustoso a declarar la guerra. Se dirigió a Bismarck para pedirle consejo. El astuto amigo se mostró altamente sorprendido de las vacilaciones de la diplomacia rusa, criticó su indecisión y ridiculizó los temores que Austria e Inglaterra le inspiraban. De manera positiva prometió que Alemania evitaría la intervención de los demás

poderes, y que Rusia fuera despojada del fruto de sus esfuerzos. (Informes del Embajador ruso D'Oubrie, en Berlín, de fechas 17 y 23 de diciembre de 1876.) Más tarde, al ver las vacilaciones de Rusia, las consideró como una prueba de desconfianza en la lealtad de Alemania y en la suya propia. Fué entonces cuando Bismarck le dijo a D'Oubrie lo siguiente: "No es posible pensar en la repetición de una traición por parte de Alemania, como sucedió con Austria en 1855; sobre todo, estando yo en el poder"... "Forma parte de las tradiciones de Austria guardar una daga en su pecho para herir a un amigo; no es Alemania capaz de imitar una política tan cobarde." (Informe del 6 y 20 de abril de 1877.)

Se ha conocido después por fuentes auténticas, tanto austriacas como alemanas, que al mismo tiempo que Bismarck le daba esas seguridades al gobierno ruso, le avisaba secretamente al Gabinete de Viena de los designios hostiles de Rusia. Llegó hasta decirle a Andrassy, Ministro austriaco de Relaciones Exteriores, que preguntado por Rusia acerca de la actitud de Alemania en caso de guerra con Austria, él le había respondido firmemente que apoyaría la monarquía de los Habsburgo con todas sus fuerzas.

Los siniestros planes de Bismarck tuvieron un éxito completo. El gobierno ruso fué llevado a una guerra que ni había planeado ni deseaba. Inglaterra, en vista del inesperado sesgo de los acontecimientos, dominó sus generosos impulsos ante la presunta necesidad de defender su Imperio de un inminente peligro. Austria, tentada por una eventual ganancia de territorio, cayó una vez más bajo la influencia de Alemania.

Sin embargo, Rusia, a pesar de derramar pródigamente la sangre de sus hijos y de gastar grandes sumas, tan necesarias para sus reformas interiores, en aquella época, venció todos los obstáculos que se oponían a su Cruzada. Turquía se vió obligada a aceptar la resurrección de Bulgaria, la independencia de Rumania y Serbia y la libertad de Macedonia. Además, el artículo II del tratado de San Stéfano dice: "La Sublime Puerta reconoce definitivamente la independencia del Principado de Montenegro".

Los demás poderes europeos, que, como dice Wesselitsky,

''habían apostado su dinero al caballo perdidoso'', amenazaron con declararle la guerra a Rusia si no se revisaba el tratado de San Stéfano. Bismarck, siempre de mala fe, obtuvo el consentimiento de Rusia bajo la promesa de que él sería el llamado a dirigir las discusiones del Congreso y a obtener la aprobación de las estipulaciones del tratado que se intentaba revisar.

En la Corte de San Petersburgo existía una confianza tan ciega en la buena fe de Bismarck, que uno de los más prominentes personajes rusos escribió al Emperador en este sentido: ''Bismarck está seguro de arreglarlo todo de la manera más favorable para nosotros, a menos que Gortchakoff no lo eche a perder''.

En efecto, refiere Wesselitsky que Bismarck lo arregló todo de la mejor manera posible para... Alemania.

La libertada Macedonia fué devuelta a Turquía, agravándose la suerte de los infelices cristianos que habitaban en ella; y durante los últimos treinta y cinco años la infortunada provincia ha sido la manzana de la discordia, una perenne causa de inquietud en el llamado Cercano Oriente, y un motivo de conflictos entre los estados balkánicos y aun entre las grandes potencias.

La única beneficiada, en el caos producido, ha sido Alemania: al precio de esta pérfida política obtuvo la amistad de Turquía.

La Bosnia y la Herzegovina, que fueron las que más sufrieron en la espantosa contienda, quedaron sujetas al yugo austriaco, más peligroso para su religión y nacionalidad que lo que había sido la coyunda turca.

Austria se convirtió en potencia balkánica, con la mira puesta en el dominio de toda la Península; de ahí nació una irreconciliable pugna con Rusia, cuyos intereses lesionaba, viéndose, pues, obligada a entregarse por completo a Alemania y aceptar su dirección.

Inglaterra y Rusia, que durante cierto tiempo parecían unidas por sus simpatías a favor de los cristianos de Oriente y por la condenación de la tiranía turca, se pusieron más que nunca frente a frente, y la cooperación de entrambos pueblos se hizo imposible durante muchos años.

Rusia, extraordinariamente debilitada y exhausta, no pudo ya pretender disputar la preeminencia alemana en Europa.

*

En este interesantísimo capítulo de *Rusia y la Democracia* es donde se vislumbra con mayor claridad la génesis del actual conflicto que desangra y empobrece a casi toda la humanidad.

La inesperada e inicua política prusiana le causó a Alejandro II un amargo y cruel desengaño.

Cuando, en los comienzos de la crisis oriental, un estadista ruso cautamente susurraba algunas dudas referentes a la política alemana, el Emperador, semejando estar penosamente sorprendido, le preguntó: "¿Duda usted del honor de mi tío?"

La alianza entre Alemania y Austria probó, de manera inequívoca, que aquellas dudas eran del todo justificadas. El propio Guillermo I estaba convencido del *valor moral* de esta política, pues al escribir a Bismarck, tratando de esta alianza, le decía que el proceder de esa suerte contra Alejandro II, después de lo que este monarca había realizado en favor de Alemania, era "manifiestamente deshonroso". Sin embargo, aceptó, por último, la alianza.

Refiere Wesselitsky que un elevado dignatario de la Corte de Berlín, muy unido a Guillermo I, y adversario de Bismarck, le confió a él la "verdadera razón" del consentimiento del rey prusiano en la alianza contra Rusia. Esa aquiescencia fué obtenida por el Canciller repitiendo las palabras de Federico II: "Nosotros, los Reyes de Prusia, sacrificamos al Estado no sólo nuestras vidas, sino también el honor".

Y el viejo cortesano le agregó a Wesselitsky: "Ese era, por supuesto, un argumento al cual el Emperador no pudo resistir".

JULIO VILLOLDO.

La Habana, dic. 1917.

ENSAYOS CRÍTICOS

I

UNA TEORÍA DEL RITMO.

QUIEN consagra su tiempo al estudio de la filosofía y de las bellas letras y regala nuestro espíritu con obras como ésta cuyo título sirve de encabezamiento a estas líneas, no necesita de ujier que lo presente al público. Su trabajo basta por sí solo para hacerlo.

Escribir sobre la intuición pitagórica de la armonía de las esferas celestes, después de haberlo hecho magistralmente tantos esclarecidos ingenios, es trabajo digno de los elogios de la crítica. Y cuando se logra hacer ese trabajo de modo original, como lo hace don José Vasconcelos, se tiene derecho no sólo a los elogios de la crítica, sino también a los lauros con que se premia a los que saben usar de la pluma para decirnos cosas inteligentes.

Quien haya leído algunas obras acerca de la doctrina pitagórica, observará, sin gran esfuerzo, la evolución sufrida por ella al través de las edades. Notará a la vez cómo esa teoría, que desde sus más remotos orígenes integra una verdad científica, sólo ha sido revelada, de modo claro y real, a la presente generación.

Como no todos los que han de leer estas impresiones están iniciados en esta clase de estudios, nos vamos a permitir hacer una ligera reseña sobre la intuición pitagórica.

Según la mística y poética teoría, "las esferas de los cielos se mueven alrededor del fuego central con movimiento circular y órbitas distintas; pero proporcionales; de igual modo su movimiento en el espacio cósmico y uránico obedece a leyes constantes y reducibles a número, y forma parte de aquella armonía universal que en número se traduce y expresa."

Todo cuerpo al girar produce un sonido. Según los pitagóricos, cada sonido tiene una velocidad proporcional al movimiento del cuerpo. La relación, pues, entre las velocidades diferentes de estos movimientos, es igual a la relación que se establece entre los sonidos diferentes. Al calcular una de esas velocidades se obtienen las otras, hipótesis que llevó a los pitagóricos a hacer de la astronomía y de la música dos ciencias hermanas, puesto que también "debe aplicarse dicha ley a los cuerpos celestes moviéndose en el espacio. Así como su velocidad es distinta, diversos son los sonidos que ellos engendran; y admitido que la armonía es ley que gobierna el universo, es indudable que dichos sonidos forman un concierto admirable."

Estudio largo sería, a la vez que entretenido y curioso, ver la manera cómo los filósofos antiguos trataron de combinar el sistema decádico de los números y el octávico de la octava musical. Pero lo que indudablemente es la esencia de esta intuición—escribe Chiappelli en su libro *Voces de nuestro tiempo*—según la cual el cielo estrellado, con sus siete planetas, se compara a un inmenso eptacordio de oro, que produce, al girar, una música divina, cual si el mundo fuera, como dice el antiguo Dorilao, el órgano de Dios. Y la razón por qué no llega al oído de los mortales aquel concepto *enarmónico,* aquella sinfonía celestial, la atribuye Aristóteles a la continuidad de la sensación. Porque el sonido no se advierte sino cuando el silencio lo interrumpe; pero nosotros, nacidos dentro de aquel sonido, ya no lo notamos, de igual modo que los herreros llegan a acostumbrarse el oído al estruendo que arman al golpear sobre el yunque, o tal vez porque en el espacio infinito el sonido se pierde (Heraclio) y nuestros oídos, distraídos por los rumores próximos, no consiguen recoger aquel otro que tan lejano se encuentra. "Tal vez sólo era permitido al venerable Maestro oir, en la noche callada, la armonía de las esferas que escapa a los sentidos de los pobres

mortales, y con el oído atento, siguiendo con la vista los caminos del espacio, penetrar en el profundo misterio de los cielos.''

Esta intuición de la armonía celeste se transformó, al través de los tiempos, hasta dar margen a la intuición cristiana de la música de los ángeles y a otras tantas a cual más ingenua, pintoresca y sutil. Pero todas estas intuiciones metafísicas se derrumbaron al golpe certero de las ciencias exactas, a la luz de los principios establecidos por Kepler, Copérnico y Newton.

La intuición pitagórica, pues, quedó relegada, tal como la concibió Pitágoras, al campo de la poesía; siendo Longfellow y Ruben Darío los dos últimos poetas que nos hayan hablado en sus versos admirables, el primero en *Voces de la Noche* y el segundo en *La Cartuja,* de la música armoniosa y misteriosa de los cielos.

Nos queda de Pitágoras, de su sueño místico, la esencia de la verdad que lo informa y que se enuncia en aquel símbolo metafísico, dando medios a la ciencia para fundar sus últimas hipótesis.

*

Vasconcelos divide su libro en tres partes: Primera parte: *Pitágoras vidente. La leyenda pitagórica. Versos dorados de Pitágoras.* Segunda parte: *Pitágoras filósofo. La doctrina pitagórica.* Tercera parte: *Pitágoras esteta. El concepto pitagórico. Fragmentos de Filolao.*

Sesenta páginas de larga medida informan este trabajo. Leemos la primera parte y comenzamos y terminamos la segunda, y llegamos a pensar que el único mérito de este libro consiste en la sencillez con que está escrito. El lector no logra tropezarse en esas treinta y cinco páginas con lo que es común en los libros escritos en español: con el prurito de hacer imágenes a fuerza de adjetivos que asfixian los mejores pensamientos y malogran las obras mejor concebidas. Nada de eso hay en este estudio. Parece escrito en inglés y traducido al castellano. No hay ripios, ni palabras de más. Cada vocablo llena su misión. Cada palabra es una tesis. Y pensamos que este mérito es todo el libro, y el libro lo calificamos, hasta la página treinta y cinco, como uno de tantos libros buenos del corte de los de Max Nordau, de simple vulgarización científica.

En la primera ni en la segunda parte, pues, encontrará el lector de *Una teoría del ritmo* ideas originales.

Leída la tercera parte, nuestro juicio es absolutamente distinto. Aquí es donde se encuentra la verdadera originalidad del autor, aquí es donde se destaca toda su personalidad, donde encontramos, encantados, el alma y los pensamientos del autor.

Vasconcelos nos demuestra, por medio de razones y de juicios tan armoniosos como la música que llegaba a los oídos del Maestro venerable, el valor estético que atesora la teoría pitagórica. Interprétala desde este punto de vista—y este es el mayor mérito de su trabajo—, cambiando, desde ese momento, de modo radical, el criterio que tenemos hecho sobre la famosa intuición pitagórica.

''Casi toda la tradición se empeña—dice— en identificar el concepto de *número* con el concepto de *armonía* y, por último, con las nociones de Unidad y Absoluto.'' Vasconcelos se desliga por completo de esos juicios y hace una nueva interpretación, muy aceptable a la luz de la lógica y de la verdad, del *número* y de la *armonía,* hasta concluir que *ambos conceptos no son sino expresiones de un ritmo al cual están subordinados ambos.* ''Ritmo, dice, expresa movimiento acompasado, pero al fin, movimiento indefinido; de suerte que, por este camino, se va de Pitágoras a Heraclio, y el dinamismo pitagórico se vuelve, como la vida del espíritu, inestático, móvil, en una palabra: estático y no mecánico.'' Y en este sentido examina las opiniones de Aristóteles, para quien el número no es el principio de la doctrina pitagórica; examina la idea de Filolao, al combinar la noción pitagórica del número con la noción del Ser Uno de Parménides; demuestra cómo Pitágoras dejó establecido *que el ritmo del espíritu es aplicable a las cosas;* y deduce, de esta inteligente observación, ''que la belleza se produce cuando las cosas adaptan su expresión al ritmo del alma humana, o lo que es lo mismo: *que en la facultad estética del yo reside el secreto de la comunión con las cosas.* Así es como opera el espíritu sobre la materia, mediante la ley de belleza, bajando hasta las cosas para infundirles aliento y aspiración superior: la visión del artista redime lo feo; la virtud del santo norma y corrige lo malo; y el filósofo, interpretando el conjunto, *es un artista en grande*''.

Todos los grandes filósofos, desde Aristóteles hasta Bergson, han sido grandes artistas a fuerza de ser grandes filósofos. Es un error creer lo contrario. Precisamente la obra artística que se desprende de la filosofía es la que no muere nunca y vive al través de todas las generaciones. Aparte de la verdad científica que contiene la teoría pitagórica, y que por lo mismo de su fuerza ha resistido al examen de los siglos que la mantienen viva en la conciencia del género humano, esa teoría vive también por la parte luminosa que desde el punto de vista artístico se encuentra en ella. Y esa misma cantidad de belleza, que es incentivo maravilloso que mueve la curiosidad de los poetas y de los artistas para estudiarla a la luz de la filosofía, es la que ha puesto en las manos de Vasconcelos la pluma para componer este libro digno de ser conservado por todo hombre estudioso.

Al estudiar nuestro amigo la ley del ritmo para establecer sus conclusiones, escribe: ''Considerándolo en sus elementos metafísicos, podríamos definir el ritmo como el enlace en la existencia de los elementos del tiempo con los elementos del espacio o cantidad. Lo que sea la sustancia absoluta, nos es desconocido; pero lo que percibimos como esencial del cuerpo externo, tiene afinidades con lo que nos parece la esencia del yo individual. Esta sustancia, aparentemente idéntica, no se halla quieta, sino que posee una perpetua movilidad, no de correr uniforme, sino de curso alternante, imprevisible, misterioso: la volubilidad extraña de ese movimiento es lo que llamamos *el ritmo libre.*''

Definido de este modo sencillo la idea o el concepto del ritmo, establece la distinción entre los dos movimientos que, dentro de la existencia general de las cosas, parecen contradictorios. ''La ley de lós fenómenos no fué conocida de los pitagóricos tal como es hoy conocida.'' Y al sentar esta afirmación demuestra que ellos no conocieron las regularidades diversas que hoy se le reconoce a la conservación de la energía, la proporción entre la causa y el efecto; de ahí ''que su concepto filosófico del mundo coincide con las percepciones del arte, con el instinto estético, aunque no con la realidad de la experiencia sensible''.

Nos habla luego de los criterios con que actualmente se juzga la naturaleza: el racional y el estético; cita a Kant, discurre sobre el estado especial del alma cuando se contempla toda cosa

sin un fin determinado de utilidad o de goce, con desinterés perfecto, y lo que inmediatamente se siente, algo que nos aparta del mundo, que nos lo hace completamente extraño; distingue el ritmo de lo subjetivo, señala el desinterés que lo diferencia del movimiento condicionado, interesado, finalista de la materia, así como el alcance de su poder; materias, éstas,—dice— para toda una estética, cuyo punto de partida, implícito, en el pitagorismo, podría expresarse en estos términos: ''La belleza es una coincidencia rítmica entre el movimiento natural del espíritu y el movimiento ya reformado de las cosas, ya no causal, sino acomodado a lo interno, convertido al espíritu. Acaso es esto lo que pensaban los pitagóricos cuando decían: ''un mismo ritmo mueve las almas y las estrellas''. Establece las diferencias entre ritmo y armonía, que no existen para Vasconcelos. Como define Pitágoras la palabra *armonía*; como la define Filolao. Hace al respecto jugosas observaciones y concluye su excelente trabajo con esta afirmación: ''En la música, como en todo arte legítimo, la materia adopta *ritmos opuestos al newtoniano y similares al pitagórico*; y toda esta obscura doctrina del ritmo estético me parece clara si decimos: La naturaleza se gobierna, en el orden fenomenal, por la ley de la causalidad, y en el orden del espíritu por el ritmo pitagórico de lo desinteresado y bello. Lo *newtoniano* y lo *pitagórico* son los dos polos necesarios de toda cosa pensable: el orden material de la necesidad, y el orden espiritual de la belleza.''

Bello, muy bello es este estudio de don José Vasconcelos. No solamente ha escrito un trabajo de innegable valor filosófico sino también un hermoso capítulo de arte y de belleza. (*)

II

EL DIARIO DE LEON TOLSTOY

El primer volumen de *El Diario*, de León Tolstoy, se publicó en Rusia a principios del año pasado. Comprende este volu-

---

(*) Esta obra del filósofo mejicano Vasconcelos, fué publicada primeramente en CUBA CONTEMPORÁNEA, números de septiembre y octubre de 1916, págs. 66-94 y 201-224, tomo XII.

men cinco años de la vida del filósofo (1895-1899). Todos los centros literarios del mundo prestaron la merecida atención al interesante libro cuya publicación se debe a Wlademir Tchertkov, viejo amigo de Tolstoy y albacea de sus bienes literarios.

Otro tomo, mucho más interesante que el primero, hace algunos meses vió la luz pública en Rusia. Mucho más interesante, porque en éste se encuentran apuntes preciosos sobre la juventud de Tolstoy (1847-1853). Entonces tenía el filósofo menos de 19 años.

Siempre fué él opuesto a que se publicara nada que se refiriera a su vida de soltero; pero meses antes de morir autorizó su publicación con estas palabras: "para que el mundo vea que, a pesar de las villanías y desgracias de mi juventud, Dios no me abandonó nunca, aunque empezara a comprenderle y a amarle en los años últimos de mi vida".

De la juventud de Tolstoy, ¿qué sabíamos realmente? En detalle, casi nada. Sabíamos, en síntesis, lo que al través de sus libros leíamos o lo que él mismo dice en *Mi Confesión*: que robó, mató, escandalizó en compañía de mujeres alegres, y nada más. Este volumen nos dice algo más. Nos cuenta los secretos íntimos del filósofo, sus primeros amores, sus dudas, sus propósitos de enmienda, sus preocupaciones, su desprecio por la vida aristócrata, las luchas tremendas de su espíritu en presencia de las frivolidades de la vida palaciega y los largos e intensos soliloquios de su alma.

Gran parte de este diario la conocemos debido a una buena traducción hecha por uno de los inteligentes redactores del *New York Times*. Nosotros nos permitimos traducir lo que a nuestro juicio resulta de indudable interés para nuestros lectores hispano-americanos, suprimiendo algunos comentarios del redactor del *New York Times* por estimarlos faltos de interés, y agregando, en cambio, las observaciones que a nuestro juicio sugieren algunos de los apuntes del diario.

Las notas primeras fueron escritas en el verano de 1847. Tolstoy tenía entonces 19 años; pero ya se mostraba interesado por los complicados problemas de la vida. Las prácticas inmorales en las cuales era educado un joven de la aristocracia; los principios religiosos profesados por su pueblo y los hechos im-

puros practicados por el mismo, le estimularon a escribir un código de reglas morales que contribuyera a la supresión del vicio, que se había apoderado de aquella sociedad.

La primera regla de ese código se refiere a la tentación y al modo de evitarla; y la segunda, escrita el 16 de junio de 1847, se refiere al hombre en sus relaciones con las mujeres. Y al respecto escribe:

> A la primera regla, que he escrito para mí, ya estoy acostumbrado. Ahora quiero referirme a las mujeres en sus relaciones con los hombres y fijar una regla hija de la propia observación. El hombre debe mantenerse alejado, todo lo más posible, de las mujeres, por constituir su trato uno de los males de la vida. Realmente ¿no es de la mujer de quien adquirimos el vicio de la lujuria, y quien nos convierte en seres afeminados, ligeros de cascos y llenos de vicios de todas clases? ¿No es ella la responsable de nuestra pérdida de sentido, de firmeza, de concepto sobre la belleza y la justicia y de muchas otras cualidades inherentes a nosotros? Y esto es así porque la mujer es más impresionable que el hombre. Por eso, en las épocas de virtud, ellas resultaron mejores que los hombres, y en la presente época de prostitución, peores que los hombres.

Todo aquel que conozca la labor del filósofo ruso notará que este triste concepto que a edad temprana le mereció la mujer, no fué reformado después, sino, por el contrario, robustecido con nuevos argumentos y mayor caudal de razonamientos. Este concepto fué uno de los baluartes de la filosofía del gran evangelista. Filosofía que resulta una utopia inexplicable y que a veces linda con el ascetismo budista; pero que, a pesar de todo, ejerció una gran influencia en el corazón del pueblo ruso. La mayor influencia que puede ejercer un escritor en el alma de sus compatriotas.

Escrita la segunda regla, ¿vivió Tolstoy de otra manera? Todo lo contrario; el código fué arrojado al fondo del baúl y el filósofo perseveró en su desarreglada vida de vicios y locuras. Tres años después, el 14 de julio de 1850, volvió a él sus ojos y escribió:

> Otra vez vuelvo a ocuparme de mi diario, ahora con nuevos entusiasmos y propósitos nuevos. No sé qué tiempo durará este trabajo; pero no importa. Aunque vuelva a abandonarlo otra vez, él constituye para mí un placer, un pasatiempo que resultará todavía mejor en lo futuro, del mismo modo que lo es hoy todo cuanto escribiera ayer.

Muchas de las ideas que se entran en el ánimo nos parecen, a simple vista, notables; pero cuando las examinamos nos resultan vacías de sentido y sin importancia. Sin embargo, algunas de esas ideas son, a veces, notables y merecen ser anotadas. Es muy conveniente juzgarse uno mismo por su diario. También yo necesito anotar en él el plan de mis trabajos futuros. A uno le gustaría lograr el hábito de determinar, por adelantado, las reglas de conducta de su vida, no por un día, ni por un año: por varios años, por toda la vida; pero esto es difícil, casi imposible. Sin embargo, yo trataré de hacerlo. Por un día, primero, por dos días después; luego haré resoluciones por muchos días, mientras haya podido conducir adelante todo lo previamente hecho.

Por estas resoluciones no quiero decir reglas de moral que dependan del tiempo o del lugar, sino reglas inalterables que adoptaré para mí mismo, separadamente; pero solamente reglas temporales y de reglamentación local. Dónde debo pasar el tiempo y qué cantidad de tiempo gastaré allí; cuándo y en qué me ocuparé.

Tres días después, presa del abatimiento, sin deseos de ocuparse en nada, escribió la nota que sigue:

Cuando me siento indiferente, observo que la lectura de un trabajo filosófico cualquiera levanta mi actividad. Leo a Montesquieu ahora. Me parece que estoy tornándome perezoso. Creo que es demasiado el trabajo que tengo por hacer y que de ahora en lo adelante no podré comenzar nada nuevo de conformidad con el programa preparado.

Pasaron muchos meses sin que Tolstoy diera pruebas de la lucha que se había propuesto sostener en contra de la pereza que sentía. Muchos meses perdidos, a buen seguro, en las futilezas del medio ambiente viciado de la sociedad a que pertenecía. ¿Quién podía sentirse estimulado a trabajar en medio de la indolencia y la ociosidad que caracterizaba la vida de las altas clases sociales rusas? Deshonra para un conde era el trabajo. Este se desdeñaba y sólo desprecio inspiraba a la aristocracia. Los hermanos, primos, parientes y amigos de Tolstoy le observaban y censuraban su conducta por verle preocupado en querer emplear su tiempo en algo útil. Tolstoy no prestaba atención a las murmuraciones que se le hacían y trataba de perseverar en su trabajo de sembrador, manteniéndose alejado de la corte. Y en sus ratos de profundas meditaciones ideaba la manera de trazarse a sí mismo nueva senda de vida e inclinar la vida social por derroteros de virtud. Pero una que otra vez la

duda le asalta, y termina desconfiando de sí mismo y de sus resoluciones últimas. Por eso escribe en 2 de marzo de 1851:

Me estoy sintiendo flojo para el trabajo. Creo que esto se debe a la idea de mi mejoramiento propio, que incesantemente ocupa mi pensamiento. Se debe también al modo como vengo haciendo ese trabajo. Me ocupo demasiado de la educación de mi voluntad, sin parar mientes en la forma en que debe manifestarse el poder de mi voluntad. Y debo proceder a corregir tal desatino.

El 17 de abril del mismo año, se confiesa perezoso en la nota que sigue:

¡No escribo nada! Me rinde la pereza. Quiero y lucho por comenzar la historia de un viaje de cacería.

Conversaba largo con una tía. Ella es de alma bondadosa y noble; pero sumamente apasionada. Sus ideas y pensamientos se deslizan por una senda simple al través de la cual ella no concibe más nada.

Estoy atormentado mentalmente...

A fin de lograr uno mismo su propia perfección, nada es tan útil como tener presente los hechos pasados. Debe uno colocarse debajo de las viejas medidas, a fin de ver si ha logrado crecer o no.

Después de cuatro meses me siento casi el mismo. Igual o mejor en habilidades para tratar sirvientes; sin embargo, he progresado un tanto espiritualmente.

El crítico americano afirma que una de las notas más interesantes del diario fué hecha al siguiente día del precedente apunte, por arrojar intensa luz sobre la vida del filósofo a los 22 años. Dice:

Yo no puedo refrenarme. Aparece ante mí, a la distancia, una cosa color rosa y bien parecida. Me inclino ante ella y abro de par en par mis puertas. Ella avanza hacia mí. No puedo mirarla. Es ofensiva, nauseabunda, enloquecedora. Por su culpa yo he traicionado mis propios principios.

Generalmente yo siento el odio que se le tiene a quien no se le puede mostrar el propio sentir y quien espera encontrar en nosotros una buena disposición de espíritu... El sentimiento del deber y el disgusto se revelan...

Terribles remordimientos embargan mi ánimo. Nunca los he sentido tan fuertemente. Esto es un paso adelante.

Después de escrita esta nota, Tolstoy se vió en la obligación de salir de Moscow camino del Cáucaso. El gobierno tuvo que

enviar allí parte de su ejército para proceder a la conquista y pacificación de las tribus rebeldes tártaras. Tolstoy pertenecía a una de las compañías que debían salir inmediatamente con el fin expresado. El era oficial del ejército, y fué requerido por el gobierno con tal motivo. Muchas de las novelas y de los cuentos de Tolstoy están nutridos de episodios románticos y peligrosos de la vida que se hace en las montañas rusas. Esos episodios, descritos de modo admirable, son considerados por la crítica como trozos de impecable clasicismo. Y la mayor parte fueron vividos por el novelista durante su estada en el Cáucaso. De ahí que se lea con sorpresa, dice el crítico del *New York Times*, el siguiente apunte, que recuerda las primeras impresiones del filósofo en aquella turbulenta región:

Junio 11 de 1851. Campamento. Noche. Hace cinco días me encuentro aquí y ya me siento fatigado y rendido por la vieja pereza olvidada. He abandonado por completo el diario. La Naturaleza, que en otras partes he contemplado y admirado, la encuentro aquí sin encantos.

Tres semanas más tarde escribió:

Julio 3 de 1851.

Yo estaba tendido en el suelo, detrás del campamento. ¡Qué maravillosa noche! La luna serpeaba a espaldas de una montaña iluminando dos tenues, diminutas y ligeras nubecillas. Cerca, un grillo chirriaba sus tristes e ininterrumpidos cantos. Se escuchaba el rumor de la niebla lejana y de vez en cuando los vivas de los tártaros y los ladridos de los perros, que resonaban en la villa extinguiéndose en el silencio de la noche, para dejar escuchar otra vez el canto monótono del grillo, mientras ligera nubecilla rondaba cerca de las lejanas estrellas.

Dejadme escribir todo esto. ¿Pero cómo? Para hacerlo se hace necesario sentarse uno en la mesa, tomar tinta y papel, ensuciarse los dedos y dibujar letras. Las letras formarán palabras. Las palabras, frases. ¿Pero logrará uno trasmitir sentimientos? ¿Podrá uno comunicar a otro sus sensaciones sentidas a la luz de la Naturaleza? La descripción es inadecuada para hacerlo.

¿Por qué la poesía y la prosa, fortunio e infortunio, siempre están juntas? ¿Cómo deberá uno vivir? ¿Tratando de unir la prosa a la poesía? ¿Deleitándose en la primera para beber después de la segunda, sin esfuerzo?

Hay una faz del sueño la cual es mejor que la realidad. Hay una faz de la realidad la cual es mejor que el sueño. La felicidad completa sería la unión de ambas cosas.

¿Por qué se extraña el inteligente crítico del *New York Times* de que Tolstoy escribiera este apunte después de haber escrito el que le precede? ¿Acaso el artista tiene siempre el alma dispuesta a cantar gozosa los cuadros admirables de la Naturaleza, por bellos que sean, de conformidad con el práctico optimismo generoso de la vida? Que Tolstoy, a los cinco días de encontrarse en el Cáucaso, se lamentara de las perspectivas que allí la Naturaleza ofrece, no quiere decir que en realidad no existieran allí las bellezas que él buscaba y que ya había admirado en otros sitios; quiere decir que el alma del artista no estaba preparada esa noche para ver lo bello, bello, sino para ver todas las cosas al través de su propia alma, quizás atribulada y nada propicia a la percepción de los encantos que más luego nos describe. No siempre la Naturaleza se atavía con sus mejores galas. Ella sabe, tanto como nosotros, llorar y reir, entristecerse y alegrarse, vestirse de fiesta y vestirse de luto. Y para desescribir las bellezas que se encierran en una lágrima, se necesita tener el alma alegre.

En 4 de julio del mismo año, escribe:

Estoy casi satisfecho de mí mismo, menos de sentirme desocupado todo el tiempo. No se me ocurren altos pensamientos. Los que vienen a mi mente me resultan insignificantes e indignos de ser anotados. No sé por qué me sucede esto. ¿Carece mi sentido de desarrollo crítico suficiente, o mi facultad creadora se ha desarrollado poco? ¡Cómo pasan los días infructuosamente! Hoy, por ejemplo, no encuentro una simple cosa digna de ser recordada, ni experimento sensación alguna que merezca ser anotada. Me he levantado demasiado tarde, junto con la desagradable impresión que siempre experimento al levantarme. Hice mal en dormir tanto. Al despertar he sentido la cobardía que siente el perro ante su amo, cuando se sabe culpable.

Más tarde pienso en la viveza de las facultades morales del hombre cuando despierta junto con el día. Medito en la razón por la cual no puede uno conservarse siempre en el mismo estado de alma.

Comprender es el mayor mal que puede sobrevenirle al hombre. Es penoso, sumamente penoso saber, a conciencia, que dentro de una hora yo seré el mismo hombre, con los mismos recuerdos en la memoria; pero que, a pesar de todo, habrá cambiado, y cambiado conscientemente...

En julio 8 hizo esta nota plena de filosofías acerca del amor. En su estilo característico, Tolstoy narra una de sus primeras aventuras:

Amor y religión, he aquí dos puras y sublimes emociones! ¿Qué es el amor? Yo no sé lo que es el amor, si amor es lo que tengo leído y oído. En este caso declaro no haber experimentado jamás esta sensación.

Conocí a Zinaida en el instituto donde hacía sus esudios. Ella me gustaba; pero yo la conocía poco. (¡Qué vulgar cosa es la palabra! ¡En qué estupidez se convierten los sentimientos recordados!) Me encontraba en Kasan pasando unas semanas. Si se me hubiera preguntado por qué yo me encontraba en ese lugar, y si el lugar me agradaba, y si era allí feliz, yo no hubiera podido contestar una sola pregunta, porque yo estaba enamorado. Pero yo no lo sabía. Y esta ignorancia es el mayor encanto del amor. ¡Cómo me sentía de satisfecho! No sufría la pesada carga de las pequeñas pasiones que dañan todos los mejores entusiasmos de la vida. Yo no había pronunciado una sola palabra de amor a sus oídos; pero estaba seguro de que ella lo adivinaba; y si ella me amaba sin decirle nada, yo tenía el derecho de pensar que ella me había comprendido.

Todos los impulsos del alma son puros en su origen. La realidad destruye la inocencia y el encanto de todo impulso.

Mis relaciones con Zinaida se mantuvieron en una simple y sencilla atracción mutua.

—Pero quizás tú dudas, Zinaida, de mi amor por ti. Perdóname si es así. Yo tengo la culpa. Con una sola palabra habría alejado tus dudas.

¿No volveré a verla? ¿Llegaré a saber algún día que ella se ha casado con algún Beketoff? O, lo que sería peor, ¿llegaré a encontrarla otra vez con su gorra encantadora, llenos de amor los ojos brillantes y abiertos por el gozo?

Yo no he renunciado al propósito de casarme con ella. No estoy convencido suficientemente, de que ella podrá hacerme feliz, y, no obstante, la amo. ¿Pero a qué vienen estos recuerdos deliciosos que añaden nuevas fuerzas a mi egoísmo? ¿Por qué tan pronto como yo observo algo bello aparece ante mí la mirada de Zinaida? ¿Deberé escribirla?...

Me extraña a mí mismo el ignorar lo que le hace falta a mi vida para ser feliz. ¿Y qué es la felicidad? ¿Recuerdas, Zinaida, el jardín y la senda? De la punta de mi lengua y de la punta de la tuya pendía una declaración. Era mi deber comenzar primero; pero, ¿sabes tú, Zinaida, por qué no lo hice? Yo era tan feliz en ese momento, que temí dañar mi... no, nuestra felicidad.

Las mejores horas de mi vida son y serán siempre las que me recuerden ese querido tiempo. ¡Qué vacía y vana es la criatura humana! Cuando se me pregunta acerca de mi temporada en Kasan, yo contesto: "Sí; para ser una ciudad de provincia, la sociedad es bastante grande. Sí; pasé allí algunas horas entretenidas.

En esta relación se esboza al futuro pensador. Al gran pensador que vivió toda su vida buscando el secreto íntimo de las cosas que atañen a la vida.

Agosto 22 de 1851.

El día 28 cumplo 23 años. Me gustaría comenzar a vivir ese día de acuerdo con el plan que me he propuesto seguir. Lo pensaré mañana. Mientras tanto, tomo mi diario y los mandamientos de Benjamín Franklin. Al principio yo consideraba estos mandamientos de Franklin pedantes y peligrosos. Pero no hay que culparlos porque no logren refrenar los impulsos del alma. Para estos impulsos no hay reglas posibles. Si algo bueno hace esta guía, es que instruye a uno en el trabajo y contribuye a formar el carácter del hombre. Así, pues, yo continuaré este orden.

Mantenga sus papeles, cuentas, libros y lecciones en orden. Entonces ordene sus ideas y comience de nuevo a escribir el primer capítulo de su novela

En esta forma hizo Tolstoy el programa de su trabajo. Los mandamientos de Franklin (*Franklin table*) le guiaron del mismo modo que a su autor. Desde edad temprana conocía Tolstoy la biografía del americano ilustre, y trató de emularla en su vida empezando por abolir los vicios que tanto le preocupaban y de los cuales era él presa favorita. Y en 20 de marzo de 1852, escribió:

Antes de conocerme pensé que era víctima de las pasiones del juego, de la tentación y la vanidad. Hace ya tiempo he llegado al convencimiento de que la virtud, hasta en sus más altas manifestaciones, no es otra cosa qeu la ausencia del vicio. Por eso, si yo logro destruir parte de las pasiones que me dominan, podré después sentirme mejor. Examinemos cada una de estas pasiones:

El juego lo origina la pasión por el dinero; pero, en la generalidad de los casos, es consecuencia de la ociosidad y del deseo de vencer, convirtiéndose al fin en pasión. Entonces se juega por amor al juego, por el placer de sentir las sensaciones que produce. Luego se transforma en hábito. El modo, pues, de alejar este vicio de nosotros, consiste en destruir en nosotros el hábito adquirido. No lo hice. La última vez que jugué fué en los días últimos de agosto. Hace ya seis meses. Y ya no siento pasión por el juego.

La tentación tiene un fundamento distinto. Mientras más se la cohibe y se esfuerza uno en suprimirla, mayor es su radio de acción, mayor es su fuerza. Dos causas producen las pasiones de los sentidos: el cuerpo y la imaginación. Es fácil dominar el cuerpo; pero es muy difícil dominar los impulsos de la imaginación, que afectan directamente al cuerpo. Para sanar al uno y al otro bastan el trabajo y el ejercicio físico e intelectual...

La vanidad es pasión de obscuro origen, uno de esos males que se parecen al hambre, a la langosta, a la enfermedad y a la guerra, con los cuales castiga Dios al hombre. No se logra encontrar el origen de esta desgracia, pero las razones que la producen son: el ocio, el lujo, la falta de

preocupaciones y de privaciones. La vanidad se parece a la lepra. No invade por partes el cuerpo, sino todo el cuerpo de una vez. Permanece inadvertida en el organismo y poco después se va desarrollando lentamente, hasta que se apodera de todas las facultades...

Al cumplir el filósofo los 23 años escribió esta nota donde presiente lo que él ha de ser en lo futuro:

Hoy cumplo 23 años y no he hecho nada todavía. Pero yo siento que no he perdido el tiempo durante estos últimos ocho años en la lucha que he sostenido en contra de pasiones y dudas.

¿Para qué estoy destinado? Esto solamente lo sabe el porvenir.

MANUEL F. CESTERO.

Nueva York, agosto 23, 1917.

NOTAS EDITORIALES

NUESTRO PROGRAMA

Como muchos de nuestros nuevos subscriptores nos han manifestado de palabra y por escrito el deseo de conocer íntegramente el programa de CUBA CONTEMPORÁNEA, que fué publicado en el primer número, el 1.° de enero de 1913, y ha sido cumplido desde entonces y seguiremos cumpliéndolo, les complacemos reproduciéndolo a continuación:

Las páginas de CUBA CONTEMPORÁNEA quedan abiertas a todas las orientaciones del espíritu moderno, sin otra limitación que la impuesta por el respeto a las opiniones ajenas, a las personas y a la sociedad, sin más requisito que el exigido por las reglas del buen decir: he ahí nuestro programa.

Nuestra razón de ser parece justificada, ya que no hay en la prensa cubana, fuera de las publicaciones de carácter oficial y las circunscritas a determinadas materias, ninguna revista que cada mes dé al público trabajos escritos con menos premura que la requerida por las imperiosas exigencias de los periódicos diarios y aun por las no menos apremiantes de los semanarios.

Información general de todo lo que pueda interesarnos en cualesquiera de los múltiples aspectos de la inquieta vida de las actuales sociedades; noticia extensa o breve, según la importancia de cada libro y las condiciones del momento, de cuantas obras se publiquen en Cuba y fuera de ella, especialmente en lengua castellana y atañederas a nuestra historia, así como a la del resto de América; inserción de documentos antiguos y modernos que con la de Cuba se relacionen, y, en particular, expresa dedicación al estudio de nuestros problemas en lo administrativo, en lo político, en lo moral y social, en lo económico, en lo religioso: tales son los asuntos que preferentemente ocuparán estas páginas.

Campo abierto a todos los elevados empeños de buena fe, no habremos de rechazar ningún trabajo que pugne con nuestras opiniones personales o

con pareceres aquí emitidos en trabajos anteriores, porque CUBA CONTEMPORÁNEA surge sin exclusivismos de ninguna especie, no tiene compromisos de ninguna clase, ni abriga la presunción de imponer su criterio. Lo único que impone es la condición, ineludible, de que todos los trabajos sean firmados por sus respectivos autores, ya con su propio nombre o ya con seudónimo, siempre que, en este caso, la persona del autor se nos dé a conocer. Y empiezan por dar el ejemplo quienes la fundan: fuera de ciertas breves notas editoriales, el mismo director de ella está obligado a estampar su firma al pie de los artículos suyos que aquí vean la luz. Que cada cual tenga el valor de responder de cuanto escriba.

La parte puramente literaria y artística merecerá también especial atención, puesto que las manifestaciones de las letras y de las artes son muy alto exponente del grado de cultura de los pueblos. En el nuestro parece que hay, en lo literario, un resurgimiento digno de nota, y muchos cultivadores a quienes faltan estímulos y espacio para exponer sus frutos. Aquí les brindamos los unos y el otro, lo que también hacemos con los demás escritores en lengua castellana que quieran honrarnos con su colaboración.

Quienes deben y pueden, ¿corresponderán a este esfuerzo que realizamos? Creemos que sí. De ellos depende, más que de nosotros, el buen éxito de esta revista que aspira, por lo amplio de su programa y de sus tendencias, a emular aquellas inolvidables publicaciones que dirigieron Cortina y Varona: la *Revista de Cuba* y la *Revista Cubana.*

Los que acometen esta empresa no tienen la vanidad de creerse preparados como tan ilustres compatriotas; no han pensado, ni por un solo instante, que alcanzan la talla intelectual de esos dos próceres que han dado a Cuba, cada uno en su esfera, honra y fama. Pero sí se consideran con tantas fuerzas como ellos para exponer lo que creen la verdad y tratar de revivir las adormecidas energías de sus conciudadanos; para, con vigor de juventud, sin temores femeniles ni vacilaciones cobardes, seguir el camino que a todos los hombres de buena voluntad señala, imperiosamente, la sagrada herencia puesta en grave peligro por la concupiscencia de unos, la mala fe de otros, el alejamiento y el desdén de muchos, la ignorancia de no pocos y la culpa de casi todos.

Careceremos de conocimientos bastantes, pero sóbrannos voluntad y honradez de pensamiento y de acción. Están nuestras conciencias tan limpias como nuestras manos. Seremos, tal vez, inexpertos; pero abundamos en buenos deseos de ser útiles a nuestros compatriotas y al país, como creemos que debe ser útil todo ciudadano a su patria: con la rectitud, la honestidad del propósito por norma. Podremos errar, pero no a sabiendas. Y si se nos demuestra el error, no seremos sordos a las advertencias nobles ni desatenderemos el consejo leal de quienes saben más que nosotros.

A éstos, pues, y a cuantos quieran exponer sus ideas en relación con los difíciles problemas interiores y exteriores de nuestro país, pues la vida internacional de Cuba tiene también para nosotros excepcional importancia, pedimos apoyo y cooperación; apoyo y cooperación que a la vez impetramos, y esperamos, de quienes constituyen esa esfinge que se llama público.

IMPRENTA DE AURELIO MIRANDA, TENIENTE-REY, 27. HABANA.

Cuba Contemporánea

AÑO VI

Tomo XVI. Habana, febrero de 1918. Núm. 2.

EL RÉGIMEN PARLAMENTARIO Y LA REFORMA CONSTITUCIONAL

(Conferencia leída en el teatro "Fausto", de la Habana, el 6 de enero de 1918, por el Sr. Mario Guiral Moreno.)

Señor Presidente; Señores:


UANDO fuí invitado por los organizadores de esta serie de conferencias, que a iniciativa de la Fundación Luz Caballero se vienen celebrando semanalmente, para que consumiera un turno en los debates, tuve el propósito de expresar oralmente mis puntos de vista sobre la reforma constitucional que se intenta llevar a cabo, haciendo un extracto de las opiniones que he mantenido acerca de nuestros más importantes problemas en varios trabajos dados a la publicidad durante los últimos cinco años en las páginas de la revista Cuba Contemporánea, opiniones que en muchos puntos coinciden con las expuestas desde esta tribuna por quienes me han precedido en el uso de la palabra. Pero ciertas circunstancias, que no debo mencionar ahora, hiciéronme rectificar ese propósito de confiar a la inseguridad propia de la expresión oral la exposición clara e inequívoca de mi pensamiento, y que optara, en cambio, por la forma escrita, la cual, gracias a la inquebran-

table fidelidad que guardan el papel y la pluma a quienes solicitan su concurso, permite fijar mejor las ideas y dar a las palabras, en todo momento, su verdadero alcance y recto sentido.

Explicado el motivo de que moleste durante cierto tiempo vuestra atención con la lectura de estas cuartillas, procuraré estudiar algunos aspectos de nuestros más graves problemas, presentándolos en toda su desnudez, sin eufemismos ni aprensiones que serían inexplicables y contraproducentes en estos instantes en que se trata no sólo de reformar nuestra Carta Fundamental, sino también, y acaso principalmente, de hallar soluciones que eviten en lo futuro tropiezos y caídas en el desenvolvimiento de la vida de nuestra República, única finalidad que es dable presumir en los autores de los dos proyectos de reforma constitucional presentados para su estudio y resolución a nuestras Cámaras Legislativas.

Mas, antes de entrar en materia, quiero señalar, para tributarle el elogio que en justicia merece, el acierto con que han procedido los iniciadores de estas conferencias al procurar en las sesiones anteriores, y seguramente también en las venideras, que uno de los dos turnos establecidos para tratar acerca de la reforma constitucional corresponda a los hombres intelectuales y representativos, de edad madura, y que el otro turno lo consuman elementos de la juventud, porque de esta manera han hecho posible, por una parte, que el pueblo de Cuba escuche al mismo tiempo las voces, vibrantes y ardorosas o melancólicas y tristes, de dos generaciones distintas: la de los hombres que, nacidos a mediados del pasado siglo, asistieron al proceso de nuestra accidentada vida colonial en los últimos años del poder metropolitano, tomaron parte activa en los esfuerzos y luchas realizados para lograr la libertad e independencia de Cuba y actuaron como principales factores en los primeros agitados quince años de nuestra República, y la de los que, nacidos en las últimas décadas de la pasada centuria, asistieron en su adolescencia al desenlace del largo pleito entablado entre la Colonia rebelde y la nación dominadora, gozando de las bienandanzas obtenidas con la consecución de nuestra independencia en los días, generalmente felices, de la juventud; y, por otra parte, han dado al debate una amplitud que no habría tenido si sólo

se hubieran solicitado los consejos y opiniones de aquellos hombres ilustres cuyos méritos han sido consagrados por su actuación en los distintos órdenes de la vida pública, pero que, cohibidos en cierto modo y faltos de una libertad absoluta de criterio para juzgar desapasionadamente hechos y acontecimientos en cuyo desarrollo tuvieron algunos de ellos intervención principalísima, no es posible que exterioricen públicamente su pensamiento en el grado y en la forma en que pueden hacerlo esos otros elementos jóvenes a que antes hube de referirme, y que, dispuestos a contribuir, en la medida de sus fuerzas, a la magna obra de reconstrucción moral en que todos los cubanos debemos empeñarnos afanosamente—sin dejar de reconocer su falta de capacidad y de experiencia políticas—, no vacilan en exponer con sinceridad sus juicios y opiniones, exentos de pasión, sobre los actos, hechos, acciones y acontecimientos de nuestra historia contemporánea, juzgándolos con mayor imparcialidad que aquellos que tuvieron directa participación en su desarrollo y que, por esta circunstancia, no están completamente exentos de ciertas responsabilidades.

Desdichadamente, la política pasional y sectaria ha llegado entre nosotros a enconar los ánimos de tal modo, que es difícil, si no imposible, juzgar serenamente, con imparcialidad y libertad absolutas, la conducta de los actuales Partidos en las últimas candentes luchas de nuestra política interna, sin que quien tal haga o intente sea considerado *ipso facto,* por unos y por otros, como enemigo, o, al menos, como sañudo adversario de sus agrupaciones respectivas. Y es lógico que así suceda, puesto que no estando toda la razón de parte de ninguna de las dos intransigencias que en abierta pugna mantienen la política del ''todo o nada'', diciendo a los elementos neutrales: ''o nos dais toda la razón, sin quitarnos una sola parte de ella, o, de no hacerlo así, es señal de que estáis en contra nuestra'', resulta imposible satisfacer a unos y otros mediante el reconocimiento de sus derechos respectivos, pero señalándoles al mismo tiempo los grandes errores en que incurrieron, al solo objeto de evitar en lo futuro su repetición con todas sus horribles consecuencias.

Dejo hechas estas manifestaciones a fin de que nadie se sienta lastimado si en el curso de la disertación me refiero a sucesos

pasados y tristes, para estudiar sus causas y efectos, fijando claramente los motivos que me impelen a combatir el establecimiento del régimen parlamentario en Cuba, por considerarlo una solución que agravaría, en vez de remediar, nuestros actuales problemas.

No penséis, sin embargo, por lo que acabo de anunciar, que he de decir nada a favor ni en contra del sistema parlamentario, como tampoco habré de detenerme a estudiar los defectos y ventajas que se señalan al régimen representativo o presidencial, como lo denomina Burgess. No es ese mi propósito: en primer lugar, porque todo cuanto pueda decirse a favor y en contra de ambos regímenes fué dicho ya, elocuentemente, por nuestros más ilustres intelectuales en aquellos memorables debates que en el año de 1909 se celebraron en el Ateneo (*) después de efectuados los que acerca del sufragio universal tuvieron lugar en 1906, apenas concluída la revuelta de agosto, en momentos en que nuestro pueblo buscaba, como trata de encontrar ahora, soluciones efectivas para evitar no por la fuerza, sino mediante la garantía en el ejercicio de todos los derechos políticos del ciudadano, que nuestro país se vea periódicamente ensangrentado y devastado por convulsiones y revueltas que son puñados de lodo arrojados, por unos y por otros, sobre los ideales purísimos de Martí.

Y si algo hubiera quedado por decir entonces, a favor o en contra del régimen parlamentario, dicho está recientemente por la prensa de todos los matices, que ha dedicado su atención y preferente estudio a esta materia con motivo del proyecto presentado en la Alta Cámara por su actual ilustre Presidente el Dr. Ricardo Dolz, para sustituir el sistema de gobierno que hoy tenemos por el parlamentario; dicho está en una interesante obra poco tiempo ha publicada por el Sr. Miguel Alonso Pujol, que ha puesto su talento y su ilustración al servicio de la causa del Parlamentarismo; y dicho está, finalmente, por algunos de los oradores que con anterioridad han dejado oir su voz desde esta misma tribuna.

(*) A iniciativa de los doctores Julio Villoldo, Miguel Carreras, Ricardo Sarabasa y Sr. Carlos de Velasco, miembros de la Directiva del Ateneo y nombrados por ella para constituir la comisión que organizó aquellos debates.

Agotada, como lo está, la materia, ¿qué podría añadir a lo ya expresado quien en estos momentos habla, ni qué valor tendría su opinión frente a la de los que consideran el régimen parlamentario, no obstante sus defectos, como ''el mejor sistema de gobierno que han inventado los hombres'', según la frase de Stuart Mill?

Por otra parte, yo no soy un adversario del parlamentarismo, cuyas ventajas reconozco, como tampoco soy un apasionado defensor del sistema presidencial o representativo, cuyos defectos no intentaré negar. Lo que yo voy a combatir desde esta tribuna es la implantación del régimen parlamentario en Cuba, apartándome para ello de toda discusión doctrinal respecto de ambos sistemas de gobierno, pues considero llegada la hora de que abandonemos las discusiones abstractas, de carácter más bien académico que político, y de que no tratemos de solucionar nuestros asuntos mediante la aplicación de remedios considerados como infalibles por el solo hecho de haber sido ensayados con éxito en otros países y de haber dado la felicidad a otros pueblos de naturaleza, temperamento, carácter, idiosincrasia y educación completamente distintos al nuestro.

He de concretarme, pues, a estudiar los resultados probables o seguros que el establecimiento del régimen parlamentario habría de producir entre nosotros, fundándome, al hacerlo, en hechos y antecedentes ciertos y positivos, de los cuales no es posible prescindir cuando se trata de analizar nuestros problemas, puesto que, parodiando lo dicho por Campoamor cuando confesó que no creía en la historia antigua desde que había visto escribir la historia moderna, es prenda de sinceridad el confesar que muchos cubanos carecemos de fe en las ventajas que habría de traernos el sistema parlamentario, después de haber visto cómo ha sido ensayado y practicado entre nosotros el régimen representativo. No he de citar, por lo tanto, en apoyo de mis puntos de vista, las opiniones de tratadistas extranjeros, ni he de mencionar el ejemplo de los países que se desenvuelven normalmente bajo el régimen presidencial, porque tales discusiones habrían de ser en conclusión estériles e infecundas, desde el instante en que frente a las afirmaciones de quienes defienden el sistema representativo se opondrían las

de quienes creen más ventajoso el régimen parlamentario; y mientras los unos citáramos como pueblos felices a los Estados Unidos de Norte América, a Suiza y otras naciones que se gobiernan por aquel sistema, sus adversarios opondrían los ejemplos de Inglaterra, Francia, Chile y demás países donde ha producido magníficos resultados el régimen parlamentario.

Este sistema, sin embargo, tendría en Cuba, entre otros muchos inconvenientes inevitables, los cuatro siguientes, cuya gravedad no necesita que se la señale: en primer término, el de no solucionar el más importante y vital de nuestros problemas, o sea el evitar en lo sucesivo las revoluciones mediante el imperio de la Ley, de la Verdad y de la Justicia en todos los asuntos de la vida pública, y especialmente en aquellos que afecten grandes intereses colectivos; en segundo lugar, tendría constantemente al país en un estado de agitación y de exagerada tensión políticas, en vez de traer el sosiego y la calma a los espíritus en un pueblo como el nuestro, que, según la opinión de uno de nuestros más insignes pensadores, necesita imprescindiblemente de lo que en la ciencia médica se denomina la "cura del reposo"; en tercer término, la inercia legislativa, que constituye uno de nuestros males más graves y profundos, llegaría a su grado máximo, haciendo perder todas las esperanzas de reformar la actual legislación, arcaica e inadecuada en sus puntos más esenciales, ya que todo el tiempo que duraran las sesiones de las Cámaras resultaría insuficiente para las series de interpelaciones, declaraciones políticas y demás alardes parlamentarios en que se perdería lastimosamente el tiempo, sin ningún resultado práctico beneficioso para la Nación, cuyos frecuentes cambios de gobierno estarían sujetos a las múltiples circunstancias que suelen dar lugar entre nosotros, por un lado, a los pactos y coaliciones más inverosímiles y absurdos, y por otro a las rupturas entre los grupos o fracciones que pudieran considerarse más identificados y mejor avenidos; y, en último término, traería el parlamentarismo una nueva circunstancia agravante al problema de mantener en lo interior francas corrientes de cordialidad y de tranquilidad espiritual, puesto que al producirse, de seguro con mayor frecuencia que ahora, esas grandes conmociones que afectan a toda la burocracia y que serían la

consecuencia inmediata, quizás única, de los cambios ministeriales—siendo utópico pensar en la coexistencia del régimen parlamentario con la inamovilidad de los funcionarios y empleados públicos—, se irían sembrando los gérmenes de general descontento y avivando los deseos de represalia, que son siempre generadores de las protestas armadas, y éstas se incubarían en forma lenta, pero continua, para estallar en definitiva al calor de todos los intereses quebrantados, de todas las aspiraciones no satisfechas y de todas las esperanzas desvanecidas.

El régimen parlamentario no impediría, pues, las revoluciones en nuestro país, porque traería con su implantación nuevos factores determinantes de esos estados de opinión, violentos e irrefrenables, precursores de todas las tormentas revolucionarias, además de dejar subsistentes las causas que hasta ahora las han producido. El mal, por consiguiente, en vez de curarse con el cambio de régimen se agravaría, porque sus causas, lejos de desaparecer, se habrían multiplicado.

Para que no se piense que tal afirmación es infundada y gratuita, voy a citar en su apoyo la opinión expuesta hace unos ocho años, próximamente, por un ilustre desaparecido, por una de las mentalidades más vigorosas y uno de los espíritus más cultivados que ha producido nuestra patria, el Dr. José Antonio González Lanuza, quien, en un hermoso trabajo—como todos los suyos—publicado por la revista *Letras* en su número correspondiente al día 1.° de mayo de 1910, discurriendo acerca de la situación política de Cuba y sus consecuencias en lo porvenir, después de analizar los males existentes y el estado de descomposición general que en aquella época prevalecía, escribió estos párrafos, impregnados de sana lógica y gran experiencia, cuya lectura me voy a permitir:

Descendiendo de estas generalidades a algo concreto—decía el doctor González Lanuza—, me haré cargo, brevemente, de la receta de algunos de nuestros buenos espíritus: el sistema parlamentario. Hablando hace poco de él con el señor Sanguily, éste me decía que los miembros de la Convención Constituyente, de la que él formó parte, lo rechazaron principalmente por razón de sus males comprobados, de su descrédito universal. Ahora, como con el otro, o bajo el otro, llegamos a lo que hemos llegado, se vuelven los ojos al entonces desechado y proscrito. ¿Será el mal presente consecuencia del régimen llamado *representativo?* ¿No lo será más

bien que del molde, del metal echado en el molde mismo? Francamente, lo sospecho. Y si es así, ¿a qué cambiar la envoltura, si no cabe cambiarse lo en ella envuelto? Cuba adoptará un régimen político para mudarlo poco tiempo después; quizá para arrepentirse y volver al principio, si no nos entregábamos a una serie múltiple de caprichosos eclecticismos...

Y después de intercalar en lengua italiana el final de la famosa invectiva de Dante a su patria, agregaba:

Pero en fin, ¿qué nos dará el sistema parlamentario? ¿Cómo, en 1906, con la sólida mayoría moderada y la exigua minoría liberal, hubiérase derribado un gobierno con tres discursos, a menos que los pronunciaran algunos insatisfechos de la propia mayoría, que hicieran con la minoría causa común, despechados por no haber obtenido el que estimaban galardón merecido por su esfuerzo? El sistema parlamentario no se concibe sin el derecho de disolución del Congreso y la provocación de un nuevo veredicto electoral. ¿No es cierto? Pues bien, me digo yo, si la experiencia dice que los trances graves surgieron siempre en nuestra República alrededor de los períodos electorales, ¿no sería remedio peor que la enfermedad el multiplicar las oportunidades que tales trances hicieron surgir? El gobierno, derrotado por la mayoría, obtiene el decreto de disolución. Vence en las nuevas elecciones y la anterior mayoría pasa a ser minoría. El resultado de tales elecciones, ¿será acatado? La victoria electoral del gobierno, ¿no será un toque de rebato que se traduzca en convulsión? ¿Acaso estará el remedio en una perenne intriga que determine una serie de gobiernos inestables? Los que hoy exigen tanto a ese gobierno en cambio de su voto, no teniendo el poder de derribarlo, ¿qué le pedirían si se hallasen investidos de tal poder?

Para no admitir estos argumentos, de fuerza incontrastable, sientan como premisas los más acérrimos defensores del Parlamentarismo, cual sucede en la obra de que hice mención anteriormente, las siguientes infundadas hipótesis: 1.ª Que la mistificación electoral no existiría con el nuevo sistema, pero que en caso de existir "se corregiría prontamente y se impediría en lo sucesivo, porque teniendo el Gabinete o Gobierno que responder de sus actos ante la opinión pública, con muy poco esfuerzo desinteresado y noble por parte de la prensa..., y *contando con una ley electoral eficiente,* es indudable que el sufragio quedaría garantizado y purificado en o con el sistema parlamentario, *aparte de que el Congreso, por su propio prestigio y su elevada posición en el régimen, habría de actuar con decisión y eficacia*"; 2.ª que "el régimen parlamentario con la fa-

cultad de disolución limitada no ocasionaría jamás el que las elecciones se multiplicasen..., porque en el caso de que al caer un Gabinete fuese llamado al Poder un partido que no contase con mayoría en el Congreso, no sería necesario acudir al cuerpo electoral en demanda de su sanción'', dado que la política coalicionista resolvería todas las dificultades, surgiendo de ella ''los Gabinetes de homogeneidad nacional en la mayoría de los casos''; 3.ª Que ''el nivel moral, social y político del Congreso respondería seguramente a sus elevadas finalidades, cosa bien fácil y sencilla [oidlo bien] *si los Partidos Políticos, dirigidos con acierto por jefes doctos, se penetrasen de la necesidad de arraigar la nacionalidad y cuidaran de elegir para los cargos legislativos, de común acuerdo unos y otros en esta suprema misión inherente a la persistencia y desarrollo de la República, a personas que en el seno de cada uno de ellos posean las debidas condiciones de cultura, capacidad y ecuanimidad''*; y 4.ª Que una vez establecido el sistema parlamentario ''veremos al caudillo liberal aconsejando al Presidente de la República que no prescinda del Gabinete conservador si la conveniencia pública está conteste en la continuación de éste, y, viceversa, al conservador conduciéndose de igual manera'' que el caudillo liberal en caso semejante.

Efectivamente, señores: si por arte de magia se operase en nuestro pueblo esa brusca transformación que se da anticipadamente por cierta apenas implantado el Parlamentarismo, es incuestionable que éste alcanzaría un éxito franco y resonante; pero reconózcase también, como es de justicia, que si todo ese grado de cultura política, de progreso en las costumbres públicas y de sincero patriotismo hubiera existido bajo el actual régimen, éste también habría funcionado admirablemente y nadie en estos momentos trataría de sustituirlo.

No es, por consiguiente, el simple cambio de sistema lo que puede solucionar nuestras dificultades, que son producidas por causas mucho más hondas y cuya naturaleza es preciso desentrañar para aplicar sin tardanza los indicados remedios. Aquéllas, es decir, las causas, a mi manera de ver pueden reducirse a dos: deficiencia de la actual legislación electoral para impedir el fraude en los comicios, y falta de educación cívica en nuestro

pueblo para saber resistir, sólo por un alto espíritu de honradez y de moral política, a la tentación de burlar la voluntad de las mayorías en provecho de ciertos mezquinos intereses, al amparo de esas deficiencias advertidas en la parte mecánica, por decirlo así, del sistema electoral que regula entre nosotros el ejercicio del derecho de sufragio.

Los remedios indicados para conseguir la supresión de estos dos males gravísimos son: la reforma, no del sistema científico de la representación proporcional, que bien aplicado es casi perfecto, sino de ciertos detalles y deficiencias que no fueron previstos al redactarse la Ley y que han dado lugar al falseamiento del censo electoral, a los ''refuerzos'' y demás supercherías realizadas por los muñidores de la política. Esta reforma de la ley electoral es una medida urgente, inaplazable y de eficacia inmediata y segura para impedir o dificultar en todas sus formas la comisión de fraudes y la mistificación del sufragio en las próximas elecciones generales que se celebren. Y el segundo remedio consiste en la educación cívica del pueblo, como único medio, de lenta fructificación pero de eficacia indiscutible, para llegar, dentro de un plazo más o menos largo, a formar un estado de conciencia colectivo, un ambiente de moralidad política y privada tan refractario a la conculcación de los principios básicos de la nacionalidad y de los derechos del ciudadano, que haga innecesaria la aplicación de todos los preceptos penales establecidos o que se establezcan en lo futuro para el castigo de quienes defraudan la voluntad popular.

Dentro de este orden de ideas, tenía razón en mucha parte el general Emilio Núñez cuando afirmaba hace dos semanas, en esta misma tribuna, que la solución de nuestros problemas no estaba en el cambio del actual régimen de gobierno por otro distinto, sino en la educación del pueblo y en el mejoramiento de las costumbres públicas. Ello es incuestionablemente cierto y positivo; pero, para lograr este resultado se tropieza con un escollo, y es éste la imposibilidad de conseguir la realización de tan hermoso objetivo en un plazo breve y perentorio, puesto que para llegar a ella será preciso una labor constante de todos los elementos sociales, empezando por nuestras clases directoras,

que tendrán que reformarse a sí mismas para dar el ejemplo en el camino de las rectificaciones.

Por otra parte, es imposible detener el funcionamiento de la máquina electoral, la que de tiempo en tiempo da a los ciudadanos la señal de acudir a las urnas para la renovación periódica de los Altos Poderes nacionales, siendo preciso, por consiguiente, reformar y perfeccionar esa complicada maquinaria sin detener su marcha, para que los elementos irreformables, aquellos que sólo son susceptibles de esa sustitución, dolorosa pero necesaria, que el tiempo se encarga de realizar, no sean factores de disolución y de desquiciamiento político en estos críticos instantes en que el edificio de la República acaba de sufrir intensa trepidación, amenazando desplomarse por segunda vez, minados sus cimientos por la acción erosiva de bastardos intereses y agitada toda su estructura por un furioso vendaval de odios y pasiones.

La reforma electoral en el sentido de hacer imposibles o difíciles los fraudes, adoptando con ese fin el sistema de la identificación personal fotográfica o dactiloscópica, según indicó desde este sitio mi talentoso amigo José Antonio Ramos, u otro sistema cualquiera que produzca igual resultado, y una labor educativa y regeneradora de nuestras viciosas costumbres y añejos hábitos coloniales, son los medios que, combinados, habrán de salvar la vida de la República, dando tiempo para combatir todos sus otros males, gravísimos algunos de ellos, pero que necesariamente tienen que quedar relegados a un segundo plano ante el interés primordial de evitar que la vida de aquélla se extinga.

El símil de que se valió mi distinguido amigo el Dr. Guillermo Domínguez Roldán para exponer mejor su criterio acerca del problema que se debate, comparando a nuestra República con un enfermo grave, cubierto de úlceras, cuya curación se intenta conseguir por medio de tópicos emolientes y paliativos, a pesar de requerir la exacerbación del mal otros tratamientos más enérgicos y eficaces, resulta ser bastante exacto; y es justo reconocer que tanto en el diagnóstico de la enfermedad, como en el pronóstico del mal y en muchas de las fórmulas que recetó para combatirla, estuvo realmente acertado, dando pruebas de poseer un ojo clínico de primer orden, que para sí querrían algunos de nuestros mejores galenos; pero, a mi manera de ver,

le faltó algo muy importante, algo que es esencial en todos los casos en que el médico examina por primera vez a un paciente cuyo mal exige tratamientos enérgicos, sin excluir la intervención quirúrgica: le faltó sencillamente auscultar al enfermo. De haberlo hecho, es seguro que al notar una lesión en los pulmones y darse cuenta de que el corazón—es decir, la función comicial—, debilitado por causas congénitas y en cierto modo hereditarias—las convulsiones—, flaquea cada vez con mayor frecuencia, amenazando paralizar la vida del organismo—o sea la República—, es seguro, repito, que aquel experto facultativo, despreocupándose de todas las demás dolencias por él precisadas, hubiera encaminado sus esfuerzos a salvar la vida del enfermo, con todas sus imperfecciones. Así también, respecto de la República, lo importante, lo inaplazable es propender a impedir que su vida peligre al sufrir un nuevo ataque agudo de la grave enfermedad que por dos ocasiones la ha puesto en trance de muerte. Después de conjurada la crisis, tiempo sobrado tendremos para curar todos sus otros males mediante la aplicación del procedimiento educativo, en cuya eficacia es preciso que pongamos nuestra fe y nuestra esperanza.

En la imposibilidad de detenerme en el estudio de los diversos obstáculos con que habría de tropezar el funcionamiento del régimen parlamentario en Cuba, sólo intentaré tocar, aun cuando sea muy a la ligera, otros aspectos de nuestro problema constitucional, para que no se diga, con razón, que he realizado una tarea infecunda al combatir un cambio de sistema que otros hombres de superior mentalidad y vasta cultura defienden con entusiasmo, después de reconocer que algunos de los preceptos de nuestro Código Fundamental requieren una radical reforma para evitar la repetición de los males que en la práctica han podido observarse, y no señalar cuáles son esos males y cuáles los preceptos a cuyo amparo se han producido.

Las principales reformas que nuestra Constitución requiere —manteniendo, desde luego, el actual régimen representativo, cuya sustitución por el parlamentario sería en estos momentos un ensayo peligroso—fueron detenidamente consignadas y estudiadas en una moción que con fecha 28 de marzo de 1911 presentaron a la Asamblea Nacional del Partido Conservador los

doctores Eduardo Dolz y Eugenio Sánchez Agramonte, cuando se intentó por algunos de sus miembros más distinguidos que dicha agrupación política abordara el problema de la reforma constitucional en el sentido francamente parlamentario que en la citada moción se proponía. Pero, prescindiendo de esta finalidad—con la cual he mostrado ya estar en desacuerdo—, preciso es reconocer que de haberse realizado muchas de las reformas propuestas en el citado documento, con una previsión que honra sobremanera a sus autores, no pocos de los males ocurridos después de aquella época hubiéranse quizás evitado, como se evitarían de seguro en lo porvenir en el caso de que la reforma constitucional se llevara a cabo sobre las siguientes bases, todas ellas contenidas en el referido proyecto, del cual las he tomado, haciendo caso omiso de los preceptos relativos al establecimiento del régimen parlamentario, por estimar que todas las modificaciones propuestas pueden llevarse al texto constitucional sin necesidad de un cambio en el actual sistema de gobierno. He aquí las bases consignadas en aquel importante documento:

Primera: Fijación del término de seis años para el ejercicio de la Presidencia de la República y prohibición de que la ejerza la misma persona en dos períodos consecutivos.

Esta reforma, que se consigna en la parte final de la primera Base propuesta en la moción antes citada, debería ampliarse en el sentido de hacer extensiva la prohibición para todos los cargos, ejecutivos o legislativos, de elección popular.

Segunda: Renovación total de ambos Cuerpos Colegisladores al vencimiento de sus respectivos períodos.

Tercera: Aumento del número de Senadores a ocho por cada Provincia y reducción a seis años de la duración del cargo senatorial.

Esta reforma, contenida en la Base quinta de aquella moción, necesitaría completarse suprimiendo la elección por medio de compromisarios y haciéndola directa, para evitar que en el Senado pueda llegar a estar representada una sola opinión o tendencia política, como ha sucedido en época anterior y como podrá volver a ocurrir al amparo del precepto constitucional que hace del Senado una excepción cuando establece la necesi-

dad de respetar en todas las asambleas el derecho de las minorías.

La finalidad perseguida al establecer el principio de la renovación total de ambos Cuerpos Colegisladores quedaría frustrada si a la base anterior no se añadiera otra, que no está incluída en la moción tantas veces mencionada, pero que yo me atrevo a intercalar aquí, dándole el siguiente número de orden que le corresponde:

Cuarta: Fijación del término de seis años para la duración de los cargos de Representantes, al igual de lo establecido para los senatoriales.

Quinta: Modificación del precepto constitucional relativo a la inmunidad parlamentaria, en el sentido de no ser un obstáculo para el procesamiento de Senadores y Representantes por hechos ajenos al ejercicio de sus funciones, sin perjuicio de la absoluta garantía que deben tener en el desempeño de todos los actos y acciones que realicen como legisladores.

Sexta: Declaración de que la dotación de los Senadores y Representantes sólo podrá consistir en dietas, que aquéllos devengarán por su asistencia a cada una de las sesiones de la Cámara respectiva, mientras ésta se encuentre en funciones.

A estas reformas sería conveniente añadir otra—no consignada en la moción de los doctores Dolz y Sánchez Agramonte—por la cual se restrinja la facultad del Congreso para conceder amnistías, exigiendo, por ejemplo, para su aprobación, el voto favorable de las dos terceras partes del número total de los miembros que integran cada uno de los Cuerpos Colegisladores, y que se limite también la facultad del Poder Ejecutivo para otorgar la gracia de indulto, fijando como condición indispensable para su concesión que el reo haya cumplido por lo menos la mitad de la pena impuesta, a no ser en los casos en que el tribunal sentenciador, por circunstancias especiales, recomiende de oficio, al dictar su fallo condenatorio, el otorgamiento de la referida gracia.

Con este programa de reformas, aparte de algunas otras que,

aunque de mucha menor importancia, podrían intentarse ahora, aprovechando la oportunidad para abrir discusión respecto de ellas, nuestros más importantes problemas habrían logrado una solución adecuada a la naturaleza del medio ambiente donde han surgido, y podríamos tener la satisfacción de haber sabido recoger en las páginas de nuestro Código Político el fruto dado por la experiencia en los primeros quince años de nuestra vida republicana.

Al ser fijada la duración del término presidencial y la de los cargos de Senadores y Representantes en seis años, con renovación total simultánea de ambos Cuerpos Colegisladores y prohibición absoluta para el desempeño de esos cargos en dos períodos consecutivos, obtendríase, entre otras muchas ventajas, la de alejar las épocas de agitación y de zozobra que siempre se producen entre nosotros desde mucho antes de la fecha fijada para la renovación de los Altos Poderes, y que por regla general suelen prolongarse hasta algún tiempo después de efectuadas las elecciones generales. Es preciso dar periódicamente una tregua a las enervantes luchas de la política, para que el país en general, y especialmente los elementos industriales y comerciales, puedan dedicarse con tranquilidad y sosiego absolutos a la explotación de todas las grandes e inagotables fuentes de riqueza que existen en nuestra prodigiosa tierra; y esta finalidad en modo alguno se conseguiría, aunque se prolongara la duración del término presidencial y la de los cargos de Representantes a seis años, si se conserva el actual sistema de renovar parcialmente nuestras Cámaras a la mitad de cada período, lo cual daría como resultado que cada tres años se viera agitado y conturbado el país por las luchas electorales que con tan exagerada anticipación suelen iniciarse entre nosotros.

Haciendo la renovación completa de ambas Cámaras al final de cada término legislativo, evitaríase, pues, que viviéramos en medio de una incesante lucha política, sin necesidad de alargar excesivamente la duración de los cargos electivos, cual ocurre respecto de los senatoriales en el proyecto del Representante señor José María Lasa, en el que se pretende la enormidad—permítaseme el calificativo—de prolongar a doce años la duración del cargo de Senador, sin establecer siquiera, como natural y ló-

gico contrapeso, la prohibición absoluta de que una persona pueda desempeñarlo en dos períodos sucesivos, a fin de evitar así que en Cuba se establezca de hecho, en beneficio de cierto número de individuos, la Senaduría vitalicia; que a tanto equivaldría el continuado disfrute de tan ambicionado cargo durante los veinticuatro años que sumarían los dos términos consecutivos.

No es posible, señores, que tal reforma, de un fondo antidemocrático y absurdo, pueda llegar a cristalizar en un pueblo como el nuestro, que ha podido observar en todos los individuos que llegan a escalar altas posiciones—lo mismo en las esferas oficiales que en los centros y sociedades particulares—la tendencia a perpetuarse en ellas, vinculando para sí y para sus parientes, allegados y amigos, las ventajas de todo orden inherentes a los cargos que desempeñan, ya sean éstos los de Senador, Representante, Gobernador, Consejero, Alcalde, Concejal, Rector, Decano, Presidente, Secretario, Tesorero, y hasta el de simple Vocal de las más modestas asociaciones.

Contra esta tendencia, antidemocrática y peligrosa, es preciso levantar la bandera del principio antirreeleccionista; pero no como con manifiesta injusticia se pretende por algunos de nuestros elementos sociales, para establecerla exclusivamente respecto del desempeño de la Presidencia de la República, sino haciéndola extensiva a todos los cargos de elección popular. Es necesario evitar, si hemos de ser lógicos y consecuentes, que vuelva a darse el caso, incongruente e inexplicable, de que se pueda ser antirreleccionista en cuanto a la Presidencia de la República, y no serlo al propio tiempo respecto de la Alcaldía Municipal de La Habana; es preciso evitar que por segunda vez pretendan exigir del Presidente de la República en funciones, invocando para ello los altos intereses nacionales, que sacrifique sus legítimas aspiraciones y renuncie al ejercicio de un derecho que la Constitución establece y garantiza, los mismos hombres que han logrado reelegirse en sus cargos de Representantes o Senadores desde la instauración de la República.

Mas no penséis que es sólo una razón de equidad y de justicia la que aconseja llevar a la Carta Fundamental como principio absoluto el de la no reelección, sino otra finalidad mucho más

elevada y efectiva: la de combatir "la atonía y esterilidad legislativa que lamentan, desde diversos puntos de vista, todos los órganos de la opinión y de la prensa", según frases estampadas por el señor Lasa en el preámbulo de su proyecto de reformas; inercia legislativa que no se debe únicamente al descenso de nivel que en todos los Parlamentos del orbe ha producido la implantación del sufragio universal, y que tampoco puede achacarse de modo exclusivo, como el señor Lasa afirma en su referido preámbulo, a "la frecuencia vertiginosa de las elecciones y lo breve del término o duración del mandato legislativo". Menos aún puede atribuirse al régimen representativo la existencia de este mal que tan extraordinaria importancia reviste, como insinúan sus adversarios, quienes anuncian su completa desaparición tan pronto como se implantara el sistema parlamentario. La inercia, atonía o esterilidad legislativa se debe entre nosotros, en parte, desde luego a los dos primeros factores antes señalados, pero principalmente a las miras reeleccionistas de los Senadores y Representantes, constantemente obligados, para complacer las exigencias de sus conterráneos y presuntos reelectores, a ocuparse con preferencia en los intereses provinciales, locales y personales, aunque para ello sea preciso sacrificar los de la Nación, cuyo Tesoro se ve agobiado, por tal motivo, bajo el peso de obligaciones superiores a sus fuerzas y que hacen imposible la realización de muchas obras de interés nacional, para las cuales nunca existen fondos disponibles; en tanto que éstos no escasean jamás cuando han de ser destinados a otros fines de importancia mucho menor.

En cuanto a las demás reformas propuestas, tales como la restricción de la inmunidad parlamentaria, para evitar que ella se convierta en impunidad; a la fijación de dietas por cada sesión, en vez de la dotación fija actualmente señalada a los Senadores y Representantes, a fin de obligarlos a concurrir con puntualidad a las sesiones e impedir que paralicen el funcionamiento del Congreso durante largos períodos; y a la limitación de la facultad concedida al Poder Legislativo para amnistiar y al Ejecutivo para otorgar la gracia de indulto , no sólo en cuanto a los delitos electorales, sino también respecto de los comunes, son necesidades tan hondamente sentidas y tienden a remediar

males de existencia tan notoria, que no necesito ocuparme en en ellas, a no ser para mostrar extrañeza ante el hecho de que ninguna de esas medidas haya sido incluída en el proyecto del señor Lasa, que, por su forma, parece propender al remedio de los principales defectos advertidos en el funcionamiento del actual régimen constitucional, siendo en realidad anómalo que ninguna atención haya prestado ni solución alguna haya propuesto para subsanar males, como aquéllos, tan graves, arraigados y profundos, que para ningún espíritu observador pueden pasar inadvertidos.

Y voy a terminar, señores, porque no quiero cansar por más tiempo vuestra atención. Pero, antes de descender de esta tribuna—que, por pertenecer al Centro de Veteranos de la Independencia, debe ser terreno neutral donde todos los odios desaparezcan, donde todas las intransigencias se amortigüen y donde todas las pasiones se acallen—, permítaseme que formule fervientes votos porque con reforma constitucional o sin ella, ya se mantenga el régimen actual o se le sustituya por el sistema parlamentario, de este gran movimiento de opinión que la Fundación Luz Caballero ha provocado abriendo de nuevo amplia y fecunda discusión acerca de nuestros más importantes problemas nacionales, surja la solución que todos anhelamos encontrar para la perdurabilidad de nuestra independencia y la definitiva consolidación de la República, por la voluntad, por el esfuerzo y por el sacrificio de todos los cubanos.

BREVES EXÉGESIS ACTUALES

II (*)

La vuelta a lo primordial.—Las consecuencias directas o indirectas, inmediatas o lejanas, de la catástrofe mundial son tan múltiples y complejas, que probablemente *nunca* dejarán de sentirse ni observarse en muchísimos órdenes de la vida, del pensamiento y de la actividad, ni jamás se agotará su estudio. Cuanto podemos desde ahora comprobar (además del triunfo momentáneo de la reacción, consentido por la mayoría en muchos países en vista de la mejor organización de todas las fuerzas nacionales para la victoria, de la creciente invasión del Estado y de la también creciente complicación de la existencia), es el regreso rápido, en más de un aspecto, a las condiciones y a los modos de pensar *primitivos,* consecuencia a su vez de aquellas dificultad y complicación. Comer, vestirse, calentarse sobre todo, en numerosos países, han llegado a ser, para vastísimas partes de la población o para toda la población, graves problemas diarios. Escasean cada vez más, en efecto, los artículos esenciales: trigo, carbón, azúcar... Y una verdad también esencial, de la cual, como de otras, se había apartado el hombre moderno hasta el punto de olvidarla, ha vuelto a ser traída inesperadamente y con dolor a su conciencia por el cataclismo: la verdad axiomática y desdeñada de que las cosas valen más que el dinero, o, con más exactitud, que son ellas las únicas que valen.

(*) Véase el núm. de Cuba Contemporánea correspondiente al mes de febrero de 1916; tomo X, págs. 156-167.

El dinero, símbolo de poder adquisitivo sólo limitado por su cantidad, va llegando a valer cada vez menos y es cada día más impotente en la realidad para procurar, en abundancia superflua por lo menos, como antes, las cosas necesarias. En ocasiones, y aun en países no directamente mezclados en la contienda, falta lo indispensable, o escasea, *aun para los ricos.* Comienza a pensarse en el cambio de objetos: un par de zapatos por una libra de azúcar... Y las hojas de los árboles, en el otoño, que nadie pensó acaso hace tres años que pudieran ser de utilidad, son recogidas con cuidado para hacerlas servir de combustible.

Cuán lejos habíamos llegado a estar de la Naturaleza, nos lo prueba la Necesidad, a todos, en mayor o menor grado; y asimismo cuán prestamente se adapta el hombre a las condiciones, cualesquiera que fueren, que la necesidad le forja. Y como todo lo que es volver a la verdad, cualquiera también que ella sea, esta vuelta a la comprobación forzosa de las humildes verdades necesarias es dolorosa y, a la postre, tonificante y fortalecedora...

Lo Absoluto y la Acción.—Si no fuese tan trágica y excepcional la hora, y si lo extraordinario no hubiese llegado a ser tan paradójicamente cotidiano, y si no nos arrebatase la realidad casi todo nuestro poder de contemplación desinteresada, el caso de Lenine y el de la pobre Rusia atormentada aparecerían a los ojos de todos como lo que realmente son: uno de los fenómenos más estupefacientes de toda la historia universal. Aun en medio al temporal deshecho que se abate sobre la tierra, aun en el precipitado sucederse de hechos formidables, el hecho ruso será tal vez considerado con posterioridad como el más formidable. La empresa de Lenine en mitad de la inmensa *melée* es tan inesperada e increíble, que muchas gentes, desorientadas, sienten ante ella la necesidad de proclamar a Lenine loco o traidor, de creer o en su demencia o en su venalidad.

Ya el caso de Rusia en sí mismo semeja un sueño: el paso brusco y sin transición, en medio de una guerra sin ejemplo, de la autocracia—es decir, de la dominación absoluta de un pueblo por un soberano y una aristocracia que lo impulsan o lo inmovilizan, sin explicaciones—a la democracia, es decir, a la

plenitud de vida para todos, a la súbita ascensión de todo el pueblo a la libertad y la responsabilidad.

Mas, aun esa ascensión era relativa en la práctica, como lo es en todos o casi todos los países. Y he aquí que se produce el estupendo fenómeno Lenine. Lenine, ayer un soñador fugitivo, condenado y perseguido, de súbito es gobierno. ¿Será preciso creer en su venalidad o en su locura? Hermano de una víctima del zarismo, oscuro desterrado durante largo tiempo, soñó largamente, obstinadamente en el destierro con una humanidad sin vicios, sin pasiones, sin faltas... Y helo de golpe, sea o no de modo efímero, en el poder.

Infinito es el poder del ensueño; Lenine olvidó que la acción, en cambio, es limitada. Y el mundo mira asombrado el espectáculo—que lo doloroso y urgente del conflicto general y de los nacionales impide contemplar con el detenimiento y calma que el espectáculo merece—de un hombre que, prescindiendo por entero de todo lo relativo, en que todos, más o menos oprimidos por él, nos movemos, quiere poner en planta lo absoluto, quiere no ver sino lo absoluto, aunque los cielos y la tierra perezcan... Este es el fenómeno verdadero, en mi sentir, que se realiza en Rusia, y que por su misma magnitud, y por salirse tan completamente del cuadro de lo *real*, no puede, según las probabilidades, durar mucho. Lo real para Lenine es la idea; lo despreciable el hecho. La realidad tangible y externa no es para él sino materia en que moldear la realidad interior, y todo lo contingente es de importancia nula frente a lo absoluto... ¿Quién, en el fondo de su corazón de hombre, no siente y anhela como él? Pero los pueblos que se debaten sangrando, en el centro de problemas de pavorosa urgencia, tienen razón también. Lenine fracasará muy probablemente en su empresa temeraria... Es tal vez fatal su fracaso. En la grande y misteriosa nación rusa, una de las más sacudidas y atormentadas, por otra parte, de todas las naciones en lucha, se habrán visto en todo caso—y se habrán de ver seguramente—cosas increíbles; cosas que aun en medio de las preocupaciones tan legítimas de cada nación y de los hombres, han de tener repercusiones lejanas sin duda, y casi incalculables.

El Derecho al Dolor.—América hacía un poco la impresión—a quien volvía a ella de Europa ensangrentada y jadeante de dolor, de incertidumbre y de zozobra, empeñada en su porfiada lucha—de una vivienda vecina de otra donde ocurriese un duelo. Y en esta otra vivienda vecina a la del duelo, hubiérase dicho que o los habitantes ignoraban el dolor y la muerte cercanos, o que deseaban ignorarlos con obstinación para poder entregarse mejor a la fiesta y la abundancia de su propio vivir. La impresión era un poco humillante, un poco triste... Mas, he aquí que la apariencia era tan sólo periférica, y que las fuerzas de solidaridad que viven en el hombre y son su honor y su justificación, han vencido. No me refiero aquí a las causas mismas, sino a los sacrificios en sí, a la exposición, a las restricciones impuestas voluntaria y libremente. América, en gran parte, ha sentido la sacudida humana. Y, sin tener parte alguna directa en el origen del cataclismo, sufre sus repercusiones en diversos órdenes y las acepta virilmente. "¿Qué hombre—clama Rabindranath Tagore—renunciaría a su sagrado derecho a padecer?"

Ideal.—En cuanto a las causas y a los efectos, ¿quién es el que puede con toda certidumbre enumerarlas o predecirlos? Demasiado enorme es el conflicto, viene de demasiado lejos en el espacio y el tiempo, abarca demasiadas perspectivas y posee demasiadas ramificaciones, para que sea capaz mente alguna, mientras él dura, de pronunciarse acerca de él definitivamente. Aun cuando creemos ver el conjunto o lo esencial de la descomunal tragedia, no estamos viendo acaso sino algunas partes de ella, y tal vez sus partes accesorias... Se ventilan en la actualidad, en la pena y la sangre, los destinos del mundo por venir, su configuración y su estructura, y las ideas que habrán de presidirlo y guiar su marcha. ¿Cómo hemos de conocer lo por venir si apenas acertamos a darnos cuenta del presente que oscura y trabajosamente lo prepara? Todo tiembla y vacila, en el mundo moral como en el físico; todo está como en entredicho, y los acontecimientos más inverosímiles nos sorprenden a diario. Donde reinaba ayer la más absoluta autocracia, la libertad más desenfrenada; en democracias ilustres, la libertad restringida

o durmiente; pueblos enteros desgarrados; éxodos infinitamente más numerosos que los bíblicos; un largo crepúsculo, atravesado de relámpagos que muestran un instante el horizonte. Y en ese horizonte, apenas entrevisto, en vano trata el hombre, cubierto de sudor y sangre, de interrogar el porvenir.

Pero una cosa nos está permitida: alimentar y formular nuestra esperanza. Ella y el deseo ardiente de su realización suelen ser los padres de los hechos. Recordemos a Maeterlinck; no temamos ir hasta el límite extremo de la idea; al tomar ella cuerpo, tarde o temprano, ya se encargará la realidad de ponerle confines. Los no combatientes tenemos el deber de alimentar y dar vida al ideal de un mundo nuevo. Esta catástrofe en que el hombre se debate, es, por otra parte, tan formidable, que no puede dejar de producir ese mundo mejor. No es posible que muera y padezca así la humanidad, sepámoslo o no de momento, por causas cuya magnitud no haya de estar proporcionada a la magnitud del sacrificio. Y no habrán muerto en vano los que han muerto, ni padecido en vano los millones de séres que padecen, si de esta guerra sale, como habrá de salir sin duda alguna, un concepto nuevo de las relaciones y la cooperación entre los pueblos.

La guerra ha proclamado la verdad demostrada antes de ella por Norman Angell: la estrecha dependencia de los intereses nacionales. Cada nación podrá ser soberana dentro de sus fronteras y colaborar con las otras naciones y cambiar con ellas sus productos, sus ideas, sus sentimientos, enriqueciéndose al enriquecerlas. Creamos inquebrantablemente en este ideal cercano, que encierra tantos otros ideales de bien y de belleza. El es, y su proclamación y preparación en lo posible, para cuantos no corremos peligro directo en la contienda, al propio tiempo que un sagrado derecho, el más alto deber.

"Le Feu". (*)—He aquí un libro de la guerra mundial—el único libro hasta ahora publicado que se aproxime a la enormidad como fabulosa de esta guerra. De 1914 acá, Maeterlinck ha publicado un libro relacionado con ella: *Débris de la Guerre:*

(*) Henry Barbusse: *Le Feu (Journal d'une Escouade);* París, Ernest Flammarion, Editeur.

nada. Anatole France ha publicado también otro: nada... En nuestro idioma, Blasco Ibáñez ha dado *Los cuatro jinetes del Apocalipsis,* una buena novela; aquí y allá un cuadro ampliamente trazado, una descripción stendhaliana de la batalla del Marne: está bien. Mr. Wells ha compuesto en inglés otra novela: *Mr. Britting comienza a ver claro.* Pero el libro de Barbusse no es una novela, no es un libro como los demás: es, hasta ahora, el libro de esta guerra; casi no es un libro siquiera: es la guerra misma, contada, vivida por un combatiente. Y es horrible, infernal y divino, como el Libro de Dante.

Esta obra de Barbusse ha brotado como una fuerza elemental del corazón y del cerebro del autor; está escrito como quería el grande artista loco que fuese escrito un libro: con sangre. Con su sangre propia parece haber escrito Henri Barbusse, y con el sudor de sus miembros, o tiritando, hundido en agua y lodo, bajo la lluvia eterna del invierno en las trincheras, bajo un cielo de pesadilla. Su obra reúne el realismo brutal de Zola y la belleza apocalíptica, a menudo, del estilo de Hugo. La visión que la precede es como un sueño de Juan de Patmos. Los personajes (admirables soldados, llenos de abnegación, de paciencia y de mudo, casi inconsciente heroísmo!) dicen palabras feas, sucias si se ofrece el decirlas; son humanos, y casi sobrehumanos; andan enterrados en fango; cubiertos de fango atraviesan sobre excrementos, en la noche, bóvedas fétidas, para ir a cavar trincheras en la primera línea, y luchan como héroes, y padecen, inefablemente.

El estilo es tan maravilloso, que da la impresión absoluta de la vida. ¡Y qué vida! Se tocan en este libro el fondo de la miseria humana y las cimas de la grandeza humana. En él están todas las guerras de los hombres—y también todo el hombre. Los personajes *viven,* quedan, para siempre: los hermanos Mesnil, Blaire, Cocin el hombre-cifra, Marthereau, Barque, Volpotts, Poterloo, destrozado en pleno ensueño por un trozo de obús; Lamuse, todos... Por todas partes frases creadoras, evocadoras, cargadas de resonancias casi infinitas. En el prólogo, a la noticia de la guerra que ha estallado: "A pesar de la pureza del espacio, el silencio está lleno de la revelación que acaba de llegar".... "Vese a cada nación... arrancarse sin cesar del

corazón nuevos soldados llenos de fuerza y sangre''...—Cito al azar: ''La noche cae en la trinchera... invade los taludes de los largos fosos como los labios de una herida sin fin''... Se sale de la trinchera ''ya ennegrecida por la noche cual un volcán extinguido, y se cae sobre la llanura, en la desnudez del crepúsculo.'' ''Por tierra, sobre el agua, se arrastra a gatas un resto de la claridad amarillenta''... ''El viento glacial nos estremece y sacude como árboles''... ''Hundidos en la llanura hasta las rodillas''.—Y al final: ''Un herido, moribundo, con ojos ensanchados contempla toda la sangre que ha dado por la curación del mundo''... ''El día está lleno de noche''... —De las nubes tenebrosas surge un rayo de sol, una ''línea de luz, tan dolorida.... que parece pensante, y que aporta, a despecho de todo, la prueba de que el sol existe.''

Es este un libro único, del cual las citas hechas no dan sino una idea confusa e inexacta. En él hay juntamente espanto, miseria y heroísmo, el dolor cotidiano y la resistencia del hombre, la angustia de no comprender bien y el pensamiento casi religioso de la necesidad, la sombría congoja y la vaga esperanza radiante. En él están toda la guerra, lo repito, y toda nuestra época sin ejemplo, el presente terrible y acaso el porvenir, la sombra de los días actuales y la anunciación confusa y cierta de una próxima luz.

Luis Rodríguez-Embil.

Ginebra, Suiza, dic. 1917.

LA DOLOROSA

NOVELA

I

¿Qué soy yo? Para el Universo nada, para mí todo.

(Esteban Pivert de Sénancourt.—*Obermann.*)

El estrépito del armario, al cerrarse de golpe, apartó de la lectura a doña Julia. Sus dos hijas ya estaban riñendo como de costumbre.

—¡Guárdate tu cinta y que te haga buen provecho!—gritó Elvira.

Emma, que luego de desencadenar el genio violento de su hermana, se amansaba para conservar de ese modo una apariencia de razón, concedió:

—No, póntela... Si no es por negártela, mujer.

—Ya no la quiero... te la atas en el moño y así vas de arco iris de una vez.

—Mírala como se pone, mamá.

Las carnes excesivas de doña Julia temblaron, y de entre su papada y su nariz llena de espinillas salió una voz delgada, que contrastaba cómicamente con su obesidad:

—¿Queréis callar? Siempre has de tomarla con tu hermana... Ni porque te pones hoy de largo dejas esos modales.

—Si fuera mortaja en vez de traje...

—Eso de que no me dejéis nunca acabar mi folletín en paz... Y eres tú, eres tú con tu genio, Elvira.

—Aquí lo mejor es ser hipócrita como Emma, claro.

—¡Vaya con Doña Dolorosa!

Elvira salió de la alcoba para no indignarse... Con aquel enfado había roto su programa del día. ¡Doña Dolorosa! El mote rebasaba ya los límites de la familia y hasta en la calle la llamaban así. El origen era para ella misma un misterio: Acaso proviniese de su parecido con alguna imagen de la Virgen, o de aquel gestecillo de sus labios que, hasta cuando reía, le daba un aire triste. Durante mucho tiempo rabió cada vez que se oía nombrar de ese modo; pero, a medida que en su cuerpo, antes anguloso y desgraciado, se fueron insinuando las curvas púberes, los hombres, por un feliz instinto, reformaron el sobrenombre y le dijeron ''La Dolorosa''. Así sí le gustaba a Elvira; un prestigio místico se exhalaba del mote con esta leve corrección: ¡La Dolorosa! Era un nombre de novela, de... Además, ¿no lo merecía? Desde sus primeros años sufrió esos dolores oscuros de la injusticia familiar. Y cuando empezó a percibir la estela de susurros admirativos que dejaba tras sí, en la plaza de anchos soportales, o en la playa donde los esqueletos de algunas barcas viejas le daban sensaciones de malestar, una secreta complacencia hacíala erguirse y ahincar el paso. Cierta vez escuchó a un señor de barba negra y mirada triste una observación incompleta, que la llenó de esperanza y disminuyó su envidia a la hermosura fofa de Emma: ''No es bonita—dijo—, pero es peor aún''; a aquella galantería algo paradójica, ella supo darle toda su intención; y desde entonces, con su voluntad fuerte exaltada en todos los minutos, trató de adquirir cuantos elementos pudieran acentuar ese incentivo de expresión que atrae a los hombres todavía más que la belleza.

Cumplía aquel día diez y siete años: época que, sin saber la causa, habíase fijado desde mucho antes para comenzar su nueva vida. Ya era mujer; las luchas que se avecinaban eran más serias, convenía no malgastar en cóleras baldías el fuego del carácter. Lo mejor sería hablar en lo sucesivo lo menos posible con su hermana y hasta con su madre también. ¿No sentía agrandarse cada día aquellas diferencias, aquellas incompatibilidades que desde niña la desviaron de los suyos? Sus vidas de noria, de resignación, de pueriles vanidades efervescentes, nada tenían de común con ella; el parentesco material mostrá-

base roto entre los espíritus ¿Qué fraternidad podía existir entre el carácter acomodaticio de Emma y su impaciencia por sentirse vivir, por salir al encuentro de todas las contingencias posibles, por embriagarse de ideal de ambición y cerrar los ojos a las vulgaridades y no arrastrarse minuto a minuto por lo cotidiano? ¿Cómo no menospreciar y repudiar a aquellos seres, ella que hubiese querido concentrar su existencia en una sola hora, como se concentra el perfume de toda una floresta en un pomo?

Al salir del gabinete cruzó el pasillo, se detuvo a la puerta del cuarto de su abuelo anunciándole que volvía en seguida, y fué a la alcoba para mirarse escrupulosamente ante aquel mismo espejo que tantas veces habíala visto llorar de ira por su fealdad; sentía un serio deseo de inventariar las armas con que entraba en la vida. Se miró despacio. Sus facciones no eran harmoniosas; su cuerpo sí: justo de proporciones, elástico, túrgido. Le agradó el color inusitado de sus ojos de un gris acerado, le agradó la color ambarina y el tono cálido de su piel, le desagradaron sus dientes desiguales y turbios, dientes que sugerían más la idea de armas que la de adorno. Alzó los brazos, escorzó el busto, inclinó hacia atrás la cabeza sometiendo las líneas a cambios y brusquedades donde se esforzaba en desentrañar perfecciones o defectos, y, al ver la frescura morena de su carne, recordó las noches en que había regresado furiosa del paseo porque sólo algunos viejos la habían mirado, y a hurtadillas. Este recuerdo se encadenó con otro, con otros, y se sentó en una de las mecedoras para rememorar mejor. La casa estaba en silencio; bajo la lámpara del gabinete un angelito de biscuit volaba inmóvil, y en las paredes algunos platos pintados y orillados con cinta proclamaban las habilidades de su hermana. Toda su vida había envidiado a Emma... La había casi odiado. Desde el colegio sintió la tiranía de aquella hermana preferida. Como Emma le aventajaba dos años y la posición de sus padres nunca fue holgada, ella hubo de vestirse con los trajes que se le iban quedando chicos... Todos en la casa, excepto el abuelo, estuvieron siempre de parte de la otra; para Emma se hizo el sacrificio de arrostrar una primera comunión en un colegio de monjas, con sus socalines de velo, de traje de

gasa, de cirios rizados y de recordatorios; de Emma se guardaban, en un álbum forrado de terciopelo y defendido por verdosas cantoneras de cobre, muchos retratos; la única parienta rica de la familia, la tía Rosa, casada con un mejicano, mostró por carta deseo de ser madrina de confirmación de una de las niñas, y lo fué de Emma. En vano Elvira se preguntaba en sus insomnios amargados por el despecho y por la impotencia: ¿Soy yo peor? ¿No soy también hija como Emma? ¿Vendrán estas postergaciones de falta de integridad maternal, por haber sido amamantada por un ama de cría? En vano la clara voz de su orgullo decíale: "Tú eres superior por tu comprensión, por tu bondad, hasta por la calidad misma de tus defectos". Se hizo esquiva y todos se quejaron de su esquivez, sin ver que era consecuencia del régimen de parcialidad. "Esta chica está siempre reconcentrada, sólo ella sabe lo que piensa... no parece una niña", oía comentar a menudo. Y era verdad: no pareció nunca niña, porque desde muy temprano empezó a sufrir como mujer.

Al ver en Emma los mismos rasgos de belleza que subsistían marchitos en el rostro de su madre, se explicó la razón de la preferencia; también el carácter de su hermana coincidía con el materno: Emma, con el paso de los años, sería igual que doña Julia; esto era tan visible, que Elvira no comprendía cómo esa semejanza creciente no ahuyentaba a los hombres. Emma era taimada, sus travesuras carecieron siempre de espontaneidad y turbulencia; al crecer se volvió beata, pero sin exaltación: beata de recua y rosario tartamudado; no tuvo nunca aquella independencia de Elvira que la impelía a arrostrar todas las situaciones con la llama propia, sin tener en cuenta ningún precedente. A Emma le bastaba comer bien, tener trajes llamativos; si le confiaban un trabajo sistemático y lograba entenderlo, lo concluía maquinalmente, mientras que Elvira estropeó muchas labores por permitirse lo que su madre llamaba con menosprecio *fantasías*... Al comentar tal diferencia de aptitudes, atribuíase a Elvira el influjo espiritual del abuelo y a Emma el de doña Julia. La genealogía era justa: del abuelo, que, luego de separarse de su hijo dejándole el modesto peculio, se fué viudo a América, estuvo años y años sin escribir y apareció un día

con unos cientos de pesos que se concluyeron muy pronto y un principio de parálisis que no concluyó nunca, recibía Elvira su impetuosidad; pero en cambio no era versátil, sino terca, y, a diferencia de todos los suyos, sabía poner mucho tiempo toda su alma en un solo propósito. Ella no sólo se creía apta para recibir lánguida y servil el amor y la felicidad, sino para arrostrar por ellos los mayores peligros. Sentíase capaz de llevar largos años un designio en el alma, y aun de luchar y herir, como Lady Macbeth, como Juana de Arco, como Carlota Corday y tantas otras cuyas hazañas constaban en los libros leídos a escondidas, de noche, mientras Emma dormía a su lado con uno de esos sueños tan animales, que se advierte que también el espíritu está dormido. De su padre no tenía queja; supeditado a doña Julia, envolvía a todos en una indiferencia suave y fatigada. Durante treinta años se sentó en la misma mesa de la misma oficina, para ejecutar, con la misma letra española muy alternada de rasgos y perfiles, el mismo género de trabajos. El carácter arbitrario de su madre, aún le producía menos desdén: al cabo constituía una fuerza; mientras que su padre vivía con desgano. Todas las mañanas a las ocho tomaba el desayuno, se iba a la oficina, volvía una hora para comer, y cuando regresaba por la tarde estaba tan cansado que sólo le apetecía sentarse al balcón y quedarse quieto, con el alma abolida o ausente, sin fuerza para mezclarse en las disensiones familiares. Si alguna vez su mujer, después de haber dictaminado o castigado, pedíale opinión, él murmuraba: ''Luego hablaremos, Julia; no hace falta que las niñas oigan''. Y después, en la sombra del cuarto, oíase un bisbiseo intraducible. A Elvira le repugnaba esa pasividad. ¿Cómo de un hombre tan enérgico, tan entero aún en la impotencia de su parálisis, pudo nacer su padre? Misterio. ¿Acaso no desmentía ella también la ley de herencia? A veces durante semanas enteras sólo ella y la criada entraban en el cuarto del paralítico, y éste, congestionado de ira, vociferaba:

—¡Que me oiga ese mal hijo, ese mandria que se deja mangonear por su mala mujer... Que me devuelvan los pesos que me gastaron y que me lleven a morir al hospital!

Si el padre estaba en el gabinete, temblaba, y Elvira iba

poco a poco calmando al anciano hasta hacerle sonreir con sus mimos... Todavía al salir subsistía la turbación paternal, y entonces sobrevenía una de esas escenas penosas en que se esquiva hablar de lo que se tiene henchida la mente. Su padre llegó a interesarle como un problema... ¿Ocultaría en su alma una historia, un anhelo, un desengaño? No; los sentimientos jamás debieron alcanzar en su espíritu presión para engendrar acciones... Tenía apenas el alma suficiente para no ser un animal. Los lunes se mostraba mansamente contrariado ante la perspectiva de una semana de labor, y los sábados, puestos sobre las rodillas los periódicos de toda la semana, que leía juntos, sus ojos estaban menos mortecinos, su bigote más lacio, y tendía con complacencia sobre el mantel constelado de manchas su diestra de uñas muy crecidas, unas uñas a veces translúcidas, a veces lechosas, que a Elvira le producían impresión de algo cadavérico y que él cuidaba durante largas horas, esmeradamente.

Oyó ruido en el pasillo y se levantó... Otra vez junto al espejo recordó cómo desde hacía dos años todas las miradas no eran ya para Emma. Emma, por su exuberancia, por su carácter insustancialmente alegre, atraía a los hombres desde lejos; pero después, cuando ya estaban próximos, las admiraciones se desviaban hacia ella. Y no era sólo por su cuerpo, pues pocos prefieren al parlero atractivo de las facciones la muda harmonía de las líneas; era por aquel gestecillo de dolor que les ofrecía en germen ese acedo morboso, y algo cruel hasta en los deliquios, que suponemos en el fondo de todas las grandes pasiones... Elvira cruzó a pasos quedos el pasillo y abrió de pronto la puerta del abuelo, para sorprenderle:

—Aquí tienes a tu nieta vestida de largo... Ya soy toda una mujer, mírame. Él al verla tuvo casi un movimiento en el sillón. En medio de la estancia Elvira dió una vuelta muy despacio, para mostrarse por completo, y al estar de frente otra vez, inclinó el busto con coquetería a un tiempo cándida y maligna y le hizo un mohín de risa; luego se irguió y tornóse seria gradualmente, hasta que el mohín de sus labios fué tendiendo sobre su semblante una sombra de altiva gravedad. El abuelo dijo entonces en son de profecía:

—Tú irás lejos, nenita... Muy lejos. Pero ten cuidado de

no calcular mucho; a veces el corazón calcula mejor que la cabeza.

Las pupilas de Elvira centellearon de anhelo al oir el presagio y sus manos se agitaron lo mismo que si fueran alas. ¡Ir lejos! Estas dos palabras daban fuerza a los más hondos resortes de su espíritu. ¡Ir lejos, muy lejos, dejar para siempre el hogar sórdido y el poblacho murmurador! Irse, pero no para volver más tarde, como el abuelo: irse para siempre, por la tierra o por el mar, hacia el mal o hacia el bien; pero para siempre, ¡para siempre! Su júbilo se tradujo al fin en esta pregunta vanidosa:

—¿Has visto alguna vez una mujer igual que yo, abuelito?

El anciano cerró los párpados para ver el recuerdo, y de sus ojos a su barba de plata cruzaron dos lágrimas como dos estrellas fugaces.

II

Elvira no habría podido jamás seguir el consejo de su abuelo. Acaso por haber visto la nave de su casa estrellarse tantas veces contra los escollos, por falta de una voluntad que la dirigiese, se habituó al cálculo. En esa edad en que los ojos aún tienen el deslumbramiento infantil, los suyos pretendían ya bucear en las sombras de lo futuro para prevenir peripecias y trazarse normas. Temía los ímpetus del corazón, que no son tantas veces sino incitaciones del sexo; trataba de no dejarse arrastrar por la marejada, de medir sus posibilidades, de ir hacia el fin por vereda recta, sin marchitar la juventud en escarceos y parodias de amor. Quería nada menos que poseer desde el umbral esa sabiduría inconmensurablemente compleja, llamada ciencia de la vida, cuyo conocimiento—¡oh ironía cruel!—va siendo más perfecto a medida que nos queda menos que vivir.

Por cálculo dejó de salir a las reuniones que Emma y su madre organizaban todos los jueves. La pobreza y el ridículo deseo de pretender ocultarla sin dignidad, encubriéndola de vanidades, la encolerizaba. Añadiendo la suspicacia al juicio, dábase cuenta de que aquellos mozos que iban a saciar en ellas

la vista y a frustrar en galanteos insatisfechas ansias, no podían estimarlas; en esas reuniones todo era falso, y ella habíase propuesto servirse de la falsedad únicamente para fines capitales. Ni las zalamerías de su hermana, ni las órdenes, ni aun los golpes de su madre, lograron disuadirla. No salió más; las primeras veces los contertulios aceptaron el pretexto de la poca salud y, al cabo, como ya Elvira comenzaba a tener ''sus cosas'', habituáronse a no verla y a sentirla, sin embargo, presente tras las endebles paredes de la casa. Por cada puerta, al entreabrirse, iban furtivas todas las miradas hacia ella, que a veces pasaba las veladas junto al abuelo o al lado de su padre, construyendo y reconstruyendo—con la misma paciencia con que hacía él solitarios—el castillo de naipes de su vida. Aún en su mente era todo bruma; sentía coexistir en su personalidad dos potencias: una física, de su juventud, de su atractivo; otra espiritual, de su carácter, de sus anhelos; y se esforzaba por fundirlas, por darles realidad y hallar fórmulas donde contrastar sus acciones. La primera que llegó a enunciar fué ésta: toda la fuerza de la mujer, mientras sea animal de placer que el hombre toma por una vida o por un rato, es saberse negar a tiempo.

Era, pues, preciso resistir, manejar con cautela el imán peligroso del atractivo, para no llegar a imantar a otro ser y sufrir a su vez la loca atracción... Por las tardes salía, más por higiene que por gusto, y su traje sencillo contrastaba con los perifollos de su hermana y de doña Julia. A veces iban al cinematógrafo; ella se sentaba en uno de los extremos, para esquivar toda vecindad, y al ver imágenes de otros países en donde las mujeres podían, sin descender en categoría social, ganarse la vida, irritábase contra la suerte que la hizo nacer en un pueblo atrasado y carcomido de tradiciones. Quería ser virtuosa, no por exigencia de su sentido moral, sino por precaución. Si, novelescamente, cualquier rico extranjero le hubiese dicho sin preámbulos: ''Entrégate a mí y te llevaré lejos, a esas comarcas en donde, cuando te abandone, podrás educar tus aptitudes y hacerlas producir'', se habría entregado sin rubor. Pensaba que todo el interés de la existencia no ha de estar en el goce carnal, y que tanto o más que él, porque lo ornan, lo realzan, lo multiplican con perspectivas y mirajes, cuentan esos otros pla-

ceres en que los sentidos necesitan aliarse con la inteligencia para gozarlos en plenitud. Y toda su inconformidad se polarizaba en dos puntos: su casa, su pueblo. Al pueblo lo odiaba con saña; ni una calle era de su agrado, ningún paseo guardaba para ella gratas remembranzas. El puerto siempre solo, con sus aguas semiestancadas, dábale la impresión de charca; le era menester ver a alguno de los veleros que de raro en raro venían a cargar sal, salir por entre el canal retorcido entre las montañas, para suponer, al otro lado del mar bravío, el mar, intraquilo como ella, por cima de cuya espumosa movilidad se iba a todas partes... Este odio, extendiéndose de las personas a las cosas y a las costumbres, a la sombra de esas cosas engendradas, manifestábase en irónicas palabras que llegaron a granjearle fama de mordaz. Hubo frases contra las instituciones, contra las tradiciones, contra la imagen feísima venerada en la iglesia, contra el casino en donde tres generaciones—abuelos, padres e hijos—mentían sobre las cosechas, sobre las honras o sobre la política y jugaban o bebían en un cuarto neblinoso de humo... ¡Lo que ella hubiera dado por ser de otro sitio! Aquel orgullo de las amigas de su hermana por ser de allí, constituía para Elvira una de las anomalías más incomprensibles de la tierra. Durante algún tiempo sus cuchufletas fueron repetidas y temidas; y esta facilidad de ingenio la desquitaba algo, hasta un día que el cura, reprochándole su deserción de las devociones, le dijo:

—El quid no está sólo en ser inteligente, hijita; más inteligentes que tú se han despeñado... Precisa tener piedad, amor al prójimo; corazón, en una palabra, cabecita inquieta. Ven a confesar y ya hablaremos.

Entonces alzóse en el espíritu de Elvira esta duda mortificante: ¿Por qué el cura le recordaba también la ventaja de dejar dominar al corazón? ¿Tendría razón su abuelo? ¿Diría verdad Emma cuando, para defenderse de sus pullas, repetíale una y otra vez: "No tienes entrañas"? ¿Sería mala? Y el día en que los contertulios de la terraza del casino se burlaron de su amigo el jorobadito y sintió la ira subirle a la garganta, a los ojos, crispársele los puños en el ansia de dejar de ser mujer un instante para ir a vengar al indefenso, conjuntamente con esas

impresiones acarició su alma otra dulcísima, reveladora: esto viene del corazón—se dijo—; sí lo tengo, pero lo tengo a pesar de mi pueblo, contra mi pueblo de atraso y de injusticias. El nombre poético de Guardamar llegó a antojársele una usurpación... Y en medio de todo no lo es, decíase a veces. ¿A quién se le ocurre guardar el mar? Aquel pedacito mezquino de mar, de un mar que parecía haberse retirado a la vida privada, era lo que guardaba su villorrio.

El jorobadito, su amigo de la infancia, era mayor que ella; mas su pequeñez justificaba el diminutivo. Hijo único de unos ricachones, vivía en una de las mejores mansiones del pueblo, frente a la casa llamada de los escudos, en medio de una riqueza sombría. Mientras fué niño sus padres jamás lo llevaron de paseo, avergonzados de la gente, o quizás de ellos mismos ante aquel testimonio de su monstruosidad interna. Se nombraba Antonio, pero muy pocos nombrábanle así; y con esa crueldad inconsciente de las multitudes, diéronle el nombre de su defecto. Débil, con la cabeza fina, de anchos ojos soñadores, hundida entre los dos abultamientos, iba siempre furtivo, cual si pidiera disculpa a la gente de ser como era. Iba solo, salía al caer las tardes, y hasta esa hora estábase en su cuarto devorando libros. No era vanidoso de su saber, y sólo mostraba en el atildamiento de su vestir, en el esmero de su palabra, de su escritura, de su dialéctica—tímida al comienzo de las discusiones—un secreto afán de luchar contra la falta de harmonía física que la Naturaleza habíale impuesto injustamente. Durante largas temporadas se ausentaba del lugar, y el pueblo casi llegaba a olvidarle, mas volvía al cabo con la misma tristeza de la cual le era impoposible huir por llevarla consigo. Sus relaciones con Elvira tuvieron, por eso, largos vanos. Desde aquella clase de niñas en donde fué tolerado en gracia al dinero de sus padres ganosos de evitarle las violencias de los otros muchachos, Antonio sintióse unido a Elvira por vínculos que el tiempo fortificó y transfiguró. En la escuela ninguna niña quería sentarse junto a él, porque a la hija del Vista de Aduana, una andaluza pelirroja, se le ocurrió decir que la joroba podía contagiarse. Elvira se constituyó en paladín del desvalido, y después de cederle la punta del banco se sentó denodadamente entre él y las otras,

sin lograr reducir la hostilidad, mas sí los desmanes. Quizás fuera ese el primer choque que tuvieron los dos contra la ignorancia y la contumacia del pueblo; y les dolió tanto, que ella, más viril, le propuso escaparse de sus casas y echar carretera adelante hasta encontrar otro sitio donde las gentes no fueran necias y malignas... Hasta mucho tiempo después no comprendieron que, de efectuar aquel proyecto, habrían vuelto, sin encontrar el dichoso refugio, al punto de partida... Todas las tardes él le llevaba golosinas o cromos, y como ella preguntaba, recordando la estrechez de su hogar, si en la casa del jorobadito había mucho de todo, él le respondía:

—Sí, pero... Aunque sólo hubiera esto, te lo daría igual.

Estas imágenes del pasado las evocaba Elvira una tarde, después de haberlo visto pasar desde su balcón hacia la playa. Iba a pasos menudos; sus piesecitos tenían aun casi el mismo tamaño de aquellos piesecitos que tantas veces viera ella colgar al lado de los suyos, en el banco de la escuela; el busto era enorme, las piernas cortas, y el bigote y la raya que dividía la cabellera lustrosísima, eran lo único que había dejado de ser infantil. Al ver su aire triste se reavivó en la memoria de Elvira toda su vida y en su alma se encendió más recio el propósito de luchar, de vencer... ¿Cuáles eran los caminos? ¿Vivir al margen del pueblo, desdeñarlos, o ponerse en pugna con todos? El alma, en su alegoría poética de mariposa, se posaba alternativamente en cada una de las soluciones. ¿Sería mejor huir y sacrificar al ideal de una vida ancha eso que sobre la limpieza de espíritu y de acción resume injustamente la honorabilidad en las mujeres? Por la acera de enfrente, mientras devanaba sus pensamientos, iban pasando hacia el paseo los primados del lugar: el jefe de Correos, quien, llamándose Valeriano, decía llamarse Valeriano José para que la festividad de su santo, con su secuela de regalos, no pudiera pasar inadvertida; la hija del Notario, que mandaba a preguntar a la confitería el precio de las cajas de bombones con que la obsequiaba su novio; el teniente de carabineros, a quien unos nombraban "la mar y sus peces" y otros "todo puede arreglarse"; el cura bonachón que se aprendía de memoria los sermones del "Año Cristiano"; las solteronas de Puig, apodadas "la guía de viajeros" por su avidez en

acaparar a los pocos veraneantes; Eulogio Ochoa, cuerpo de hércules y cerebro de loro; el médico nuevo, que tanto gustaba de aprovecharse cuando lo llamaban para visitar a alguna muchacha; Cecilia Luque, tan enfermiza desde la llegada del nuevo doctor; Emilito Rocas, el noble arruinado, erguido de orgullo y nutrido de pergaminos... Y entretanto pasaban esos y otros e iba Elvira recapitulando sus defectos, sus peculiaridades, la idea central aparecía y desaparecía en el primer plano del pensamiento, a semejanza de esos ríos que van a trechos soterrados. Para ella la solución mejor era seguir el cauce normal de su especie, mejorándolo, reivindicando en el matrimonio esa parte casi siempre incumplida del sacramento cuando anuncia: compañera te doy y no sierva. Todo estribaba en elegir un hombre, en atraerle, en extirpar en su egoísmo ese temor al matrimonio, signo común de los países pobres, de lento progreso, y en inculcarle después la voluntad de triunfo y los gustos finos de su alma... Con recio taconear pasó Elías Romero, el elegante del pueblo, vestido a la moda de Londres y con botines hasta en verano... Elvira consideró por primera vez, sin sonreir, sus patillas a media mejilla, su traje entallado, y le parecieron incomprensibles las dos o tres muchachas chifladas por aquel fantoche, y sobre todas Rosita Gil—la asidua al proscenio del Salón Moderno, donde escuchaba a los artistas con un interés inmoral, inclinado el busto y entreabierta y húmeda la boca—, que había escrito al *gentleman* una carta—leída por éste ante su tertulia del casino—amenazándole con ingerir el fósforo que le faltaba, en forma de cabezas de cerillas... Lo vió pasar mirando de reojo, seguir erguido, detenerse ante el escaparate de la dulcería con el sombrero muy cerca de los paquetes de cirios colgados de las jambas. En seguida sintió acercarse a Emma y hubo de hacer enormes esfuerzos para preservar su meditación del alud de preguntas:

—¿Pasó ya Eulogio Ochoa? Me dijo anoche que pasaría a las cinco.

—Ya sonaron y ya pasó.

—Aquel es Elías Romero, ¿verdad?

—El mismo.

—Fué siempre muy goloso.

—Parece... A esta hora, como ha estado en Londres, tiene que mirar por lo menos las pastas de té.

—Hija, ¿estás hoy también de mal talante?

—De peor.

—Vaya... Me iré al otro balcón para no estorbar.

—Amén.

Otra vez Elvira quiso recoger el hilo de sus propósitos enredado entre el cruzar de gente y la interrupción de su hermana. Cuando ya estaba a punto de ensimismarse, pasos menudos al final de la calle atrajeron de nuevo su interés: era Antonio, el jorobadito, que regresaba sin duda asustado de verse entre lo más granado del pueblo. Elvira reparó que hacía tiempo estaba retraído con ella, y cuando él saludó dejándole ver otra vez las dos bandas engomadas del pelo divididas por una recta blanquecina, le dijo:

—¿Te he hecho yo también algo, Antonio? Cualquiera diría que no quieres hablarme.

Él se quedó tan sorprendido, que la cabeza osciló un momento entre las protuberancias del pecho y la espalda. Se puso rojo, y pronunciando muy bien todas las sílabas, según su costumbre, repuso:

—Ya sabes demasiado que no es así... Al contrario... Tal vez por eso no te busco más.

—Hijo, eso es hacer las cosas al revés... Quizás sea el medio de que salgan mejor.

—Uno siempre teme importunar... Y eso que estoy en falta... Ya sé que la otra noche insultaste a uno de esos valientes que desde la terraza del casino se metieron conmigo...

—Bah... Algún privilegio hemos de tener las mujeres... Lo puse de oro y azul, y si me dice algo le hubiera largado un sopapo... No se me ha olvidado mi papel de la escuela. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo, Elvira... Pero no me da gusto acordarme... No es que te esté menos agradecido... Entiéndeme... Y para decírtelo todo, te diré que cuando me lo dijeron me llevé una pena... otra pena más... Ya ves... Tú eres muy buena, muy lista y te harás cargo... Me dolió que tuvieras así que defenderme. Si otra vez vuelven a meterse conmigo, no tendrás

ya que intervenir... Para tirar de un gatillo tiene fuerza cualquiera.

Y al decir esto su manecita fué a tocar bajo su chaqueta un bulto, como otra joroba naciente, y Elvira comprendió que era un revólver. Ella hubiera querido hallar palabras de transición para decirle las que casi tuvo en la boca al detenerlo: "Quiero pedirte una cosa, pero no te asustes... es tan fácil de dar, que muchos los dan sin pedírselos... Son consejos"; pero él echó a andar muy deprisa, vibrante, erguido, dolorosamente ridículo y, sin duda para ocultar su turbación, torció por la primera calle transversal. Elvira sintió piedad y olvidó todas sus zozobras para pensar en el pobre ser y perderse en vagas y lejanas ideas de justicia; estaba su alma tan ausente, que no sintió a su padre sentarse junto a ella y mandar encender la luz para poder leer los periódicos; el ver sobre la pared frontera el cuadro luminoso donde se recortaba su sombra, la restituyó a la realidad. En la sala la señora Julia protestaba, con su voz meliflua, de cosas a las cuales el padre no osaba responder, y para disimular su azoro hacía chasquear una contra otra sus largas uñas. Elvira quiso librarlos de su presencia y fué hacia las habitaciones interiores. La raya de luz bajo la última puerta del pasillo hízole suponer que tal vez Emma estuviera leyendo, como otras veces, alguna carta de Eulogio Ochoa en ese cuarto groseramente nivelador que hasta en los palacios recuerda a magnates y emperadores su tributo ineludible a la animalidad. Y esta idea de envilecer así el amor, sublevó el fondo romántico de su alma, produciéndole náuseas casi físicas. Fué a entrar en la alcoba del abuelo, pero se arrepintió. Sus penas todas sintetizáronse en una imposibilidad repentina de estar allí, en una necesidad de salir a airearse, a recibir siquiera un momento las brisas viajeras que venían de otros mundos e iban sabe Dios dónde. Volvió al comedor, y a la fuerza remolcó a su padre entre las protestas aflautadas de doña Julia.

—Llévame un ratito hasta el muelle, papá; volvemos en seguida.

—Pero...

—Anda... Vamos en diez minutos... ¿Quieres que vaya sola? Ojalá me dejárais.

—Ea, vamos... ¡Siempre ha de ser lo que queráis vosotras!

Salieron. Ella iba delante, ávida de trasponer la estrechez de las calles para verse en espacio libre; de vez en cuando él la exhortaba a moderar la marcha, quejándose de los guijos, de sus pies encallecidos, del trabajo de la oficina y—en voz más baja, con palabras mucho menos concretas—de doña Julia. Siete campanadas cayeron de la torre de la Colegiata, y sombras apenas femeniles fueron poco a poco surgiendo de las calles y adentrándose en la ancha puerta por donde salía tenue y olorosa humareda; los pasos resonaban huecamente; pasaron dos hombres rasurados hablando de política; cruzáronse con la ojerosa Rosita Gil; en el fondo de la botica vieron al grupo gesticulante de contertulios: los malgastadores de entusiasmo, como les llamaba el difunto doctor; sobre la gasa verde tendida encima del escaparate de la confitería zumbaban las moscas; contra una reja un rostro de mujer se achataba para acercarse más al hombre que la hablaba casi empinado desde la acera... Llegaron al puerto. El agua aparecía densa, profunda, y las luces se reflejaban en trémulas líneas que parecían deseosas de llegar al fondo; las montañas cerraban el horizonte de modo tal, que el mar parecía preso; hacia el embarcadero percibíanse fosforescencias; oyeron un batir de remos, alejándose; luego dominó vasta tranquilidad... Un poco sobrecogido por la quietud, el padre dijo:

—¡Mira qué estrellado está el cielo... Hay tantas estrellas, que alumbran un poquito lo alto de los montes!... ¿En qué piensas? ¿Verdad que a veces, cuando está la noche tan hermosa, se queda uno así, sin pensar en nada?

Y a Elvira le costó trabajo asentir con el gesto. ¿Era posible no pensar en nada? ¿Aquel volcán del cerebro, en ella tan vivo y dañoso, existía en otros apagado? ¡Ah, no! Ella prefería el flujo y el reflujo de esperanzas y afanes, al marasmo; prefería hasta, en aquella encalmada noche de poesía, pensar que el cielo y el mar eran para su vida representaciones de la realidad y el ensueño: el cielo—que acaso no existiera—mostrábase arriba vasto, constelado de plata; y el mar, el mar indudable, el mar

para otros lleno de cóleras en las tempestades y de hondas transparencias en las bonanzas, era para ella, pobre soñadora perdida en un pueblo español, charco mezquino del que, a veces, se exhalaba un triste olor a podredumbre...

A. Hernández Catá.

(Concluirá.)

Dic. 1917.

UN CORAZÓN Y UN CARÁCTER: SOLA

(PALABRAS PRONUNCIADAS EN LA VELADA EN MEMORIA DE SOLA, EN EL ATENEO DE LA HABANA, EL 28 DE FEBRERO DE 1916, POR EL PRESIDENTE DE DICHA INSTITUCIÓN DOCTOR EVELIO RODRÍGUEZ LENDIÁN.)

Señoras y señores:



AJO la impresión de tristeza y desconsuelo producida por la reciente muerte de dos cubanos ilustres, que honraron con su talento la tierra en que nacieron, nos reunimos esta noche para rendir tributo de amor y homenaje de admiración y simpatía a un joven modesto y sencillo, de triste semblante y melancólico mirar, que en una sociedad tan frívola e indiferente como la nuestra congregó, en una tarde sombría, en torno de su féretro que se hundía bajo el peso de las ofrendas sobre él depositadas, cuanto vale y brilla en las artes, las letras y las ciencias—inclinada la cabeza, en peregrinación silenciosa—para acompañar sus restos hasta el lugar en que habrían de reposar para siempre.

¿Quién era este joven de mirar triste y frente soñadora, cuya muerte había hecho vibrar las cuerdas del sentimiento, del pesar más intenso en tantos corazones, y asomar lágrimas a los ojos de tantos que le admiraban, y arrancar protestas de tantos labios contra su desaparición tan injusta como inexplicable?

Era un joven alejado de la vida pública, sin influencia política, consagrado al hogar y a sus estudios, enamorado de la fuerza física, que había hecho del amor a la Patria un culto, y que, desconocido casi para la generalidad, atrajo la atención sobre su personalidad al aparecer sus primeros escritos en la revista

CUBA CONTEMPORÁNEA, de esta ciudad, acrecentando su fama de día en día, no tanto quizás por la cultura que aquéllos revelaban, como por el juicio sereno, la elevación de las ideas y el patriotismo intenso y sano que los inspiraba.

Le conocí niño aún, fué mi discípulo, descollando como tal entre todos por su clara inteligencia, presintiéndose en él la firme voluntad de los espíritus fuertes, engendradora de los grandes caracteres. Hermosa rama de un tronco cuya savia tenía por principales elementos el civismo y la honradez, y que sólo el huracán de la muerte podía tronchar o derribar, José Sixto de Sola, que es el joven que lloramos, era un cubano de los que tan necesitada está nuestra patria, modesto sin afectación, de grande inteligencia y gran cultura, pero sobre todo, y por encima de todo, un gran corazón y un carácter. En él se unían una bondad infinita y una firmeza a toda prueba. Y su patriotismo, sin alarde ni jactancias, se traducía en hechos como su propósito de editar de su peculio las obras de José Antonio Saco, por quien sentía verdadera veneración.

Palabras más elocuentes que la mía harán resaltar sus méritos: el exquisito poeta Sr. Gustavo Sánchez Galarraga, el doctor Guillermo Portela, en representación del Vedado Tennis Club y el Club Atlético de Cuba, y el Sr. Carlos de Velasco en la de CUBA CONTEMPORÁNEA, la admirada revista en que se diera a conocer; mas no era posible que como Presidente del Ateneo dejara yo de levantar aquí mi voz en nombre y representación del mismo, a cuya Directiva perteneció el Dr. Sola, para hacer presente nuestro inmenso dolor y asociarnos al homenaje que tan merecidamente se le dispensa esta noche.

Tal parece que pesa sobre Cuba un hado infausto. En poco tiempo hemos visto desaparecer, segados por la muerte implacable y cruel, tres jóvenes, tres mentalidades robustas, verdaderas y legítimas glorias ya, más que esperanzas de la Patria: Jesús Castellanos, José Enrique Montoro y José Sixto de Sola. En estos tiempos de reconstrucción moral e intelectual de la Patria, cuando tantas dudas nos asaltan, cuando tantos temores nos intranquilizan, cuando nos van abandonando los grandes luchadores, los viejos forjadores de esa patria, unos desde los campos de batalla, otros desde los campos de la inteligencia, la única

esperanza que resta es la de la juventud viril, culta, ilustrada, patriota, llamada a recoger el legado de sangre y lágrimas que se le deja y a proseguir obra de tanta importancia como la de la independencia, la conservación de la nacionalidad. Pero si esa juventud desaparece, en esa selección siniestra que la muerte va realizando, ¿qué será de Cuba, la ansiada, la deseada, en pugna con tantas ambiciones y tantos intereses que conspiran en su contra?

Por ello ante ese hecho, cruel e inexplicable, de troncharse la vida de esos jóvenes, hemos sentido hondo dolor por ellos y por Cuba, y la protesta ha subido a nuestros labios contra esa absurda resolución del destino que arrebata al amor de su familia, a la admiración de sus conciudadanos y al servicio de la Patria a quienes estaban llamados a honrarla con sus grandes virtudes y talentos. Y tenemos forzosamente que pensar y creer, ante esa selección cruel de lo mejor, lo más bello y lo más útil de la humanidad, para lo cual no encuentran explicación ni la razón ni la ciencia, que es sólo obra inconsciente de la ciega deidad Naturaleza, que mata como crea, cumpliendo fatalmente las inflexibles leyes que la rigen.





José Sixto de Sola

1888-1916

ENSAYOS CRÍTICOS

"PENSANDO EN CUBA"

Título del libro.—He terminado la lectura del libro póstumo de José Sixto de Sola, abogado, periodista, literato y pensador de la nueva generación cubana, y uno de los fundadores de la revista habanera Cuba Contemporánea, la primera en las Antillas y una de las mejores de América Latina.

Pensando en Cuba es el título del libro que pone en mis manos la pluma para hilvanar las ideas que su lectura ha sugerido a mi pensamiento.

Basta leer dos o tres capítulos del libro (y digo capítulos ex profeso) para ver justificado el título. Y llamo sobre esto la atención del lector y consagro al título de este libro frases laudatorias, porque no siempre se atina con el título de los libros.

No se debe perder de vista que los libros no solamente se compran por la firma, sino también por su título. ¿Resulta éste desafortunado? Pues contribuirá al fracaso de la obra, y si no al fracaso, a la censura del crítico.

Pensando en Cuba se ajusta perfectamente a su contenido como el anillo al dedo.

Biografía del autor.—La pluma de Carlos de Velasco, conocida en la América hispana por su honradez en todo cuanto predica y alaba, abre las primeras páginas del libro con una biografía de José Sixto de Sola.

En este minucioso estudio nos da a conocer al hombre y al pensador, al ciudadano y al amigo, al cubano ejemplar que con-

sagró talento y trabajo a la divulgación en Cuba de nobles ideas y levantados propósitos republicanos.

Este estudio no es sólo una biografía, sino también la ofrenda cariñosa que un compañero, digno compañero del autor de *Pensando en Cuba,* deposita sobre su tumba recién abierta.

Leídas las cincuenta páginas del estudio de Carlos de Velasco, ¿qué le resta decir al crítico? Velasco agota el tema y dice todo cuanto hay que decir de la obra y del autor.

Señalar los defectos naturales de un libro, es labor que no me complace, que no responde al concepto que de la crítica tengo formado. Me gusta la crítica de Anatolio France, la que narra las impresiones que la lectura produce.

Carlos de Velasco no hace este género de crítica. La limita a la vida y los trabajos intelectuales de Sola. Y en ambas cosas acierta.

El libro.—Trescientas veintiséis páginas en octavo componen este libro. He aquí el título de los ocho trabajos que lo informan: *La falta de probidad en los gobernantes hispanoamericanos; El pesimismo cubano; El deporte como factor patriótico y sociológico; José Antonio Saco, su estatua y los cubanos; Los extranjeros en Cuba; Cuba y Hawai; El acercamiento intelectual de América; El Congreso cubano; Necesidad de propaganda cívica cubana,* y *Protesta contra la conducta de ciertos norteamericanos residentes en la Isla de Pinos.*

Ocho trabajos largos y jugosos, escritos con amor, convicción y entusiasmo. Ocho capítulos a los cuales pondría su firma el mártir de Dos Ríos, el Cristo de la independencia cubana.

Digo capítulos y no artículos, porque todos estos trabajos están atados por una idea central: la nacionalización de Cuba: el afianzamiento de sus instituciones republicanas. Esta idea se esboza en el primer capítulo, se presenta de cuerpo entero en el segundo, se afianza en el tercero, se ampara bajo la luz de la estrella solitaria en el cuarto, es discurso de admonición y templanza en el quinto, y en el sexto, el séptimo y el último, es la idea íntegra que golpea incesante sobre el yunque de la democracia.

Todo el libro es Cuba. Cuba respira cada una de las cin-

cuenta mil y pico de palabras que componen la obra. Cuba está patente en cada adjetivo, en cada sustantivo, en cada verbo, en cada frase, en cada oración, en los conceptos y las ideas que atesora *Pensando en Cuba.* Cuba es el alma de este libro nacionalista en el cual dejó encantada la suya José Sixto de Sola.

La falta de probidad en los gobernantes hispaoamericanos.—No es éste, a mi ver, el mejor trabajo del libro; pero sí uno de los mejores. El mejor es el que se intitula *El pesimismo cubano.* Y a éste le sigue en mérito *Los extranjeros en Cuba.*

Con una cita de Bunge da Sola comienzo a su trabajo. Bunge afirma que la falta de probidad en los gobernantes hispanoamericanos radica en el atavismo, en el salto atrás que dan los hispanoamericanos en virtud de los raudales de sangre india, negra, mulata y mestiza que corre por las venas de grandes masas de su población.

Sola se declara partidario de esta teoría del sociólogo argentino en su primera afirmación. Y escribe:

> La falta de probidad es un atributo que se observa en la mayoría de nuestros gobernantes hispanoamericanos, con desconsoladora uniformidad. Existe la causa que él apunta; pero esa preponderancia casi exclusiva del elemento atávico indio africano, atribuída a la producción del fenómeno, es, a nuestro juicio, un error. Esa ausencia de probidad reconoce dos órdenes de causas, que si bien presentan, en sus exteriores aspectos, diversas y distintas posiciones, remontándonos a sus orígenes vemos que ambas tienen un nacimiento común y único. Estos dos órdenes son: uno de causas subjetivas, otro de causas objetivas.
>
> Las causas subjetivas miran hacia las condiciones étnicas, educacionales, de tradición y sociológicas, de los individuos que asumen los gobiernos de estos países americanos y en los que se observa el fenómeno.
>
> Las causas objetivas son las especiales condiciones del medio ambiente en que las tendencias que forman los factores del orden primero se desenvuelven.
>
> Para que la falta de probidad pueda existir en esos gobernantes es necesario que concurran simultáneamente los dos órdenes de causas; es necesario que el individuo esté favorablemente dispuesto en el sentido apuntado, y que el medio ambiente que le rodea sea favorable al desarrollo de esas disposiciones.

Sentadas estas premisas, estudia los elementos étnicos hereditarios del gobernante hispano-americano; y concluye que esa

tendencia al robo, que le caracteriza, se debe no sólo a los factores que señala Bunge, sino también y en gran parte a su ascendencia hispana.

Sola hace notar que esa tendencia va unida a falta de educación y cultura.

Este primer capítulo de *Pensando en Cuba* puede resumirse así:

Primero: América latina tiene gobernantes faltos de probidad, porque la falta de honradez en ellos es heredada de los africanos y españoles;

Segundo: hay gobernantes probos en América, cuando los que asumen el poder son personas educadas y cultas;

Tercero: sólo la educación y el contacto con grandes civilizaciones logran estirpar de raíz esas tendencias hereditarias.

Muy interesante es este estudio y merecedor de largo y detenido análisis. De ambas opiniones, de la de Bunge y de la de Sola, podría escribirse un libro. Y no sería aventurado asegurar que quien tal labor acometiera, terminara generalizando la tesis de ambos sociólogos y concluyera afirmando que la falta de probidad no es característica de esta o de aquella raza, sino de la especie humana.

Buen material se encontraría en la obra de Alfredo Nicéforo intitulada *Fuerza y Riqueza,* que podría ser utilizado para componer e ilustrar el libro que insinúo; datos preciosos en la obra de Sergi intitulada *La evolución humana,* como asimismo en *Instituciones domésticas,* de Spencer, y en otras muchas en las cuales se vería que la falta de probidad no es india, ni negra, ni mulata, ni mestiza, ni hispana, sino de todos los pueblos y de todas las razas.

El robo, el crimen, los buenos y los malos instintos, nacen juntos con el hombre. Léase al respecto el prólogo de la obra *El jardín de los suplicios,* de Octavio Mirbeau. Hay también un libro muy interesante de Lorain, sobre criminalogía, en el cual se establecen hipótesis merecedoras de estudio, que ayudarían en gran manera y de modo airoso a ilustrar la opinión que de esas mismas lecturas se deriva en cuanto a las tendencias morbosas del hombre, que no otra cosa sino un enfermo es el

mal gobernante, el mal padre de familia, el mal amigo y el mal ciudadano.

Y más propenso está a ser un enfermo de esta calidad el hombre pobre que el hombre acomodado. Cosa que no debe perderse de vista al juzgar a nuestros gobiernos hispanoamericanos. Esa misma falta de probidad se la encuentra más fácilmente en el gobernante sacado de las clases sociales inferiores, pobres, que en uno sacado de las clases acomodadas.

Las investigaciones recientes hechas a la luz de la observación y del experimento, nos han enseñado que los sentimientos morales de una sociedad, de un grupo, de un individuo, tal como los vemos en la actualidad, son el resultado de una larga evolución psicológica, en que cada uno de nosotros conserva en lo más profundo de su psiquis todas las huellas de las evoluciones sufridas, como la corteza terrestre conserva debajo de su formación más reciente todos los vestigios de las evoluciones experimentadas al través de los siglos. A los sentimientos animales—que han sido los primeros en aparecer—de las sociedades de animales o de los animales aislados, han sucedido por la fuerza evolutiva los sentimientos salvajes o primitivos de las sociedades salvajes o primitivas, y más tarde, cuando el hombre, saliendo con fatiga de la sociedad salvaje, ha creado una sociedad más moderna y más evolucionada, se ha formado el conjunto de los sentimientos humanos más recientes. Nos encontramos en presencia de una *estratificación* de sentimientos morales que se han superpuesto antes de que cada uno de ellos hubiese desaparecido por completo; y así es que cada uno de nosotros conserva, en el fondo de las estratificaciones morales que forman su psicología, las estratificaciones animales y salvajes de nuestros antepasados, y sólo es en la superficie que aparecen los sentimientos modernos civilizados.

Una vez más la *ontogenia*—es decir, la evolución del individuo—repite y reproduce en miniatura la *filogenia,* o sea la evolución de la especie. La especie humana brota de las entrañas del mundo animal, habiendo atravesado las vicisitudes de la vida salvaje, y vivido la rudeza de las primeras civilizaciones bárbaras, llega por fin a las manifestaciones modernas de la civilización más reciente, y cada etapa de este largo camino marca un nuevo grado de evolución en los sentimientos morales.

De igual modo el individuo desde la infancia, en donde sus sentimientos y su moral recuerdan tan claramente los sentimientos y la moral de la vida salvaje y primitiva, llega, después de una lenta y constante educación de la inteligencia y de los sentimientos, a su más alto grado de evolución moral. Por lo tanto, se repite en el hombre la misma evolución de sentimientos morales que se ha manifestado a través de la especie entera. Y las estratificaciones morales antiguas, en lugar de desaparecer, quedan sólo cubiertas por nuevas estratificaciones de la psicología individual,

prontas a presentarse en la menor ocasión. Inútil es decir que estas estratificaciones recientes y nuevas de los sentimientos morales se encuentran en un estado de formación continua, siendo transformados lentamente e insensiblemente por los cambios y transformaciones a que la evolución arrastra a las sociedades humanas. Y son precisamente las últimas y más recientes estratificaciones morales del carácter humano las que manifiestan las diferencias más sensibles entre los sentimientos morales de las diversas clases sociales. Las clases que constituyen los grados más bajos de la escala social y que viven en un estado continuo de miseria e insuficiencia económica, están generalmente faltas de las estratificaciones psicológicas recientes, y a veces de las más delicadas propias de la época en que viven. Se diría—recordando la ley enunciada antes—que en los individuos de las clases sociales inferiores la ontogenia de los sentimientos morales no puede desarrollarse por completo.

Por esto, que explica Alfredo Nicéforo, las clases pobres están menos preparadas que las clases acomodadas a ser en el poder, a la hora de escalarlo por la violencia y el asalto—cosa que ocurre ordinariamente en nuestra América española—ejemplos vivos de probidad y buen gobierno.

Desde este punto de vista se explica, del mismo modo que lo hace Sola por camino diferente, pero que conduce al mismo fin, la razón de nuestros gobiernos faltos de honradez. La mayoría de los hombres que constituyen nuestros gobiernos son salidos de las clases pobres: gentes infelices, que, a fuero de bravucones y de audaces, logran de un solo salto ascender al poder. Y cuando se da el caso contrario, y los que gobiernan, a pesar de no ser salidos de los antros de la miseria y ser personas educadas, resultan también faltos de probidad, se debe indudablemente el fenómeno a la imitación, o a la falta de sanción social, que hasta ahora es fruta prohibida entre nosotros. Pero esto, que se observa en América, puede también observarse, no con la frecuencia nuestra, en los países que marchan a la cabeza de la civilización del mundo. Y, con más regularidad, en aquellas naciones donde la forma de gobierno se asemeja al nuestro, de estructura personalista. Donde la democracia es una verdad, no sucede o no se comprueba con tanta frecuencia el fenómeno enunciado. El legalismo es antídoto eficaz contra los defectos y los vicios del mandarinato político. No hace el milagro de arrancar de golpe vicios y defectos incrustados en el organismo

social, pero lo hace lentamente, sabiamente, no moviéndose como un pájaro, sino como un paquidermo.

Y hay personalismo en América latina, porque hay pobreza, porque ha habido siempre pobreza desde que se emanciparon nuestros pueblos del gobierno español. Y hay pobreza y personalismo, por las malas costumbres heredadas del español. Los pueblos se acercan a la democracia y al legalismo a medida que sus condiciones económicas crecen y se perfeccionan. Los pueblos se moralizan y sacuden de sus hombros el fardo de sus malas costumbres, cuando se sienten prosperar, cuando el *modus vivendi* no es faena de romanos conseguirlo; cuando cesa, en fin, la miseria.

Por todo lo dicho, una persona está mejor preparada para hacer el gobernante probo, mientras mejor viva y disponga de los medios necesarios para llenar debidamente los fines o las necesidades de su cuerpo y de su espíritu. Si no dispone de esos medios, lo probable es que resulte en el gobierno un salteador, que conspirará constantemente por apropiarse los tesoros de la nación que representa.

No hay que perder de vista, al juzgar los problemas políticos y sociales de América española, su estado de pobreza.

Y esta misma pobreza ha engendrado entre nosotros dos enfermedades terribles: la tristeza y la haraganería.

Y esta misma pobreza es la causa de las revoluciones civiles de la mayor parte de nuestras sociedades.

Y este estado de cosas no puede transformarse sino por medio del trabajo y de la inmigración de razas mejor evolucionadas que la nuestra, las cuales, al mezclarse con nosotros, nos den todo lo bueno que ellas tienen conquistado en la riqueza y, por ende, en la civilización. Sólo así, mezclando nuestras costumbres y nuestra sangre con la sangre y las costumbres de pueblos superiores, emancipados de la pobreza, es como llegaremos a ser lo que Sola quiere para Cuba y para América.

No me complace la tesis de Bunge, ni tampoco la de Sola, que reforma a la primera, por su carácter exclusivista.

Abrimos las páginas primeras del libro de la Historia y sólo encontramos a diestro y siniestro, en Oriente lo mismo que en Occidente, al vicio y a la crueldad en maridaje horrible dictan-

do las leyes del mundo y dirigiendo los intereses de la sociedad.

Tribus dispersas por todas partes siembran por dondequiera que pasan el robo, la desolación y la muerte. ¿Quién conoció en esas edades primitivas la honradez ni la virtud? Virtud y honradez son conquistas de la civilización. ¿Qué tribu fué honrada, en el lato sentido de la palabra? ¿Honrada desde nuestro punto de vista, tal como se concibe hoy día la honradez? Todas, cual más cual menos, hordas de ladrones fueron que devastaron y se apropiaron todo cuanto a su paso encontraron. Y más tarde, cuando el mundo mejoró, se civilizó un poco y los conquistadores se lanzaron a los mares en pos de tierras que apropiarse y sojuzgar, tan ladrón fué el español como el alemán, como el francés. Los gobiernos que los conquistadores formaron en los pueblos que dominaron, no pueden ser citados como ejemplos de probidad. Y, después de siglos transcurridos, hoy mismo, Cuba recuerda con tristeza la intervención norteamericana allí, desde el punto de vista económico, y Santo Domingo la lamenta en la hora presente.

Refiriéndose Sola a los conquistadores españoles, dice:

> No hay más que leer la tétrica historia de la conquista de América por los españoles: jamás la historia de la humanidad ha registrado mayores horrores, ni mayores ni más repugnantes abusos de fuerza, llevados a cabo para satisfacer un ansia desenfrenada de rapiña.

Esto es verdad en cuanto a las crueldades y a los abusos cometidos por los españoles en América, pero no es verdad que la historia de la humanidad registre solamente abusos y crueldades de esa calidad.

Desde los tiempos primitivos encontramos esa misma ansia de rapiña en todas las naciones del mundo. El Egipto faraónico, la Babilonia, la Persia, considéranse como civilizadas, muy superiores a muchos otros pueblos y naciones por las obras que nos legaron "con gran sacrificio de los hombres que entonces formaban parte de la misma sociedad... Recuérdese las admirables ruinas de los monumentos egipcios, babilónicos y persas, y pasmará la elevación que alcanzó el sentimiento artístico en aquellas naciones para poder construir palacios y templos tan espléndidos." Pero cuando se piensa en la manera como esos

monumentos se levantaban, sentimos un sentimiento de horror hacia toda esa grandiosidad hecha para satisfacer el orgullo de unos pocos.

En aquellas civilizaciones no se conoció nunca el sentimiento de piedad, que es sentimiento primordial que caracteriza a las civilizaciones felices. El Estado estaba formado de tal manera, que solamente era útil a unos pocos, con el sacrificio de los demás.

Si consideramos la evolución social de las sociedades antiguas o bien la evolución humana de otros tiempos, considerada en conjunto, parece fácil explicarlo por la forma del Estado, por la organización del ejército y de la guerra, por el sentimiento religioso, por las manifestaciones del sentimiento artístico, por la producción intelectual y artística; encontramos una civilización indudablemente muy avanzada y con notabilísimo desarrollo en algunas direcciones. Vivo ejemplo de ello nos ofrece Grecia; pero falta un elemento que hay que incluir entre los demás que forman la civilización; un sentimiento que para nada figuró en las antiguas sociedades humanas: el sentimiento humano propiamente dicho. Las representaciones que vemos en los bajorrelieves del Egipto, de Babilonia y de Persia, muestran los inhumanos e inútiles estragos causados en los prisioneros de guerra: cabezas humanas entre las manos de la soldadesca ante el escriba que las enumera; infinitas manos cortadas a los prisioneros en las batallas y numeradas para ser mostradas al monarca vencedor; hombres desollados vivos, con la nariz o las orejas mutiladas, o martirizados de otras inicuas maneras; Faraones o reyes asirios atravesando con su lanza a prisioneros que les presentan desarmados o atados por la nariz o por el cuello, soldados vencidos pendientes de los muros de las fortalezas, mostrando la ferocidad del hombre en medio de las preciosidades artísticas de los templos y de los palacios. No basta esto; los mismos constructores de esas maravillas dejan a la furia demoledora de los soldados la ciudad conquistada o vencida, y entregan a la destrucción las más bellas y grandiosas obras. No sólo nos muestran esto los bajorrelieves, sino también el asolamiento de las plantaciones y de los árboles llevado a cabo por la soldadesca vencedora, que, como sus jefes, no tenían de hombres sino la figura; y todos ostentan como botín de guerra varones, mujeres, niños, esclavos, animales, atando como bestias salvajes y feroces a los hombres y haciéndoles morir de hambre y de fatiga.

Así se batía el cobre en aquellos tiempos que los locos consideran superiores a los tiempos presentes. Así lo batieron después los castellanos en América, los franceses y los alemanes, al conquistar y apropiarse pueblos indefensos. Y todo por el

botín de guerra: ese era el incentivo de todos los que se lanzaban al azar de la conquista. ¿Y qué es el botín, en suma, sino una de las manifestaciones de la falta de probidad de que adolecieron tribus y naciones entonces? Y esto no sucedía aquí ni allá, sino en todas partes, lo mismo en el Oriente asiático, en el Egipto o en los demás pueblos regidos por una monarquía hierática, que en Occidente.

Y es que en esos tiempos faltó a la humanidad el sentimiento de piedad, sentimiento que todavía se consigue con usura en muchas de las naciones que se tienen por civilizadas. Y cuando falta este sentimiento, faltan a un tiempo todas las mejores cualidades del espíritu: la probidad entre ellas.

Lo que hicieron los alemanes en Africa fué horrible, tan horrible como las crueldades realizadas por los españoles en América. Y esto que de los alemanes puede decirse, es aplicable a Francia. Lo que ésta hizo en Madagascar no resiste a la descripción, duele a la pluma describirlo.

No es esta una defensa de la colonización española, sino una opinión franca, susceptible de ser destruída. Opinión que tiende a generalizar la de Bunge y Sola, para concluir diciendo que la falta de probidad no es defecto hispano-africano, sino defecto humano.

¿Quién no recuerda con repugnancia el célebre congreso europeo celebrado en China con el único fin de descuartizarla y pillarla? ¿Y no son los mismos que tales cosas hacen quienes después ocupan en Europa las altas representaciones del Estado?

La evolución humana habrá llegado a su apogeo cuando el valor de ella esté plenamente reconocido y todo el trabajo útil y todas las aplicaciones científicas sirvan de bienestar a todos los hombres individual y socialmente; cuando el goce intelectual y artístico pueda ser universal; cuando desaparezcan tantos dolores y miserias como en la actualidad hacen incierta la subsistencia diaria; cuando, en fin, se extinga en todos los hombres y en la sociedad humana el sentimiento de reacción que invita a la venganza, a derramar sangre, a la guerra.

Esto dice Sergi, y no le falta razón.

Dejará de haber gobernantes faltos de honradez en América latina, cuando las formas de la vida varíen junto con las formas

de gobierno; cuando se salga del personalismo y se entre resuelto al legalismo; cuando la pobreza se vista de limpio y ande a la europea por calles y plazas; cuando cese el hambre; cuando se mate con pan el germen emponzoñado que produce al gobernante falto de probidad.

El pesimismo cubano.—Ya he dicho que de los trabajos que informan este libro, *El pesimismo cubano* es el mejor. El más nacionalista, el más rico en conceptos, el más sereno, donde se pone de relieve la poderosa dialéctica de Sola. En cada uno de sus párrafos late su amor por Cuba, se ve y se palpa la confianza de que él estaba poseído en los destinos de Cuba; confianza cívica en el adelanto cubano, en la civilización cubana, en la grandeza cubana. Y esta inquebrantable convicción era lógico que se basara en el optimismo generoso que sabe columbrar a la distancia el porvenir rosado de los pueblos. Claro, como el día, veía Sola, en sus horas de pensamiento, la ascensión gloriosa de su patria por la escala empinada que conduce a las sociedades a la meta de sus aspiraciones. Y como tenía fe en estos amables sueños, fué siempre un excelente ciudadano. Y por ser un excelente ciudadano escribió este capítulo de su libro, fuerte, ágil, valiente, sincero, para que sirva de reconstituyente espiritual a todos los cubanos apocados, a los que desconfían de los destinos venturosos de Cuba; para que sirva de admonición a los que la desdeñan sin detenerse a contemplar sus bellezas y bondades; para que sirva de correctivo a los ingratos que no la quieren, a pesar de nutrirse de sus pechos y saciar su sed en sus ricos manantiales y dormir la siesta a la sombra de sus palmeras.

No tienen razón para ser pesimistas en Cuba los que saben observar la realidad que los rodea. Tienen razón para ser pesimistas en Cuba—y éstos la tienen en todas partes—los que viven lejos de las comodidades de la vida, necesitados de todo lo indispensable, pobres y miserables jornaleros para quienes no llega nunca el sol de la alegría. Sola cree que

este mal, como otros muchos, proviene del concepto de factoría de que ha disfrutado Cuba por más de cuatro siglos. Nuestra sociedad—dice—se reciente de esa tradición, que es cual pesado y funesto grillete que entor-

pece su avance; pero afortunadamente la va combatiendo, la va rechazando, venciendo, y, a pesar de ella, progresa resueltamente.

¡Es claro! Y cuando la sociedad se canse de perseverar en esta labor nacional, cuando los hombres que encauzan y dirigen los destinos de Cuba pierdan la fe y abandonen el trabajo plausible de imponer las reformas que Cuba necesita, entonces esas reformas sabrán hacerlo por sí mismas, sabrán imponerse.

Felizmente no sucederá así, porque los hombres que se encuentran al frente de los destinos de la República son todos ellos hombres que nacieron junto con la patria a la vida del derecho, y no desmayan en esa santa labor que va venciendo a pasos largos las sombras de lo pasado que aún pugnan por defenderse del sol que las ahuyenta.

En el concepto factoría, a que Sola se refiere, se encuentra la razón del pesimismo cubano. No discuto esta opinión que puede ser muy juiciosa y acertada; pero sostengo que una de las modalidades de ese pesimismo, una de sus formas sinceras, radica en la pobreza de las clases humildes y en la ignorancia de los privados de vista clara para otear a la distancia el porvenir halagador de Cuba.

Este pesimismo lo creo sincero, honrado. Pero no creo sincero ni honrado el pesimismo de los españoles, ni el de los políticos fracasados, ni el de los que, a pesar de ser cubanos, se sintieron ayer bien hallados con la colonización. Este pesimismo lo juzgo falsificado; es un comodín para repudiar el presente, una manera hábil para injuriar la obra de la independencia cubana. Y este pesimismo de mala ley merece ser combatido tenazmente, merece ser acosado, acorralado, perseguido como un criminal que viola la ley y esgrime el puñal asesino contra el pecho honesto de una doncella.

Sola ha tomado en serio a estos pesimistas y los divide en varios grupos.

Primer grupo: Los que no son solidarios con la nueva nacionalidad cubana.

Segundo grupo: Los que teniendo sus almas forjadas en los moldes del coloniaje, no se avienen con el nuevo orden de cosas.

Tercero: Los residentes españoles, que odian a Cuba.

Cuarto: Los que nunca creyeron en la República y no tuvieron jamás fe en sus beneficios.

Quinto: Los que vivieron felices y conformes con el viejo régimen y fueron siempre radicalmente opuestos a la independencia.

Sexto: Los que son pesimistas por sistema.

No creo en la sinceridad de estos pesimistas. Lo son todos por sistema. Es una manera de enfrentársele a la República. Creo solamente en el tipo de pesimista a que arriba me refiero, como asimismo en el que lo es por cansancio, por faltarle paciencia, que es la mitad de la sabiduría humana, para esperar a que la mata sembrada empiece a cuajar en flores y frutos. Cansados y faltos de fe en los sueños que ayer acariciaron y que no han visto realizados sino a medias, porque desgraciadamente no saben historia. No saben que la Democracia es lucha, es calor, es fuego, es idea, es pasión en ebullición perpetua; santa pasión que eleva y dignifica al hombre, que lo remoza para que siga luchando más y mejor, hasta lograr la perfección a que la misma Democracia aspira. Estos pesimistas flacos de espíritu y ayunos de ciencia ignoran que en esa lucha es donde se acrisola la República y se perfecciona y adquiere grandeza y poder. Que esa lucha no es de un día, ni de diez años, sino de largos años de trabajo incesante. Ignoran que todos los pueblos que han pasado por las mismas pruebas que Cuba, han necesitado de largo batallar hasta concluir siendo modelos de pueblos. Si estos ignorantes supieran historia, verían claro el largo proceso seguido por los Estados Unidos para llegar a ser lo que es hoy: una democracia que complace la mitad de las aspiraciones de los que la sueñan de modo más perfecto. Y los Estados Unidos tienen largos lustros de haberse constituído en República federal. Y a pesar de esos largos lustros, los Estados Unidos necesitan todavía luchar más y más para ser la República soñada por sus fundadores.

Para sentirse inconforme con lo que Cuba ha hecho durante diez y siete años de vida independiente, se necesita estar enfermo de los nervios o ser un ignorante de más de marca, como diría Montalvo.

Hay motivos suficientes para ser optimista en Cuba. Y si

no se encuentran esos motivos en Cuba, porque no se saben buscar, se encuentran en el libro de la Historia para, por analogía, fundar el optimismo cubano.

Pocos países tienen como Cuba, en la hora presente, horizontes tan claros para tener derecho a la esperanza de mejores días.

El presente es halagüeño.

¿Qué importa que hayan tenido lugar en Cuba dos contiendas civiles, si ellas han contribuído, después de todo, a afianzar de modo estable las instituciones republicanas? Esas contiendas han sido a Cuba lo que es el vomitivo al estómago sucio. Han limpiado, saneado y, por lo mismo, enriquecido la sangre del pueblo cubano. Han matado el germen revolucionario que las malas pasiones fecundan.

Le han señalado su puesto a la traición.

Le han señalado su puesto a la ambición insana de mando y poder.

Le han señalado su puesto al mal ciudadano.

Le han señalado su puesto a la estulticia.

Le han quitado la careta a los hipócritas, y

Le han enseñado, a Cuba, a conocer y a distinguir el bien del mal que se encuentra en esta hora de prueba y de trabajo para salvar los destinos de la nacionalidad.

Nunca me he sentido más optimista con respecto a Cuba que después de su última revuelta.

Ese mismo pesimismo a que Sola se refiere, ha perdido prestigio y poder. Y para convertirlo de una vez al optimismo, sólo se requiere de un buen porqué de perseverancia en las reformas que se vienen haciendo en Cuba. Es bastante lo que en este sentido se ha logrado hasta ahora, pero es mucho lo que todavía puede y debe hacerse.

Con lo que se ha hecho hay motivos para no sentir el ánimo desconsolado; pero es preciso trabajar más y mejor, hasta lograr darle a la sociedad todo lo que ella pide y desea. Sólo dándole a cada uno lo suyo se logrará en Cuba que desaparezca por completo el pesimismo de los pobres, de los obreros sin fortuna, de los ayunos de ciencia y de paciencia, de los que son pesimistas sinceros.

Hay materias primeras en Cuba para hacer las reformas políticas y sociales que se desean. Basta, para convencerse de ello, leer las estadísticas cubanas. Todo allí ha ganado y progresado con la implantación de la República. La diferencia que se nota entre el pasado y el presente es asombrosa. Después de la independencia, las importaciones y las exportaciones han sumado millones; la tierra ha triplicado su valor; las industrias han alcanzado proporciones halagadoras; los bancos se han multiplicado; los ingenios de azúcar han aumentado su producción; las vías ferroviarias son mucho más extensas; los capitales invertidos en ferrocarriles cuadran un balance de ciento veinte millones de dólares, cuando apenas llegaron a sumar cuarenta y siete millones de pesos durante el antiguo régimen; la instrucción pública se viste a la moderna y sacude poco a poco el sayo de los conventos; la sanidad es admirable: La Habana es una de las capitales más higiénicas del mundo, más higiénica que Nueva York, puesto que allí no abundan tantas epidemias como aquí; la producción intelectual se emancipa de los viejos y pesados moldes españoles: los libros cubanos son hoy más ligeros, más sobrios, menos cansados; el periodismo evoluciona y se pone a pie junto con la civilización; los deportes y todo, en fin, ha ganado ciento por ciento en unas cosas, en otras mil por ciento. Y tan amables realidades, ¿no son suficientes para fortalecer el espíritu y convertirlo al optimismo?

De manera minuciosa estudia Sola parte de los hechos que dejo expuestos en síntesis. Y a todos aquellos que como él tengan claros los ojos y la mente sana para mirar y observar el presente de Cuba y compararlo con su pasado, no les quedará otro camino que el de ser optimistas a carta cabal.

Los extranjeros en Cuba.—Serenidad, lógica, amor y civismo de alto coturno y valor a toda prueba, ameritan este trabajo.

Leo y copio:

Van siendo numerosos los síntomas de un estado lamentable de ánimo y de equivocada opinión por parte de determinados núcleos de extranjeros que con nosotros viven. Esos síntomas pueden clasificarse en dos grandes grupos; uno: síntomas que parten de los españoles; dos: síntomas que par-

ten de los norteamericanos. Los primeros, según los observo, pueden dividirse en dos subgrupos: el de los síntomas de reacción y el de los síntomas de malquerencia. Los segundos también pueden dividirse en síntomas de proteccionismo y en síntomas de desprecio.

Todas esas manifestaciones españolas nos quieren decir que, para ese núcleo en que las mismas se producen, existe la tendencia a creer en un movimiento de ''reconquista moral'' y a fortalecer todo lo que a su juicio contribuye a su éxito.

Las manifestaciones que parten del grupo extranjero norteamericano tienen por fundamento la creencia de que se encuentra ''en país conquistado''. Para él, Cuba, aunque independiente en la forma externa de su gobierno, es realmente una dependencia angloamericana; y se siente metropolitano y dominador ese grupo. Y tanto el concepto de la reconquista moral española, como el de país conquistado del angloamericano, tienen por campo propio para fructificar el concepto de que hemos hablado en anteriores ocasiones: que Cuba es todavía una colonia-factoría o lugar de explotación.

Sentado lo anteriormente transcrito, Sola se entra de una vez a demostrar, con hechos patentes en Cuba, los síntomas a que se refiere.

He aquí algunos de esos hechos que atañen a la reacción moral con que sueña el español allí:

Primero: La influencia y el aumento siempre creciente del clero español.

Segundo: La resistencia formidable que ese mismo clero ha opuesto a ciertas leyes que el Congreso cubano ha querido imponer en Cuba, como la ley del divorcio, por ejemplo.

Tercero: Las fiestas sensacionales celebradas allí por los padres jesuítas.

Cuarto: El modo como funcionan los planteles de educación bajo la dirección de sacerdotes y profesores españoles.

Quinto: La actitud de determinados diarios de fisonomía española con respecto a todo lo genuinamente cubano.

Todos estos hechos los estudia y los analiza Sola en su libro, juiciosamente, sin odios en el alma, con el corazón puesto sobre el corazón de la Patria.

No le concedo la importancia que para él tiene, desde el punto de vista en que la estudia, la actitud del clero español.

No creo que el clero se oponga a la ley del divorcio por la razón a que Sola se refiere. No creo que los jesuítas españoles

hagan esto o lo otro por la misma causa. El clero es opuesto en todas partes a todo cuanto sea un ataque a la Iglesia Católica, a todo cuanto tienda a restarle prestigio y poder.

Doy, sí, importancia a la escuela cubana en manos de sacerdotes o de profesores españoles. Doy, sí, importancia a la actitud de los periódicos españoles sostenida contra todo lo netamente nacional. Doy, sí, importancia al comportamiento de determinadas asociaciones españolas con respecto a todo cuanto sea de cepa cubana.

Doy importancia a la escuela, porque es en su seno donde se forman los ciudadanos. Porque de todas las instituciones conocidas, es la escuela la primera, la más importante, la única institución verdaderamente seria y respetable que en el mundo existe. Alemania es ejemplo vivo de lo que puede la escuela. Sin la escuela alemana, no existiría hoy día el imperio alemán. Sin la escuela alemana no existiría allí esa devoción inrestricta por todo lo que represente la patria grande formada al calor, no de las filosofías de este o del otro filósofo ilustre, no al calor de las arrogancias militares de este o del otro grupo, de este o del otro partido, sino al calor de la palabra santa del maestro de escuela.

Para que la patria cubana sea todo lo que Solas y Velascos desean ardientemente, se necesita ante todo, y por encima de todo, que se organice en Cuba firmemente la enseñanza, que se echen abajo de una vez todos los viejos sistemas pedagógicos implantados allí por el colonizador, todo lo que huela a España en materia educacional, todo lo que no sea genuinamente cubano, genuinamente nacional. Se necesita prohibirle terminantemente al español dirigir escuelas, sea éste sacerdote, jesuíta o fraile. Se necesita enseñar en la escuela cubana Literatura cubana, Historia cubana, en lugar de Literatura española e Historia española. Se necesita dictar medidas enérgicas en este sentido, sin contemplaciones de ningún género, sin compadrazgos, sin componendas, atendiendo lealmente al deber en que están actualmente el gobierno y el pueblo cubanos de reafirmar más cada día, sobre sillares inconmovibles, la obra legada a Cuba por los mártires de su independencia.

En Cuba hay mucho que trabajar en este sentido. Y el día

que se trabaje en ese sentido de modo resuelto, patriótico, ese día desaparecerá por completo el síntoma que Sola denuncia: El síntoma de reacción moral por parte de los españoles allí, en favor de cosas que deben ser soterradas bajo cien pies de la tierra cubana.

Doy importancia a la labor periodística netamente española que hacen algunos diarios en La Habana, porque el periodismo es una fuerza que lo mismo hace el mal que el bien, que lo mismo domina multitudes y las encarrila por senda de verdad y justicia, que por senda de mentira e injusticia. Debe, pues, ponérsele valladar a esa prensa irrespetuosa y altanera que no llena las funciones que debe llenar en Cuba todo diario que bajo su cielo se publique. ¿Que esa prensa es rica y poderosa? Más rica y poderosa es Cuba que la paga y la sostiene.

En cuanto a la afluencia en Cuba de frailes españoles, creo que el Congreso debe dictar providencias que tiendan a ponerle límite a esa inmigración. No por las razones que Sola expone en su libro, sino por esta sencilla razón: el sacerdote español es sumamente ignorante y se mantiene a muchas millas de la civilización y del progreso. Si en lugar de ser esos sacerdotes españoles, fueran franceses, no vería un mal para Cuba en su afluencia allí. No veo, pues, el asunto al través de la religión, sino al través de la pedagogía. Y ya que no se puede expulsar de Cuba a los que viven y engordan bajo la luz de su sol, debe tratarse de evitar que ellos ejerzan el magisterio.

Sola dice:

> Estos sacerdotes catalanes, vizcaínos, asturianos, etc., serán muy buenos y muy sabios, no lo pongo en duda; enseñarán quizás muy bien la gramática, la geografía, la aritmética; pero cuando lleguen a la formación del alma nacional del niño cubano, cuando lleguen a la enseñanza de nuestra historia, de nuestra literatura, de la instrucción cívica cubana, tienen necesariamente que fracasar. ¿Se imagina el lector a uno de esos robustos clérigos hispanos, con su rancio acento, presentando en apoteosis, como debe ser, los martirios, sacrificios y enseñanzas de un Martí, de un Maceo, de un Agramonte, de un Aguilera? ¿No es probable que sigan considerándolos como eran para ellos hace quince años: detestables cabecillas?

No tienen desperdicio estas palabras.

En cuanto a los norteamericanos, he aquí lo que el mismo Sola escribe:

Las manifestaciones norteamericanas, que en determinadas ocasiones hacen vacilar nuestro agradecimiento profundo y sincero y nuestro gran afecto por la noble nación vecina, también son de todos conocidas... La opinión, muy arraigada entre muchos norteamericanos, de que Cuba es una especie de dependencia de los Estados Unidos—opinión absolutamente errónea, que por cierto se combate doctrinalmente, con argumentos incontrovertibles, en el trabajo que el señor Cabarrocas y Ayala publica en este mismo número de CUBA CONTEMPORÁNEA [el de junio de 1915; tomo VIII, págs. 135-153], lleva a esos individuos a creerse que están en país perteneciente a su nación y, en cierto modo, y por la parte que en la misma les toca, a ellos también, lo cual hace que su actuación sea desagradable para los cubanos, celosos, antes que nada, de nuestra independencia. Esa opinión les lleva a pretender que el Ministro de su nación resuelva todos sus conflictos, aun aquellos en que tienen en su contra el fallo de los tribunales cubanos.

¿No tendrán en esto gran parte de la culpa algunos impacientes cubanos? ¿No han acudido ellos también al Ministro norteamericano, no hace de esto mucho, y a propósito de no recuerdo bien qué ley de amnistía, a fin de que él, el señor ministro, metiera en eso la mano y pusiera de por medio sus grandes influencias en Cuba?

Contra estos cubanos, pues, que a la hora de la defensa de sus intereses políticos no vacilan en agotar todos los medios, por desdorosos que sean, con tal de lograr la piltrafa que persiguen o de asegurar la que tienen conseguida, debe librarse en Cuba campaña poderosa, de moralización y nacionalismo, a fin de evitar que manos extrañas tengan que ver con los asuntos internos de Cuba.

En cuanto a las manifestaciones despreciativas que el norteamericano residente en Cuba hace a los cubanos, no es cosa de ser tomada en cuenta. Un desprecio se contesta con otro desprecio, o dando pruebas de civilidad y cultura.

Ningún americano ilustrado, ni dotado de algún talento, desprecia a un pueblo digno del respeto y de las alabanzas del mundo, como lo es el cubano. Todo lo contrario: lo aplaude y lo estimula a seguir adelante en su ascensión hacia lo mejor. ¿Qué americano puede negar el progreso cubano, la cultura cu-

bana, la civilización cubana? ¿Qué yanqui puede negarle a Cuba las virtudes mil que luce en su vida? Ni los libros de Mr. Stephen Bonsal, ni los de Miss I. Wright en contra de los cubanos, merecen ser leídos. Nadie los lee, ni sabe que existen tales escritores. No son sino ceros en el escenario de las letras norteamericanas. Nada logran. Nada pesan en la opinión pública. Libritos humildes, mal escritos, faltos de gracia y de enjundia, y garrapateados con el único fin de sacarle dos o tres pesos al editor ignorante que no vacila en acoger y publicar todo lo que le cae a mano, con tal que le produzca un tanto por ciento.

Sola razona sobre este y otros tópicos con abundancia de razones y de juicios. Pone los puntos a las íes, dice la verdad, toda la verdad. Le da a cada uno lo suyo: al español sus méritos, los suyos al yanqui; pero les advierte el peligro a que los expone su conducta indiscreta en Cuba. Les hace ver que Cuba no es el país conquistado que los americanos creen, ni la factoría que los españoles suponen. Los llama al orden y al respeto, y termina su trabajo con estas palabras:

> El derecho de expulsión de extranjeros es otra de las medidas que se debe seguir aplicando con firmeza. Todo extranjero que venga a Cuba y sea turbulento o perjudicial a la marcha de la República, o a la cordialidad de relaciones entre los componentes de esta sociedad, debe ser inmediatamente expulsado por pernicioso, ya sea español, norteamericano o de cualquiera otra nacionalidad. Su labor es perniciosa para Cuba.

Tales son las impresiones que *Pensando en Cuba* ha sugerido a mi pensamiento. De buena gana me ocuparía en los otros capítulos del libro, pero el tiempo me viene corto y las dimensiones de lo escrito me obligan a poner punto.

Lean este libro sano, lleno de ideas generosas, todos los hijos de Cuba. Léanlo los que no tienen fe, léanlo los que tienen fe en los destinos de Cuba; léanlo los que no quieren a Cuba, léanlo los que la quieren; léanlo los jóvenes que luchan y trabajan por engrandecerla, léanlo los que luchan, trabajan y maquinan en la sombra por corromperla; léanlo blancos y negros, mulatos y mestizos, españoles y cubanos, que todos encontrarán en sus páginas motivos suficientes para tener fe en el porvenir de

Cuba, los que no la tienen; para reafirmarla, los que la tienen; para sentirse optimistas los que miran de modo incompleto la realidad que los rodea, y para dejar de odiarla los que sin motivos la odian cuando deberían quererla y mimarla como a una buena madre.

MANUEL F. CESTERO.

Nueva York, nov. 1917.

SEGUNDO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE SOLA

JUICIOS ACERCA DE SU OBRA


L día seis del actual mes de febrero se cumplen dos años de la muerte prematura de aquel gallardo joven que con nosotros fundó CUBA CONTEMPORÁNEA, de aquel inolvidable compañero cuyo talento clarísimo se reveló en las páginas de esta revista por él amada con tan entrañable amor como el inmenso que sentía por Cuba, por esta tierra donde nació y donde hoy reposa para siempre. Veintiocho años apenas contaba José Sixto de Sola cuando su noble corazón dejó de latir; y sin embargo de su juventud, ¡cuán útil y patriótica fué su vida; cuántas provechosas enseñanzas encierran los trabajos que escribió, recogidos casi todos ellos por nosotros en el volumen titulado *Pensando en Cuba!*

Ese volumen es el primero de la *Bibliotèca de* CUBA CONTEMPORÁNEA, fundada por esta revista en memoria de Sola, y apareció a mediados del año pasado. En honor de la verdad debemos declarar que, salvo algunos subscriptores de esta publicación, no ha respondido el público a la calidad del libro, ni al objeto a que se destina el producto neto de su venta (aumentar los fondos de la subscripción para erigir una estatua en La Habana al gran José Antonio Saco), puesto que con excepción de la provincia de Oriente, donde el Consejo Provincial, algunos Ayuntamientos y varias personas se apresuraron a adquirir buen número de ejemplares, y donde la prensa ha anunciado generosa y continuadamente la obra, el resto del país

no parece haber leído los artículos con que fué saludada por no pocos periódicos aquí la aparición de *Pensando en Cuba*; ni siquiera aquellas sociedades cubanas de la capital, a las que Sola hizo la justicia que merecían, han sabido cuál era su deber... Doloroso es decirlo, pero esa es la verdad.

Y al mismo tiempo que la exponemos, decimos también que no nos sorprende, porque esperábamos lo sucedido; ni nos sentimos desanimados, porque trabajamos no para hoy, sino para el mañana. Sembramos: otros recogerán la cosecha. Y seguiremos esparciendo a todos los vientos la semilla: ella germinará. Continuaremos divulgando por todos los medios nuestras ideas y pregonando nuestros ideales: aquéllas irán abriéndose paso y éstos realizándose. Nos sobran alientos y no nos arredran los obstáculos. Mientras más haya, mejor: redoblaremos el esfuerzo para vencerlos; y así, unas veces amargados—como en este caso—y otras satisfechos, pero siempre decididos y nunca entibiados, seguiremos cumpliendo con todo el deber que nos impusimos al comenzar. La *Biblioteca de* CUBA CONTEMPORÁNEA no tardará mucho en publicar su segundo volumen...

Sólo nos resta agradecer a nuestro muy estimado colaborador don Manuel F. Cestero, brillantísimo y vigoroso literato dominicano residente en Nueva York, el notable artículo que acerca de la obra de Sola escribió para ser publicado expresamente en este número, como lo hacemos. También aparecen en otra parte de esta entrega las hermosas y vibrantes palabras pronunciadas por el ilustre Dr. Evelio Rodríguez Lendián, Presidente del Ateneo de La Habana, al abrir la velada que en memoria de Sola se efectuó en dicho centro el 28 de febrero de 1916. Están sin publicar desde entonces, y las reservamos para esta oportunidad.

Y ahora, como testimonio de nuestra sincera y honda gratitud para sus autores, para conocimiento de cuantos leen CUBA CONTEMPORÁNEA y en recuerdo de José Sixto de Sola en este segundo aniversario de su muerte, con motivo del cual esta revista trae a sus páginas por primera vez un retrato—el de él—, he aquí, por orden cronológico de su aparición, los artículos que hemos visto publicados acerca del libro suyo, de *Pensando en Cuba*:

COMENTARIOS.—A LOS QUE PIENSAN EN CUBA.—Nunca hemos dedicado estos *Comentarios* al examen de ningún libro cubano; pero vamos a hacer hoy una excepción y a decir a los lectores de *Gráfico* que acaba de ver la luz en la Habana una de las obras más importantes que en estos últimos tiempos se han publicado en nuestra patria. Se titula *Pensando en Cuba*, es un hermoso volumen de cerca de cuatrocientas páginas y contiene los más notables estudios que hizo el malogrado y celebradísimo joven escritor José Sixto de Sola, anotados por su amigo y compañero Carlos de Velasco, de quien son la introducción y un ensayo biográfico-crítico que aparece al frente. Dejaremos a otras plumas la tarea de ocuparse en estas partes que preceden al libro de Sola, propiamente dicho, y daremos una ligera idea de él.

No hay un solo capítulo, no hay un solo estudio que no responda al título de la obra—que debieran leer cuantos piensan en Cuba para algo más que para explotarla, comprometerla o desacreditarla—; no hay una sola línea donde no se sienta el profundo amor que a la Patria profesaba el ilustre joven cuya prematura muerte fué y es tan lamentada por todos los que nos damos exacta cuenta de que únicamente con caracteres como aquél podremos llevar adelante la difícil, pero hacedera empresa de consolidar nuestras instituciones y curar los males públicos; no hay en este formidable libro una sola idea que no revele la pasión en que se abrasaba el alma de José Sixto de Sola.

Bien ha hecho la revista CUBA CONTEMPORÁNEA en inaugurar con tan admirable volumen, nítidamente impreso en los talleres tipográficos de Aurelio Miranda y cuidadosamente editado por la nueva empresa editorial fundada por la citada publicación, la *Biblioteca* de ella; pero las cualidades externas de este libro, que le hacen digno de nota entre todos los de producción nacional, son nada si se las compara con el mérito intrínseco de él, con el subido valor de los ideales que pregona y de lo que significa su aparición en estos momentos en que nadie o muy pocos parecen pensar en Cuba.

Pensando en Cuba... ¡Es todo un programa de civismo, de nacionalismo noble y bien entendido, de patriotismo ferviente, de cubanismo sin doblez ni miras políticas partidaristas! Bello, bellísimo libro que no debiera pasar inadvertido entre el fárrago insustancial de papel impreso que con tal nombre se acumula en nuestras librerías; y alta y provechosa obra su divulgación. Porque el contenido de *Pensando en Cuba* responde íntegramente a su título, como se ve por los estudios que contiene:

La falta de probidad en los gobernantes hispanoamericanos; El pesimismo cubano; El deporte como factor patriótico y sociológico; José Antonio Saco, su estatua y los cubanos; Los extranjeros en Cuba; Cuba y Hawai; El acercamiento intelectual de América; El Congreso Cubano, y *Necesidad de propaganda cívica cubana.* Como apéndice figura una fogosa *Protesta contra la conducta de ciertos norteamericanos residentes en la Isla de Pinos.* Y aseguramos, sin temor a equivocarnos, que quien lea

uno solo de estos capítulos sentirá el deseo irrefrenable de leer todos los otros; y al concluir la lectura, lamentará todavía más, si conocía como nosotros el valer de quien escribió páginas tan henchidas de amor patrio, reflexivo y acendrado, la muerte inesperada y dolorosa del gallardo mancebo cuya efigie exorna el volumen.

Veintiocho años apenas contaba, y ya producía su mente robusta estudios tan serenos y bien encaminados como éstos cuyos solos títulos invitan, a quienes no tengan aún el corazón cambiado por un signo de pesos, el alma llena de rencores y la mente poblada de malsanos pesimismos o de perversas intenciones patricidas, a leerlos, a divulgarlos y a seguir los altos ejemplos que en ellos señala quien comenzó por darlos y no hizo —como tantos otros— lo contrario de lo que decía.

Y aunque al principio de estas líneas dijimos que nos ocuparíamos únicamente de esos estudios reunidos bajo el expresivo título de *Pensando en Cuba,* para demostrar cómo pensaba José Sixto de Sola en ella, cómo esta tierra era siempre para él lo primero en su corazón y en su mente, queremos copiar aquí algunas líneas de un testamento suyo que en parte aparece inserto en el ensayo biográfico-crítico precedente a la obra. Dicen así:

> ...''También tengo mi culto, y éste consiste, perdónenme los que leyeren si lo encuentran distinto de sus ideas, en la adoración que profeso a mi patria, a mi Cuba idolatrada, cuyo engrandecimiento y cuya independencia cada vez mayor y cada vez más absoluta constituyen mi sueño más querido. Motivo de esperanza muy dulce para mí es pensar que mis hijos y descendientes tendrán en el mañana igual amor a Cuba.''
>
> .. ..
>
> ''Cuba se hará grande con el amor de sus hijos ayudando la obra de sus condiciones naturales.''

Y a Cuba, a sus amigos, a su familia y a su hijita quiso él dedicar este libro rebosante de inmenso cariño por la tierra que honró con su conducta y que se honra contándole entre sus hijos ya inmortales; porque inmortal es ya José Sixto de Sola, no únicamente por su noble ejemplo de una vida sin tacha y fecunda en altas enseñanzas, sino por este libro y porque su nombre quedará para siempre unido al de otro ilustre escritor cubano: José Antonio Saco, al pie de cuya estatua—que se levantará en la Habana por iniciativa de él y de CUBA CONTEMPORÁNEA—quedarán eternamente enlazados ambos.

(*Gráfico.* 30 de julio, 1917.)

*

LAS COSAS QUE PASAN...—''PENSANDO EN CUBA''.—Es un volumen editado por CUBA CONTEMPORÁNEA. Contiene algunos trabajos del doctor José Sixto de Sola, muerto prematuramente hace poco más de un año. El prólogo de este libro está firmado por Carlos de Velasco, que

en unión del doctor Julio Villoldo ha hecho un culto de la memoria de Sola.

Yo no conocí personalmente al autor de estos artículos. Ni sabía de sus estudios intelectuales más que por escasas páginas leídas al azar en periódicos diarios y revistas ilustradas o en CUBA CONTEMPORÁNEA; pero ahora advierto que en este tomo hay mucho de que hablar y mucho que aplaudir como cubanos. Tenía veintiocho años cuando murió el joven abogado, y, como el también extinto ilustre doctor Lanuza, prefiero citar a José Sixto de Sola como intelectual que como *sportman*. En el breve espacio de esta crónica no cabe muy larga opinión ni contaré amplios detalles, pero merece muy extenso estudio la obra del joven patriota fenecido temprano.

Consta la colección de los siguientes trabajos: *La falta de probidad en los gobernantes hispanoamericanos; El pesimismo cubano; El deporte como factor patriótico y sociológico; José Antonio Saco, su estatua y los cubanos; Los extranjeros en Cuba; Cuba y Hawaii; El acercamiento intelectual de América; El Congreso cubano; Necesidad de propaganda cívica cubana; Protesta contra la conducta de ciertos norteamericanos residentes en la Isla de Pinos.* Siento predilección por los que tratan los problemas más latentes en nuestra vida republicana, y, aunque no me interesa el tema de *El deporte como factor patriótico y sociológico,* encuentro en gran parte razón. Mi enemiga al sport obedece a móviles especiales que no es del momento tratar.

En cuanto a lo demás, ¿qué decir? Más que celebrar de nuevo la muy celebrada labor de Sola, enviar un aplauso bien ganado a CUBA CONTEMPORÁNEA, a Carlos de Velasco y a Julio Villoldo por su honorable tarea cubanísima de hacer justicia, pese al sacrificio que cuesta, a los compatriotas que bregan por el bien y por la dignidad de Cuba.

No recomiendo este libro porque en mi patria no se lee. Pero los escasos cubanos que consagran un poco de tiempo a buscar luz entre las tinieblas de ciertas miserias del ambiente, deben conocer estas hojas de cívica vibrante y dulce, de patriotismo tiernamente puro, de cultura aplicada a la verdad y a la razón.

No transpira este libro más que bondad; quiere soñar esperanza y en sus párrafos serenos y a veces amargos hay tristezas de desilusiones por el porvenir y de dolores presentes. Para que contados cubanos conozcan un fragmento de la labor intelectual de otro cubano ha habido necesidad de que amigos generosos se empeñen en publicar un libro compuesto de nobles ideas; y después dedicar el producto, que será nulo materialmente, a otra noble obra: erigir en la Habana una estatua a José Antonio Saco, un empeño grande del malogrado Sola.

Dudo que este libro sea conocido, dudo que haya más de una docena que lo lea. Sin embargo, sería hermoso que el esfuerzo de CUBA CONTEMPORÁNEA no fracasara por la inercia moral de los que tienen el deber de

pensar en Cuba, como fué el pensar alto y firme del valioso joven cuyo nombre se halla al pie de estas bellas páginas de amor y fe.

JESÚS J. LÓPEZ.

(*La Discusión.* 30 de julio, 1917.)

*

''PENSANDO EN CUBA'' POR JOSE SIXTO DE SOLA.—La ''Biblioteca de CUBA CONTEMPORÁNEA'', correspondiente a la prestigiosa revista mensual del mismo nombre, existente en la Habana, acaba de inaugurarse con la publicación de un libro que parece el mejor programa o prospecto de la nueva empresa de cultura y patriotismo, debida principalmente a la inteligencia luminosa, la voluntad incansable y el fervor nacional e inextinguible de Carlos de Velasco, director-fundador de la citada revista, que ya cuenta cerca de cinco años de fecunda existencia, en lucha victoriosa con todas las adversidades del medio ambiente y del momento histórico.

Ese libro inicial de la ''Biblioteca de CUBA CONTEMPORÁNEA'' se titula *Pensando en Cuba* y lo constituyen diez artículos—la mayoría verdaderos ensayos o estudios críticos—originales del malogrado escritor y patriota, Dr. José Sixto de Sola, redactor de la referida revista habanense, y cuyo carácter y prematuro fin, en pleno florecimiento intelectual, hacen recordar a Juan María Guyau, el portentoso pensador francés arrebatado por la muerte cuando apenas contaba treinta años de edad. He aquí el sugestivo índice del libro de Sola, bastante, por sí solo, para revelar su índole y su importancia:

I. Dedicatoria.—II. Introducción.—III. José Sixto de Sola. Ensayo biográfico-crítico.—IV. La falta de probidad en los gobernantes hispanoamericanos.—V. El pesimismo cubano.—VI. El deporte como factor patriótico y sociológico.—VII. José Antonio Saco, su estatua y los cubanos.—VIII. Los extranjeros en Cuba.—IX. Cuba y Hawai.—X. El acercamiento intelectual de América.—XI. El Congreso Cubano.—XII. Necesidad de propaganda cívica cubana.—XIII. Apéndice. Protesta contra la conducta de ciertos norteamericanos residentes en la Isla de Pinos.

Pensando en Cuba, además de un libro-programa de la gran causa del nacionalismo cubano, significa un homenaje a dos memorias ilustres y amables: la de su autor, el doctor Sola, dignísimo representante de la juventud cubana que lucha por la regeneración y el progreso de la patria, y la del inmortal José Antonio Saco, el estadista más grande, quizá, de Hispano-América, en el siglo XIX, y a beneficio de cuya estatua en proyecto se dedica el producto neto de la venta de este libro; proyecto iniciado por la revista CUBA CONTEMPORÁNEA. También constituye el flamante volumen que tenemos a la vista un admirable triunfo del arte editorial en Cuba, pues toda su factura material es perfecta y pregona la excelencia de la tipografía ''El Siglo XX'', del señor Aurelio Miranda.

Saludemos con admiración y cariño la aparición del primer volumen de la novísima ''Biblioteca'', que tanto promete hacer en beneficio y en

honor de Cuba, y cumpla todo fiel amante de esta tierra el deber de cooperar al auge de la nueva empresa cultural y a la erección de la estatua de Saco, mediante la compra de este libro saludable, fortificante y simpático, cuya meditada lectura es como una inyección de cubanismo optimista y dinámico, tan necesario para curar el pesimismo disolvente emanado de cierta rastrera política que sólo sabe de instintos feroces y egoístas.

(*El Cubano Libre*, Stgo. de Cuba, 31 de julio, 1917.)

*

LA DEL ALBA SERÍA...—"PENSANDO EN CUBA", POR JOSE SIXTO DE SOLA.—Sí, amigo Director de CUBA CONTEMPORÁNEA, "la del alba sería"... Porque se necesita ser un soñador impenitente o un optimista a toda prueba, para desafiar a las mismas realidades circunstantes, que nos atraen y tocan a diario, para izar hasta el tope, con el entusiasmo de las iniciaciones, la bandera del más puro nacionalismo, como si aún vibrase en nosotros la cuerda del sentimiento patriótico, que es a los pueblos lo que el decoro al individuo.

A pesar de sus cuatrocientas páginas bien contadas, yo he leído con gusto estas prédicas de civismo de un corazón grande y hermoso, pero ingenuo y sin esas sombras deleznables que proyectan los ideales en derrota, sin ese precipitado de escepticismo que se produce al contacto con las sordideces morales de los hombres y el período en que se vive. Las he leído con interés, pero sin el entusiasmo del convencido, buscando nuevas rutas a mi fe, ya desmantelada y sin brújula; para retemplar mi patriotismo en eclipse; para renovar la ilusión de una capacidad colectiva, de una aptitud para la vida democrática que no poseemos, desgraciada, aunque ciertamente.

Y de esas lecturas de alto didactismo nacionalista, de verdadera higiene espiritual, si no reintegrado al credo antiguo, al menos, he salido admirado del temple de alma del joven energeta que a la hora de su temprana muerte aún "pensaba en Cuba" sin egoísmos, aún esperaba confiadamente la reacción salvadora que la desviase de los derriscaderos de una política de rapiña y de indignidades lucrativas y el advenimiento mesiánico de los patricios muertos en el supremo sacrificio por la desdeñada y mancillada libertad de hoy.

Acaso él, con su talento lúcido y bien cultivado, y yo—pese a lo inadmisible y ridículo del paralelo momentáneo—, prisionero en la caparazón de mi ignorancia, veamos la misma perspectiva con los mismos anteojos; pero con los lentes de revés: él, por el lado amplio, en que la visión se dilata y los detalles se perciben con más precisión, y yo por el estrecho, en que las cosas se alejan, anublan y empequeñecen.

¡Precioso tesoro el de su credulidad; rica presea la de su esperanza! Verdad es que el horizonte cambia con la situación del observador. En las cumbres, todo es luz; en los valles todo es sombra. El mérito radica en escalar la cima cuando los demás se revuelven abajo en las tinieblas.

Huyó Sola de la política partidaria como de la peste, y para él, que siempre vivió de su trabajo, el político se le antojaba algo así como un enfermo de ambición, como un maniático de la burocracia, como un factor dañino, o cuando menos nulo en el concierto de las actividades colectivas bien determinadas.

Por eso, contra la indisciplina social, contra el espíritu disolvente que predomina en una forma u otra en nuestros actos públicos y contra la tendencia convulsiva que constituye el impulso inicial de todas nuestras campañas electorales, aconsejaba el ejercicio físico, el sport a grandes dosis, para que nos eliminara el ácido úrico y las ideas perturbadoras.

Quizás algunas veces dudara de su propia fe en los futuros destinos de Cuba y escribiera entonces, para infundirse ánimo a sí mismo y retemplarla, aquellos artículos en que desgranaba los más consoladores estímulos y nos mostraba con el dedo, como el viajero extraviado la huella que lo orienta, los avances de la nacionalidad, los progresos de la maquinaria política, los continuos avatares del alma cubana hacia un perfeccionamiento definitivo.

En esos raptos de sincero amor patrio, en que todo él se iluminaba, dejaba correr la pluma con desenfado, sin pensar que a poco de levantar sus vistosos castillos de naipes, una ráfaga brutal de impurezas los derribaría.

Así surgió este grueso volumen de prédicas nacionalistas, este manojo de verdades viriles, este rosario de buenos consejos condenados a no ser escuchados ni atendidos nunca. Así, en el discreto apartamiento de la juventud ''elegante'', que a falta de ideales lleva una jeringuilla hipodérmica en el bolsillo interior de la americana o diez copas de ron en las entrañas, el muchacho se aupaba, acrecía su talla y ''creaba'' mientras los demás destruían en los comités, en las mesillas del bar o en la idiotez de una existencia sin objeto.

En vano se prevenía a veces contra el pesimismo que tanto flagelaba; el medio lo contaminaba y allí era el decir, por ejemplo: ''Al lado de ese hombre, de ese cubano, al lado de José Antonio Saco, ¿qué tamaño, qué configuración tienen los que han aprovechado la existencia de la patria libre, de la patria que él amó más que todo en este mundo, para instalar en el altar de su templo un bolsín de cotización?''

O bien refiriéndose a la falta de probidad en los gobernantes: ''El gobernante hispanoamericano no es probo; y el medio social que le rodea lo tolera. ¿Por qué? Porque en virtud de los mismos elementos que hemos examinado, esa sociedad, en su mayor parte, está imbuída de las ideas del gobierno-trofeo y del tesoro-botín.''

Buena obra, amén de honrosa, es la que se ha impuesto Carlos de Velasco al editar este libro de juventud, robusto, ponderado, reconfortante y de saludable enseñanza. Sin embargo, desconfío mucho de que produzca los efectos que persigue. Poco importa que la semilla posea virtudes ger-

minativas y pericia el sembrador, si el suelo es ingrato y esteriliza las simientes más fecundas.

Si las prendas personales se pudiesen legar y Sola me hubiese ofrecido cualquiera de las suyas antes de morir, yo le hubiese pedido su optimismo nacionalista y su fe en el porvenir de la República.

Porque, por más que lucho contra mis propias convicciones, vence en mí el pesimismo, la desesperanza de salvación, la seguridad de que avanzamos, sí, pero hacia la bancarrota más o menos lejana, hacia el fracaso, hacia el desastre y el deshonor.

¿Que mis temores carecen de fundamento? ¡Ojalá que así fuera!

Positivamente, se ara en el mar. Yo así lo creo. Pero si alguien conservase siquiera un resto de fe, un rayo de optimismo que caldee su espíritu, lea este libro tonificador.

Los que sienten en sus fauces la sequedad terrible del descreimiento, busquen esta peña y beban, en la cuenca de la mano, con delectación, su linfa milagrosa que mana gota a gota, en un rincón de la montaña árida

Floración espléndida en verdad, compilador amigo, la de ese árbol que tronchó la tempestad cuando empezaba a descollar sobre el bosque impenetrable del cretinismo triunfante.

No creo ya en milagros patrióticos, pero lo felicito por su esfuerzo. ¿Quién, Velasco, lo merece como usted, leal a los vivos y fiel con la memoria de los muertos?

Ramón Vasconcelos.

(*La Prensa*, Habana, 3 agosto, 1917.)

*

DEL PATRIOTISMO INTENSO.—"PENSANDO EN CUBA", POR JOSE SIXTO DE SOLA.—Cuba Contemporánea no ha desmentido en un ápice su propaganda inicial; surgió a la vida pública como un hálito vigoroso de nacionalismo saludable y regenerador y, a despecho del medio ambiente y del momento histórico en que ha levantado su bandera, mantiene en progresiva tendencia sus sanas doctrinas, evidenciando lo que puede dar de sí la cohesión espiritual de los que bajo sus pliegues sentaron plaza de guerreros.

Ahora, cuando por la herida abierta ha sangrado lo mejor de nuestra confianza optimista en el sentimiento patrio; cuando depauperada la providente virtud que da fuerza y fe para la lucha por la consagración, nuestros valores sociales rinden un cómputo exiguo de energía patriótica remuneradora y vigorosa, Cuba Contemporánea funda su biblioteca, publica el primer volumen intenso de ella, y dedica sus mejores entusiasmos a honrar la memoria de uno de sus soldados muertos y la del más grande estadista de todos los tiempos que ha tenido Cuba, del gran patricio José Antonio Saco.

Pensando en Cuba es el volumen a que nos referimos; su autor, para desdicha de nuestra patria que necesita de muchos semejantes a él, no pertenece ya al número de los vivos. Cayó en mitad de su jornada fructífera, dejando, no obstante, aventada y dispersa, la simiente de un patriotismo tan intenso y sano, cuanto original y raro en un representante de nuestra juventud, enferma de influencias materialistas y de ideales absurdos a fuerza de ser rastreros.

Hemos leído estos diez artículos del libro de José Sixto de Sola, con la devoción y el recogimiento con que se lee la Biblia.

En el actual momento histórico, *Pensando en Cuba* es casi un libro sagrado; un Evangelio de patriotismo lozano y saludable que se proclama fuerte y exclusivo, como una muda lección objetiva, severa e inmutable, ofreciéndose a la meditación de tanto espíritu desorientado y de tanta conciencia culpable.

Savia de nobles anhelos destiló aquella pluma; aroma regenerador de cívicas arrogancias y de gallardos propósitos emerge del íntimo trasunto de sus páginas albas que parecen tocadas de una santidad patriótica: la más depurada y sincera que cabe alentar, cuando para gloria de su patria y vindicación de sus coetáneos, se ha podido ser un José Sixto de Sola y se ha podido también morir joven y virgen de contaminaciones censurables, en lo que respecta a la pureza de sentimientos patrios, que fué en él poco menos que una virtud de elegido.

Hagan de este libro un tabernáculo sagrado de arrepentimiento los flacos de voluntad y los menguados de ensueño; mediten sus saludables pensamientos los que han visto desaparecer su confianza en los ideales de la patria y su fe en la perpetuidad de un brío optimista necesario para alcanzar lo que se propusieron legarnos, indivisible y eterno, nuestros mayores.

El patriotismo es algo más que una virtud y una fe. Debe ser un algo inmaterial y omnímodo que nutra de sí los propios desfallecimientos para levantarse incólume a la primera invitación. ¿Y qué mayor aliciente para el milagro que este libro *Pensando en Cuba*? ¿Qué de más vigoroso y oportuno puede darse en estos instantes de claudicación y desfallecimiento, cuando las pulsaciones del nacionalismo acusan indigencia y miseria?

Sumemos a la gran empresa de Carlos de Velasco y sus compañeros aunque sólo sea nuestro concurso moral, y que a este decálogo admirable de José Sixto de Sola suceda otro tan inspirado y saludable.

La biblioteca de CUBA CONTEMPORÁNEA ha dado el primer paso hacia la gran obra reconstructora, guiada por la inteligencia clara y la voluntad firme de Carlos de Velasco. ¡Que ese paso no la conduzca traidoramente a la rampa de la traición y del fracaso!

¡Que venga después de esta inyección saludable y vivificadora que es el legado de un muerto, la estatua del patricio que él anheló, y que en el pedestal de esa estatua se pueda grabar a cincel para ''in-eternum'' el nombre de José Sixto de Sola, vinculado a las doctrinas del gran estadista

patriota cuyo nacionalismo él supo amar, comprender y trasmitir a los suyos en este volumen admirable!

ARMANDO D. GARCÍA.

(*La Lucha*, edic. de la tarde, 7 agosto 1917.)

*

BATURRILLO.—Está en mi mesa el primer volumen de la Biblioteca CUBA CONTEMPORÁNEA, notable libro de más de 300 páginas, cuyo producto neto se dedica a la recolecta iniciada por el autor para erigir un monumento a aquel vidente insigne que se llamó José Antonio Saco.

Pensando en Cuba, es el título del libro. Lo constituyen los más salientes trabajos de aquel joven talentoso José Sixto de Sola, muerto cuando empezaba a brillar con intensa luz; hijo de uno de los más renombrados jurisconsultos cubanos, y también letrado y también ilustre él. Y preceden a esos trabajos un ensayo biográfico de José Sixto y una Introducción, escritos ambos por el ilustrado director de CUBA CONTEMPORÁNEA, Carlos de Velasco. Lástima grande es no poder arrancar de esta colección valiosa, homenaje del amor constante a Cuba de uno de los representantes más notables de nuestro elemento intelectual, la página XX de la Biografía. Lástima que Carlos de Velasco, otro intelectual notable por su saber y su patriotismo, haya cedido al prejuicio injusto escribiendo esa página injustísima.

Suponer que el *Diario de la Marina* puede haber deseado la muerte de cubanos que son gloria de las letras y orgullo de mi patria, acusar a este *Diario* donde tantos cubanos insignes han escrito, donde escriben ahora tantos hijos de mi tierra, amantes de ella y luchadores por su libertad, de anhelar la desaparición de cubanos dignos y talentosos, es un colmo de mala voluntad.

Parece que en un editorial—de Solís, de Ichaso, de Arazoza; de autor cubano o español, no importa de quién—se dijo: ''Deseamos para Cuba muchas venturas; con los patrioteros, con los novísimos nacionalistas, desaparezcan también para bien de Cuba los histriones del jacobinismo.'' Y Velasco, alma generosa, espíritu cultivado, sintió un vértigo, sufrió un rapto de desequilibrio y supuso que eso quería decir: ''Ojalá que mueran los nacionalistas jóvenes... como Sola y Velasco.''

Lamentable equivocación, a fe mía. Desde luego el ''desaparezcan'' no pudo traducirse por ''mueran''. El articulista desearía que desaparecieran de la escena política, que se retiraran, que callaran y no hicieran más daño los patrioteros. Pero tremenda suspicacia pensar que nuestro compañero el editorialista pudo incluir entre los patrioteros—gente indocta, a las veces imbécil, sin fe ni honradez de convicciones—a un Sixto de Sola, que era consciente, que era culto, que podía sentir en toda su plenitud el patriotismo educador y sereno.

Y en cuanto a los novísimos nacionalistas—frase que también yo he usado repetidísimas veces—¿cómo pudo aplicarse a nacionalistas honrados

con criterio, con ejecutoria de familia, con ilustración y probidad? ¿Es que el autor de aquel editorial puede confundir la palabra ''novísimos'' con la palabra jóvenes, para aplicarla a los que como Sola y Velasco, y otros redactores de la culta revista, han llegado a la defensa del nacionalismo cuando han podido llegar, cuando por jóvenes han estado en condiciones de empuñar la pluma y laborar por sus hermosos ideales de Cuba libre y grande?

Yo—lo repito—he censurado dura y frecuentemente a los ''novísimos nacionalistas'', los que antes fueron lo contrario, servidores de la España colonial, enemigos de la independencia y hasta de la autonomía, aduladores de los que entonces gobernaban, y ahora expedidores de patentes de cubanismo hasta revolucionario. Y he observado cómo otros, anexionistas antes, aduladores del interventor americano, interesados en la perpetuación del régimen interventor y constantes acusadores de la incapacidad cívica del cubano para gobernarse por sí solo, echan un velo sobre sus antecedentes y actitudes y quieren las penas del infierno para los que—como yo—ni consideré apto a mi pueblo para ser libre y feliz con la independencia absoluta sin haber pasado por el crisol de la autonomía, ni creo aún, ni podré jamás creer, en esa aptitud y en esa competencia cívica de mi pueblo, si se borra el Apéndice Constitucional y se nos deja entregados a tiranuelos a lo Sud América y a revoluciones y cuartelazos a lo dominicano o centroamericano.

Los histriones del jacobinismo, los patrioteros y los novísimos nacionalistas de que habla el *Diario de la Marina* no pueden ser, ninguna persona desapasionada puede creer que sean, los jóvenes decentes, los literatos cultísimos, los periodistas honrados, los compañeros y los émulos del ilustre malogrado hijo de don Leopoldo de Sola.

Búsquelos Velasco, búsquelos entre los que fueron amigos y servidores de España colonial, integristas, izquierdistas, derechistas, a última hora autonomistas; ya siboneyes legítimos, descendientes de Hatuey y Guarina. Y búsquelos entre los que, no habiendo nacido en Cuba, no habiendo sentido amor por una tierra a donde vinieron—como todos los inmigrantes, de paso y en busca de fortuna—los que habiéndose formado al calor de su bandera, la amarilla y grana, y desempeñado papel bajo su bandera, y merecido la confianza de personajes de la colonia y las simpatías del integrismo intransigente, ahora nos dan, a nosotros, los redactores cubanísimos, rellollos, inmaculados políticamente hablando, del *Diario de la Marina* esas patentes de patriotismo, esos diplomas de criollismo a que alude en la página XIX, y que resultan, cuando no irritantes, ridículas, firmadas por manos que antes firmaron tantos malos deseos y hasta tantos insultos contra los que entonces fuimos separatistas viriles y enamorados fervientes de nuestra Cuba, como José Sixto de Sola lo fué a su tiempo, muchos años después que nosotros, porque era un niño cuando ya nosotros teníamos las primeras arrugas en el rostro y ostentábamos las primeras canas, producidas por la infelicidad a que nos sometía la independencia del carácter ante las tremendas realidades de la época.

Por lo demás, admirable libro *Pensando en Cuba*, y admirable la finalidad, la doble finalidad, de su publicación.

J. N. Aramburu.

(*Diario de la Marina*, edic. de la tarde, 8 agosto 1917.)

*

REVISTA DE LA SEMANA.—*Pensando en Cuba*, la notable y patriótica obra del malogrado José Sixto de Sola, acaba de ser lanzada a la publicidad por Cuba Contemporánea.

Carlos de Velasco, el culto y talentoso compañero acaba de prestar otro gran servicio a la cultura cubana, difundiendo ese libro en el que campean, entrelazados, la devoción a la patria y el amor a la literatura...

Con verdadero deleite hemos gustado de esa obra, la que obrando el propio milagro que la miel hiblea, nos deja el alma confortada y la sensación de lo sublime en la mente...

José Sixto de Sola, indudablemente que escribió algo que lo hará inolvidable, pero Carlos de Velasco complementa la labor del joven pensador, perdido para las letras patrias, recopilando y editando sus más notables artículos, al mismo tiempo que los ha honrado con un ensayo biográfico-crítico y unas notas aclaratorias.

(*Mundial*, Habana, 15 agosto 1917.)

*

UN LIBRO FORMIDABLE.—"PENSANDO EN CUBA".—Si Cuba Contemporánea, la docta y cubanísima revista, no tuviera ya ganada una merecida y honrosa ejecutoria, mantenida durante cinco años de ininterrumpida labor, la publicación del notable libro *Pensando en Cuba*, del malogrado José Sixto de Sola, hubiera bastado para acreditarla ante la conciencia nacional cubana.

El libro de Sola es una obra formidable; es una labor que pone de manifiesto la gran altura a que habría llegado el noble joven, si la muerte, tronchando en flor su preciosa vida, no hubiera detenido el funcionamiento de un cerebro y un corazón henchidos de profundo amor a Cuba, que era su ensueño, su más bella y cara ilusión.

Por sus prédicas, por su gran preparación, a pesar de sus cortos años, Sola estaba llamado a ser el continuador de ese espíritu tan bien dotado, de esa profunda y clarividente inteligencia que, como dones preciosos, acompañaron a la gran figura que se llamó José Antonio Saco.

De José Martí tuvo Sola el intenso amor por Cuba, la exaltación de la frase cuando hablaba de ella y de su futuro destino.

A juicio nuestro, la figura del joven pensador, del ya notable publicista, encarnaba los dos aspectos que representaron Saco y Martí en la historia del período colonial y de la época revolucionaria. La fusión de esas dos personalidades, en cuyas prédicas y doctrinas abrevaba Sola a grandes

tragos, estaba llamada a dotar a Cuba del Apóstol de la era Republicana, del sér que, ajeno a las luchas e intrigas de la baja política, señalara nuevas orientaciones, rumbos más en consonancia con la época en que vivimos.

Pensando en Cuba no es una de esas obras que surgen obedeciendo a un plan de antemano preconcebido, a un método al cual se ajusta y ciñe un autor.

Y, sin embargo, este libro tiene una rara uniformidad, se desarrolla en él una tesis, señala un camino a seguir, una norma de conducta fija y determinada.

La uniformidad estriba en que en todos los capítulos de la obra, aun en los más disímiles, Cuba es el motivo principal, la idea fija, absorbente.

La tesis que plantea es que para que la nacionalidad cubana pueda sortear los innumerables obstáculos y escollos que se amontonan en su camino, es de todo punto necesario que los que empuñan las riendas del poder sean probos, honrados, fieles guardadores del tesoro público; que el pesimismo es el cáncer que corroe nuestras entrañas, debiendo, por tanto, extirpársele y tener fe ciega en la viabilidad de la República, que tantos progresos ha realizado a pesar de los naturales contratiempos que ha tenido que afrontar; que los pueblos, al igual que los individuos, deben fortalecerse para poder resistir, y que nada ennoblece y fortifica más a los ciudadanos de una democracia moderna que endurecerse por medio del ejercicio corporal y el cultivo de la inteligencia; que los cubanos, a semejanza de los demás pueblos, deben honrar, reverenciar y exaltar el culto de sus grandes hombres, de sus figuras ilustres, y que siendo Saco la personalidad más excelsa y de mayor relieve del intelecto cubano, debe perpetuarse su recuerdo levantándole un monumento digno de su gloria; que siendo la República de Cuba una realidad tangible, los extranjeros que residen en su territorio deben acatarla, respetarla y no crearle dificultades, ya sean nuestros antiguos dominadores, ya formen parte del grupo étnico que tanto nos ayudó a obtener la independencia; y que todo pueblo, si no quiere perder su bienestar material y su libertad política, debe cuidar mucho de no hipotecar el porvenir, de no desprenderse de su principal elemento de riqueza y de producción: la tierra.

Que la única senda que debemos seguir es la del orden continuado y la del trabajo firme y constante, teniendo por norma de conducta el respeto de todo lo cubano, para que, a su vez, los de fuera nos respeten y consideren.

Y Sola no se ciñe, en el desenvolvimiento de su amplio plan nacional, a los estrechos límites de la patria: se remonta más alto, y, haciéndose vocero de algo que cada día arraiga más en la América ibera, pide el acercamiento intelectual de todos sus pueblos.

Ignoramos el curso que hubieran seguido las ideas de Sola en presencia de los tristes y lamentables sucesos que acaban de dejar hondo y duradero surco. Pero es lo cierto que la aparición de su obra, en estos momentos, es una nota de luz, de radiosa esperanza en los destinos de la patria, al

igual que creadora de fecundas energías para los jóvenes que deben tomarla de confortante ejemplo.

(*La Discusión,* 19 agosto 1917.)

*

REFLEJOS DE GLORIA.—JOSE SIXTO DE SOLA

"Life is running shade with
fettered hands
That chases phantomes over
shifting sands.
Death is a still spectre on a
marble seal
With ever clutching palms
and shackled feet."

(OLIVER WENDELL HOLMES.)

Hablemos de él en voz baja, muy baja, poniendo sordinas a nuestra tumultuosa pena, que como una plañidera antigua, impaciente, roe sus clamores entre sus dientes apretados para que las exclamaciones angustiosas no salten. Sí; hablemos bajo, que él no era hombre de demostraciones violentas, ni de algaradas más o menos ficticias de entusiasmo. Pero aun en un semisilencio—que tanto agradaría a su pura alma—hablemos de él a propósito del volumen reunido con sus producciones por don Carlos de Velasco, el piadoso espigador, para la posteridad, de los artículos que tuvieron gallarda tribuna en CUBA CONTEMPORÁNEA. Esas trescientas hojas de papel plegado en forma de libro, encerrando las primicias de un talento que empezaba a madurar y cuyos frutos precoces tenían ya el sabor de jugosas frutas de otoño, son el bello monumento, breve pero resistente como el granito, alzado para la perduración de un recuerdo, de un nombre que no perecerá entre nosotros. Porque el nombre de José Sixto de Sola—como el nombre de Jesús Castellanos, como el nombre de José Enrique Montoro, como el de tantos otros caídos cual juveniles arbustos, llenos de rosas, de ciencia y de arte, antes de cuajarse frondosos árboles de cultura total—durará en la ternura adivinadora de los que se sucedan, con todo el encanto de lo que por fortuna *hubiera sido* y por desgracia *ya no es.* He hojeado con dedos lentos, que una tristeza profundamente estética y una angustia dolorosamente patriótica retardaba sobre las páginas, el breviario de claridad y encantadora entereza que lleva por título: *Pensando en Cuba;* libro piadoso ofrecido a la Patria, túnica de dulce calor ofrecida a su miseria, manto de amor tejido para su gloria, corona de dolor trenzada para su martirio; ex voto de profundo amor ante una urna que todas las virtudes ideales purifican.

Y lo que no se sabe qué admirar más en este libro-ofrenda, lo que asombra y suspende la equitatividad del juicio, es ver en este libro, lleno de alentadores augurios, que los consejos están dados con una pluralidad

de altruísmo revelador entre nosotros de una conciencia nueva, y las afirmaciones lanzadas sin el orgullo sibilino en que se envuelven generalmente los reveladores de oráculos.

Es un libro cubano *interno*. La realidad fija su base; los hechos que pasan ante los ojos del escritor pensador, se reflejan en las páginas como en breves lagos que ningún crepúsculo convencional copiaría. Visión real y comentario exacto de nuestra vida intelectual y nacional, social y política. De tal modo, que podría llevar *Pensando en Cuba*, como subtítulo el del último libro de Capus: *Moeurs du Temps*—y la expresión completaría altamente el pensamiento, ya completo de suyo con el título anterior.

Es un libro "de buena fe"—quizás el mejor libro de buena fe que se haya escrito en Cuba, recio, sólido, al grano, sin arabescos de paradoja, sin acordonado de imágenes, sin frisos de divagaciones, sin triglifos fantásticos; como un templo de la Verdad moderna, fino de líneas, sencillo de gálibo, conmovedor en su simplicidad, con la luz de la razón jugando entre las vidrieras blancas de la convicción, y el pensamiento oficiando en la tranquila severidad de la profunda enseñanza, dada como una comunión a los fieles de la idea.

La dulce y persuasiva predicación se ha interrumpido; los labios que ardían con el carbón purificador de la verdad transmitida, han sido quemados por la muerte; y del que fué—apenas ¡ay!—el Rodó cubano, sólo queda un recuerdo nunca extinguido y un libro siempre abierto.

Pensando en Cuba murió José Sixto de Sola. Los cubanos viviremos pensando siempre en él.

CONDE KOSTIA.

(*Diario de la Marina*, ed. de la mañana, 24 agosto 1917.)

*

"PENSANDO EN CUBA" (N. de la R.)—*EVOLUCION se engalana hoy con la firma del señor Federico Gamboa, ilustre literato y diplomático mexicano, que desde hace dos años reside en Cuba, obligado por las desdichas de su patria. Viejo amigo de los cubanos, no desdeña oportunidad de mostrar su simpatía por el desenvolvimiento de nuestra cultura, y su interés por nuestros problemas. El libro de José Sixto de Sola es motivo de este brillantísimo trabajo, que nuestros abonados leerán, como nosotros lo hicimos, con verdadera delectación.*

Con una profunda simpatía comencé la lectura de este grueso y bien encarado volumen de casi 400 páginas, recién salido a la calle bajo los auspicios de la prestigiada revista CUBA CONTEMPORÁNEA que con tan singular acierto dirige don Carlos de Velasco. Este volumen inaugura la biblioteca, ya convertida en hermosa realidad, y a la que yo deseo una larga y próspera vida, que la propia revista ha resuelto lanzar al público, más que por amor al medro, por amor,—no ciego ni irrazonado, como la mayoría de los amores, sino avizor y razonadísimo—, a esta isla de Cuba apenas

ayer transmutada en república libre, y sin embargo, ya sacudida por el flujo y reflujo de las pasiones políticas de sus hijos.

Conforme fuí entrándome por los apretados renglones del libro, aquella simpatía subió de punto, hasta culminar, cuando doblé la última hoja, en el aplauso a la memoria de su autor, prematuramente arrebatado por la muerte. Fueron parte a mi simpatía inicial, causas diversas: desde luego, esa temprana muerte del autor; luego, el título de la obra, que es un feliz y atrayente hallazgo, y que, sin duda porque yo mismo no hago otra cosa que pensar en México desde que mi actual y absurda expatriación dió comienzo, tanto se compadece con mi permanente estado de ánimo, y por remate, que el libro saliera de CUBA CONTEMPORÁNEA y lo prologara Carlos de Velasco, pues ni ella ni él se dan punto de reposo a la grata tarea, —aunque de pronto ingrata parezca por los innúmeros abrojos de incomprensión voluntaria y malévola, de enemiga ruín, y de terrores logreros de perder las brevas jugosas que muchos afanan en los momentos en que las nacionalidades se consolidan o peligran—, de afianzar los cimientos cubanos y desbrozar implacablemente las fosas en que afincan y los terrenos aledaños, de las raíces tercas y las ramazones inexpertas que los dañan y ponen en riesgo serio de que mañana no resistan la dulce pesadumbre de una patria próspera y definitivamente constituída.

Después, ya a solas con el espíritu y el cerebro del autor, hicimos excelentes migas, sobre que, no obstante su juventud y mi vejez, muchos pensamientos, doctrinas y puntos de vista nos eran comunes, y muchos de sus anhelos, que iban gozosos camino de la esperanza, al toparse con los míos, que mustios regresan de las fronteras del desengaño, luego de examinarse un punto, acabaron por abrazarse y despedirse cual buenos amigos; los de él, diciéndose para sus adentros, que llegarán al puerto que persiguen antes de que la noche los coja y extravíe; los míos, ocultando sus magulladuras y cicatrices, que no curarán nunca, pero que tampoco servirían nunca para que nadie escarmiente en ellos.

Confiemos en que si ni los míos llegaron, ni los de Sola ofrecen trazas de llegar, llegarán otros que vayan a su zaga, así sea muy atrás. Lo esencial es que algunos lleguen y al fin se instalen en el país que hoy por hoy sólo puede denominarse el País de la Quimera. ¡Qué más querríamos nosotros los incrédulos y pesimistas, sino que las posteridades se burlaran de nuestros pesimismos, y en este Valle de las Lágrimas, por razonada enmienda de todos los hombres, domiciliáranse, intermitentemente siquiera, la paz, la honradez, la justicia y demás grandes virtudes que tantísima falta nos hacen, y que ¡Dios me lo perdone! creeríase que por siempre se perdieron cuando el Diluvio abrió sus cataratas y ahogó, en castigo de sus culpas, a nuestros abuelos pecadores! Y mientras no se consume el advenimiento del Milenio mítico, en el que es consolador creer, en el que es saludable esperar, obra justiciera y misericordiosa resulta la obra de los Sixto de Sola, que son sembradores de esperanza y verdugos de iniquidades; porque sus convicciones, a modo de floridas enredaderas, cubren y

disimulan la lepra de las tapias carcomidas de maldades e intemperies, y con las espinas de sus rosales amedrentan y ahuyentan de las oquedades y grietas—imposibles de evitar lo mismo en los muros que cercan los hogares individuales que en los muros que defienden las patrias, hogares colectivos—, a los nidos de víboras y otras menores sabandijas que allá se refugian, parasitaria y arteramente, a fingir mansedumbres y destilar ponzoñas.

Porque eso es la obra de Sola, una colección de artículos consagrados a flagelar porción de vicios que, de crecer y prosperar, causarían un daño inmenso a Cuba; y una apasionada serenata a ésta, de la que él vivió y murió rendidamente enamorado. Y es un amor tan grande, tan sincero el que palpita en cada página, en cada línea y hasta en cada palabra de las muchas que abarca el volumen, que al cerrar éste, sería difícil que persistieran rencores y enconos contra la isla que subyugó al Almirante, y después ha enriquecido a capitanes y aun simples grumetes, sin descuidar en el reparto a crecido número de sus propios hijos, e hijastros y ahijados allegadizos.

En cierto modo, la misma muerte temprana y lamentable que se llevó a José Sixto de Sola en la mañana de la vida fué generosa para con él, —por más que con sobrada razón afectiva así no opinen su compañera y su hijita—, y ello, no tanto porque repita yo con los griegos que quien muere joven es predilecto de los dioses, proposición aventurada y discutible, sino porque piadosamente le cerró los ojos en pleno ensueño, antes de que éste se desvaneciera al contacto implacable y sin entrañas de la realidad y de la prosa; lo que, quieras que no, habríale ocurrido con este rodar de los años, siempre cuesta abajo hasta no dejarnos lastimados y desengañados en lo hondo de las simas a que van a parar, fatalmente, las empresas de los hombres y la prosperidad deleznable de los pueblos. Su última visión de Cuba ha de haberle iluminado hasta los dilatados ámbitos del más allá,— por nuestra ignorancia calumniados tal vez, al declararlos sombríos, cuando no sabemos a ciencia cierta si serán más luminosos y límpidos que nuestro globo con su sol y todo—, pues aunque en algunos particulares pone el dedo en la llaga y le pesa de esta y de aquella dolencia que manifiesta e innegablemente afligen a su patria, en lo general su libro es optimista, y lo que todavía es mejor, optimista con su cuenta y razón. Más que de un escritor, a pesar de que está escrito sazonadamente, es libro de sociólogo resuelto a decir lo mucho que lleva adentro, de manera de convencer. De ahí que su prosa no en todas las ocasiones sea lo tersa y atildada que los cánones reclaman; en cambio, va escoltada de sana dialéctica y lógica no enferma, y muy pertrechada de conocimientos y argumentaciones sólidas, con lo que logra en la mayoría de las veces no sólo dar en el blanco, sino herir y derribar a los jayanes y malandrines que ha salido a castigar.

Es lástima, sin embargo, que no hiciera un libro, propiamente dicho, ya que sobrábanle, si es que sobran nunca, temperamento y cultura. Estos

volúmenes que se forman con artículos se resienten de una porción de cosas; siendo las principales, la carencia de unidad en el asunto,—que es la característica del libro—, y cierto desgaire y desaliño en el estilo, jamás cuidado lo mismo cuando se trata de colaborar en una revista,—así sea ésta tan merecidamente estimada cual CUBA CONTEMPORÁNEA, u otras de más años y fama—, que cuando se trata de escribir un libro. El empeño de Sola, devotamente cumplido por Carlos de Velasco, "de dejarle un tomo a su hijita, a su familia, a sus amigos y a su Cuba", es nobilísimo y comprensible de sobra; ya que, según decía nuestro inolvidable Manuel Gutiérrez Nájera, el intelectual que llega a libro es como el individuo que llega a casa propia. Y el volumen de Sola, además de ser casa muy suya a partir de hoy, es vivienda ventilada, amplia, de recios cimientos, limpia y fresca, mirando al oriente, vale decir, a los amaneceres que él anhelaba rientes y grávidos de claridades y bienandanzas para su Cuba. ¿Qué importa que sus muchas ventanas, de par en par abiertas a la esperanza, estén cuajadas de flores que algo ocultan las lejanías de cuidado y de peligro? En cambio, perfuman el ambiente, y alegran y poetizan la simpática morada. No es ya la "casita criolla" convencional y mentirosa que el género chico se ha encargado de popularizar desnaturalizándola, de techo de guano y piso de tierra floja donde el chucho tumbado a la bartola jadea o dormita; de colgadizo de horcones a los que se ata el penco más nutrido de soles que de granos, y en cuyos interiores huérfanos de baldosas resonaron los tacones lascivos y los ritmos afrodisíacos de las rumbas, las notas melancólicas de los "puntos criollos", las cálidas voces femeninas invitando al amor con los versos rudos de las guarachas o pregonando idolátricamente en las guajiras que "Cuba no pide favores a ninguna extraña tierra." No es la casa donde en los tibios atardeceres tropicales, el guajiro acostumbra sentarse en mecedora tuerta, y, al manso vaivén del mueble quejumbroso, otea su manigua legendaria y brava, y mece en su regazo al último granuja de la prole,—en tanto los demás, como gorriones que son, van aquietándose frente al rápido crepúsculo que se viene abajo desde los cielos estrellados y los montes verdegueantes, y la chambra blanca de la "Señora" aderezando la cena, pasa y repasa por los vanos de la puerta y las ventanas—, o rumia, solitario, sus últimas satisfacciones de al fin sentirse ciudadano de un país libre.

No; la casa de José Sixto de Sola ya no es el bohío, es la casa moderna de cemento y hierro en que está instalándose con manifiestas trazas de nunca abandonarla, de defenderla contra todos y contra todo, de embellecerla y alhajarla cuanto más sea posible, el cubano de hoy y el de mañana; el cubano que en las veladas familiares oyó de labios amados y ya sellados para siempre, la dramática historia de la larga y porfiada pugna en que los hombres morían por que los hijos vivieran sin amos ni yugos, y las madres realizaban prodigios inauditos de virtud y de entereza, cuando las vírgenes, enlutadas, no cesaban de llorar por los adalides partidos a la conquista de la patria, que en muchas ocasiones no volvían;

el cubano que ha estudiado, y comparado, y visto cosas mejores que anhela implantar en el terruño; el que detesta y abomina las luchas banderizas, y los lucros y maldades que suele traer la política de los países nuevos en sus aguas agitadas cuando aún no recuperan su nivel, y en la cuesta de sus ondas, más que linfas puras y potables, arrastran el cieno y el limo de sus profundidades revueltas.

Esa es la casa cuyos materiales sacó José Sixto de Sola de su cerebro razonador y de su corazón de cubano sin tacha todavía, y que con afecto fraternal, no común atingencia y las intenciones más sanas, ha levantado Carlos de Velasco—otro cubano acreedor a todo linaje de parabienes por su actuación y finalidad nacionalistas que persigue, yendo a la delantera del grupo de intelectuales entusiastas que pudiera denominarse la ''Joven Cuba''—, y expuesto al público en forma de volumen nítidamente impreso. Es casa que llegará a ser casa solariega de rectitud, honor y patriotismo, y que, estamos seguros, habrá de ser muy frecuentada en los tiempos turbios que corren por todo el mundo, y en los plácidos y prósperos que son de apetecer para esta República privilegiada y adolescente.

Yo he salido complacidísimo de la minuciosa visita que le hice dentro de mi carácter de extranjero sin domicilio fijo, mientras en el suyo muy amado no se reparen los estragos causados por una revolución sin precedente en sus procedimientos.

He de confesar que penetré con temores de que en sus espaciosas habitaciones hospitalarias se rindiera culto irrazonado al yanqui y odio, igualmente irrazonado, al español. Pero me llevé chasco, y ¡cuánto me holgué de ello! Procura el autor, y lógralo la mayoría de las veces, ser equitativo en censuras y aplausos para uno y otro, llegando a declarar, a páginas 188, que: ''... ambos elementos (el español y el yanqui) han sido convenientes y beneficiosos al país, y han contribuído en grandísima medida a la prosperidad material de la República''. Lo que es innegable, pese a quien pese.

Gratamente convencido de la ecuanimidad de José Sixto de Sola, me di de lleno al examen de las habitaciones y mobiliario de su vivienda, y pasé por alto los lunares e imperfecciones naturales a toda instalación reciente y un si es no es apresurada. Si Sola hubiese gozado de mayor vida, él mismo habríase adelantado a corregir y enmendar, a rectificar ángulos, orientaciones, perspectivas, efectos de luz; a suprimir los muebles inútiles, reforzar los endebles, barnizar los opacos y atenuar de los chillones el excesivo lustre; a evitar repeticiones de los de más frecuente empleo. Así y todo, ¡qué bien se siente uno dentro de la casa, y cuánto se desea que su dueño no se hubiese marchado tan temprano! Indudablemente nos habría dicho más, muchísimo más, en su tono convincente y equilibrado de hombre de pensamiento, amante de los libros y adorador de su tierra, de espíritu recto, firme voluntad y corazón bien puesto.

De todas las estancias, prefiero la que se titula ''Cuba y Hawai''; aunque gusto mucho de ''El Pesimismo Cubano'', ''El Congreso Cuba-

no'',—en el que de paso adúcense muy poderosos argumentos contra la existencia del Senado—,y el ''Apéndice'', en que con copia de razones protestó el autor por los procederes de ciertos residentes yanquis en la isla de Pinos. Advertí en ''El Acercamiento intelectual de América'', escrito a propósito de ''El Hombre Mediocre'' de José Ingenieros, que con ese notable sociólogo argentino presenta varias identidades de fondo y forma el joven sociólogo cubano. Muy curioso sería averiguar cuándo comenzaría la lectura de sus obras; pues el fenómeno de concordar en pensamiento con alguien a quien nunca leímos o a quien nunca leeremos, regístrase más a menudo de lo que fuera de creer. De prolongarse la vida de Sola, aquella identidad relativa habríase vuelto influjo decisivo y sin duda alguna beneficioso para Sola, quien con su criterio propio y sus talentos, ya habría cuidado de encauzarlo en consonancia con este medio suyo, dueño de características determinadas que lo diferencian del medio argentino y le prestan su original fisonomía. Cuba, a este propósito, es como todos los países de nuestra América: no puede negar el aire de familia, ni que desciende de un mismo tronco y de él heredó excelencias y máculas de savia y corteza; pero el que lo mira despacio, pronto adviértele, igual que a aquéllos, porción de rasgos peculiares e inconfundibles.

Predomina en éstos y en los restantes capítulos, o estancias, un prurito viril y levantado de estampar verdades, por amargas y descarnadas que resulten dentro del vestido resistente y duradero que es la letra de molde; cosa nada común en los tiempos que corren,—ni en los que ya corrieron—, en que los escritores y prensas más parecen partidarios de esparcir mentiras, o la verdad desfigurada e inconocible, que es la que mejor retribuyen los gobiernos y gobernantes delincuentes ¡la inmensa mayoría!, y la que los públicos, a sabiendas de que son engañados, mejor paladean y degluten en sus amplias y elásticas tragaderas.

José Sixto de Sola no, va a la verdad,—o a lo que honradamente por la verdad diputa—, y a trueque de que cuando menos lo lapiden y escarnezcan los traficantes y fariseos de la sociedad y la política, según suelen hacerlo con los audaces que osan proclamarla y romper lanzas en su defensa, la alza de los suelos, la lava y cura, y acaba por ponerla encima de su cabeza, bien alto, para que todos, aun los reacios, la reconozcan y contemplen.

Sólo por tan hidalgo empeño, y dando por supuesto que anduviese ayuno de otras virtudes, José Sixto de Sola merecería los muchos aplausos que ya cosechara en vida, y los muchos más que seguramente seguirá cosechando conforme la casa que ha dejado abierta sea visitada por sus conterráneos. Y como si él estuviese de pie en los umbrales, tendida la diestra a los visitantes en señal de bienvenida, no tomaría a mal las advertencias sanas, los consejos de quienes saben más, o las reformas y enmiendas que las circunstancias y los tiempos imponen a toda empresa humana, y por ende, incompleta e imperfecta, dénsele a su espíritu superior y domiciliado en este libro, cuantos consejos sea menester, hágansele las advertencias, enmiendas y reformas que el desenvolvimiento de Cuba,

su Dulcinea, vaya exigiendo, seguros de su aprobación y aceptación póstumas. Por lo pronto, yo me permitiría aconsejar que en la fachada del edificio severo y nacionalista se colocara sin ruido ni pompas, pero de modo que desde lejos la adviertan los caminantes y la curiosidad los acerque a leerla, esta lápida en que José Sixto de Sola condensó algo importantísimo para todo cubano; no importe que resulte larga: más larga resultaría, de consumarse, la suprema desventura que allí se conjura:

''Y hoy en día, después que hemos visto que con la república vivimos, ''progresamos y tenemos en nuestras manos los remedios para muchos de ''nuestros males; después que hemos padecido una intervención norteame-''ricana venal y corrompida que a todos ha demostrado que también del ''Norte nos pueden venir gobiernos infernales de politicastros sin con-''ciencia; después que nos hemos convencido, por la propia experiencia y ''por la de Puerto Rico, la desgraciada Isla hermana, de que el norteame-''ricano, de tan amplio y justo criterio en su país, en estos pueblos peque-''ños, por su inadaptabilidad, por su desconocimiento y su desprecio de ''las costumbres y los sentimientos de los naturales, por su deficiente ma-''nera de tratar y gobernar a pueblos de razas extrañas que se le figuran ''conquistados, es un dominador intolerable, incapaz de hacer nuestra ''felicidad; después que hemos visto que el cubano y el norteamericano ''no se amalgaman, que realmente el norteamericano parece tener, como ''dijo Ugarte en célebre epístola, dos moralidades: una para el consumo ''interno y otra para la exportación; y después que hemos comprendido ''que para nuestros males existe la posibilidad de imponerles un remedio ''mientras estemos solos, mientras que, en un estado de coloniaje o depen-''dencia, para los que nos vengan de fuera habría que estar mendigando ''el remedio de quienes no sienten esos males; y, sobre todo, después de ''haber palpado la posibilidad de convertirnos en refugio de sus *carpet* ''*baggers* y de sus elementos de color, todos, aun los viejos partidarios de ''la idea, se han totalmente desengañado de su virtualidad; y hoy, nadie ''en Cuba, ni ricos ni pobres, ni intelectuales ni rudos, ni blancos ni ne-''gros, ni productores, ni políticos, ni profesionales, queremos pensar en ''absoluto en soluciones externas a nuestro problema: no queremos más ''que conservar a toda costa y para siempre, ennobleciéndola y fortale-''ciéndola, nuestra nacionalidad independiente.''

FEDERICO GAMBOA.

(*Evolución*, La Habana, 25 de agosto de 1917.)

*

ECOS.—EL TESTAMENTO DE SIXTO DE SOLA.—Al generoso esfuerzo, a la inquietud patriótica de Carlos de Velasco,—fundador, director y mantenedor benemérito de la más concienzuda revista cubana—, tenemos que agradecer la publicación de un voluminoso libro con las obras del malogrado escritor José Sixto de Sola.

Pensando en Cuba, como no ignora ningún cubano culto, está precedido de una interesante biografía de Sola, ofrenda del ordenador, tributo fraternal a la memoria del noble compañero prematuramente desaparecido.

La personalidad austera de Sixto de Sola ha sido dibujada con trazos acertadísimos y muy justos en ese prólogo que su autor califica modestamente de Ensayo biográfico-crítico, donde se revela toda la grandeza moral del carácter y el temple de alma de Sixto de Sola.

La incorporación a la bibliografía nacional de las obras de Sola, lo mismo que el estudio preliminar de Carlos de Velasco, resultan un poderoso reactivo para la juventud cubana, en estos tiempos de lamentable somnolencia de las más altas virtudes patrióticas.

Entre todos los rasgos de la fisonomía moral de Sola, el que deja impresión más honda es la lectura de su testamento ológrafo donde se revela, serenamente desnuda como un mármol griego, la devoción, la emoción patriótica del malogrado publicista.

¿Qué mejor *Eco* que éste, para inaugurar esta sección?

Oid como el joven patriota se expresaba, al borde del sepulcro, donde quiso bajar envuelto en la bandera cubana:

—''Ninguna de las muchas religiones que se disputan el exclusivismo en la posesión de la verdad, pasan, a mi juicio, de ser obras más imperfectas que todas las demás; porque se han dedicado a explicar lo que ha estado más allá de los conocimientos humanos de cada época y porque necesariamente se han tenido que dedicar a operar a base de la ignorancia de las gentes. Así, pues, soy libre pensador; pero también tengo mi culto, y éste consiste, perdónenme los que leyeren si lo encuentran distinto de sus ideas, en la adoración que profeso a mi patria, a mi Cuba idolatrada, cuyo engrandecimiento y cuya independencia cada vez mayor y cada vez más absoluta constituyen mi sueño más querido. Motivo de esperanza muy dulce para mí es pensar que mis hijos y descendientes tendrán en el mañana igual amor a Cuba.''

''Recomiendo muy mucho a mi esposa que inculque a Fefita, nuestra hijita... el respeto y el amor a Cuba. Cuba se hará grande con el amor de sus hijos ayudando a la obra de sus condiciones naturales.''

Cívico, admirable, tierno, ejemplar patriotismo! Si a los 28 años pensaba y sentía así Sixto de Sola, ¡cuán ópimos frutos hubieran podido esperarse de su talento y de su gran amor a Cuba, si la fatalidad inexorable no hubiese apagado prematuramente la clara luz de su vida!

(*El Día,* 6 sept. 1917.)

*

LOS LIBROS CUBANOS.—''PENSANDO EN CUBA'', por José Sixto Sola.—Biblioteca CUBA CONTEMPORÁNEA.—Habana, 1917.—Hace no mucho tiempo publicó *El Fígaro* en sus columnas la introducción que el distinguido director de la notable revista CUBA CONTEMPORÁNEA, señor Carlos de Velasco, había escrito para la colección de los trabajos de uno de los me-

jores y más asiduos colaboradores de esa publicación, el inteligentísimo y malogrado José Sixto de Sola, que había de ver la luz en breve.

Apareció ya el libro que bajo el apropiadísimo título de *Pensando en Cuba*, contiene todos los estudios de Sola publicados en CUBA CONTEMPORÁNEA, otros inéditos hasta ahora, un artículo vibrante que apareció en *Heraldo de Cuba*, y, a más de la introducción citada, un extenso ensayo biográfico crítico de José Sixto de Sola que firma el mismo Velasco, amigo fiel del joven desaparecido, a cuyos cuidados se debe esta edición de sus escritos.

Grandes méritos tiene el libro. Aun para los que ya conocían todos los trabajos de Sola, el releerlos así agrupados imprime más vigorosamente en la mente la idea de su fortísima unidad, del intenso, ardiente y reflexivo patriotismo que vibraba en cada una de las líneas escritas por el joven pensador que unía al apasionado ímpetu—nacido más que del ardor de sus años moceriles, de la fuerza de aquel sentimiento avasallador—la madurez de un juicio sereno y penetrante con el que analizaba hasta lo más hondo algunos de nuestros principales problemas nacionales. ''El pesimismo cubano'' y ''Los extranjeros en Cuba'', por ejemplo, quedarán como admirables estudios sociológicos de nuestro medio ambiente en el momento actual.

Y cual si esto fuera poco, el detallado y amoroso estudio de Carlos de Velasco, al referirnos la vida de José Sixto de Sola, nos hace penetrar en las reconditeces de esa alma exquisita, grave y apasionada, inflamada de inmenso amor a Cuba, que entre mil otras ocasiones, evidenció al trazar serenamente su testamento, documento admirable que deberían leer todos los jóvenes cubanos. ¿Cómo no deplorar una vez más, al conocer todo esto, la muerte en plena juventud de aquel muchacho patriota, lleno de talento, de bondad y de austeridad, que por sus mértos habría llegado a ser un grande y glorioso hijo de Cuba, ofrendando cuanto era y poseía ante el altar de la patria? Por eso *Pensando en Cuba* es libro que se lee a un tiempo con entusiasmo y con tristeza, por lo que es y por todas las tronchadas promesas de porvenir que hay en él.

Pensando en Cuba, que es el primer volumen de la Biblioteca de CUBA CONTEMPORÁNEA, ha sido muy primorosamente editado, con un retrato del autor, y el producto de su venta se destinará a engrosar los fondos de la suscripción para la estatua del inmortal José Antonio Saco, que por iniciativa del propio José Sixto de Sola, que ha hecho suya CUBA CONTEMPORÁNEA, habrá de erigirse en la Habana.

(*El Fígaro*, 9 septbre. 1917.)

*

''PENSANDO EN CUBA''.—Así se titula, con la absoluta precisión de la síntesis, un libro cubano que es rico fruto de una mentalidad rígidamente preparada con todas las hermosas disciplinas que la civilización ha forjado para el cultivo del espíritu. El libro es una serie de en-

sayos críticos, donde se estudian serenamente varios de los problemas palpitantes de la vida pública cubana, de su sociología en relación con su política, atormentada por sus ingentes revoluciones surgidas para vincular, en la realidad de la Historia, su magno ideal de nación.

Pensando en Cuba no es libro de arte. Es tan sólo labor robusta de pensamiento, que centellea en vigorosa dialéctica, y desenvuelve una doctrina tendiente a consolidar la conciencia cubana y a someterla a un culto: el nacionalismo. Su autor es José Sixto de Sola, recientemente caído en la tiniebla de la muerte, en plena primavera de la vida, a los veintiocho años de edad.

El autor de *Pensando en Cuba* ha sido uno de los cruzados de esa brillante juventud intelectual que libra sus justas de pensamiento, en todas las luminosas direcciones del mismo, desde esa torre almenada del alto periodismo actual que se llama CUBA CONTEMPORÁNEA, selecta revista fundada por Carlos de Velasco, joven escritor de talento sereno y firme voluntad, a cuya devoción patriótica debe la memoria radiante de Martí que Cuba le rinda, renovada diariamente, la ofrenda de sus jardines, con el ramo de flores que él pidió, en inmortal estrofa, a la patria de sus amores.

José Sixto de Sola es uno de los claros, hechos por la muerte, en esa hermosa juventud heredera moral de los hombres de la revolución cubana, y en la que brillan Carlos de Velasco, José Antonio Ramos, Julio Villoldo, Mario Guiral Moreno, Max Henríquez Ureña—artista y pensador—, los hermanos Carbonell y algunos otros, y cuya misión de apostolado es infundir, en el alma de la patria, por todos los medios de la educación, la realidad viva de los ideales que conquistaron políticamente los libertadores.

Porque la República, jurídicamente, es una realidad, lograda por el sacrificio de varias generaciones, pero todavía no es una realidad moral en la vida pública cubana, en las prácticas de la libertad, cultivada brillantemente por el primer gobierno cubano—el de Estrada Palma—que fracasó en su alta función de cultura—más maestros que soldados—, que fué bastardeada por el segundo período gubernamental, y es, en la hora presente, hercúlea labor del poder que está obligado a imponer, y así lo realiza enérgicamente, la virtud y la libertad, que son los elementos fundamentales del espíritu de la República.

Dentro de las jerarquías intelectuales, a José Sixto de Sola le cabe la clasificación de sociólogo. Sus ensayos tienen ese sabor, ese corte. Son análisis de los grandes organismos modernos que se llaman sociedades, si bien su estudio se contrae a nuestra sociedad, la cubana. La ciencia social, o Sociología, así bautizada por Augusto Compte y ampliamente aplicada por Heriberto Spencer, tiene, en nuestra América, grandes cultivadores, maestros de esa orientación de la cultura moderna. Carlos Octavio Bunge, José Ingenieros y Enrique José Varona son faros de la sociología hispanoamericana. De estos insignes pensadores es discípulo sobresaliente José Sixto de Sola. Los estudios que constituyen el libro *Pensando en*

Cuba están informados por el método analítico de los eminentes creadores de ''Nuestra América'', de ''El hombre mediocre'' y de ''Mirando en torno''.

José Sixto de Sola fué un griego, en cuanto al cultivo de su naturaleza. Dividía su actividad en dos ejercicios: el deporte físico y la labor mental, en paralela proporción. Y toda su actuación la sometía al método, sabia disciplina para el disfrute de la vida fecunda. Y de ahí nace su estilo, donde el pensamiento casi desnudo adquiere el relieve del músculo al través de la forma de la expresión, y la fantasía, espiritual facultad estética del artista de la palabra, plega vencida sus alas de ensueño que eleva el espíritu hacia las alturas inaccesibles de la belleza. Porque, lo repetimos, José Sixto de Sola fué un pensador y no un artista. Ambas son cumbres rivales dentro de las esferas del pensamiento.

Nueve estudios y un apéndice, desarrollados acuciosamente y enriquecidos con rigurosos datos de erudición concordante con los temas tratados, integran la obra de intensivo patriotismo que es *Pensando en Cuba.* Entre ellos se destacan, por la amplitud de sus horizontes ideológicos, ''La falta de probidad en los gobernantes hispanoamericanos'', ''El pesimismo cubano'', ''Los extranjeros en Cuba'' y ''José Antonio Saco''. La vida nacional cubana palpita y vibra, en un voto de optimismo, en esos ensayos.

El Consejo Provincial de Oriente, con un hermoso gesto de independencia cultural, como un tributo a las altas campañas del pensamiento, y a moción de su vicepresidente, el culto y entusiástico periodista Eduardo Abril Amores, acaba de acordar, en enaltecedor estatuto, la adquisición de 200 ejemplares del libro del patriotismo en la región de las ideas, *Pensando en Cuba.* La obra se distribuirá entre las personalidades más elevadas del mundo oficial de Oriente, y entre sus periodistas, y debe figurar en todas las bibliotecas públicas.

Todo cubano que sepa leer debe beber en esa fuente del patriótico pensamiento, blasonada con el nombre de *Pensando en Cuba.*

Y todo cubano que adquiera, por compra, un ejemplar del luminoso libro, pagará una doble contribución espiritual: a la elevación de su conciencia, con su lectura, y en pro de la erección de un monumento nacional que se levantará con su producto monetario: la estatua de José Antonio Saco.

DEMÓCRITO.

(*El Cubano Libre,* Stgo. de Cuba, 15 sept. 1917.)

*

EL CONSEJO PROVINCIAL DE ORIENTE TRABAJA POR LA REPUBLICA.—SE ACEPTA UNA PROPOSICIÓN DEL CONSEJERO SR. EDUARDO ABRIL AMORES, POR LA QUE SE ENGROSARÁ LA SUSCRIPCIÓN PARA ERIGIR UNA ESTATUA A JOSÉ ANTONIO SACO.

Labor patriótica realizada.—En los últimos años se ha hecho, por parte de nuestros jóvenes intelectuales, una labor de Cuba. Se han impuesto una tarea de consolidación de la nacionalidad, y es justo declarar que no han perdido la fe consciente en la virtualidad de los principios sustentados y en el porvenir de la Patria, a pesar de todas las contrariedades y de ''los obstáculos tradicionales'' que los representantes del pasado oponen tenazmente a lo nuevo, por bueno que sea.

De esos jóvenes patriotas, que sustentan firmemente y con sensatez las mismas aspiraciones de los apóstoles de la Independencia, se han significado más los mantenedores de CUBA CONTEMPORÁNEA, revista notabilísima por sus tendencias y por la índole de los artículos que en ella se publican. Fundado y redactado por hombres llenos de juventud y de esperanzas, es ese periódico un faro que nos indica el camino que debemos seguir.

En CUBA CONTEMPORÁNEA se ha hecho Patria, se ha trabajado tesoneramente para nosotros. Cuando surgió algún problema nacional de graves caracteres, allí se estudió el fenómeno—yendo a la entraña del mismo—y se dijo la verdad. Y no fué esa verdad la que escuece, la que levanta oleadas de indignación en el pecho de los buenos cubanos cuando se nos echa en cara algo con el propósito hipócritamente aducido de ''educarnos'', sino la que pone en la voluntad el deseo de enmienda y hace agradecer las advertencias saludables.

Esas verdades produjeron varios libros, que son otras tantas buenas acciones, como *Aspectos Nacionales,* de Carlos de Velasco, *Manual del perfecto fulanista,* de José Antonio Ramos, y *Pensando en Cuba,* del malogrado José Sixto de Sola. A este último nos hemos de referir, por ser el más reciente y por haber provocado un hecho digno de ser conocido y aplaudido.

La obra de un joven rico.—Escribir cuartillas y más cuartillas de una prosa doctrinal, es fácil para los que han dedicado tiempo a leer y se han practicado en la redacción o composición de trabajos literarios. Es fácil y sólo tiene el mérito de las intenciones y las ideas que sean vertidas. Pero lo que es digno de admiración es el ejemplo de un joven rico, profesional con clientela, hombre de deportes, bisoño en el arte de trasladar pensamientos al papel, que exponga, de la manera magistral—como lo hizo José Sixto de Sola—opiniones tan claras, tan convincentes y que denotan una intuición y un conocimiento exactos de la realidad y de la situación actual de Cuba. Reunidos en un volumen los trabajos del Dr. Sola, ahora se puede comprobar la veracidad del criterio que sobre él formaron cuantos los leían a medida que se publicaban en CUBA CONTEMPORÁNEA. Parece que fueron hechos siguiendo un plan previamente determinado, y continuados sin interrupción para no perder la uniformidad ni las vibraciones del sentimiento. Al publicarlos en un tomo, su amigo Carlos de Velasco hace un servicio grande a Cuba.

Patriotismo oriental.—En Oriente hay todavía mucho patriotismo, forman legión las personas que experimentan las emociones más inefables al oir que se les habla de Cuba, al pensar en el pasado y en el futuro de nuestra tierra. Si hubo quienes demostraron su abnegación y su heroísmo hasta un grado insospechable, hay aún quienes llevan en el alma las mismas virtudes de los sublimes autores de la nacionalidad. En Oriente ha sido leído el libro de José Sixto de Sola y se ha "pensado en Cuba", se ha pensado intensamente en los destinos de este país, y se ha convenido en la necesidad de propagar las prédicas del desaparecido intelectual cubano, de la manera más eficiente para propagarlas: comprar la obra en cantidades y repartirla entre muchas personas que a su vez la hagan conocer de otras.

Una ejemplar proposición.—Así lo dice en esta proposición al Consejo Provincial de aquella provincia el Consejero Sr. Eduardo Abril, persona de talento y de gran solvencia moral que en lo porvenir será uno de nuestros más eminentes hombres de Estado:

Al Consejo.—El peor de todos los males que ha padecido y padece la República, sin exceptuar las guerras civiles, es la falta de fe en la República misma.

Desde el día glorioso de su constitución, el despecho de los vencidos y los tremendos prejuicios que existían y aún existen, respecto a la política norteamericana, infiltraron en muchas almas cubanas la horrible creencia de que la República sólo era una ficción.

Cada un tropiezo del nuevo país, corriente en la formación de todos los pueblos libres, ha sido motivo para que los enemigos de dentro y fuera de Cuba y para los que a sus intereses materiales lo sacrifican todo, entonasen salmodias a la incapacidad cubana y pronosticasen la desaparición de la República.

Con esos materiales se ha formado un pesimismo en el espíritu público que no ve solución a ningún problema cubano, que no cree posible una saludable regeneración en las costumbres y que inspira la perversidad de hacer mercadería de la Patria, so el infame pretexto de aprovechar algo de lo que al cabo ha de perderse.

El Consejo Provincial de Oriente, que al igual de los demás cuerpos legisladores está obligado a cuidar con especial esmero a la República y procurar que se la ame y tenga en ella la fe que le tuvieron, antes de ser hermosa y palpable realidad, legiones de cubanos nobles y heroicos, debe acudir, con los medios que sus leyes y recursos ponen a su disposición, a remediar el tremendo mal ya referido.

Y uno de los medios de que puede valerse el Consejo Provincial de Oriente para aportar su concurso a la obra patriótica de hacer fe en la República, es consignar en cada presupuesto una cantidad para dedicarla a la adquisición de libros en los cuales el sentimiento patriótico se engrandezca y se ponga de relieve las virtudes de los hijos de este pueblo, sus

hechos nobles y gloriosos, la riqueza del suelo, la fertilidad y clima incomparables.

Por tal motivo, y habiéndose editado un libro en la casa impresora de la revista CUBA CONTEMPORÁNEA, cuyo título es *Pensando en Cuba;* cuyas 326 páginas irreprochablemente escritas están amorosamente consagradas a demostrar la inconmovible firmeza de la República Cubana, a pesar de todos sus tropiezos, las grandes virtudes de este pueblo y sus grandes progresos en diversos órdenes; cuya lectura es un poderoso hálito de optimismo; cuyo autor, José Sixto de Sola, desgraciadamente malogrado, es cubanísimo, y cuyo producto neto se destinará a erigir una estatua, en la capital de la República, al insigne pensador cubano José Antonio Saco, el Consejero que suscribe, a reserva de lo que sus dignos compañeros se sirvan acordar para que surta efecto en el próximo presupuesto, ansioso de que el mal que ha señalado encuentre pronto un dique que lo contenga, propone que, con carácter ejecutivo, se adopte el siguinte estatuto:—

Artículo 1.º—Se acuerda destinar del Captulo de Imprevistos, del actual presupuesto, la cantidad de $200 para la adquisición de 200 ejemplares del libro *Pensando en Cuba*, por José Sixto de Sola.

Artículo 2.º—Dichos ejemplares serán adquiridos directamente de la casa editorial de CUBA CONTEMPORÁNEA.

Artículo 3.º—Los 200 ejemplares del libro a que se refiere el Artículo primero, serán distribuídos por el Ejecutivo Provincial entre los Alcaldes Municipales de la Provincia, Consejeros Provinciales, Presidentes de Juntas de Educación, Inspectores Provinciales e Inspectores de Distritos de Escuelas, Catedráticos de Institutos y de la Escuela Normal, Sociedades Cubanas de Instrucción y Recreo, y Directores de los periódicos que se publican en la provincia.

Artículo 4.º—Cada un ejemplar del libro *Pensando en Cuba* se acompañará de una circular recomendando su lectura y suplicando a la persona o corporación a que se envíe, lo dé a conocer al mayor número posible de ciudadanos cubanos.

Salón de Sesiones del Consejo Provincial, septiembre 9 de 1917.

(Fdo.) EDUARDO ABRIL.

Aprobada por unanimidad.—Tan patriótica proposición fué aceptada por todos los Consejeros orientales, quienes manifestaron unánimemente su criterio, idéntico al del Sr. Abril.

Una vez más quedó demostrado el patriotismo de la gente de Oriente con ese rasgo de su Consejo, que debe ser secundado con acuerdos iguales o análogos por todos los organismos de la República.

E. G. C.

(*El Día*, Habana, 19 sept. 1917.)

*

COMENTARIOS.—"PENSANDO EN CUBA", POR JOSE SIXTO DE SOLA.—ALREDEDOR DE UNA MOCION DE EDUARDO ABRIL.— La nacionalidad cubana, como la inmensa mayoría de estas repúblicas jóvenes, en su comienzo todas—está tropezando con los inconvenientes propios de toda labor que empieza; no podía sustraerse, nuestra joven República, a esos escollos naturales en la vida de los pueblos libres, tan naturales como son las luchas de la vida, en la juventud, a los hombres. Un pensador cubano, joven meritísimo, de amplia visión del porvenir; con un exacto conocimiento de la vida pública de su país, y con intenso amor a la tierra bien amada que le vió nacer—Carlos de Velasco—ha publicado un intenso y, más gráficamente denominado, sensacional libro, *Pensando en Cuba*, original de su compañero y amigo José Sixto de Sola, caído en plena primavera de la vida, y cuando su labor intelectual prometía más óptimos frutos.

José Sixto de Sola ha contribuído con su—pudiéramos llamarlo, para compendiar nuestra admiración—estupendo libro, a difundir cómo y de qué manera debe amarse a la patria de nuestros amores; su libro, lleno de sabias y fecundas enseñanzas, ha sido,—podemos afirmarlo, sin caer en exageraciones ridículas—el acontecimiento literario y nacional, que ha conmovido, intensamente, a todos los que aún pensamos que existe la patria, y que no debe ser una ficción, un bello ideal ha mucho tiempo acariciado, y también tesonera y heroicamente defendido.

No es ahora, ciertamente, en circunstancias difíciles para la nacionalidad, cuando el rescoldo de pasiones recientemente desbordadas ha abierto ancho surco en el ánimo público, el momento adecuado y propicio para dedicar el espíritu a meditaciones de carácter tan intenso, como las que puedan sugerir la lectura de libros tan trascendentales, y de orientaciones tan firmes, como *Pensando en Cuba*, del malogrado de Sola; pero almas generosas como Eduardo Abril, cubano propicio a prestar su apoyo decisivo a estas manifestaciones de nacionalismo sano y bien entendido, que lentamente han de coadyuvar a asentar sobre sólidas bases nuestras Instituciones, desde su escaño del Consejo Provincial, ha solicitado,—y obtenido—, un crédito de doscientos pesos para la adquisición de otros tantos ejemplares de la obra de José Sixto de Sola, con la condición de que sean repartidos, equitativamente, en la provincia, entre alcaldes, consejeros, periodistas, etc., y que éstos a su vez contribuyan a la obra de difusión, haciéndola llegar a otras manos, y de esta manera difundir, entre el mayor número de personas, la que, sin llevar el elogio al superlativo, pudiéramos llamar monumental obra.

Y ahora una pregunta al inteligente consejero: ¿no podría llevarse su feliz iniciativa, su buen deseo de que se conozca detalladamente la obra de Sixto de Sola, hasta en los talleres de tabaquería, allí donde miles y miles de cubanos dedican una hora diaria a la lectura?

Fué, precisamente, en los talleres de tabaquería de Tampa y Nueva York donde el verbo dominante de nuestro Martí hizo fulgurar las prime-

ras chispas del colosal incendio revolucionario, que años más tarde debía darnos la soñada independencia.

Fué en los talleres de tabaquería, en esas horas dedicadas a la lectura, cuando se recitaban por sus *lectores* las inspiradas estrofas de nuestros poetas que, precediendo a la revolución, inflamaban en las líneas fulgurantes del verso el ardor y la fe de los futuros combatientes.

¿Qué de particular, ahora, en la placidez del triunfo, que en esos mismos talleres se hable en lo alto de una tribuna, con ese libro magistral de Sola, y se ilustre a esas masas de cubanos que en años pretéritos acariciaban el ideal de su independencia, y hoy, en la embriaguez del éxito, se complemente la obra haciéndoles ver cómo se ama y cómo debe amarse la patria conquistada?

Ahora tú, Abril amigo, que has contribuído con tu esfuerzo a difundir la nobilísima obra, te toca completarla; tú tienes la palabra y debes, con esa energía que ya es divisa en ti, y de la que tienes dadas tantas pruebas, dar cima a la misma; manos a la obra, fiel y noble amigo; despreciando diatribas que no faltan, y haciendo caso omiso de injurias, que suelen ser casi siempre la triste recompensa de estas labores, acométela serenamente, que siempre te quedará, como a Leónidas, ''la grata satisfacción del deber cumplido''.

RECAREDO RÉPIDE.

Stgo. de Cuba, 20, 9-917.

(Revista *Oriente,* Stgo. de Cuba, sept. 23, 1917.)

*

LIBROS Y AUTORES.—''PENSANDO EN CUBA''.—EL AUTOR.—De este libro lo más importante es el autor, es su personalidad representativa, que se distingue claramente al través de la Introducción y el ensayo biográfico-crítico de Carlos de Velasco, y de los nueve artículos y el apéndice que componen las 326 páginas restantes. El autor es, si no todo, lo principal del primer volumen de la Biblioteca de CUBA CONTEMPORÁNEA. Su juventud, su espíritu, sus energías, sus ideales, lo reflejan a él en esta obra que, como dije en otra parte, parece hecha de una vez manteniendo la misma vibración interior.

Admira la existencia de un carácter tan entero, formado en pocos años en medio de una situación económica envidiable, que casi siempre invita a los jóvenes a la molicie.

Los que, como yo, tienen nociones de lo que representa para nuestro país CUBA CONTEMPORÁNEA por haber coleccionado sus ediciones y por conservarlas cuidadosamente y leerlas con atención, saben cuánto valía José Sixto de Sola, hasta qué altura llegaba su mentalidad y qué ilusiones albergaba su alma con respecto a Cuba. En esa revista fué él casi el guía, pues a pesar de ser el más joven era probablemente el más sereno de los seis cubanos que dieron vida al periódico. Y en él publicó sus primeros artículos, los que le conquistaron fama de pensador y de nacionalista

convencido. El hombre eminente que en Sola había se reveló en los trabajos que dió en CUBA CONTEMPORÁNEA; el estadista, el patriota, el previsor, fueron aplaudidos por ellos y también censurados por los falsos representantes del pasado.

Lo vemos claramente retratado en las páginas que le dedica Velasco. Desde niño, en plena guerra, durante los dos años que permaneció en España, demostró su amor por Cuba, llevando "prendida en el interior de su traje, sobre el pecho, una pequeña bandera cubana que le acompañó a todas partes." Conducta ejemplar que prueba su patriotismo sin ostentación, su sincero cariño por este país. Luego, ya hombre, no olvidó sus primeras sensaciones, intensificó—si era posible—sus ideales cubanísimos. Y en su vida estudiantil, en sus trabajos de escritor, de abogado y de hombre de deportes tuvo siempre en la imaginación, muy presente, su cualidad de cubano y sus deberes de hijo de la República. El mismo lo expresó en una carta a Carlos de Velasco: "Yo escribo, y lo que escribo no es mi pensamiento: es el pensamiento de nuestra generación; es el pensamiento de la generación republicana, en cierto modo en abierta pugna con la generación colonial." Parecerá algo excesivo a quienes no conozcan su vida ni sus artículos, pero así es: Sola expuso todos los anhelos de Cuba Republicana, estudió todos sus problemas fundamentales y propuso los remedios adecuados, los mismos que habrían propuesto Saco, Arango y Parreño, Pozos Dulces. Porque él si la muerte no lo hubiera sorprendido en la juventud habría llegado hasta la cumbre desde la cual esos próceres dijeron tantas verdades y dieron tan sabios consejos a nuestro país.

Siempre cubano dedicó sus horas disponibles, que no eran pocas, a meditar acerca de nuestras cuestiones y a escribir sus ideas sobre los asuntos más importantes. Y habló con profundos conocimientos históricos y sociológicos, que asombran en un hombre de tan poca edad, del pesimismo que nos acogota y nos hace desconfiar del porvenir. Enalteció los deportes, presentándolos como factores de patriotismo y de educación humana. Puso otra vez de actualidad el nombre de José Antonio Saco, gestionando la erección de una estatua del insigne cubano y la impresión de una edición completa de sus obras. Fijó a los extranjeros su radio de acción en Cuba, diciéndoles con ejemplar civismo qué cosas no deben hacer. Estudió "el problema inquietante de la adquisición de nuestras tierras e industrias por los extranjeros." Trabajó por el acercamiento intelectual de los países americanos. Dijo todo su pensamiento en lo que se refiere a nuestro Congreso. Y encareció la necesidad de propaganda cívica cubana.

Puede decirse que sólo para Cuba vivió y pensó, que únicamente alentó para pensar en los problemas cubanos y en la solución que se les debe dar. Y su consagración a Cuba la patentizó en su ejemplar testamento y en su deseo, expuesto pocos días antes de morir, de "que sobre su pecho colocaran una bandera cubana para llevarla a la tumba..." El testamento de Sola es un compendio de su cubanismo...: "tengo mi culto, y éste consiste en la adoración que profeso a mi patria, a mi Cuba idolatra-

da, cuyo engrandecimiento y cuya independencia, cada vez mayor y cada vez más absoluta, constituye mi sueño más querido. Motivo de esperanza muy dulce para mí es pensar que mis hijos y descendientes tendrán en el mañana igual amor a Cuba.'' ''Recomiendo muy mucho a mi esposa que inculque a Fefita, nuestra hijita, el respeto y el amor a Cuba. Cuba se hará grande con el amor de sus hijos ayudando la obra de sus condiciones naturales.'' Consignó Sola en su testamento un donativo para contribuir ''a sostener la revista CUBA CONTEMPORÁNEA, ya que la misma es una obra de patriotismo sano y de cultura, que le hace mucho bien a Cuba.'' Dispuso que parte de sus libros fuera entregada a la Biblioteca Nacional y a la del Vedado Tennis Club, y declaró, por último, lo siguiente: ''Quisiera tener cuantiosa fortuna para legar grandes sumas en bien de Cuba y de su adelanto y cultura'', etc.

Lo más importante de este libro, a pesar de que en él hay verdaderos estudios de nuestra situación actual, es la personalidad del autor, del cubano honrado que en él vivía y que murió tan joven cuando de su talento, de su desinterés y de su civismo tanto podía esperarse.

En Cuba hemos tenido algunos hombres como José Sixto de Sola, hombres que fueron mirados como apóstoles de patriotismo, como profesores del ideal cubano. Pero jóvenes como él, cuya vida fué una línea recta en el amor a la Patria, no ha habido muchos. Sirva él de ejemplo a las generaciones nuevas.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

(*El Día,* 29 de sept. 1917.)

*

JOSE SIXTO DE SOLA.—''PENSANDO EN CUBA''.—Con este primer libro, la prestigiosa revista CUBA CONTEMPORÁNEA, de La Habana, inicia la publicación de una biblioteca que, a no dudar, dadas la entidad de la revista mencionada, la preparación y el fervor patriótico de su director don Carlos de Velasco, está llamada a ocupar un sitio de honor en el mundo literario hispanoamericano. El señor Velasco eligió como primer autor al doctor José Sixto de Sola, revelándonos de esta manera, junto con el acierto por haber iniciado una biblioteca de la Cuba de nuestros días con un libro en que reúnense los principales trabajos publicados por el doctor Sola en la revista citada, un exquisito rasgo de admiración e intensa amistad para con el gran amigo, tan temprana e inesperadamente arrebatado al cariño de los suyos y a la estimación de los cubanos. La iniciativa del señor Velasco resulta aún más simpática y digna de toda loa por el hecho de que, según reza a página XI de la *Introducción,* ''como la Biblioteca de CUBA CONTEMPORÁNEA no es obra de enriquecimiento personal, ni colectivo, sino obra de cultura patria y de cubanismo ferviente, quienes adquieran este primer volumen de ella no sólo prestarán su concurso a una empresa útil, sino a la buena y para todos honrosa de contribuir a la erección, en La Habana, de una estatua al insigne escritor cuba-

no José Antonio Saco, puesto que el producto neto de la venta de este libro se dedica a engrosar los fondos de la suscripción por Sola iniciada con tan noble fin; iniciativa generosa que, con su habitual modestia, dejó a CUBA CONTEMPORÁNEA.''

En el libro se reproducen los artículos publicados, como hemos dicho, en otros tantos números de la revista CUBA CONTEMPORÁNEA. En todos los trabajos del doctor Sola campea el espíritu de la nueva Cuba, vibra un patriotismo sano y sincero, se revela el alma de un hombre preparado para grandes destinos. Cada frase es un exponente de alta idealidad, cada exposición encierra una enseñanza de lealtad y altivez.

(*Revista Argentina de Ciencias Políticas,* Buenos Aires, oct. 1917.)

*

''PENSANDO EN CUBA''.—JOSE SIXTO DE SOLA.—EDICION DE ''CUBA CONTEMPORANEA''.—Entre la abigarrada y frondosa producción de libros que a nuestra mesa llega, harto difícil es hallar la obra seria, meritoria de los honores de una lectura meditada como ésta de que escribimos. *Pensando en Cuba* es un libro acogido con verdadero cariño desde las primeras páginas, escritas por el notable escritor Carlos de Velasco, como ensayo biográfico-crítico, para esta colección de artículos de su joven y malogrado amigo.

El sentimiento del nacionalismo juega un papel preponderante en esta obra de casi cuatrocientas páginas, presentada con esmero y cariño; pero debemos aclarar que no se trata de un nacionalismo bélico ni fatuo. *Pensando en Cuba,* como acertadamente lo ha intitulado Carlos de Velasco, habla a los hombres de América diciéndoles que: en la joven república americana se sueña y lucha para conseguir un acercamiento intelectual entre los americanos; *Pensando en Cuba* nos hace ver cómo esa finalidad se obtiene sin desmedro de la propia patria, lección aprovechable para aquellos que creen que basta rebajar la talla del vecino para agigantarse.

Como lo hace observar Carlos de Velasco en su sentida y eficaz introducción, José Sixto de Sola es la tercera de las ''brillantísimas inteligencias juveniles obscurecidas para siempre en el corto espacio de cuatro años apenas: Castellanos, Montoro y Sola. Jesús Castellanos y José Enrique Montoro, caídos casi ayer; José Sixto de Sola hoy. ¿Quién caerá mañana?''

José Sixto de Sola, desaparecido a los 28 años, bien merece el desconsuelo que su ausencia deja en sus compañeros de cruzada; desaparición realmente sensible, por las dotes personales y por el talento excepcional, evidenciado en esta colección de artículos, algunos de ellos inéditos, donde el escritor cubano aborda las cuestiones más importantes, con raro acierto. Algunas de ellas, como por ejemplo ''La falta de probidad en los gobernantes'', ''El pesimismo cubano'', ''El deporte como factor patriótico y sociológico'', etc., aunque aparentemente se refieran tan sólo a Cuba, por extensión resultan sobremanera interesantes para nosotros también. En

este bello libro, el lector podrá apreciar páginas de un mérito incalculable, ya por su forma como por la alta idealidad que las mueve. Y aun cuando, como es lógico, Cuba tiene su preferencia, el escrtor no nos olvida y es altamente grato ver cómo en el artículo que se llama ''El acercamiento intelectual de América'' se debaten cuestiones que tan de cerca nos atañen; con motivo de *El Hombre Mediocre* de José Ingenieros, juzgado con rara comprensión, dice bellas cosas y en forma tal que asume los caracteres definidos de un verdadero ''catecismo de moral para los americanos.'' Reconociendo el mérito y la importancia de obras como éstas, que no deben ser desconocidas por los americanos, nos dice Sola: ''Nos hacen falta vías de comunicación terrestres y marítimas entre las Repúblicas Americanas, que los Congresos nacionales concedan facilidades y subvenciones para tales empresas; que se celebren tratados comerciales protegiendo en los sistemas arancelarios las mercancías de América a costa de las mercancías de Europa y de Asia; que se firmen tratados postales para que entre los países americanos circulen correspondencias, impresos y libros con ínfimo costo; que en todas las aduanas de todos nuestros países se facilite esa labor permitiendo la libre entrada, sin derecho alguno, de toda clase de libros e impresos; que se celebren exposiciones comercales y agrícolas y a ellas se envíen los expertos de los diversos países; que se celebren congresos científicos, económicos y jurídicos; que los escritores de cada nación den a conocer sus producciones en los demás países; que se levanten muchas tribunas donde pueda encontrar atmósfera el espíritu americano...''

Así hacía patria el grande escritor y no es vano su ejemplo; Carlos de Velasco desde la tribuna de CUBA CONTEMPORÁNEA une en un haz fuerte y luminoso la joven generación que alienta tan noble y justiciera tendencia.

(*Nosotros*, Buenos Aires, nov. 1917.)

ARTURO LAGORIO.

NOTAS EDITORIALES

LA ASOCIACIÓN CÍVICA CUBANA

En la brillantísima y solemne velada que la Asociación Cívica Cubana celebró en el Ayuntamiento de esta capital el 28 de enero último, al iniciar su vida pública conmemorando el natalicio de Martí, el Director de CUBA CONTEMPORÁNEA, honrado con el encargo de abrir la velada y de leer las Bases y el Manifiesto de la Asociación, pronunció las siguientes palabras antes de dar lectura a esos documentos que esta revista ofreció a todos en un folleto repartido en aquel acto, y que ahora envía a sus abonados con el presente número de febrero:

"Las palabras pomposas son innecesarias para hablar de los hombres sublimes", dijo el gran cubano cuya memoria nos congrega hoy aquí, en el sexagésimoquinto aniversario de su nacimiento, para honrarle con el primer acto público de la Asociación Cívica Cubana, de esta Asociación que ha querido empezar a vivir en la misma fecha en que él vió la luz primera en nuestra capital, en La Habana, para gloria de Cuba y de todo el Continente Americano.

Mucho hizo Martí por Cuba, durante su fecunda vida cortada en Dos Ríos el 19 de mayo de 1895. A su inquebrantable tenacidad, a su ardiente patriotismo, a su comunicativo entusiasmo y a su fe en el éxito del único empeño posible ya para los cubanos que ansiaban la independencia—el de tomar las armas y obtener por la fuerza de ellas las libertades que obstinadamente les negaba el opresor—, se debe por modo principal el avivamiento del sagrado fuego cuyos resplandores iluminaron en

Yara el 10 de octubre de 1868, y que al conjuro de la mágica palabra del Apóstol fué en Baire hoguera inextinguible el 24 de febrero de 1895, de la cual surgió el pueblo cubano a la vida del derecho en la República.

Pero si mucho hizo mientras alentó; si es impagable la deuda que con aquel hombre extraordinario tenemos contraída los cubanos, mucho más le deberemos, para nuestro bien y la consolidación definitiva y espléndida de su obra, si no olvidamos sus enseñanzas, si hacemos que su espíritu inmortal viva y fructifique en nosotros con la lectura y la comprensión de sus libros, que es donde está, más que en su personal esfuerzo revolucionario, la fuente purísima e inagotable donde todos hemos de beber para reconfortarnos, entendernos y seguir luchando sin descanso por hacer de Cuba la patria que él soñó y no pudo ver... Él dijo, también, que "el problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu".

A tan altos y necesarios fines tiende la Asociación Cívica Cubana, que es el producto de dos fuerzas incontrastables: la fe en el esfuerzo propio y bien dirigido, y la voluntad de realizarlo; porque, en realidad, el origen de nuestros males y nuestro mayor enemigo es el indiferentismo, sustentado por la falta de una firme y acertada cohesión. De ahí el pesimismo desalentador y disolvente.

No es la primera vez que en el territorio nacional se hacen tentativas de esta índole. Cábele a la ciudad de Cienfuegos, y es de justicia proclamarlo, la honra de ser la primera en haber constituído el 20 de diciembre de 1912 la Juventud Progresista, luego convertida en Juventud Patriótica, cuyos propósitos eran semejantes a los que después han venido persiguiendo, más concretamente, la Asociación Cívica de Matanzas, nacida en la primera decena de octubre de 1914, y Fundación Luz Caballero. Al impulso de estos empeños loables, hijos de la urgente necesidad de una nueva fuerza que aparezca entre las políticas existentes y difunda por todos los ámbitos del país su acción, decidida y enérgica, basada en el deber ineludible de "seguir el camino que a todos los hombres de buena voluntad señala, imperiosamente, la sagrada herencia puesta en grave peligro por la concupiscencia de unos, la mala fe de otros, el alejamiento y el

desdén de muchos, la ignorancia de no pocos y la culpa de casi todos"; movida, repito, por estos empeños nacionalistas que un grupo de jóvenes esbozó conmigo al publicar en agosto de 1912 el programa de la revista Cuba Contemporánea, *del cual son las palabras transcriptas, y en cuya Redacción se efectuaron el año 1914 varias reuniones para discutir las bases de "una verdadera asociación nacional de carácter cívico, formada principalmente por elementos jóvenes de todo el país"—según expuse en el número del primero de diciembre de 1916 de dicha revista y había manifestado antes en la misma, en carta dirigida el 7 de enero de 1915 a mi malogrado amigo el Dr. José Enrique Montoro—, nace hoy la Asociación Cívica Cubana y presenta al país sus bases y un manifiesto que son como el resumen de todas las tendencias de tales esfuerzos, como concreción de las legítimas y bullentes aspiraciones, sin forma definida todavía, de tantos como anhelamos una patria más próspera y feliz, más de acuerdo con la ideal visión de cuantos murieron por libertarla.*

Ellos la crearon: a nosotros, a todos, nos llama el deber de conservarla y enaltecerla.

Después de estas palabras, y una vez terminada la lectura de las Bases y del Manifiesto de la Asociación, pronunciaron bellos discursos los señores siguientes: Joaquín V. Cataneo, Dr. Miguel de Marcos Suárez, José Antonio Ramos, Medardo Vitier (delegado de la Asociación Cívica de Matanzas), Francisco María González (delegado de la Asociación de Emigrados Revolucionarios Cubanos), Amado Díaz Silvera, Dr. J. Guerra López y Dr. Lucilo de la Peña, quien hizo el resumen. Presidió el acto nuestro compañero el Dr. Julio Villoldo, como Presidente Provisional de la Asociación, y tenía a su derecha al Teniente Coronel del Ejército, señor Gaspar Betancourt, que ostentaba la representación del Jefe del Estado, y a su izquierda al hijo del Apóstol, general José Martí, Secretario de Guerra y Marina.

El hermoso salón de sesiones del Ayuntamiento de La Habana, adornado con exquisito gusto por comisionados de la Asociación, fué pequeño para contener a la gran cantidad de público que afluyó desde las primeras horas de la noche, y no pocas personas tuvieron que retirarse, pues ni de pie era posible permane-

cer por estar todo lleno. La banda de música del Cuartel General amenizó con escogidas piezas esta memorable fiesta con que ha iniciado su vida la Asociación Cívica Cubana, que en breve emprenderá la tarea de constituir delegaciones en toda la República.

Y ahora, puesto que gran parte de este número va dedicado a conmemorar el segundo aniversario de la muerte de nuestro inolvidable compañero José Sixto de Sola, recordémosle también aquí al dar cuenta de haber quedado constituída, en forma semejante a la por él indicada cuando nos escribió aquellos hermosos párrafos que publicamos en el número de diciembre de 1916 bajo el título de *Necesidad de propaganda cívica cubana,* una Asociación de jóvenes que se propone llevar a cabo esa propaganda y que ojalá se inspiren siempre en el ejemplo dado por él.

IMPRENTA DE AURELIO MIRANDA, TENIENTE-REY, 27. HABANA.

Cuba Contemporánea

AÑO VI

Tomo XVI. Habana, marzo de 1918. Núm. 3.

LA REPÚBLICA CIVIL



PARECERA raro y un tanto incongruente que en estos momentos, cuando el mundo entero se debate presa de una horrible fiebre de matar y destruir; cuando ejércitos incontables libran un pavoroso duelo a muerte; cuando se cierran los libros de Derecho y se abren las exclusas del odio y del descrédito; cuando la fuerza bruta, encarnada en el militarismo prusiano, parece querer arrancar de cuajo todas las conquistas jurídicas y políticas obtenidas mediante siglos de cruentas luchas; cuando el fantasma del hambre y la penuria ya visita muchas importantes ciudades de América; parecerá raro, repetimos, que en la hora actual abordemos la tesis objeto de este trabajo.

Y sin embargo, por extraño que parezca, es por el imperio de la ley civil, por la muerte y extirpación de ese militarismo, por lo que pueblos enteros, verdaderas naciones en armas, en formidable y horrísono pugilato, luchan y se desangran, se depauperan y aniquilan.

La obra que la Revolución Francesa dejó incumplida; el retroceso que ocasionó la llamada reacción de 1816; el obstáculo inmenso que para el triunfo completo de la Democracia han representado, en estos últimos cien años, los tres imperios de Alemania, Rusia y Austria, es lo que en el presente y trascenden-

tal momento histórico parece próximo a completarse, en unos casos, y a desaparecer en otros.

Y es curioso lo que viene sucediendo en Europa y en América: en medio de extensísimos campos atrincherados, de campamentos en los cuales luchan o se adiestran enormes masas de hombres; de infinidad de barcos de guerra; del estampido de miles de bocas de fuego; del enjambre de figuras militares que dirigen las operaciones—mezclados y confundidos en esta trepidante y trágica balumba—, tres hombres, tres personajes que no deben su influencia y predominio a la milicia, sino a su actuación civil, se destacan: Wilson, el Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica; Clemenceau, Presidente del Consejo de Ministros de Francia, y Lloyd George, con iguales funciones en el Ministerio Inglés.

Esta estupenda trinidad intelectual, que no conoce más armas que sus vibrantes plumas o sus discursos profundos y persuasivos, es la que gobierna al mundo, la que le dicta leyes, la que ha verificado el admirable milagro de que generales y almirantes cubiertos de gloria y ennegrecidos por el humo de los combates, se dobleguen, acaten sus mandatos y sigan las inspiraciones que esa trilogía les sugiere.

Y cuando amaine el huracán deshecho, cuando las pasiones se sosieguen, al brillar nuevamente el sol de la paz sobre las ensangrentadas y humeantes ruinas de la Europa demolida, serán esos hombres, esas brillantes figuras civiles, o sus sucesores, quienes señalarán rutas y derroteros más en consonancia con la civilización, los que imprimirán otra orientación al pensamiento humano; y no los militares, que, una vez cumplido su deber para con sus respectivas patrias, retornarán al seno de sus hogares, contentos y satisfechos, a contribuir a la reconstrucción y al engrandecimiento de sus países, a seguir siendo su más eficaz garantía para la conservación del orden y de la seguridad; no para crearles nuevas y más profundas dificultades.

*

Fué en junio de 1913, en los primeros días de ese mes, cuando en el semanario *Gráfico,* de esta ciudad, se publicó un notable artículo del doctor Ricardo Dolz, rotulado los *Vicepre-*

sidentes y con el subtítulo de *Un discurso que nunca pensó pronunciarse.* Este trabajo de gran alcance político, pasó, como acontece casi siempre entre nosotros, inadvertido.

El doctor Dolz con gran clarividencia, con una ecuanimidad de verdadero estadista, planteó en aquellos días de calma, de esperanza en rectificaciones, más tarde desvanecida, una tesis que nosotros ahora recogemos por entender leal y sinceramente que es la buena doctrina, y en cuyos principios se inspira la mayor parte de los elementos que forman la generación a que pertenecemos.

El docto profesor se refería a la impresión que dice le produjo la memorable y solemne sesión celebrada en el Senado en la mañana del 20 de mayo de ese año, día en que tomó posesión del cargo de Vicepresidente de la República el doctor Enrique José Varona, y en la que tanto éste como el Vicepresidente que cesaba, Ldo. Alfredo Zayas, pronunciaron dos magistrales discursos.

Fué éste un acto que, a juicio del escritor,

> pudiera presentarse como muestra arrogante de la civilización de Cuba... ceremonia que honra a Cuba, y que serviría de buen exponente en cualquiera de las grandes capitales.

Ante la grandeza y el esplendor de aquel espectáculo, fué cuando el doctor Dolz se sintió inspirado y hubiera pronunciado, aun a trueque de infringir las prácticas parlamentarias, el discurso cuyo es el siguiente final:

> Y para terminar, señores Senadores, obsérvese que en los Vicepresidentes predomina el elemento civil. ¿Será una enseñanza? ¿Será una esperanza? ¡Quiera Dios que sea un augurio! Los Vicepresidentes son algo así como la reserva de los Presidentes. ¡Ah, señores Senadores, creedlo, que el tiempo apremia para mayores disquisiciones. Las Repúblicas pequeñas, modestas, como Cuba, se asfixian en el militarismo, pueden vivir períodos de tiempo, que son minutos en la vida de los pueblos, como subsiste el pez fuera del agua o el hombre en las profundidades del Océano; pero si han de tener vida estable y duradera, tienen que ser netamente civiles e intelectuales.
>
> Parece que esa breve historia de nuestros Vicepresidentes, nos anuncia ese elemento, indispensable para nuestra existencia futura, como una reserva, como una garantía de rectificación y de mejoramiento en la vida sucesiva de la República.

Recójase el grito que aquí se oye por los que quieran escucharlo y puedan comprenderlo. ¡La República cubana necesita ser una República Civil!

Poco tiempo después el doctor Dolz pasaba a ocupar el puesto de Jefe del Partido Conservador; y, por lo visto, ni durante la última campaña electoral, ni en la que ya, harto prematuramente, empieza a esbozarse, ha podido hacer prevalecer, desde su elevada posición, la brillante tesis expuesta en el trabajo que comentamos.

*

Examinando detenidamente los orígenes de la Revolución de Yara, podemos afirmar que de los innumerables movimientos revolucionarios que han estallado en distintos países, pocos habrán tenido una génesis más netamente civil, más ajena a toda ingerencia militar, que el movimiento capitaneado por Carlos Manuel de Céspedes en la noche del 9 al 10 de octubre de 1868.

Ya fuera Céspedes su iniciador, ya fuera su verdadero promotor Francisco Vicente Aguilera, es lo cierto que ambos próceres bayameses fueron hombres civiles, juristas, administradores de sus cuantiosos bienes, personas nada versadas en las prácticas del dios Marte.

Sus seguidores, quienes se agruparon junto a ellos, vecinos y colindantes, se encontraban igualmente ayunos en todo lo relacionado con la ciencia militar, de tal suerte que Enrique Collazo llega a afirmar

que la mayoría de los campesinos cubanos no habían cogido nunca en sus manos un arma de fuego (1).

La primera figura que aparece dotada de ciertos conocimientos militares adquiridos en Santo Domingo, de donde era oriundo, es Luis Marcano, para muchos el salvador de la Revolución en sus primeros días de prueba.

Sentado esto, no vamos a detenernos en los comienzos de la contienda, sino a llegar hasta la Asamblea Constituyente de Guáimaro, a juicio nuestro la cuna de las libertades cubanas.

Los hombres educados en las doctrinas esparcidas por la Re-

(1) *Desde Yara hasta el Zanjón*, pág. 7.

volución Francesa, los espíritus que a diario abrevaban en las bellas enseñanzas de la democracia norteamericana, que acababa de sostener una titánica contienda para hacer desaparecer el baldón de la esclavitud de los negros; los miembros de una sociedad que había contemplado el derecho pisoteado por Comisiones Militares que, mediante procedimientos sumarísimos, enviaban a las cárceles y a los presidios de Africa a los "sospechosos" y "perjudiciales"; los que conocían los horrores del caudillaje militar en Méjico y Sur América, era natural que en vista de ciertos síntomas y tendencias tomaran todas las precauciones debidas para evitar que en el seno de la Revolución redentora, de la grandiosa epopeya iniciada en Yara, pudiera surgir una despótica e insoportable dictadura militar.

Mucho le debe Cuba a las ideas verdaderamente liberales y democráticas de aquel insigne e invariable prócer que se llamó Salvador Cisneros Betancourt, quien, en unión de sus compañeros, levantó en Guáimaro un monumento político que no debemos perder nunca de vista los cubanos.

La doctrina de los camagüeyanos, por peligrosa y perjudicial que haya parecido después, aun en el supuesto de que hubiera sido el origen del fracaso de la Revolución de 1868, creemos que fué la buena, pues enseñó a los cubanos a sentir un santo horror por todo lo que fuera tiranía, despotismo, verdadera dictadura militar.

Refiriéndose Carlos Manuel de Céspedes y Quesada a este parecer de los camagüeyanos, en lo tocante a no aceptar la dictadura que proponía el general Quesada, dice lo siguiente:

> De este acuerdo nació la República, con una Constitución en la cual se encerraba todo cuanto una previsora desconfianza podía sugerir para ponerse a cubierto de la dictadura de un hombre, y por ese mismo exceso de precaución, nada que pudiera preservarla contra la tiranía colectiva de la Cámara, que dueña absoluta del poder y libre de la acción reguladora de un Senado y del Ejecutivo, tenía que caer necesariamente en los excesos de una oligarquía intolerante, absorbente y despótica (2).

Puestos en el dilema, en el supuesto de que la Cámara de ese período fuera lo que afirma el autor, estamos por aceptar

(2) Véase el libro titulado *Carlos Manuel de Céspedes;* pág. 31.

lo que Manuel Sanguily decía comentando la citada obra de Collazo:

Por mí sé decir, que mucho lo pensaría antes de someterme por mi voluntad, en la Isla de Cuba, ni probablemente en ninguna otra parte, a un dictador militar, armado de una ordenanza *rígida y brutal* (3).

Como se ve, la Revolución de 1868, tanto en su origen como en su espíritu, tuvo una tendencia netamente civil; que sus hombres más cultos y representativos, Ignacio Agramonte entre ellos, repugnaron todo auge y predominio militar, en lo que no se relacionara con el curso de las operaciones guerreras.

Y este criterio, aunque otra cosa se haya predicado—precisamente por plumas *civiles* y *jurídicas,* con enojoso y repetido martilleo—, es el que prevalece en Cuba, en la inmensa mayoría de sus componentes.

*

¿Quién fué el verbo, la esencia, el espíritu de la Revolución de 1895, del llamado Grito de Baire?

Otro hombre civil, un abogado, un verdadero genio literario, quien no tuvo más armas que su pluma relampagueante y su pasmosa dialéctica: José Martí.

Mientras los veteranos de 1868 se hallaban desalentados y escépticos—por los fracasos que representaban la llamada paz del Zanjón y la sofocación de la Guerra Chiquita—, esparcidos en el interior de la Isla, por las Antillas, en las distintas repúblicas de la América Central, o muchos de ellos convertidos a las doctrinas del Partido Autonomista, Martí, el Apóstol incansable, seguía predicando desde el folleto o el periódico, o subido a la tribuna levantada en los modestos talleres de los tabaqueros, con los cuales, con esa heroica y abnegada falange de trabajadores, reunía fondos para *la causa.*

Y no fueron estas continuas propagandas en medio de las inmigraciones de Tampa y Key West, de Filadelfia y Nueva York, su labor más ardua y espinosa. Otra tarea más delicada, más llena de dificultades, para la que se requería excelentes

---

(3) Véase *Hojas Literarias:—La Revolución Cubana juzgada por un insurrecto;* pág. 141, año I, núm. II.

dotes de diplomático, de sagaz conciliador, fué la que puso a prueba el talento de Martí: la de aunar las voluntades de los generales de la Guerra Grande, separados por hondas rencillas originadas durante la épica contienda.

Fué, precisamente, ese lento, paciente y pertinaz empeño de hombre de gabinete, de espíritu forjado en el estudio y conocimiento de las pasiones humanas, lo que permitió a Martí llevar a vías de hecho su empresa, la más erizada de dificultades.

De no haber podido conciliar las voluntades de Máximo Gómez, de Antonio Maceo y de otros aguerridos jefes de las anteriores revoluciones, la de 1895 nunca hubiera llegado a ser la última y más brillante, la que coronó el más lisonjero éxito.

En esa labor de estadista, de hombre de gobierno, de verdadero civilista, tuvo tres colaboradores llenos de fe, de abnegación, de probidad: Tomás Estrada Palma, Gonzalo de Quesada y Benjamín J. Guerra, figura esta última que parece olvidada y a la que tanta gratitud debe Cuba.

Martí en sus entrevistas con Máximo Gómez, el invicto y viejo luchador por las libertades cubanas, estudió y analizó todas y cada una de las causas que provocaron los antagonismos y divisiones en la lucha de 1868-1878. Y de ese profundo cambio de impresiones, de esa conjunción del espíritu civil con el alma guerrera, surgió el excelso documento que todos conocemos con el nombre de *Manifiesto de Montecristi.*

Ignoramos lo que hubiera sucedido en el campo de la Revolución, de no haber muerto Martí en el nefasto combate de Dos Ríos; pero si es lo cierto que a los hombres se les juzga por sus hechos y sus palabras, tenemos la plena, la absoluta seguridad de que entre el Apóstol, educado en el culto y veneración de la Democracia, y el Generalísimo, en el del estricto cumplimiento de su deber, hubiera reinado la más completa e inquebrantable unidad de pareceres; que ambos próceres, cada uno en su esfera, la civil y la militar, se habrían respetado mutuamente, coadyuvando ambos a la obtención del triunfo de sus más caros ideales.

Y que ese fué el espíritu que supieron imprimir los hombres civiles a la Revolución de 1895, a pesar de la muerte de Martí, se demuestra con el bello discurso pronunciado por el doctor

Domingo Méndez Capote en la sesión de clausura del Primer Congreso Jurídico Nacional, la noche del 30 de diciembre de 1916, cuyos son los párrafos siguientes (4):

La otra consecuencia de la obra legislativa de la Revolución de Yara se manifiesta al desenvolverse en la Revolución del 95 el propio sentido jurídico, o, mejor, la preocupación jurídica que acompaña siempre al cubano en todas sus situaciones. También allí tratamos de organizar inmediatamente nuestra vida pública dotándola de instituciones apropiadas, y nace así la Constitución de Jimaguayú; pero en ésta se dan más amplias facultades al poder militar, se organiza un Ejecutivo con funciones propias y completas, se disuelve la Cámara para ser reunida después en períodos determinados y en funciones de fiscalización administrativa, revisión constitucional y establecimiento de las leyes y disposiciones que la experiencia hubiera hecho necesarias. De esa manera creyó corregirse por los revolucionarios del 95 lo que el sentir general estimó como uno de los defectos de la Constitución de Guáimaro y se ha visto también como una de las causas del fracaso revolucionario del 68, o sea la carencia de facultades en el poder militar, y la complejidad ideal, para las necesidades diarias del vivir revolucionario, de los poderes civiles.

Y bajo esa Constitución de Jimaguayú funcionan el poder civil y el militar, se dictan leyes, se organizan los servicios civiles, se divide la Isla en Estados, Prefecturas y Subprefecturas, se redactan las leyes orgánicas del Ejército y de la Administración, se escriben y aplican un Código Penal, una Ley de Enjuiciamiento Criminal, una Ley Orgánica de los Tribunales, se establece el Registro Civil, se reglamenta el Servicio de Comunicaciones, el de talleres y la vigilancia de costas, se legisla sobre el matrimonio, ley en la cual—pueden decirlo los partidarios del divorcio—se establece el divorcio en un sentido tan radical, que a nadie he oído que llegara hasta ese extremo en las discusiones de estos días: el divorcio por mutuo disenso...

*

Así como para Manuel Sanguily el verdadero genio militar de la Revolución de Yara fué Ignacio Agramonte, para nosotros las tres figuras guerreras más prestigiosas de la contienda de 1895 fueron Máximo Gómez, Antonio Maceo y Calixto García, insignes veteranos de la llamada Guerra Grande, quienes, a pesar de la nueva falange de jóvenes y animosos combatientes, no pudieron ser sobrepasados por ninguno de ellos.

---

(4) Véase el número de CUBA CONTEMPORÁNEA del mes de abril de 1917, t. XIII, núm. 4.

Muertos Maceo y García, quedó sólo Máximo Gómez con los inmensos lauros y prestigios adquiridos por su memorable invasión de las provincias occidentales en la campaña de fines del año 1895 y comienzos del 96, y por la férrea e inquebrantable disciplina que supo hacer guardar en los campamentos durante los tres años de la guerra.

En cualquier otro de los países de la América ibera, hubiera sido el candidato nacional a la Presidencia de la República, elegido por los sufragios unánimes de un pueblo profundamente reconocido. En Cuba, territorio sometido durante largos años a una insoportable tiranía militar, los habitantes no se prestaron gustosos a ensayar el régimen militar, una vez obtenida la libertad; y de todos son conocidos los debates en la llamada Asamblea del Cerro y en la Constituyente.

El régimen de la ocupación militar norteamericana se aceptó porque no cabía otro remedio, dado el sesgo que tomaron los acontecimientos después de la guerra hispano-americana; y por la inmensa gratitud de una buena parte, si no de todos los cubanos, hacia quienes contribuyeron de una manera eficaz a acelerar la liberación de nuestro país.

Cuando los partidos políticos existentes con anterioridad a 1902 fueron llamados a designar candidatos para la Presidencia de la República, escogieron a dos figuras de actuación civil, a dos hombres que habían brillado siempre por sus virtudes cívicas, no por sus proezas guerreras: Bartolomé Masó y Tomás Estrada Palma.

Elegido Presidente este último, Cuba, durante los cuatro primeros años de su gobierno, vió desenvolverse, salvo errores y tropiezos inevitables, una de las más fecundas actuaciones civiles que ha sido dable contemplar a pueblo alguno. "Maestros y no soldados", fué la divisa del digno sucesor de José Martí.

*

La revuelta de agosto de 1906 provocó un cambio en las ideas de algunos de los componentes del pueblo de Cuba.

Se empezó a hablar de la necesidad de un "hombre fuerte", de un espíritu que, a pesar de *haber sido rebelde,* supiera oponerse a las rebeldías de los demás; y muerto ya en esa época el

insigne Máximo Gómez, se pensó en otro general del propio apellido, quien, en su condición de Gobernador Civil de las Villas, se había distinguido en aquel puesto administrativo como hombre enérgico y de carácter, y que con anterioridad a la reelección de Estrada Palma ya había tenido aspiraciones a la Presidencia de la República: el general José Miguel Gómez.

Designado candidato por el Partido Liberal en 1909, el Conservador optó por el mismo principio; y otra figura de la Revolución, cuya brillante labor como administrador del Central Chaparra se había hecho notar, fué designado para contender con el general Gómez: el general Mario Menocal.

Aparentemente, "espadas eran triunfos". A juicio del que escribe, la labor civil del enérgico ex Gobernador y del probo y diligente Administrador era lo que se cotizaba, lo que el pueblo ansiaba tener en el Ejecutivo de la Nación.

Y, pasando por alto todo lo referente a las campañas electorales y a la respectiva elección de esos dos generales cubanos ya nombrados, diremos que el *espíritu civil* está de tal suerte arraigado entre los componentes de este pueblo, que esas dos personalidades, en su carácter de Presidentes de la República, han sido siempre, en honor de la verdad, más hombres civiles que militares.

En la selección de las personas que han sido o son sus Secretarios de Despacho, han predominado siempre los elementos de filiación civil, pues aunque algunos ostenten grados militares, a nuestro entender son más médicos, abogados e ingenieros, que verdaderos militares.

A pesar de que la Constitución inviste a los Presidentes de la República del cargo de Jefe Supremo de las fuerzas de mar y tierra, ni el general José Miguel Gómez abandonó ni el general Mario Menocal ha abandonado la indumentaria civil, aun en los casos en que han pasado revista a las tropas; ni aun cuando, con motivo de la salida de éstas a campaña, han ido a despedirlas. Han dejado a los jefes militares y al Ejército la misión de restablecer el orden perturbado.

Y si esta actuación nadie la puede negar, por estar a la vista de todos; si Cuba, en todas las épocas de su historia, aun en los azarosos tiempos de sus revoluciones, ha cuidado de mante-

ner incólume su actuación civil, jurídica, ¿por qué se hace—por algunas plumas *civiles* y *jurídicas*—la afirmación de que "los presidentes civiles no son posible en ella"?

De ser cierta esta perniciosa prédica, habría que borrar todo el glorioso pasado revolucionario, habría que desterrar el recuerdo de la Constitución de Guáimaro, de las doctrinas de Martí, de la conducta de Salvador Cisneros Betancourt, de Estrada Palma; sería necesario, en una palabra, hacer desaparecer de la vigente Carta Fundamental su artículo once, que, como centinela avanzado, recuerda esto:

Todos los cubanos son iguales ante la Ley. La República no reconoce fueros ni privilegios personales.

Nosotros, es decir, la generación a que pertenecemos, sentimos un gran amor, una profunda gratitud hacia todos los mártires y libertadores de Cuba; por aquellos que como Céspedes, Martí, Aguilera, Agramonte, Maceo y tantos otros, ofrendaron vida y hacienda en el altar de la Patria; por los que en cárceles y presidios y en la hirsuta manigua sufrieron privaciones y dolores sin cuento; por los que aventaron, convertidos en pavesas, cafetales e ingenios; por los que perdieron la lozanía de su juventud y dejaron los dones de la salud en las enfermedades contraídas en los campamentos...

Pero, nosotros, hijos del siglo XX, no podemos aceptar que en una República forjada para la libertad y el derecho, para suprimir castas y privilegios, se pretenda inculcar a sus masas la idea de que solamente aquellos que ostenten entorchados puedan ser Presidentes.

Parodiando a Martí, diremos que la Presidencia de la República debe ser desempeñada *por todos, militares o civiles, los que sepan ocuparla con prestigio y probidad.*

JULIO VILLOLDO.

La Habana, febrero, 1918.

LA POLITICA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EL CONTINENTE AMERICANO

III

Segunda Parte

Sumario

Exposición de los casos en que el Gobierno de Washington ha aplicado o invocado la doctrina de Monroe.



OCAS materias han originado discusiones tan apasionadas como la que se relaciona con la doctrina de Monroe. A su alrededor se han hecho los más variados y ardorosos comentarios. A nuestro juicio, muchas de esas críticas tienen un origen vicioso; han surgido en medio de una lamentable confusión.

Generalmente, bajo la vulgar denominación de "monrroismo" se quiere comprender cuanto se refiere a la política exterior de los Estados Unidos, en relación con los asuntos del Continente Americano; especialmente, aquellos actos por medio de los cuales el Gobierno de Washington ha tenido una ingerencia decisiva en determinados países hispano-americanos.

Nosotros, para mayor claridad, vamos a seguir la clasificación que de los actos de la política de los Estados Unidos en el Continente Americano hace Albert B. Hart, profesor de Ciencia Política en la Universidad de Harvard. Dicho autor hace

una distinción entre la ''Doctrina de Monroe'' y la ''Doctrina Americana''. Bajo la primera denominación comprende aquellos actos del Gobierno de Washington en que se ha puesto de manifiesto la actitud de los Estados Unidos impidiéndoles a las naciones de Europa adquirir territorio o tener cierta ingerencia en los asuntos de las Repúblicas iberoamericanas; y bajo la segunda, hace alusión a todos los actos del propio Gobierno, en sus relaciones con algunas de esas Repúblicas, y que lo han colocado, con respecto a las mismas, en una situación de preeminencia.

En este capítulo y en el siguiente nos acuparemos de la ''Doctrina de Monroe'', y en otro posterior de la ''Doctrina Americana''. En el presente vamos a exponer, por orden cronológico, todos los casos en que se ha aplicado o enunciado la doctrina de Monroe. Ninguna fuente de información más elocuente que los hechos mismos. En el siguiente estudiaremos esa misma doctrina desde el punto de vista político y desde el punto de vista del Derecho Internacional.

*

La doctrina de Monroe ha sido invocada por el Gobierno de Washington en casos tan distintos, en circunstancias tan diversas, que nos parece oportuno hacer una clasificación de esos ''casos''. Y como se han hecho unas veces afirmaciones positivas y otras negativas, nos parece procedente adoptar esta distinción, subdividiendo dichas afirmaciones en la forma siguiente:

Afirmaciones positivas

(A).—Los Estados Unidos no consienten que ninguna nación europea adquiera territorios en América; ni que realice acto alguno del que se pueda derivar esa adquisición.

(B).—Los Estados Unidos impiden que ninguna nación europea obligue a una de América a cambiar su forma de gobierno.

(C).—Los Estados Unidos no toleran que una colonia europea sea transferida por su Metrópoli a otra potencia europea.

Afirmaciones negativas

(D).—Los Estados Unidos no hacen materia de pacto los principios que envuelve la "Doctrina de Monroe".

(E).—La "Doctrina de Monroe" no reza con las colonias europeas existentes al ser promulgada; ni se aplica a la lucha de una colonia con su metrópoli.

(F).—Los Estados Unidos no intervienen en las demostraciones puramente punitivas que hagan los gobiernos europeos contra naciones americanas, con tal de que de esos actos no se derive una ocupación de territorio.

(H).—Los Estados Unidos no se oponen a que una nación europea sea árbitro en una cuestión entre naciones americanas.

*

Hecha la anterior clasificación, entremos de lleno en sus diversos apartados. Veamos las afirmaciones positivas.

(A).—Los Estados Unidos no consienten que ninguna nación europea adquiera territorios en América; ni que realice acto alguno del que se pueda derivar esa adquisición.

(1825). En 25 de marzo de 1825, a la sazón en que John Quincy Adams ocupaba la Presidencia de la República y Henry Clay la Secretaría de Estado, este último hubo de dirigirle una comunicación a Joel R. Poinsett, Ministro en Méjico, la que, después de hacer una extensa referencia al famoso mensaje de Monroe, terminaba así:

> Los dos principios en cuestión fueron enunciados por la última administración, después de una detenida deliberación. El actual Presidente, que formaba parte de aquella administración, sigue manteniendo dichos principios con el mismo entusiasmo que su antecesor. Entre los deberes que confiamos a usted está el de indicarle al Gobierno de Méjico que mantenga nuestra misma doctrina, si llega la ocasión.

(1835). A principio de este año, un grupo de inmigrantes ingleses, establecidos en el territorio inmediato a la bahía de Honduras, proyectaron convertir dicho territorio en colonia de la Gran Bretaña, e iniciaron sus gestiones enviando un comisionado a Londres. Deseosa la Corte de Saint James, a la que por lo visto no desagradaba el proyecto, de proceder de acuerdo

con el Gobierno de Madrid, hizo ir a esta ciudad a dicho comisionado. Alarmado el Gobierno de Centro América se dirigió al de Washington, y en 30 de junio de 1835, Forsith, Secretario de Estado, libró una comunicación a Barry, Ministro en Madrid, la que, después de contener extensos detalles sobre el asunto, terminaba así:

> Espero, pues, que usted esté muy al corriente de las gestiones que realice, en Madrid, el Comisionado y que prevendrá, por cuantos medios prudentes estén en sus manos, que se llegue a ningún acuerdo entre los Gobiernos de España y la Gran Bretaña, pues esto, aparte de que sería incompatible con los derechos de la República de Centro América, resultaría altamente perjudicial a los intereses comerciales del mundo entero, incluso a los de la misma España.

(1845). El territorio que actualmente forma el Estado de Tejas, perteneció antes, como es sabido, a la República Mejicana; y una colonia de norteamericanos, que ocupaba su parte oriental, en 1835 se sublevó proclamando la República de Tejas. El Gobierno de esta efímera República pidió que se la admitiera en la Unión, y, tras dilatadas discusiones, en 1845 el Presidente James Knox Polk envió al general Taylor, al frente de un ejército, a ocupar el territorio tejano. Vencedor este ejército contra los mejicanos, este mismo año se verificó la anexión.

Las cancillerías europeas, temerosas del poderío y extensión que iban tomando los Estados Unidos, comenzaron a discurrir sobre la necesidad de extender a América su doctrina de la ''Balanza de los Poderes'', como medio de impedir ese incremento. El Gobierno de Washington se enteró de esto, y el Presidente Polk, en su mensaje anual del 2 de diciembre de 1845, explicó con diafanidad cuáles eran los derechos de los gobiernos de Europa y cuáles los de los Estados Unidos, frente a los problemas de América.

Se refirió, en primer término, a que de la misma manera que los Estados Unidos no se mezclaban en los asuntos de Europa, a ésta tampoco debían interesarle las cosas de América.

> Por eso—decía—el pueblo de los Estados Unidos no puede ver con indiferencia que los Poderes Europeos se mezclen en los actos que realicen las naciones de este Continente. Si un pueblo americano que constituye un estado independiente—añadía—quiere entrar a formar parte de nues-

tra confederación, esa cuestión sólo a nosotros incumbe y no consentiremos que Europa se mezcle en ella invocando la doctrina de la ''Balanza de los Poderes'', que no hay razón para que se extienda a este Continente.

Terminaba afirmando que los Estados Unidos estaban decididos a mantener la doctrina del Presidente Monroe.

Como se ve, los principios de Monroe se alegaron ahora en condiciones distintas de las del año 1823. En 1823 las naciones de Europa querían desenvolver en América determinada acción, y los Estados Unidos les salieron al encuentro; y en 1845 fué Europa la que quiso salirle al encuentro a los Estados Unidos por la anexión de Tejas, y entonces la República Norteamericana alegó que, de acuerdo con la ''Doctrina de Monroe'', ese asunto sólo incumbía a América, nunca a Europa. No se puede afirmar por esto, como lo hacen algunos escritores, que el Presidente Polk realizara la anexión de Tejas invocando la doctrina de Monroe, pues esto no lo proclaman ni los hechos, ni las palabras.

(1846). A fines del año 1845 Francia e Inglaterra realizaron una intervención armada en la Plata, como consecuencia de ciertas diferencias habidas con el Gobierno de la República Argentina. El Gobierno de Washington se dirigió al de Londres para que le explicara el alcance de esa intervención, y éste, según consta de una comunicación que le fué entregada al Ministro de los Estados Unidos en 3 de octubre, le garantizó que dicha intervención no tenía por finalidad adquirir territorios.

En 30 de marzo de 1846, Buchanan expidió un despacho a Harris, Ministro en la Argentina, en el que le decía, con relación a las protestas hechas por el Gobierno de la Gran Bretaña, lo siguiente:

Debe usted velar cuidadosamente los movimientos de Francia e Inglaterra en ese país; y si violan su declaración, si pretenden realizar adquisiciones territoriales, comuníquelo inmediatamente a esta Cancillería.

(1848). El año 1848 estalló en Yucatán un formidable levantamiento de los indios, y las autoridades de dicha península determinaron ofrecerle su dominio al Gobierno de los Estados Unidos. Análogo ofrecimiento se les hizo a los Gobiernos de la

Gran Bretaña y España. El Presidente, en un Mensaje especial que dirigió al Congreso en 29 de abril, se expresaba de este asunto en estos términos:

> Aunque no es mi propósito recomendar la adopción de ninguna medida que implique la adquisición del dominio y de la soberanía de Yucatán, debo hacer constar, de acuerdo con la política que tenemos adoptada, que no consentiremos que Yucatan pase a poder de España o de Inglaterra, ni al de ninguna otra nación europea... De acuerdo con los términos empleados en el Mensaje del Presidente Monroe, de diciembre de 1823, considero que cualquier intento, por parte de las naciones de Europa, de extender su sistema a cualquier parte de este hemisferio, sería perjudicial a nuestra paz y a nuestra seguridad.

Terminaba con esta declaración:

> Las actuales circunstancias son oportunas para declarar, una vez más, mi decidida adhesión a la sabia y juiciosa política proclamada por Mr. Monroe.

Ninguna decisión se llegó a adoptar, pues en mayo de ese mismo año las autoridades yucatecas pudieron conjurar el conflicto.

Por este mismo año, y en ocasión no menos importante, hubo de invocar el Gobierno de Washington la ''Doctrina de Monroe''. Decíase desde 1846 que el general Flores preparaba desde Europa una expedición con la que iba a atentar contra la soberanía de la República del Ecuador, deseoso de ganar la Presidencia.

En 9 de diciembre de ese año, Stanhope Prevost, Cónsul de los Estados Unidos en Lima, había informado a su Gobierno sobre los planes de dicho General. Preocupado Buchanan, Secretario de Estado, por lo que pudiera ocurrir, encargó a los funcionarios de su Gobierno en Europa que investigaran lo que hubiera de cierto en el particular; y como se comprobara que los planes expedicionarios de Flores no ofrecían peligro, así se le hizo saber a Prevost, para que lo pusiera en conocimiento del Presidente del Perú, en un despacho fechado en 24 de marzo de 1847, en el que además se hizo alusión a que el Gobierno de España había dado la seguridad de que era completamente ajeno a la expedición.

En 13 de mayo de 1848 el propio Buchanan dirigió un despacho a Livingston, Ministro en el Ecuador, en el que después de hacerle una detenida exposición de las gestiones que había practicado la Secretaría de Estado, con relación a la proyectada expedición de Flores, le confiaba el encargo siguiente:

Usted le hará saber al Ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador que la intervención o la presión directa o indirecta de los gobiernos europeos en los asuntos de los Estados independientes del Continente Americano, jamás será vista con indiferencia por el Gobierno de los Estados Unidos. Antes al contrario, cuando menos, se pondrá en ejecución nuestra fuerza moral para evitar que se realice esa intervención.

(1852). En 22 de febrero de 1850 el Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Santo Domingo se dirigió a los Cónsules de los Estados Unidos, la Gran Bretaña y Francia, pidiéndoles que ocurrieran a sus respectivos Gobiernos a fin de que éstos promediaran y pusieran término a la guerra que venía sosteniendo aquella República con Haití. Las tres poderosas naciones aceptaron el encargo e iniciaron sus gestiones; y en la primavera del año 1851 obtuvieron del Gobierno Haitiano una solución que al parecer conjuraba el conflicto. Y como hubiera rumores de que Inglaterra acariciaba el proyecto de establecer una estación carbonera en la bahía de Samaná, los Estados Unidos se previnieron. Así lo revela una comunicación que en 17 de diciembre de 1852 le dirigió Everett, Secretario de Estado, a Rives, Ministro en París, y que contiene éste, entre otros extremos:

Si le consintiéramos a alguna de las naciones que se distingue por su poderío marítimo, el obtener ventajas exclusivas en algunas de las islas antillanas, las otras potencias la querrían imitar y en definitiva el Archipiélago se convertiría en un teatro de luchas por alcanzar territorios y ventajas, lo que sería fatal para la paz del mundo.

(1858). Por el otoño del año 1858 llegó a conocimiento del Gobierno de Washington que en España se preparaba una expedición militar contra Méjico, y en 21 de octubre Cass, Secretario de Estado, le dió instrucciones a Dodge, Ministro en Madrid, para que le hiciera saber al Gobierno de España que aunque los Estados Unidos no podían evitar que una nación euro-

pea le declarase la guerra a una República de América, no consentirían que, como consecuencia de esa guerra, la primera alcanzara ventajas territoriales en perjuicio de la segunda.

Por esta misma época el Ministro de España en los Estados Unidos visitaba al Secretario de Estado para significarle que la demostración proyectada por su Gobierno sólo tenía por objeto demandarle al de Méjico una reparación de los perjuicios causados en las vidas y haciendas de muchos súbditos españoles; y como si esto fuera poco, en 2 de diciembre el Secretario de Estado se dirigió de nuevo al Ministro de los Estados Unidos en Madrid, encareciéndole le hiciera saber al Ministro de Relaciones Exteriores que los Estados Unidos consideraban a Méjico como completamente libre de futuras conquistas, y que cualquier empeño por adquirir territorio en esa República sería considerado como un acto de enemistad hacia los Estados Unidos.

Por este mismo año, y con otra ocasión, el Gobierno de Washington tuvo oportunidad de invocar la ''Doctrina de Monroe''.

Se decía que en territorio de los Estados Unidos se había preparado una expedición contra el Gobierno de Nicaragua, y éste, creyendo que a esa empresa no era ajeno el Gobierno de Washington, pidió protección a Francia y a Inglaterra. El Secretario de Estado del Gobierno de los Estados Unidos se dirigió al Gobierno de Londres, no sólo para afirmar que el Gobierno de Washington era ajeno a la referida expedición, sino para hacerle saber a la Gran Bretaña que ni a ésta ni a ninguna nación europea se le consentiría la realización de acto alguno de fuerza. He aquí algunos de los términos de la comunicación que al efecto hubo de dirigir Cass al Ministro en Londres en 26 de noviembre de 1858:

Nuestras razones están fundadas en la situación política del continente americano, que tiene intereses que le son peculiares (y debería tener una política propia) y están separadas de las inumerables cuestiones que tan a menudo se presentan en el antiguo continente acerca del equilibrio europeo y otros temas discutibles, que provienen de las condiciones de sus estados y que frecuentemente se resuelven o encuentran su solución por medio de la guerra. Para los Estados de este Hemisferio es de capital

importancia no mezclarse con las potencias del Viejo Mundo, porque mezclándose se verían irresistiblemente arrastrados a tomar parte en guerras que ningún beneficio les reportarían, y que es posible, a menudo, las obligaran a luchar con Estados Americanos, vecinos o remotos. Los años que han transcurrido desde que los Estados Unidos anunciaron este principio, han demostrado su sabiduría al pueblo norteamericano y han servido para fortificar su resolución de mantenerlo a toda costa.

(1859). Por el mes de abril del año 1859 se encontraba Méjico en estado de revolución, estando la ciudad de Veracruz en poder de los revolucionarios. Inglaterra, que tenía pendientes algunas reclamaciones contra esta República, determinó ocupar aquella ciudad; pero, gracias al éxito de las gestiones realizadas por el Ministro de los Estados Unidos en Londres, que pidió se detuviera toda acción hasta que se restableciera totalmente la normalidad en Méjico, y las que le fueron confiadas por el Secretario de Estado según despacho de 12 de mayo del año a que nos referimos, no se llevó a cabo la ocupación proyectada.

(1860-1867.) Por el año 1860 parecía evidente que Inglaterra, Francia y España, aprovechándose de la caótica situación que existía en Méjico, donde imperaban dos gobiernos, el de Juárez y el de Miramón, se aprestaban a sacar partido de esa situación. Pero frente a su actitud y frente a sus actos de hostilidad se colocó el Gobierno de Washington en la forma que vamos a ver.

A mediados de julio, Lord Lyons, Embajador de la Gran Bretaña, invitó al Gobierno de los Estados Unidos a que se uniera al de su país y al de Francia en el propósito, que tenían éstos, de invitar a los gobiernos de Juárez y Miramón a convocar una Asamblea Nacional que resolviera todas las cuestiones pendientes. El Presidente Buchanan negóse a tomar parte en esa mediación, alegando no solamente que ninguna nación debía inmiscuirse en los asuntos de otra, sino que semejante acción podía desacreditar al Gobierno de Juárez, en cuya eficacia y solvencia confiaban los Estados Unidos.

A fines de agosto, el Encargado de Negocios de Francia en Washington se dirigió a la Secretaría de Estado con análoga pretensión; solicitó de los Estados Unidos que cooperaran con

Inglaterra y con su nación a intervenir en los asuntos interiores de Méjico.

Negóse a ello Cass, Secretario de Estado, quien le hizo al diplomático francés las siguientes declaraciones:

> Los Estados Unidos no le niegan a Francia el derecho de establecer cualquier reclamación contra el Gobierno de Méjico, apoyándola en la fuerza si fuere necesario; pero la ocupación permanente de cualquier parte del territorio mejicano por un poder extranjero, o cualquier tentativa para mezclarse en sus asuntos interiores o influir en su desenvolvimiento político, sería vista con gran desagrado por nosotros... Nuestra política en esta materia es bien conocida, como bien conocida es nuestra constante adhesión a la misma.

Por esa misma época, es decir, a mediados del año 1860, como llegase a conocimiento del Gobierno de Washington que el de España había despachado una importante escuadra a Veracruz, con instrucciones de atacarla si el Gobierno de Juárez no daba satisfacción a ciertas reclamaciones que se le habían presentado, dispuso el envío de otra escuadra a aquella ciudad, con el encargo no sólo de defender los intereses de los norteamericanos que peligraran, sino de evitar, de cualquier manera, que la expedición española realizara acto alguno de violencia contra Méjico.

Esto se le hizo saber por el Secretario de Estado a Tassara, Embajador de España en Washington, quien aseguró que su nación no quería ocupar territorio ni ejercer influencia en los destinos de Méjico. Además, el propio Secretario, en 7 de septiembre de 1860, le dió instrucciones a Preston, Ministro en España, para que le hiciera saber al Gobierno de esta nación que, a juicio del de los Estados Unidos, las diferencias con Méjico podían solucionarse amistosamente y que parecía muy oportuno recurrir a un arbitraje.

Por esta época se sabía ya que los Gobiernos de Francia e Inglaterra no eran ajenos a los proyectos y maquinaciones del de España.

El Presidente Buchanan, en su Mensaje anual de 3 de diciembre de 1860, se refirió a la situación revolucionaria de Méjico y hubo de consignar que, a su juicio, el Gobierno consti-

tucional de Juárez había de restablecer la normalidad, brindando a todos protección adecuada.

Si esto se logra—decía—, los Gobiernos europeos no tendrán pretexto para mezclarse en los asuntos territoriales y domésticos que sólo a Méjico conciernen, y nosotros nos veremos relevados del compromiso de tener que resistir, aun por medio de la fuerza, siguiendo la tradicional política del pueblo americano, cualquier acto de aquellos gobiernos contra la integridad de nuestra vecina República.

Inglaterra, Francia y España no confiaron en que el Gobierno de Juárez atendería sus reclamaciones. En 21 de octubre del año 1861 suscribieron un Tratado por el que se decidieron a emprender una acción militar contra la República Mejicana, hasta obtener que fueran satisfechas dichas reclamaciones. Por una de las cláusulas de esa Convención se determinó que se solicitaría la adhesión, a la misma, de los Estados Unidos; y por otra se consignó que las Altas Partes Contratantes no estaban animadas del deseo de adquirir territorio ni ventajas particulares, ni tampoco del deseo de ejercer influencia alguna que pudiera afectar al derecho de la nación mejicana a escoger libremente su forma de gobierno.

En los primeros días del mes de enero de 1862 llegaron a Veracruz los contingentes de las tres naciones, y el día 14 le enviaron una nota colectiva al Gobierno de Juárez, haciendo protestas de que no era la finalidad de la intervención atentar contra la independencia de la Nación Mejicana, sino más bien cooperar a que el país saliese del estado de postración en que se encontraba. A esto contestó el Gobierno Mejicano que agradecía los propósitos de los interventores, pero que ante todo debían reembarcarse las fuerzas, e indicaba la conveniencia de que se reunieran los representantes de las naciones aliadas con otra representación del Gobierno de la República, en la ciudad de Orizaba, para tratar del arreglo de las cuestiones pendientes.

Los aliados acogieron las indicaciones del Gobierno de Juárez y designaron al general Prim, conviniendo éste con el Ministro Mejicano de Relaciones Exteriores, general Doblado, en La Soledad, en 19 de febrero de 1862, los preliminares de la Convención que se debía reunir en Orizaba y a la que concu-

rrirían tres Comisionados, uno por cada una de las naciones aliadas y dos Ministros del Gobierno de la República.

Pocos días después de firmado el convenio de La Soledad, desembarcaba en territorio mejicano el general Almonte, que era un contrario decidido del Gobierno de Juárez. Se le vió llamar y agrupar a los enemigos de dicho Gobierno, se le vió además moverse de acuerdo con los franceses, y no tardó en enterarse todo el mundo de que lo que tramaban éstos era ejercer una influencia decisiva en los destinos del país, procurando nada menos que levantar un trono en Méjico. Al darse cuenta de esto los expedicionarios ingleses y españoles, se retiraron para dejarles a los franceses solos la responsabilidad de sus planes.

No tardaron en romperse las hostilidades. Se generalizó la lucha entre los mejicanos, bajo la dirección del Presidente Benito Juárez, y los expedicionarios franceses mandados por el general Forey y auxiliados por algunos centenares de mejicanos mandados por Almonte. En definitiva la victoria quedó para los invasores, que entraron en la Capital en 10 de junio de 1863.

Un mes después una Junta de Notables, reunidos en la Capital, hubo de acordar establecer un Imperio con un Príncipe Católico, y ofrecerle la Corona a Maximiliano, Archiduque de Austria.

Maximiliano ocupó el trono, pero los meses que duró el Imperio transcurrieron entre luchas e intranquilidades. Los patriotas mejicanos, fieles a Benito Juárez, lejos de someterse a la monarquía se insurreccionaron; y tras sangrienta lucha lograron vencer, y en 19 de junio de 1867 Maximiliano fué pasado por las armas.

Una famosa carta que pertenece a la Historia, escrita por Napoleón III al general Forey, Jefe de la expedición francesa, en 3 de julio de 1862, revela cuáles eran los fines que con dicha expedición se perseguían:

No faltarán gentes—decía—que os pregunten por qué vamos a gastar hombres y dinero para sentar en un trono a un príncipe austriaco. En el estado actual de la civilización del mundo, la prosperidad de América no es indiferente a la Europa, puesto que alimenta nuestra industria y hace

vivir nuestro comercio. Tenemos interés en que la República de los Estados Unidos sea poderosa y próspera; pero no tenemos ninguno en que se apodere de todo el Golfo de Méjico, domine desde allí las Antillas y la América del Sud, y sea la única dispensadora de los productos del Nuevo Mundo. Dueños de Méjico, y por consiguiente de la América Central y del paso entre ambos mares, no habría en lo adelante más potencia en América que la de los Estados Unidos. Si, por el contrario, conquista Méjico su independencia y mantiene la integridad de su territorio; si por las armas de la Francia se constituye en gobierno estable, habremos puesto un dique insuperable a las invasiones de los Estados Unidos; habremos mantenido la independencia de nuestras colonias de las Antillas y de las de la ingrata España; habremos extendido nuestra influencia benéfica en el centro de la América, y esa influencia irradiará al Norte y al Mediodía, creará inmensos mercados a nuestro comercio, y procurará las materias indispensables a nuestra industria. En cuanto al Príncipe que pudiera subir al trono de Méjico, se verá obligado a obrar siempre en bien de los intereses de la Francia, no sólo por reconocimiento, sino, sobre todo, porque los de su nuevo país estarán de acuerdo con los nuestros y no podrá siquiera sostenerse sin nuestra influencia. Así, pues, nuestro honor militar comprometido; la exigencia de nuestra política; el interés de nuestra industria y de nuestro comercio; todo nos impone ahora el deber de marchar sobre la capital de Méjico, de plantar atrevidamente allí nuestra bandera, y de establecer, ya una monarquía, o bien un gobierno que prometa ser estable.

A pesar de los términos de esta carta, por el mes de enero del año 1866 Napoleón III decía tranquilamente, en plena Cámara, que el único objeto de las naciones que habían intervenido en Méjico era el de asegurar el cumplimiento de ciertas obligaciones contraídas con anterioridad.

Dice John A. Kasson, en su *Historia de la Doctrina de Monroe,* que a su juicio al Emperador francés lo guiaba no tanto el deseo de adquirir ventajas comerciales, como el de desacreditar el sistema republicano en América y quitarle todo prestigio en Europa.

Napoleón había observado—dice M. Petin—cuán antieuropea era la Doctrina Monroe; comprendía que la del quinto Presidente de los Estados Unidos era nada menos que una declaración de guerra al Viejo Mundo, y decidió mostrar a América que Europa había recogido el guante.

Casi todos los escritores que se esfuerzan en desacreditar la Doctrina de Monroe se refieren con alborozo a estos sucesos,

preguntándose qué se hizo, mientras se desarrollaban, aquella famosa doctrina:

El Gobierno de los Estados Unidos, contra cuya supremacía en América se fundaba la monarquía de Maximiliano—dice el culto escritor mejicano Carlos Pereyra—, dejó pasar sin protestas cuanto hizo Napoleón.

No es exacta esta afirmación. Los Estados Unidos consignaron su protesta en diversas ocasiones contra lo que hacía Napoleón, y hay que creer a los escritores norteamericanos que afirman que si no se opusieron con la fuerza a las expediciones y planes europeos fué por estar enfrascados, en aquel entonces, en la guerra de secesión, que tan en peligro puso a la misma Unión. Buena prueba de esto la constituye el hecho de que apenas hecha la paz entre el Norte y el Sur, el Gobierno de Washington exigió y obtuvo de Napoleón que ordenara la evacuación de sus soldados del territorio mejicano.

Vamos a ver cuál fué la actitud del Gobierno de Washington en relación con los acontecimientos a que nos hemos referido.

Desde que, en 17 de julio de 1861, el Gobierno Mejicano dictó un famoso decreto sobre pago de la deuda extranjera, que produjo nada menos que el rompimiento de relaciones con los ministros de Francia y la Gran Bretaña, los Estados Unidos, deseosos de conjurar el conflicto, quisieron concertar un tratado con Méjico, por el que asumirían el pago de la deuda; pero el Gobierno de Juárez se negó a aceptar la oferta.

El día 2 de marzo del año 1862 el Gobierno de Washington dirigió una circular a las potencias alidas en la expedición contra Méjico, en la que se consigna el desagrado con que los Estados Unidos veían dicha empresa. He aquí los términos de esa circular:

El Presidente ha contado con las seguridades dadas por los aliados, sobre que no llevaban ningún fin político. Sin embargo, el Presidente considera que es su obligación comunicar a los aliados, amistosa y cándidamente, que un gobierno monárquico, establecido en Méjico, no promete ni seguridad ni permanencia: en segundo lugar, que la inestabilidad de dicha monarquía sería mayor si algún extranjero ocupara el trono: que en tal virtud el Gobierno caería instantáneamente, salvo que lo sostuvieran las alianzas europeas que, bajo la influencia de la primera invasión, constituirían verdaderamente el principio de una política de constantes in-

tervenciones armadas por la Europa monárquica, que serían, al mismo tiempo, dañosas y contrarias al sistema de gobierno aceptado generalmente en este hemisferio. Estas opiniones están basadas sobre el conocimiento del espíritu y costumbres de los pueblos americanos. No hay duda de que en este asunto los intereses permanentes y las simpatías de nuestro país estarían del lado de las otras Repúblicas americanas.

Por la época en que se expidió dicha circular, ya los Estados Unidos estaban enfrascados en la guerra de secesión; con lo que se comprenderá que hicieron lo único que les era posible: consignar su protesta.

Algunos días después, es decir, en 31 del propio mes, el Secretario Seward le dió instrucciones a Dayton, Ministro en París, para que hiciera declaraciones en el sentido de que el Gobierno de los Estados Unidos veía con verdadera inquietud que la expedición europea tuviera fines políticos.

En 26 de septiembre de 1863, al conocerse en Washington que era cosa resuelta convertir a Méjico en Monarquía, Seward de nuevo dió instrucciones a Dayton para que protestara de ese hecho ante Drouyn de l' Huys, Ministro de Relaciones Exteriores en el Gobierno de Napoleón III; y como contestara éste que dicha forma de gobierno había sido escogida por el pueblo mejicano, en 23 de octubre del propio año Seward de nuevo le dió instrucciones a Dayton para que le hiciera saber, al Gobierno francés, que mientras en Méjico no cesara la guerra y la situación anormal y caótica en que estaba sumido, no se podía estimar que su pueblo estaba en condiciones de discurrir con cordura sobre el gobierno que convenía a sus intereses.

El día 4 de abril de 1864 la Cámara de Representantes de los Estados Unidos declaró, por el voto unánime de los que se encontraban presentes,

que los Estados Unidos, siguiendo su tradicional política, no podían reconocer en América un gobierno monárquico erigido sobre las ruinas de un gobierno republicano y bajo los auspicios de un poder europeo.

Por el mes de abril del año 1865 terminó la guerra civil en los Estados Unidos y, en 6 de noviembre de ese año, Seward dió instrucciones a Bigelow, Ministro en París, para que le hiciera saber al Gobierno de Francia que

La presencia y las operaciones del ejército francés en Méjico, que apoya a un gobierno que no descansa en la voluntad del pueblo de Méjico, era motivo de gran inquietud para los Estados Unidos, que consideraban, además, que era impracticable establecer un gobierno monárquico en dicho país.

A esta nota respondió el Gobierno de Francia con la manifestación de que el ejército abandonaría a Méjico, pero que era conveniente, antes de hacerlo, que los Estados Unidos reconocieran al Gobierno de Maximiliano; y Seward, a su vez, replicó en 6 de diciembre del citado año, 1865, que esa condición era para los Estados Unidos impracticable, toda vez que

un Gobierno monárquico era incompatible con la adhesión del pueblo americano a sus muy amadas instituciones republicanas.

Diez días después, Seward se mostró más apremiante. Le libró un despacho a Bigelow para que le formulara al Gabinete de París las siguientes declaraciones:

Primera: Los Estados Unidos desean sinceramente continuar y cultivar cordial amistad con Francia.

Segunda: Esta política será cambiada, inmediatamente, a menos que Francia considere compatible con su honor e intereses desistir de todo empeño de intervención armada en Méjico.

Napoleón III se dió cuenta de que si se negaba a retirar las tropas se iba a ver envuelto en un conflicto con los Estados Unidos, y accedió a las demandas de esta nación, sin que tuviera para ello que vencer ninguna dificultad, pues la expedición y los planes que se trató de desenvolver en Méjico, en realidad no encontraron nunca simpatías en el pueblo francés.

Los detalles de la evacuación no hay para qué referirlos. Están consignados en los documentos adjuntos al mensaje especial que en 29 de junio de 1867 dirigió el Presidente de los Estados Unidos al Congreso. Dos años después Seward visitaba a Méjico y se le prodigaban honores de héroe, confiriéndole la Academia Nacional de Ciencias el título de ''Defensor de la Libertad de América''.

(1864-1865). Por el mes de marzo del año 1864, con ocasión de un conflicto surgido entre España y la República del Perú, una escuadra española se presentó en las costas peruanas.

En 19 de mayo Seward le dió instrucciones a Koerner, Ministro en Madrid, para que le hiciera presente al Gobierno que los Estados Unidos no podían ver con indiferencia cualquier tentativa que se hiciera para reconquistar el territorio del Perú; y, según la contestación del diplomático americano al Secretario de Estado, contenida en un despacho de tres de junio, el Primer Ministro en el Gabinete Español le hizo presente que España no tenía intención de readquirir sus antiguos dominios del Perú, ni abrigaba el propósito de mermar su independencia.

A pesar de esta declaración, la escuadra española ocupó las islas Chinchas, y Seward protestó de ese hecho, según reza la comunicación que le libró al Ministro en Madrid en 16 de junio de 1866, en la que auguraba que si España se mantenía en su propósito de ocupar las referidas islas, los Estados Unidos se verían en el caso de romper las buenas relaciones que mantenían con el Gobierno de su Majestad Católica.

Felizmente, las diferencias entre Perú y España quedaron transigidas por un tratado suscrito en 27 de enero de 1865.

(1861-1865). La acción de los españoles en el Perú, a que nos acabamos de referir, no constituye la única tentativa realizada por aquéllos para recobrar sus dominios en América. Hicieron también un esfuerzo para reanexarse a Santo Domingo; y enfrascados como estaban los Estados Unidos en su guerra civil, sólo pudieron consignar su protesta.

A principios del año 1861 se decía, como cosa corriente, que el Gobierno de España preparaba desde Cuba una expedición para tomar posesión de Santo Domingo.

En 2 de abril de ese año Seward se dirigió a Tassara, Ministro de España en Washington, preguntándole lo que hubiera de cierto en el particular y haciéndole presente, al propio tiempo, que contra semejante proyecto los Estados Unidos no sólo protestaban, sino que en último caso lo resistirían. Tassara contestó que nada podía manifestar mientras no recibiera instrucciones de su Gobierno, y entonces Seward se dirige a Schurz, Ministro en Madrid, encareciéndole le hiciera presente a dicho Gobierno cuál era la actitud de los Estados Unidos en este asunto y el extraordinario interés con que lo veían.

En 21 de mayo y 7 de junio del mismo año, Seward vuelve

a dirigirse al Ministro en Madrid para que le reitere al Gobierno de su Majestad Católica las protestas de los Estados Unidos.

El día 1º de julio Tassara le muestra al Secretario de Estado la resolución, del Gobierno de España, de anexarse a Santo Domingo; y como pocos días después el Ministro de los Estados Unidos en Madrid le pidiera instrucciones al propio Secretario, éste hubo de contestar, según despacho de 14 de agosto, que la gravedad y diversidad de los asuntos que por entonces embargaban la atención del Gobierno impedían darle una contestación terminante.

Los dominicanos no se sometieron con facilidad a la dominación española. La lucha estalló entre los nativos y los invasores, declarándose neutrales los Estados Unidos; pero, afortunadamente, convencida España de los esfuerzos y sacrificios que iba a costarle afirmar su soberanía en Santo Domingo, en abril de 1865 resolvió abandonar la empresa.

(Continuará.)

RAÚL DE CÁRDENAS.

LA DOLOROSA

NOVELA

(Concluye)

III

QUIEN elegir? Bien pronto supo Elvira, mejor aun que don Marcos el prestamista, el estado de todos los peculios. Los muchachos ricos le repugnaban por su ordinariez; parecían ir sonando siempre el dinero; y además eran los más difíciles: a los temores de equivocarse, de perder la independencia, unían la menor necesidad de cambiar de estado, pues casi todos calmaban sus apetitos en viajes a la capital y en juergas en el ventorrillo del camino corto, a donde los domingos por la tarde solían ir a merendar muchas señoras y muchachas que miraban las puertas con complacido recelo, temerosas y deseosas a la vez de percibir reminiscencias de las clandestinas orgías... Durante muchas noches revisó uno a uno todos los partidos del pueblo y desistió de los adinerados. Esto le cerraba casi por completo las perspectivas, pues no ignoraba que gran parte de sus sinsabores domésticos tenían por origen la penuria; en la balanza fueron pesadas con esmero las ventajas y desventajas de cada uno, y el recuerdo fue tan estéril que estuvo a punto de desistir del camino matrimonial para marchar por otro. Esta irresolución duró varios días, y sin la presencia de la única persona que no podía estorbar sus planes—el abuelo—se habría lanzado a cualquier desatino fríamente, sistemáticamente. Ni su padre, ni

Emma, ni doña Julia se percataban de su estado; pero al entrar en la habitación del paralítico tenían los marchitos ojuelos tal chispa de desconfianza, que Elvira se desasosegaba e hilvanaba una charla voluble, medrosa. Y en cuanto se detenía siquiera para respirar, él la atajaba con palabras de reconvención:

—Tú no estás pensando lo que dices, paloma.

—¿Vas a creer que estoy también enamorada?... Me confundes con Emma.

—Ya sé que no estás enamorada... y eso es lo peor.

Aquella clarividencia del viejo, ya caduco para todas las demás ideas de la vida, la enternecía y le demostraba, en síntesis, la eficaz virtud del cariño. La inteligencia, nublada hasta el punto de involucrar los recuerdos más próximos, daba su postrera lucidez al temor de ver descarriada la nieta preferida. El rencor al hijo, el incomprensible miedo a la muerte, que obligaba a todos a responder a sus preguntas sobre el paradero de sus compañeros de juventud, fallecidos casi todos ya, diciendo que seguían vivos, sanos; la manía de haber dejado escondido en Venezuela un tesoro, cesaban de pronto en cuanto entraba ella. Como no sabía los nombres de los jóvenes, se orientaba por sus recuerdos para insistir siempre en su idea:

—Por qué no te casas con el nieto de Juan el Trajinante? Debe tener bien cubierto el riñón. ¿No ha salido buen chico acaso? El padre y el abuelo lo eran... Le has de decir que venga a verme.

A ella le era imposible identificar al candidato. Y con envidia melancólica pensaba: ¿Se habrá ido del pueblo, habrá muerto, o será uno de esos seres sin ambición a quienes ni siquiera se les siente vivir? Su gran memoria apenas bastaba para organizar aquel concierto de fantasmas que seguían estando vivos para el anciano; y le eran menester muchos esfuerzos de disimulo para no descubrir sus ignorancias ante las preguntas repentinas. Los demás solían trabucarse, salir corriendo de la alcoba para disimular el error; ella no: luchaba bravamente, inventaba. Por eso cuando le daba imaginarios pormenores de alguno de sus amigos, él susurraba adolecido:

—Tú sola te interesas por mis cosas... ¿De modo que ayer te tropezaste con el gran Policarpo Benítez?... De seguro que no está tan conservado como yo; esto de la parálisis alguna ventaja había de tener, el no gastarse... Hombre, ¿y si te fijaras en el nieto de Policarpo? Me parece recordar que tenía un nieto.

—No sé...

—Sí, hombre; un muchachote cetrino, con los pantalones cortos siempre remendados...

—Ah, sí... Se fué a América—concluía ella para no descubrir que aquel recuerdo había naufragado en su memoria; y en seguida, medrosa del silencio, del mudo preguntar de los ojuelos del anciano fijos en los suyos, añadía:

—Pero si yo no tengo ninguna prisa de casarme, abuelito.

Aquella obstinación del anciano venía a diversificar su inquietud. Caduco y desvalido, atribuíale ella larga experiencia acerca de cosas que en vano se esforzaba su juventud en adivinar. La posibilidad de que aquella zozobra, aquel anhelo, fuera producto meramente fisiológico y que el matrimonio los mitigara o desvaneciera, hacíale mirar con rencor a los hombres. Su inconformidad era al mismo tiempo potro de tortura y motivo de orgullo; las noches de insomnio; las cóleras cuando hacíase público uno de los múltiples casos de atropello de la política puebleril; la opresora voluptuosidad que algunas tardes le daba ganas de llorar por todos los dolores no vengados del mundo; los cien síntomas de su sed de libertad y de justicia, no los cambiaba Elvira por la fofa coquetería de las demás muchachas. Sin embargo, esta exuberancia imaginativa no era a expensas de la vida carnal; mujer fuerte, íntegra, en ella el amor, si venía alguna vez, hallaría vaso apasionado, y sus hechos, a semejanza del paladar de la amada de Salomón, tendrían "el valor del buen vino que se entra suavemente y hace hablar los labios de los viejos". Pero los vagos ímpetus del sexo aparecían siempre enfrenados por el temor de abolir su alma, de la que estaba tan vanidosa como de sus carnes, frescas, morenas y turgentes; los buenos mozos parecíanle objetos apetecibles, mientras no pensaba que pudieran vulgarizarla, some-

terla. ¡Oh, el abuelito sabía mucho! Su remedio era sin duda el específico para la mayoría de los casos; pero, ¿por qué no había de ser ella la excepción?

Decidida a agotar todos los medios antes de rendirse, se puso a estudiar con ahinco; quería graduarse de maestra. Ni las risas, ni las exhortaciones, ni el comprobar ante el espejo que se demacraba, abatieron su voluntad. Para no ser gravosa y contribuir a pagar sus matrículas, se cosía los trajes; y muy temprano, con las manos enguantadas para no estropeárselas, ayudaba en las duras faenas mientras Emma estaba aún en el lecho. En pocos meses acabó los estudios, y sólo entonces comprendió que su trabajo había sido estéril. ¿De qué le servía? ¿Qué influencia benéfica iba a tener en su vivir el meterse en un aula a canturrear con quince o veinte párvulos? No; ella necesitaba algo más inmediato, más brillante. ¡Si tuviera condiciones de artista!... Quiso probar en el piano, mas era menester empezar desde los áridos comienzos; y en las primeras nociones se fue disolviendo su entusiasmo. El teatro le repugnaba sin saber bien por qué: acaso por la leyenda de liviandad, acaso—y esto es más probable—por haber visto siempre en él degradadas las pasiones heroicas... Por entonces la sociedad obrera del pueblo organizó un mitin y se anunció que vendrían de Madrid los apóstoles de la revolución: Elvira resolvió ir. Para conseguirlo hubo de recurrir a halagos inútiles, y al cabo dejó de rogar, decidida a obrar con astucia. Doña Julia y Emma pusieron el grito en el cielo y la llenaron de improperios. "Sólo le faltaba hacerse de esas que por París y Londres tiraban piedras en lugar de estar barriendo o remendando calcetines." Elvira tuvo impulsos de argüir los ejemplos innumerables de competencia y abnegación dados por las mujeres inglesas y francesas, no sólo en las profesiones de tradición femenina, sino en aquellas para el desempeño de las cuales habíase reputado imprescindible al hombre, mas no quiso suscitar nuevas burlas que la encolerizaran y sólo dijo:

—Me parece que cuando dice el prospecto que pueden ir señoras...

—Mira las pelanduscas que irán.

—Claro, no se trata de una novena.

—Ya saliste con una chuscada de las tuyas.

—En todas partes ir a un sitio donde puede aprenderse algo, es un mérito; y si vosotras leyérais algo más que el folletín, os convenceríais.

—Pero, ¿te crees tú que eres la única leída del mundo? ¡Qué ínfulas! Antes de que tuvieras dientes ya había oído hablar tu madre de todas esas trapatiestas que no son en el fondo más que cosas que yo me sé...

—Bueno, tenéis razón.

—Nada, que dentro de poco tendremos que hablarle con diccionario.

La cólera que quería evitar estaba a punto de dominarla, y calló; pero su voluntad quedó erguida y dispuesta a ejercerse para lograr de cualquier modo su propósito. Si era preciso un escándalo, lo arrostraría; quizás para sus planes futuros conviniera imponerse de un solo golpe a la tensión del pueblo. ¡Quién sabe! La reunión debía realizarse por la tarde y esto facilitaba su plan. Con cautela, desde muchos días antes, veló el paso del jorobadito y lo detuvo:

—Hola, Antonio, ¿es que no quieres ser ya mi amigo?

—Siempre lo soy, demasiado lo sabes.

—Pues los amigos son para las ocasiones... ¿No es así? Necesito pedirte una cosa: ven el jueves por la tarde a la reunión.

—Puedes pedirme lo que quieras; y ahora mismo.

—No, el jueves. ¿Vendrás?

—Me habían dicho que tú nunca salías a la sala.

—Es cierto; pero saldré el jueves para hablar contigo.

—¡Hace ya tanto tiempo que no vengo a tu casa! Tu madre y tu hermana van a extrañarse.

—En ese caso no vengas, hijo. Y muchas gracias... Yo creía que tú estabas por encima de esas sandeces y tenías gusto en servirme.

Y él entonces, irguiendo la cabecita fina sobre las dos jorobas, con un gesto a la vez ruboroso y altivo, prometió:

—Vendré.

En la tertulia del siguiente jueves la salida de Elvira produjo tal estupor, que casi no quedó ya sorpresa para comentar la llegada del jorobadito y el coloquio de ambos. Eulogio Ochoa coqueteaba en el balcón con Emma, y Cecilia Luque se quejaba de sus jaquecas pertinaces, mientras Rosita Gil, sentada con aquella dejadez tropical que sugería siempre a los hombres la idea de fatiga o de excitación, describía lánguidamente a las hijas del director de Correos y a las de Puig la apostura del nuevo barítono. Sólo doña Julia seguía con curiosidad, donde el cariño maternal se impurificaba por una chispa de codicia, la charla de los dos inesperados contertulios. "¿Iría aquella hija de su alma a hacer por primera vez en su vida algo con sentido común? Antonio no era ciertamente hombre para ella, que merecía un príncipe, pero los tiempos estaban muy duros, y el chico a la muerte de su padre quedaría bien, lo que se dice bien"... Elvira hablaba, hablaba con vehemencia, y la pasión embellecía su rostro; el jorobadito la escuchaba quejarse de la vida sórdida, sin ventanas hacia el ideal; de la necesidad de su alma de hallar una zona donde ejercer sin restricción el ansia de saber, de ser útil, de engrandecerse. Se ahogaba en la estrechez material de su casa y en la estrechez moral del pueblo, que para concluir de parecerle abominable seguía viviendo su vida de egoísmos, de indiferencias, de rastrerías y tropelías mezquinas, sin preocuparse del drama inmenso en que se debatía, con la sangre y los dolores de medio mundo, algo no claro para ella, pero sin duda mucho más grande que las elecciones y los chanchullos del Ayuntamiento. Él asentía cautivado, preso en el magnetismo sensual vivo en las protestas, hasta cuando pretendían hacerse más ideales, más incorpóreas; y sólo al oírla protestar con colérica voz de aquel atractivo de su cara y de su cuerpo, que parecía acaparar la atención de todos sin dejar nada para el espíritu aprisionado dentro, Antonio movía su manecita de niño para expresar también su impresión de hombre: el vasallaje a aquel gestecillo de la boca más persuasivo que las propias palabras, a los ojos chispeantes y hondos, a los brazos, al cuerpo ¡ay! tan distinto, no sólo por el sexo, sino por la perfección, del suyo donde también vivía enjaulada

un alma inquieta... Cuando se separaron estaban ya de acuerdo: él la esperaría tres días después, media hora antes del mitin, frente a la placita de las monjas; ella bajaría con la vieja Dionisia, su ama, a quien iría a buscar a su casuca del arrabal, para evitar cierto género de habladurías. Y así se hizo.

Cuando después pensaba en el mitin, sobre todas las emociones dominaba en Elvira el recuerdo de un agrio olor a muchedumbre. Aquellos discursos de frases gruesas y apoyadas por ademanes, más que enérgicos, descompasados, parecíanle vanos y viejos a pesar de no haberlos oído ni visto jamás. La suciedad, la grosería de las interrupciones, el producirse los oradores en el escenario—símbolo para ella de toda mentira ingeniosa—, la certeza de que luego volvería todo a seguir el cauce ingente de la injusticia, la desilusionó de improviso; y, sobre todo, la hirieron como afrentas las miradas libidinosas de muchos y los requiebros dichos en voz alta, casi con la impunidad ofrecida por la insignificancia de su acompañante. ¡Cuánto debió sufrir el pobre Antonio aquella noche! Elvira lo recordaba hundido en la butaca, un poco trémulo, como si el tono marcial de los oradores aumentara su deseo de erguirse; una vez sus manos se juntaron para aplaudir y a ella le volvió a parecer un niño, y fue entonces cuando todo tomó para ella apariencia de espectáculo, a ratos risible, a ratos indignante. El azoro del ama se manifestaba en monosílabos aprobatorios: "Bien" "Eso" "Cabal"... Y entre la mujer que apenas entendía, y el cuerpo deforme que de vez en cuando rozaba el suyo, sintió Elvira anhelos de fugarse, de saltar desde allí hasta su cuarto, hasta su bañadera; de desinfectar su cuerpo y su espíritu, de rehuir la espesa multitud cuyo vaho a sudor y a vino la perseguía hasta en el recuerdo, y el cuerpecillo monstruoso de Antonio, y hasta la vieja ama de cuyos senos, ahora flácidos, repugnantes, había extraído ella los primeros jugos de la vida.

Y entró en su casa triste, como después de uno de esos pecados fatigosos que dejan el alma siempre insatisfecha y manchada. No pudo comer; y para no soportar la presencia de

Emma, la voz aguda de doña Julia, las uñas cadavéricas de su padre, se fue a sentar al cuarto del abuelo; allí estuvo acurrucada, silenciosa para no despertarlo, desorientada y desesperada por su fracaso. De pronto sintió los ojos otra vez infantiles a fuerza de vejez, abiertos sobre ella, y la voz trémula salió de entre la maraña de plata:

—Contigo estaba soñando, nenita...

—Pues sigue; yo velo tu sueño... Te pondré la almohada mejor... así.

El anciano volvió a cerrar los ojos; sucedió un silencio, y de súbito la voz volvió a oirse otra vez:

—Quiero que no eches en saco roto lo que te dije del nieto de Juan el Trajinante... Debéis hacer buena pareja.

Aquel novio imposible, no sabía si muerto o si ausente, se asoció en su pobre alma torturada con las impresiones del día; y una de esas congojas incomprensibles, porque están hechas de multitud de menudos dolores, la sacudió toda ante el abuelo cuyos brazos, aislados por la parálisis de la ternura desbordada del corazón, no se podían tender hacia ella para calmarla, para mimarla...

IV

El disgusto familiar duró poco y, como siempre, se resolvió en burlas. Ninguno tuvo penetración de inteligencia ni de cariño suficiente para comprender las causas de aquella absurda salida en compañía de Antonio y del ama; y a la misma Elvira quedóle un desasosiego, un descontento que durante más de un mes le obligó a esquivar hasta la misma compañía de aquellos que la habían ayudado a delinquir. La vehemencia de su carácter la indujo a buscar en el extremo opuesto una válvula a su energía, y doña Julia y Emma la vieron con deleite realizar por sí sola, movida de una especie de frenesí trabajador, todas las faenas domésticas de la casa. No se arreglaba, no volvió a salir a ninguna de las reuniones, ni siquiera se asomaba al balcón en los crepúsculos. Pero esto duró poco: la vida muscular no logró enmohecer los ejes del molino de la

fantasía sino corto tiempo, y una noche, inesperadamente, en el yermo de posibilidades surgió una que se fué precisando, mirificando. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Catequizaría a Emilito Rocas, se casaría con él, restauraría la casa y la hacienda desmoronadas e impondría de nuevo al pueblo el sentido de los blasones. Ya tenía obra en que emplear las fuertes potencias de su alma. Procedió con tanto método y cautela, que cuando los más suspicaces advirtieron los primeros indicios ya llevaba andado gran trecho. Su voluntad halló manera de ejercitarse, y fríamente, sin desfallecer ni abandonarse un solo minuto, aprovechó todos los recursos y modificó muchas contingencias. Emilito Rocas no era mal parecido, y a diferencia de su hermano, que estudiaba en Toledo, conservaba en medio de su pobreza algo de alcurnia. Poco inteligente, abúlico, abrumado por unos apellidos de cuya prosapia y pasado esplendor oyó hablar siempre, tenía, a trueque de cierta prestancia física aumentada por la rigidez, algo receloso en el hablar, como si temiera dejar traslucir que su nobleza era por completo ajena a su persona. Vivía con su padre, hombre débil, gallardo y gran aficionado a la caza, con su madre, señora tramposa a quien en muchas tiendas negábanle ya el crédito con el cazurro pretexto de "acabárseles de terminar" todo cuanto pedía, y con su tía Adela, santurrona estulta y despreciadora de la mesocracia... Establecido por Elvira el primer eslabón de la seducción, los otros se anudaron lógicamente. Cuando doña Julia y Emma la vieron arreglarse otra vez con esmero y salir al balcón, comentaron: "No podía durar tanta belleza"; mas no pudieron percibir nada. Durante muchas tardes Elvira lo vió pasar en apariencia indiferente; y un día en que, al fin, su paso coincidió con no haber nadie conocido en la calle, dejó caer el abanico y él se acercó presuroso a recogerlo. Con este motivo entablóse el primer diálogo:

—No se moleste usted.

—No faltaba más... ¿Me permite que se lo suba?

—Muchas gracias... Voy a descolgar un hilo, usted lo ata, y así se ahorra los escalones... Hay días en que tiene una manos de trapo.

Y al decirlo mostró sus manos perfectas en un ademán que avaloró el talle y el busto. Todavía, antes de entrar, añadió sonriendo suavemente:

—Usted me dispensará un momento, ¿verdad?

Cuando tras largos trámites el abanico fue amarrado y volvió a monos de su dueña, Emilito saludó y se fué; mas, antes de tomar la calle de bajada hacia el puerto, Elvira le vió volver la cabeza y su rostro no pudo reprimir un gesto de júbilo: la primera piedra de su edificio estaba colocada. A la tarde siguiente él volvió a pasar y saludó; ella le respondió sin extremar hacia la seriedad ni hacia la jovialidad su breve inclinación de cabeza; y también, como el día antes, le vió mirarla desde lejos. A los cuatro días de repetirse la escena, no se asomó, y desde adentro sintió sus pasos mucho menos rápidos que otras veces; tampoco se asomó al otro día, y al tercero, Emilito, después de saludar, se detuvo para decirle:

—Creí que estaba usted enferma. La he echado de menos.

—Muchas gracias... Por poco que una sea siempre ocupa sitio.

—Claro, además que... Lo de la enfermedad sólo me lo figuré el primer día.

—¿Es usted adivino?

—Si lo hubiera sido no habría tenido que preguntárselo a Eulogio Ochoa. ¿Verdad que me dispensa la indiscreción? Por cierto que, si usted me lo permite, me presentaré a su padre el jueves próximo.

—De seguro él tendrá mucho gusto en conocerle.

—¿No vendré yo a descomponer la reunión?

—¿La reunión?... Ah, eso es del negociado de mi hermana Emma... Perdone usted, me llaman... Con permiso.

Y respondiendo a la llamada imaginaria, entró para no volver a salir en toda la tarde. La situación del próximo día le pareció embarazosa, pues era igualmente perjudicial, según sus cálculos, no salir a entablar plática otra vez. Antoñito vino a sacarla del apuro. Casi desde la escapada no habían vuelto a hablarse; y como todo el interés del mirar recaía en las dos enormes jibas donde se apoyaba su cabeza, Elvira no

notó aquella tarde su demacración ni la niebla melancólica que cubría sus anchos ojos almendrados. Al llamarlo y acogerlo con una sonrisa, la niebla comenzó a desvanecerse, y al retenerlo las dos veces que esbozó el ademán de irse, se disipó del todo, como si dentro de él acabase de salir el sol. No aludieron al mitin ni a los lejanos años de la escuela; ella, agotados los temas, hubo, para retenerle, de aludir a las confidencias que le había hecho sobre su aversión al pueblo y sus ansias de abandonarlo. Emilito Rocas le dedicó al pasar un sombrerazo ceremonioso, y Elvira pudo comprobar la contrariedad que le producía el no hallarla sola, en el fruncimiento de los labios... Fueron quince días aprovechados concienzudamente, quince días de avance paulatino, siempre con la precaución de poder dar el paso hacia atrás sin quedar comprometida o burlada. Cuando llegó el jueves, estaba febril; no pensaba salir a la sala, y, sin embargo, sintió la necesidad de estar bonita; su tocado fue largo e interrumpido por meditaciones; a veces la vibración de su alma y casi de su cuerpo le sugerían esta duda: "¿Estaré enamorada? ¿Habré hecho como esos niños que se inventan un espectro para tenerle miedo después?" La llegada de los primeros visitantes la calmó y fué a sentarse, como de costumbre, junto al abuelito. De tiempo en tiempo detenía la conversación para espiar unos pasos que reconoció al cabo: ya estaba allí. Lo hubiera identificado hasta por el salto que dió gozoso su corazón. El murmullo que llegaba de la sala bajó de tono, tornóse circunspecto y volvió de nuevo a elevarse hasta que lo rasgaron las carcajadas robustas de Eugenio Ochoa y las voces puntiagudas de doña Julia. Dos insinuaciones del viejo acerca de las presuntas excelencias del nieto de Juan el Trajinante, quedaron sin respuesta. De pronto Emma entró muy sofocada a decirle:

—Chica, debías salir... Está Emilito Rocas. ¡Si vieras qué simpático es! Y nada orgulloso. Ha preguntado dos veces por ti... Anda, anímate.

—No sé a qué vienes con embajadas. Ya sabes que no salgo.

—Como hace días saliste una tarde...

—Pues hoy no.

Su voz era colérica, casi furiosa. Emma se encogió de hombros, volvióse a la sala, y en seguida Elvira oyó su risa y la sintió como una ofensa. Entonces acometióla un deseo extraño: que el abuelo se durmiera, para ir a pasos quedos a la alcoba de sus padres y oir al través de la puerta las conversaciones de la tertulia. Se acercó al paralítico y, después de mullirle bien la almohada estuvo pasándole la mano por la frente, sin hablar, con toda la energía de su ser puesta en el propósito de dormirlo, hasta que los párpados fueron juntándose. Luego se quitó los zapatos y, levemente, en puntillas, encaminóse a la alcoba paterna. Empezaba la noche, la reunión no podría durar ya mucho. Desde su observatorio las voces percibíanse distintas: Eulogio Ochoa despellejaba a Rosita Gil, y doña Julia y Emma reían sin pensar que otra vez pudiera el murmurador esgrimir su gracia contra ellas. Una de las de Puig hablaba con gran encomio de un señor sueco recién llegado a la fonda: era, según ellas, ''no sé qué de su país'' y venía a causa de un navío que debía de llegar en breve y el cual podrían ir todas a visitar, pues las había invitado... ¿Por qué estaba tan callado Emilito? Elvira pensaba hasta lo que ella habría dicho de ser él, y al cabo le oyó hablar en tono algo recio y complacióse en pensar que hablaba un poco para ''afuera''. La puerta crujió; ella se apartó con sobresalto y fue a acodarse en la balconada. El frío de las baldosas le produjo una sensación de bienestar. La calle estaba obscura, y al asomarse Elvira creyó percibir una sombra pequeña, monstruosa, que se alejaba y desaparecía en un recodo; mas, estaba llena de sus pensamientos y la vida objetiva aparecíasele como algo irreal. ¿La habría echado bastante de menos Emilito? En eso estribaba el triunfo de su estratagema y el que no resultase baldía la labor realizada. Apenas si notó que desde muy lejos venían acercándose por ambos lados de la calle oscilantes luces y el lento tañir de una esquila; era el Viático. El tumulto de los de la sala la hizo apartarse y estuvo a punto de ser sorprendida. Desde la sombra los sintió salir al balcón próximo, encender velas, arrodillarse. ¿Al lado de quién estaría

él? Al lado de Emma no, porque Eulogio la tendría acaparada... Desde la casa vecina anunció una voz adolecidamente:

—Es para el señorito joven de don Roque... Ya parecía un muerto la vez última que lo vimos. ¿Recuerda usted, doña Julia?

Por un momento Elvira pensó en aquella vida truncada al florecer, y a ella, cuyo mal era vivir mucho y muy pronto, se le cuajaron en los ojos dos lágrimas de férvida conmiseración. La calle iba poco a poco iluminándose, llenándose de susurros. Reflejadas en el cristal de uno de los postigos vió las luces, los oros de las casullas y del palio, la blanca cabeza del sacerdote que tantas veces la exhortaba a entrar en el redil como si fuera desmandada ovejita. No, ella no podía compartir la fe de su hermana y de su madre; ella no podía arrodillarse con instantánea compunción, para volver a reir en cuanto los cirios se alejaran. La causa suprema de la creencia es la muerte, el después de la muerte; y, a pesar del ejemplo del jovenzuelo próximo a morir, Elvira estaba tan saturada de ansia vital que la idea de irse del mundo antojábasele remota, quimérica. No se hinojó; ceñuda, nerviosa, vió oscurecerse otra vez la calle, apagarse los murmullos, perderse el tintineo de la campana... Otra vez la curiosidad de ver junto a quién habíase arrodillado Emilio, pasó por su mente; y volvió a apoyarse en la puerta, muy cerca de la cerradura, tratando de ver. Ya todos estaban de pie y se despedían. Con sorpresa oyó a Emilito Rocas decirle a su padre:

—Entonces quedamos en que mañana por la tarde, al salir usted de la oficina, vengo. ¿No es así?

—Eso es, sí señor.

Cuando él se fué, Elvira entró y no tuvo necesidad de preguntar: la nueva le salió al encuentro. Emilito y su padre habían simpatizado mucho y éste habíase ofrecido para dibujarle un árbol genealógico, trabajo de habilidad, de paciencia, que solo él en el pueblo era capaz de realizar. Elvira comprendió el subterfugio y sintióse un poco complacida, aunque al mismo tiempo contrariábala dejar de ser ella quien imponía el curso del acontecimiento. ¿Sería esto vago anuncio de domi-

naciones futuras? Al otro día estuvo indecisa: no salir era extremar demasiado la nota, ''brillar por su ausencia'', mostrar tal vez miedo. Lo mejor era no mudar sus costumbres, salir al balcón como todas las tardes... Poco antes de las seis lo vió aparecer allá lejos con un rollo de papeles en la mano. Su padre no había llegado aún, y él, a instancias de doña Julia, que en cuanto lo oyó hablar se asomó seguida de Emma, subió a esperarle. Ya los cuatro en la sala entablóse una conversación vulgar; y cuando menos podía temerlo, Emilito encarándose con ella le dijo:

—Anoche no quiso usted salir... ¿Es que no era la reunión de su gusto?

—Nada de eso; es que tenía que hacer.

—Diga usted que no... Es de lo más sosa y los jueves le da por quedarse allá dentro con el abuelo.

—Cada cual tiene sus aficiones.

—Sus manías, querrás decir.

—¿Es que le tira a usted el claustro? Sería lástima.

—Ni chispa. No me verá usted en la iglesia sino de Pascuas a Ramos; pero, la verdad, me tira menos la reunión.

El padre vino en ese instante jadeando y se excusó por la tardanza. ¡Ese jefe de negociado! Luego entró a cambiarse la ropa, y la conversación volvió a engarzarse. De pronto llegó del interior una blasfemia ahogada. ¿Había sido él? Sí, no era el abuelo como otras veces; el estupor de todas fue tal, que corrieron a ver; Elvira iba a acudir, pero doña Julia ordenó:

—Quédate con el señor Rocas... Dispense.

Y ella creyó mejor cumplir la orden. Cuando Emilito iba a hablarle, sin duda a insistir en las causas de su retraimiento, Elvira tuvo una inspiración repentina:

—Papá tiene un genio terrible—le dijo—. ¿Verdad que no se le conoce?

—No, nada.

Aquella calumnia al más indiferente y al más apacible de los hombres le pareció mentira útil para prevenir muchas cosas en lo por venir. Por lo pronto él mostróse un poquito cohibido; y cuando Elvira vió regresar a los suyos y supo que aquel

inconcebible exabrupto provenía de haberse roto, en el acele-ramiento de desnudarse, la uña preferida, la del dedo meñique, no pudo menos de sonreir. Emilito desplegó los papeles y en seguida empezó a explicar el trabajo. Del tronco sombreado con tinta de China salían ramas que se diversificaban y de las cuales pendían, a modo de frutos gigantescos, círculos con sendos nombres escritos en letra menuda. Mientras doña Julia, Emma y su mismo padre seguían aun con dificultad las genealogías, Elvira habíase dado cuenta ya, y en una de las ramas más altas, hacia la derecha, vió un circulito vacío, donde, si algo no venía a torcer sus planes, sería preciso escribir pronto un nombre: el suyo. Y tan inmensa fué su emoción, que hubo de salir y estarse fuera un rato, reportándose:

A partir de ese día la visita se repitió todas las tardes; la labor avanzaba con lentitud. Más de una vez Elvira vió los ojos de Emilito Rocas apartarse de la vitela, fijarse en ella a espaldas del padre curvado concienzudamente sobre el trabajo. Aún doña Julia y Emma no habían advertido los múltiples hilos tendidos entre Elvira y Emilio; ebrias de vanidad exhibían al nuevo contertulio, y ante las otras amigas hablaban de su intimidad con los Rocas con un énfasis que a Elvira le daba vergüenza y ganas de gritar: "Estúpidas, sólo viene por mí." El miércoles siguiente, cuando se despedía, él le dijo en voz acariciadora, suplicante:

—¿Mañana faltará usted también a la reunión?

—Como todos los jueves... ¿Es que no le parece que nos vemos ya bastante a menudo?

—No, no me lo parece... Ni podría parecérmelo aunque la viera a todas horas... ¡Salga mañana!

Nada más pudieron decirse, pero Elvira tuvo la certeza de que algo más concreto, decisivo quizás, habríala él dicho de no acercarse doña Julia. Al otro día, a pesar de sus deseos de acceder, no salió a la sala; desde el cuarto del abuelo, primero, y desde la alcoba más tarde, oyó su voz nerviosa, irritada. Con orgulloso júbilo comprobó que se iba más temprano. Por la noche asomóse al balcón y lo vió pasar dos veces y saludarla con frialdad delatora de que sus procedimientos eran certeros.

Hacía ya mucho que había pasado la última vez, cuando una mujeruca se detuvo ante el balcón y le preguntó misteriosamente:

—¿Es usted la señorita Elvira?

—Yo soy, sí.

—Me han dado una cosa para usted... Una carta.

Elvira dudó sólo un instante; luego se decidió con valentía:

—Tírela usted desde ahí, cuando yo me quite.

Entró y vió a la mujer apartarse hasta el centro de la calle y lanzar el papel doblado y lastrado con una china. En la penumbra de la habitación albeaba el mensaje misteriosamente, cual un destino. Elvira al cogerlo entre sus manos creyó sentir ya, por prodigiosa endósmosis, la emoción de las palabras escritas; y antes de intentar leerlo le dió cobijo dentro de su corpiño, casi encima del corazón que sólo por su llegada y su vecindad aceleraba los vaivenes. No pretendió imitar a Emma yendo a leerlo al último cuarto del pasillo, y se impuso el sacrificio de esperar hasta media noche cuando todos durmieran. Entonces encendió una bujía, desdobló el papel y leyó:

"Estoy adolorido, queridísima y soñadísima Elvira, de pensar que pueda usted reirse al leer estas letras. Las he pensado muchos días, muchas noches, y al ir a escribirlas sólo se me ocurre, para que sean menos imperfectas, decirle con las mismas palabras que me dijo usted a mí una vez de niños, en nuestra escuelita de la calle corta: ¿Quiere que vayamos juntos mundo adelante, unidos para siempre, hasta encontrar un sitio donde la gente sea, ya que no buena, menos mala que aquí? Lo que me confió usted la otra tarde de su desesperación, de sus ansias, me ha hecho atreverme. Poco soy y parezco menos aún, pero quiero tener la esperanza de que usted mirará algo más que el cuerpo. Con mi nombre, que pongo a sus pies, y con mi gran cariño, tal vez los dos fuéramos menos infelices... o felices. ¡Quién sabe! Un gesto o una palabra suya me bastarán para comprender si debo esperar.—*Antonio.*"

La letra clara, esmeradísima, se hacía temblona en los dos últimos renglones. Elvira tuvo primero sorpresa, ira más bien, y estrujó aquella carta que no era la esperada. Esta violencia duró muy poco; después, a medida que se fué calmando, dul-

cificó su alma una piedad purísima, dolorosa; una piedad casi maternal por aquel ser pequeño e inválido para la lucha de la vida, como un niño.

V

Y no llegó la carta de Emilito; no llegó por no ser ya precisa. Los acontecimientos tomaron ese curso acelerado tan frecuente en los asedios de amor, después del lento combate hasta reducir las primeras defensas. Ni siquiera Elvira, tan minuciosa, tan sistemática, pudo, al rememorar después, reconstituir paso a paso los que ambos dieran hasta encontrarse dos meses más tarde en una de esas sabrosas complicidades tácitas. El mundo se le antojaba menos adusto, más claro; y cada mañana, al vencer las neblinas del sueño, recobraba la posesión de su secreto y todo el día lo llevaba dulcemente escondido, cual un tesoro.

El cuadro genealógico fué terminado y se espaciaron las visitas; pero ya nunca pasaba él sin hallarla asomada al balcón, sin detenerse, sin cambiar muchas de esas palabras cargadas de sentido con que creen los enamorados engañar a todos. Un poco arrastrada por necesidad de la edad y del sexo, aunque sin renunciar a su sentido crítico, Elvira cedía; dosificábale las concesiones sin dejarlo adquirir ninguna ventaja positiva, haciéndose desear, y estudiaba al mismo tiempo su carácter: Emilio era impulsivo, sensual; el hábito de triunfar rápidamente teníalo excitado ante su resistencia; la táctica consistía, pues, no en neutralizar esos impulsos, sino en fortificarlos, en exacerbarlos hasta darles la tensión necesaria para salvar de un solo salto, sin titubeos, el paso entre el celibato y el matrimonio... Una de las tardes de visita, él le pidió, por gestos, que fuese a buscar algo en su sombrero puesto en la percha; Elvira se hizo la desentendida, y al cabo de mucho rato fué a ver: sujeto por la badana estaba un papelito proponiéndole cita a media noche en el balcón. Aquello no convenía a sus planes, y lo volvió a dejar jurándole después no haber comprendido sus señas. Resistir era su divisa, y sabía troquelarla en sus actos. En una ocasión, hallándose solos en el pasillo, ella vió

en sus ojos anunciado el designio de acercarse, de tomarle quizás la mano o la cara, y casi se sintió perdida; pero al tener ya los brazos tendidos hacia ella, tuvo la idea salvadora de decirle:

—Papá está ahí, por Dios... Ya conoces su genio.

Y él titubeó dando tiempo a que doña Julia apareciera. A veces la lentitud del procedimiento la exasperaba; hubiese deseado mayor celeridad o, al menos, mayores dificultades que acaparasen toda su inteligencia y energía.—Emilito es dúctil, demasiado ingenuo—decíase—, sin sospechar que no sometía tanto su inteligencia como fascinaba sus sentidos. Lo monótono de su vivir le pesaba más cada vez; las mismas horas sonaban igual para los mismos menesteres. El ''se continuará'' del folletín leído todas las tardes por su madre, parecíale el símbolo de su existencia.

El día en que debían visitar el vapor sueco, lo eligió Elvira de antemano para recapitular la situación. Habían convenido ir, además de las de Puig, doña Julia, Emma, Rosita Gil, Emilito y Eulogio Ochoa. Antonio fué también invitado, pero se excusó. Como si después de escribir su carta llegara a su espíritu, tardíamente, la certidumbre del fracaso, casi no buscó la respuesta. Elvira vió sólo una vez su cara de susto, muy demacrada, donde los ojos pareciéronle más anchos, más tristes; acaso fué el único que se percató de sus relaciones con el aristócrata, porque observó con el corazón. Y Elvira, que más de una vez tuvo miedo de no acertar a matar en él la esperanza sin herirlo y sin perder su pura amistad, vió transcurrir los días sin que la entrevista sobreviniese, y hasta casi llegó a olvidarlo. Elías Romero quiso también ir, pero Rosita Gil le puso el veto y no hubo manera de disuadirla. Elvira también la apoyó: ¿No le cuesta trabajo—adujo—saludarnos cuando va con amigas de esas que él llama de la aristocracia porque han logrado acaparar el dinero de todo Guardamar? Pues ahora nos toca a nosotras. Y el joven seudolondinense no pudo, en virtud de esta sentencia, permitirse la originalidad de ir con polainas a visitar un buque.

La cita era en el embarcadero chico y allí esperaban las de Puig acompañadas del señor sueco. La travesía fué corta.

El mar, movido apenas por la brisa, parecía venir todo hacia la barca. Eulogio Ochoa remaba vigorosamente; bajo la camisa veíasele el tórax, jadeante; Emma llevaba el timón; doña Julia se sobresaltaba cada vez que una de las bandas inclinábase hacia las grecas de espuma formadas por la proa, y sus chillidos hacían reir a todos. Ya lejos de la playa vióse el seno de la bahía, el pueblo apiñado en un leve repecho, algunos caseríos humosos; el sol, ya apartado del cénit, podía mirarse cara a cara; el azul del cielo era desvaído, casi blanco en los bordes; la atmósfera flúida, ligera; sobre los alcores clareaban las parcelas cultivadas, con su verde jugoso, los collados, los vallecillos cubiertos de fronda, y más lejos, como gigantes tutelares, cortaban el mirar las enhiestas montañas rubias de sol. Y todo el paisaje estaba envuelto en un silencio sutil, cordial, casi optimista. Daban ganas de abrir la boca, de absorber la tarde entera y saturarse de alegría... El barco, que desde lejos parecióles pequeño, fué agrandándose, agrandándose, y, ya junto a él, el botecillo parecía peligrar bajo la convexidad de la mura. Para subir hubo miedo, recelo, orden a los hombres de pasar antes para que no pudieran ver, favorecidos por la posición y la brisa, algo que todos los años enseñábase a sabor con motivo de los baños de mar. Desde la borda los marinos, fornidos y rubios, sonreían con fuerte candidez. El buque era grande, de 6,000 toneladas, y estaba allí por un azar de la guerra. Dos oficiales se aprestaron a hacer los honores del navío.

Después del aprovechamiento de espacio que sorprendió a todos, cada cual dedicó sus exclamaciones a maravillas diversas, según las peculiaridades de los espíritus: a las máquinas fragorosas y oleaginosas, a los salones laqueados, al orden de la despensa, a los frigoríficos, a la minúscula enfermería, a los puentes, a los aparatos de náutica... Emilito, ciego para todo cuanto no fueran los ricillos de una nuca y un cuerpo insinuado bajo la blanca y vaporosa batista, reprochaba a cada paso en voz baja y casi colérica:

—¿No decía usted que podríamos hablar aquí?... Hay que atreverse.

A Elvira le costó trabajo arrancarse del encanto aventurero exhalado por el buque, de la idea infantil de esconderse

en cualquier sitio y estarse calladita hasta que estuvieran ya en alta mar, muy lejos. La voz de Emilio la rescató de la quimera, e inmediatamente se dispuso a vivir su realidad y a infiltrarle algo de sus sueños si era posible.

—No se impaciente usted, tiempo habrá.

—Creo que por hablar nada pueden decirle. Ya ve usted a su hermana.

—No es por lo que me digan, es por mí.

—¿Se tiene usted a menos entonces?

—Según, eso es lo que hay que ver.

Llegaban al extremo de un pasillo donde la atmósfera era caliginosa, y se dispusieron a subir por angosta escalera de peldaños guarnecidos de cobre. Un oficial dió el brazo a Emma, y otro, al ver a Emilito cogerse al de Elvira, lo ofreció a Rosita Gil. Doña Julia iba detrás, y Eulogio Ochoa hubo de apencar con una de las de Puig. En el comedor teníanles preparado un refresco; todo muy limpio, muy cuco, con copia de confituras y galletas. Las solteronas y doña Julia tuvieron ocasión allí de dar suelta a su complacencia: el orden, la pulcritud de los camareros, la riqueza de la vajilla, las pirámides de naranjas que casi iluminaban el aparador, las maravillaron más que toda otra cosa. Emilito, inclinándose hacia Elvira al ofrecerla el té, susurró:

—Yo la quiero a usted, Elvira... La quiero con toda mi alma.

Ella se cercioró de que podrían hablar sin interrupciones, y entonces repuso:

—Así es como vale la pena de querer, pero...

—¿Por qué hace ese gesto de incredulidad?

—Porque no sé si usted merecerá que hablemos en serio, que es la única manera de hablar conmigo.

—En serio hablo yo; usted sabe que soy un caballero, que...

—Mire, Emilio... Sé eso y todo cuanto pueda añadir. Yo voy a hablarle con sinceridad, con rudeza tal vez, pero de una manera que no deje lugar a dudas en nuestras relaciones. ¿Usted quiere saber si le quiero? Pues... creo que sí; en todo caso me es usted física y moralmente—en lo que lo conozco—

simpático, más que simpático si le parece poco. Ahora me toca a mí preguntar: ¿Para qué le gusto yo a usted?

—Hombre, Elvira, para todo, para...

—¿Ve usted? Esa pregunta tan simple, lo ha desconcertado y lo hace recurrir a vaguedades que yo quiero evitar. Para todo no puede ser, ya que tiene que ser sólo para una cosa: para casarnos. Cien palabras son mucho menos costosas que un hecho. Vamos a ver; ¿usted ha dicho ya algo en su casa?

—No, es decir... He hablado de usted, de...

—¿Y qué?... No calle; yo misma le daré la respuesta: su elección ha parecido mal. No me extraña, y además no me ofende... Ustedes tienen su nobleza y la cuidan, hacen bien; en mi sentir la cuidan poco, ya ve si soy franca. Tampoco creo yo que mi elección, si es que llego a elegirlo, sea grata a los míos; figúrese; la nobleza no es todo, estos tiempos son materialistas; los padres, con su egoísmo, quieren continuarse en los hijos, o al menos resarcirse de los gastos que por ellos hicieron, ¿comprende? Puesto que he llamado a lo mío por su nombre, no debo andarme con rodeos para lo de usted: todo Guardamar sabe la situación de su casa. A mí no me incumbe el motivo, pero nadie ignora que su primo el de Madrid se va poco a poco quedando con todo y que a cada venta cae sobre ustedes una lluvia de acreedores que casi desmigajan el dinero antes de llegar.

—Es verdad, Elvira... Me da pena decirlo.

—Lo que debía darle pena es el no evitarlo... Vamos a lo nuestro: si nosotros nos queremos ha de ser usted por mí y yo por usted, desprendiéndonos del interés de las dos familias que desearían para cada uno el matrimonio de conveniencia que remediara la situación... Modestia aparte, yo me creo capaz, con orden, con tiempo, de poner en pie muchas cosas que se creen caídas por cobardía e incuria de todos. Usted es abogado, ¿verdad?

—Sí.

—Y como si no lo fuera; ahí está el daño. Yo soy maestra y me siento capaz de ejercer... de todo con tal de no vivir así, como con miedo, sin vida. Piense usted en todo esto y hábleme

cuando lo haya pensado mucho... si es que entonces no prefiere callarse.

—¡Oh, Elvira!

Les fué preciso intervenir en la conversación general. La mayor de Puig había oído decir que Antonio el jorobadito acababa de heredar al hermano de su padre, un potentado de la capital. Entre veras y burlas comentábase el capricho de la Providencia que así dotaba a un ser tan poco necesitado de bienes. "Eso lo consolará de no ser buen galán"—dijo doña Julia mirando a Eulogio, serio con Emma a causa de las atenciones del oficial... Y Elvira sintió por las palabras de su madre una repugnancia superior a su respeto al pensar en la pena incomparable que estaría pasando el pobre contrahecho a quien la Naturaleza no quiso siquiera añadir las jorobas espirituales de la inconsciencia y la vanidad; al pensar en la pobre alma presa, en el pobre ser joven y apasionado que huía de la juventud y del amor ruborosamente, como huyen de los sanos los leprosos.

El retorno fué melancólico. Las montañas parecían más distantes, y sombras violetas descendían de ellas amortajando la campiña. Las lucecillas doradas de Guardamar fueron multiplicándose; en el fondo de la bahía el buque llegó a ser sólo una línea sobre la cual, tal dos estrellas de milagro, lucían una llamita verde y otra blanca. Por la calle Emma y Eulogio no se hablaron. Ya en casa, doña Julia dijo a su marido mirando a las muchachas con sorna:

—¿Sabes que Antonio ha heredado una millonada? Y con el carácter que tiene. Pero como nosotros, como si no; los hijos que miran por sus padres sólo se ven ya en las novelas. A ésta—por Emma—le da por los barbilindos, y ésta tiene en la cabeza casarse, sino con un príncipe, al menos con uno que tenga escudo para poner en el coche y no tenga coche donde ponerlo... Jí, jí jí...

La risa aguda hizo a Elvira el efecto de un arma que entrase en su sensibilidad rompiendo muchos de esos ligamentos invisibles que unen siempre a madres y a hijos. La dignidad maternal parecíale empequeñecida, bastardeada con aquellas cábalas crematísticas. Y otra vez rodeó sus actos de cautela para

dar el golpe a seguro. Ni de la menor concesión pudo ufanarse Emilio; siempre vivo, mas siempre apartado por una distancia variable cada día, aquel efluvio erótico más eficaz para él que la inteligencia, lo mareaba, iba aboliendo sus prejuicios, hasta disolver sus rancias y orgullosas ideas en el anhelo de poseerla. Los esfuerzos de la mujer para dosificar ese influjo fueron enormes: el cerebro domeñó hasta los ímpetus más inocentes de la feminidad. Ni un apretón de manos fué correspondido, ningún roce furtivo consiguió estremecerla, y al mismo tiempo, palabras vagas, gestos apenas iniciados equivalían a decirle: "No, no soy fría; fíjate y verás mil promesas de llamaradas." ¡Con cuánta codicia vióla él besar más de una vez húmedamente, calculadamente, al nene de los vecinos del segundo! No hubo gesto, palabra, mohín, que no estuviese implícito en los precedentes y no obedeciese a ulteriores propósitos; la cadena de cálculos no tuvo ni un eslabón roto por lo imprevisto. A los cinco días de la excursión Emilito no había hecho referencia a su coloquio en el buque, y ella no parecía impacientarse; a la semana fué él quien dió muestras de desasosiego:

—Mire que es usted extraña, Elvira.

—¡Extraña! ¿Por qué?

—Yo pensé que me pediría una respuesta.

—Las contestaciones que han de influir mucho en la vida deben pensarse mucho... Ya me contestará cuando haya pensado... Cuando se haya convencido de que el cariño no era tan grande como se figuró... Sí, sí; no crea que todo el mal está en engañar, sino también en engañarse.

—En eso ya sabe que es usted quien se equivoca... He pensado todo y puedo contestarle, pero...

—Ahora es usted quien usa la palabrita que el otro día le fué tan antipática.

—No, ese pero no es como el de usted... Yo no tengo ni su talento ni su... bueno, ya ve usted que le hablo con el corazón en la mano. La quiero, estoy dispuesto a todo, y cuando le diga sí, será usted quien disponga la manera como ha de hacerse con tal de que lo hagamos cuanto antes... ¿Le satisface eso? El pero es una petición, una súplica... Mi tía Adela, que es mi madrina y no me niega nada, quiere tener el gusto de co-

nocerla antes... El domingo en misa, por ejemplo.. Usted se pone en el reclinatorio de al lado, y hablan así, como de casualidad... Ya le he dicho que es una súplica.

Elvira pestañeó muchas veces antes de responder; por instinto comprendió que en aquella prueba, a pesar de su impertinencia y de cuanto pudiese tener de vejaminosa, estaba la posibilidad de jugarlo todo a un solo albur. Se trataba de seducir, de sojuzgar a la beata, y eso convenía a su carácter; mas al mismo tiempo algo recóndito, de raza, le sugirió el medio de hallar venganza para la mortificación de someterse al visto bueno de aquella vieja imbécil cuyo único mérito era llevar en las venas sangre, empobrecida ya, de algún hombre o mujer capaces, como ella joven y oscura hoy, de fundar una dinastía.

—Yo no tengo inconveniente—respondió bajando los ojos—con tal de que tú te sometas también a otra prueba; es lo justo.

—¿Yo?...

—Sí... Que entres conmigo al cuarto de mi abuelo, que él te vea y que tú no desmientas nada de cuanto yo le diga... Ya ves que no es mucho pedir.

El, con su impulsividad de siempre, dijo alzándose:

—Vamos cuando quieras; ahora mismo.

—Espera, he de encontrar antes un pretexto... No me gusta que seas así, tan pronto.

Poco después encontró coyuntura, al ir a despedirle, y ambos entraron en la alcoba. El anciano los vió sin sorpresa, cual si los aguardara; sus ojuelos infantiles sonreían y otra vez sus brazos tuvieron la sombra de una agitación: el deseo de abrazar. Elvira, poniéndose detrás de él, hizo a Emilito nueva y muda demanda de silencio, e inclinándose al oído del abuelo dijo suavemente:

—Es el chico de Pedro el Trajinero. ¿Sabes?

—Yo...

—Calla...

—Sí, sí... ¿No te dije que tenía que ser guapo mozo? Se parece al padre de su abuelo.

—Díle algo, bobo... Dile que tu padre vendrá a verle uno de estos días.

Emilito respondió de modo maquinal, sobrecogido por la

augustez desvalida del viejo, por el desamparo del aposento, lo inesperado de la escena y, sobre todo, por aquel tuteo repentino y delicioso de Elvira. El viejo sonreía mirando a su nieta. Esta dijo:

—Nos queremos, abuelo, y vamos a casarnos aunque somos pobres.

—Se es menos pobre con cariño y con vuestros años, porque son casi dos riquezas... Cuando te cases, si no te asusta el mar, podréis ir a Venezuela a recoger algo bueno escondido allí... Quizás te lleves dos tesoros, tunante.

Elvira entonces susurró:

—A nadie digas nada hasta que yo te avise... Quise que fueras el primero en saberlo... Ahora nos vamos antes de que vayan a venir... Dile adiós, bobo.

Mientras ella le mullía la almohada, Emilito cogió una de las manos inertes y puso en ella los labios. Los ojuelos estaban nublados de ternura y el mirar los acompañó hasta que traspusieron la puerta. Ya en el pasillo él se sintió libre de aquella emoción casi religiosa, y, como si saliese del templo, seguro, sin recordar siquiera el juego extraño de que acababa de ser protagonista, la atrajo hacia sí y la besó en la boca largamente, ávidamente. Elvira estaba fría, trémula, feliz. Comprendía que el circulito vacío del árbol genealógico dibujado por su padre, era ya suyo.

VI

Como si aquel calendario tan monótono quisiera de pronto resarcirla de su lentitud, a Elvira le pareció que el tiempo se aceleraba; tanto, que ni a ordenar sus impresiones le dejaba lugar. A veces sentía sorpresa de ver realizarse los designios por ella misma preparados; la facilidad de las cosas la asustaba un poco. Su entrevista con la tía Adela antojábasele ya distante; y el carácter novelesco de aquella mujer que pasaba la vida entre novenas y novelones tomados a crédito, su idea del matrimonio por sorpresa y los obstáculos que para realizarlo hubieron de vencer, el revuelo del pueblo, los días aciagos en su casa mientras resolvían si partían a América o no, las visitas inqui-

sitivas de las de Puig y Rosita Gil, el mismo recuerdo lleno de emoción de aquella mañana en que sus suegros fueron a buscarla, la abrazaron delante de su madre y Emma y le dijeron: "Lo hecho hecho está, y vosotros no os vais a Buenos Aires, sino a casa", esfumábase en la lejanía. ¿Por qué el tiempo ha de marchar siempre demasiado despacio o demasiado deprisa?, decíase, sin lograr responderse esta sencilla verdad: porque cuando nos encontramos bien jamás pensamos en el tiempo.

La realización del amor le produjo decepción física. De no haberse encastillado y roto con todas sus amigas de antes, les habría dicho: "¿Y por eso os afanáis, os desveláis; por eso solo, habiendo otras cosas en el mundo?" Sin duda el hecho de poseerla ya—¿desear no vale tanto como ir y poseer, como llegar, como volver?—era causa de la tibieza gradual de Emilito y de su propia desilusión al verse dueña ya de la casa de los escudos, al irse enterando de que la ruina corría por un camino inclinado imposible de desviar. El anacronismo del antiguo caserón, parecía tener viva copia en la familia vieja y rezagada en aquella calle de aquel pueblo; el caserón con sus balcones volados, su escudo de piedra, sus desconchaduras en la fachada de estilo mudéjar, y la familia con sus indolencias, sus desconchaduras morales, sus ineptitudes para ser abejas activas en el tumulto de la vida de hoy, parecían víctimas del mismo fatalismo. Con ardor heroico, Elvira registró papeles, fué poco a poco enterándose de los gravámenes, de los censos, de los lazos tendidos por los prestamistas; escribió en un libro—tomado a crédito también—cifras que obedecidas durante algún tiempo podrían redimirlos, propuso un plan adoptado con entusiasmo y abandonado con presteza. ¡Quiso contrarrestar con su laboriosidad la incuria de todos!... No era posible. Ninguno allí era malo, pero ninguno era capaz de mostrar energía, de sentido ideal, ni siquiera de sentido práctico; del espíritu que creara su alcurnia, quedaba sólo algo de altivez y unas cuantas palabras; don Quijote y Sancho habían pasado inúltimente por el mundo para ellos. Su nobleza estaba a flor de labio siempre, y ningún sacrificio se imponían para sacarla del arroyo. Y Elvira llegó a sentir con más intransigencia la superioridad del apellido que no era suyo y a llorar con me-

jores lágrimas el auge dilapidado e irrecobrable. Cada dos o tres meses don Marcos el usurero tenía con su suegro una conferencia en el despacho; entonces sobrevenía una época de "vacas gordas": su suegra salía con vestidos joyantes, regresando siempre agobiada de paquetes, la tía Adela reponía sus novelas y sus devocionarios, Emilito estrenaba un traje, al hermano ausente se le giraba algo, el padre adquiría un par de perdices machos para la caza, y lo demás se pulverizaba entre la cohorte de acreedores. Todo era inútil, inútil, inútil.

El Emilito entusiasta de antes, sólo lo recobraba Elvira por las noches, en la intimidad de la alcoba, cuando ella, más que responder a sus caricias, tenía ganas de llorar el fracaso. Por el día era otro; en cama hasta la una, vagaroso después por los salones de alto artesonado, sentándose tan pronto en actitud meditativa—para no pensar en nada—ante cualquier bargueño o tumbándose aun en uno de aquellos divanes que, con esa ironía de las cosas, parecían complacerse en conservar las huellas de tantas perezas, caían sobre él las horas, semilla suprema, como la evangélica simiente caída en pedregal. Elvira llegó a pensar que aquella dejadez fuese debida a algún sortilegio de la casa. ¿Tendría la sombra de los muros algo del poder letal de la sombra de algunos árboles? Su cabecita, que ella creyera tan segura, comenzaba a buscar en supersticiones la razón de aquel desconcierto, sin resignarse a confesar que no tenía razón alguna. Jamás ninguno de la familia tuvo para ella palabras sin mimo; todos la querían; la suegra habríase endeudado hasta lo infinito por traerle regalos de la calle, la tía Adela hablaba a los cuatro vientos de su hacendosidad, de su distinción "que la hacía tan diferente de su demás familia"; y jamás vino el suegro de caza sin traerle, asignadas ya, las mejores piezas. No quedaba siquiera el recurso de incomodarse. Todos parecían niños inconscientes, y Elvira casi no podía irritarse al verlos pretender suplir con zalemas su enorme incapacidad para la vida.

Y el tiempo corría. Elías Romero cambió los botines claros por otros color pizarra, las Puig fueron a la estación a despedir a los veraneantes, Rosita Gil esperó excitada y ojerosa la llegada de la compañía de zarzuela por ver si venía

"aquel barítono", Cecilia Luque arreglóse con el médico y, curada ya de sus jaquecas, dábanla mancomunadamente a los demás; los árboles del muelle perdieron las hojas, Elvira sintió entrar por las ventanas y cristales los rápidos cierzos de invierno, en casa del Director de Correos volvieron a celebrar el día de San José, y vástagos tiernos asomaron en los troncos rugosos de los árboles de la carretera, mientras a uno y otro lado alguna amapola se mecía en el ondular de la campiña. ¡Pronto hará un año, decíase Elvira, un año! Su vida tenía algo de fantasmal: iba arrastrada por la corriente, sin ánimo siquiera para detenerse a recapitular las etapas. ¿Dónde estaban los sueños de triunfo, la esperanza de lograr el vasallaje del pueblo? Respeto externo, sí... ¿Respeto? Acaso sólo fuese otra forma de cazurrería: aquella gente hecha ya a saludar a diputados, a quitarse el sombrero ante curas y recaudadores de contribuciones, no les importaba reverencia de más. Pero, apenas encubierta por esa sumisión, percibía ella dejos de desdén, mejor aún, una indiferencia—villano espejo de la indiferencia de los mismos nobles—que iba aflojando todos los propulsores morales, aguando todos los entusiasmos, dando a Guardamar el aspecto de un superviviente.

Un día, Emilio, al volver de la calle, le dijo:

—¿Sabes lo que me han dicho en el Ayuntamiento? Que tu hermana está haciendo cucamonas a nuestro vecino.

—¿A nuestro vecino?

—Sí, mujer... Al jorobeta... ¡Tiene gracia!

—Una gracia triste en todo caso.

—Eulogio Ochoa dice que cuando lo coja le rompe la crisma. Va a haber gresca.

Ella nada añadió; la nueva era sólo otra gota más en el vaso. Apenas había vuelto a su casa; sin romperse, las relaciones fueron debilitándose. No quería Elvira dejar traslucir sus estrecheces ni el torcedor del remordimiento. Además, la actitud del abuelo la contristaba: ni un reproche, ni una pregunta: sólo una sombra mate sobre los ojuelos; la barba falta de cuidados extendíase ahora caudalosa amplificando el rostro. Y su madre y Emma, que achacaban a orgullo su actitud, respondíanle con frialdad que poco a poco fué convirtiéndose en

distancia. Sólo el padre iba alguna vez a casa de los próceres y andaba por los salones encogido, temeroso, chasqueando las uñas, pasmado ante los muebles de taracea, ante el salón donde se alineaban los retratos de los antepasados, ante el árbol genealógico, su propia obra, que por estar en el testero parecíale algo sagrado, digno de silencio y adoración.

Ni a sí misma se atrevía a confesarse Elvira que era infeliz y que su paso era irreparable. ¡Ah, si los cálculos de la vida pudieran borrarse como aquellos que hacía en la escuela, junto al desventurado Antonio! Pero no, aquí cada operación era un hecho, un día, un mes matado... Y esos cadáveres de días alineados en su memoria, se iban alejando, alejando, llevándose su juventud... Y unas veces le daba ira, otras melancolía, otras frenético ímpetu de luchar de nuevo. Como si toda su vida estuviese vinculada al escudo de piedra esculpida sobre el portalón, lloraba la decadencia de la casa; y la carcoma que iba poco a poco royendo las vigas de cedro y de alerce, la sentía roerle el corazón. A veces se indignaba, clamaba contra el desorden, y al dejarse ir en el oleaje, sin oponerse con vigor para ahogarse al menos contra la corriente, ella hubiera recurrido a los cáusticos tremendos, a cualquier extrema medida con tal de rescatar los despojos del patrimonio y salvarlos agrandándolos con la seriedad y el orgullo. Las deudas pequeñas, las mentiras a las criadas cuando no podía pagárseles, las cuentas en las tiendas, aumentadas por la desorganización, la exasperaban. Una vez pensó abordar a don Marcos, pedirle un crédito para unificar la deuda y, con ello, reducir la vida y tratar de poner en actividad las pocas fuerzas de la casa. ¿No era estúpido que su suegro siguiese afiliado al carlismo, siquiera platónicamente, dando el prestigio de su nombre a una causa imposible y renunciando así a ciertas ventajas que la política daba a otros? Y Emilito, aquel Emilito de alma infantil y apetitos vehementes, hombre sólo para la sensualidad, capaz de todo, hasta de casarse, por satisfacer un deseo, ¿no saldría nunca del marasmo? Elvira fraguaba intrigas, planes, pero todos se diluían en el nirvana de la casa; ni siquiera oponíanle la objeción. La tía Adela se entusiasmaba al oirla y después olvidaba todo, cual si se tratase de otra novela más. Y sintiendo en

sí energías para revolucionar al pueblo e imponerle otra vez el cabestro de la servidumbre, Elvira concluía por cruzarse de brazos ante la invariable respuesta: "Nuestros padres vivieron en esta creencia y fueron siempre fieles a S. M. don Carlos"... "Las tradiciones de una casa como la nuestra no se cambian así como así." Y aun Emilito solía añadir este exabrupto: "¿Nos concibes tú poniendo una planta eléctrica, como esos *parvenus* de Montiel? Cada uno es como es, hija."

Y Elvira sentía cierto ímpetu de expulsarlos de aquella casa profanada, y hasta llegó a dudar si estarían en ella merced a alguna bastardía ignorada y distante. Las águilas del escudo habíanse trocado en aves de corral, y ni aun en eso: en estúpidos loros de plumaje desteñido, que repetían las palabras sagradas, sin conciencia, sin fe, incapaces de trocarlas en hechos. Noble con nobleza prístina, capaz en cada instante de revaluar los pergaminos, sentíase ella. "Mío es el escudo, no de ellos" pensaba; y sus finas manos, contraídas por la nostalgia de los grandes esfuerzos, concluían por volverse contra sí misma hasta hacerse daño. Por las tardes, mientras todos salían, quedábase sola en el salón, ante los retratos ancestrales que la miraban con esa tenacidad tan viva, tan angustiosa en algunos ojos pintados; las caras vivaces, erguidas sobre las golillas, apenas recordaban las facciones de sus descendientes. Hombres de presa debieron ser aquellos: el de la mano puesta en la empuñadura de la espada, el viejo de pupilas verdes cuya diestra estaba sobre una esfera del mundo, más en ademán de posesión que de apoyo; el otro viejo de labios delgados, la mujer macilenta que por todo adorno llevaba un látigo en la mano... Al sobrevenir las sombras nocturnas el salón parecía más grande, los rostros cobraban relieve sobre las renegridas telas, y Elvira, exaltada, sentía llenarse la estancia de fuerzas misteriosas. Aquellos gestos robados a la muerte, su anhelo los vivificaba; y cual si la sangre de Emilito se hubiera transfundido a la suya, sentía la obligación de rendir cuentas a los antepasados cuyo tesoro material y moral estaba desgarrándose en los zarzales de la curia, dilapidándose en pequeñas crápulas, en vanidades sin orgullo. Y la emoción era tan intensa, que sus labios se contraían para musitar: "Yo no tengo la culpa, yo

sería capaz de todo: del bien, del mal, hasta del crimen, con tal de restituir a la casa la pasada grandeza; pero ¿qué puedo yo, pobre mujer?''

La tía Adela, al regresar de la novena, la encontraba postrada en uno de los sillones frailunos y nunca dejaba de preguntarle:

—¿Qué haces ahí? Te aburres, y con eso de la economía te da por vivir en las tinieblas... Si vinieras a la iglesia conmigo... Tampoco allí se gasta luz, boba.

—Estoy mejor aquí.

—Ha hablado hoy ese jesuíta nuevo que da gloria oirlo... ¡Qué pico de oro! Parecía una novela.

—¿Y qué dijo?

—Cosas, hija... Cualquiera tiene memoria para recordarlas; un portento de sabio.

Elvira sentía que sus manos temblaban del ansia fiera de estrangular, mas, desarmada por la misma perfección de aquella estulticia, concluía por hilar ella misma la conversación, temerosa de sus propias ideas en el silencio:

—¿Vió usted a mamá?

—Sí, allí estaba con Emma, y en la nave de al lado nuestro vecino. Ojalá que la cosa cuaje y se remedien.

—Mal remedio: cada uno debe bastarse a sí mismo.

Al llegar los otros la plática se generalizaba, y Elvira oía, sin lograr aclimatarse a ella, la charla cretina de comentarios en la que jamás surgía un grito de rebelión, un anhelo. Cuando la insustancialidad de las palabras la enervaba con exceso, iba a acodarse en el balcón. Bajo la filigrana de los hierros faltaban algunas baldosas, y las otras, movedizas, completaban para Elvira la sensación de desmoronamiento; la calle solía estar en quietud; frente, el caserón del jorobadito, siempre cerrado, hosco, participando quizás del rencor de su dueño. Ni una vez había vuelto a verle; sin duda tomaba precauciones para salir... Al pensar en cuanto le habían dicho de sus asiduidades con Emma, Elvira no podía sustraerse a un resentimiento. ¿Era ése aquel amor expresado con tan contenida vehemencia en la carta? ¡Bah, como todos; peor que todos, por la joroba! Y en seguida algo exorable, la necesidad de ser

comprendida y perdonada si su desesperación la conducía a algún extravío, balsamizaba su alma; y el ansia de aquel medio hombre necesitado de cariño y ávido de unirse a un ser menos imperfecto que él, hacíasele visible, lastimera. De aquí su pensamiento seguía hasta su casa. ¡Qué distante y qué poco suya le parecía! Emma desde el primer instante tomóle inquina por haber realizado el matrimonio "ilustre", y aquella envidia, aquella frialdad, la aprovechó ella para no dejar descubrir el fracaso y la inmensa desdicha que poco a poco iba ensombreciendo su juventud. Como había callado sus proyectos ocultó sus desilusiones; además, sentíase ya desarraigada de la casa, y al evocar los días pasados del hogar, sólo conmovía su memoria la alcoba del abuelo, y algunas veces el enigma de su padre, cuando su indiferentismo tomaba apariencias de mudo dolor... Las perspectivas de su vida trastrocábanse en el recuerdo: parecíale muy lejana la visita al buque, remota la tarde en que pasó frente a la botica—y vió sus redomas de coloreados líquidos y oyó el grupo de malgastadores de entusiasmo—, camino del puerto, donde el titilar de las estrellas se copiaba en la charca del mar; su vida anterior, la de esperanzas, aparecíasele en lejanía brumosa; y el futuro, del cual iba cada día inutilizando una parte, antojábasele también ante ella muy allá, cual si su ser fuese algo inmutable perdido en el tiempo. Cien planes de lucha, de fuga, hervían en su cabeza; y como si el murmullo de sus nuevos parientes reunidos en el comedor le inoculase, al llegar hasta ella, la laxitud, el bullir de sus ideas se calmaba, sus brazos caían a lo largo del cuerpo y dos lágrimas gruesas, amargas, verdadera agua de dolor, dejaban húmedos surcos en su faz. Al sonar las doce venía Emilito a buscarla para ir a acostarse; ella siempre se resistía un poco... Muchas mañanas se levantaba con vergüenza de haber sido suya y de haber compartido su deleite.

Pocos días más tarde, algo antes de la hora de vísperas, su suegra entró y le dijo con aire de malignidad:

—El chico de Ochoa anda rondando la calle; debe de estar esperando al vecino.

Casi en seguida se oyó rumor de voves y las dos corrieron al balcón. Eulogio había trabado al jorobadito por la chaqueta

y escupía palabras airadas. Antonio, muy pálido, con los anchos ojos fulgentes, trataba en vano de desasirse. Ninguno de los dos las había visto, pero su suegra dijo algo en voz alta y ambos alzaron las cabezas y redoblaron al verlas sus esfuerzos. De un tirón Antonio consiguió apartarse y su manita fué a buscar, bajo aquella joroba naciente que ella le viera un día, el revólver que argenteó un segundo, sólo un segundo, porque Eulogio se precipitó sobre él, se lo arrebató y, luego de tirarlo lejos, volvióse contra su enemigo para asestarle recios golpes en la cabecita fina, en la espalda y en el pecho deformes, en todas partes cuando estuvo ya caído por tierra. Se había agrupado gente en torno y dos grupos se delineaban; sin el revólver, todos hubiesen defendido al débil. Elvira sintió invadir todo su ser una ola de ira y gritó:

—¡Déjelo usted, cobarde... cobarde! ¿No hay entre todos ustedes siquiera un hombre? A mí misma no me haría usted igual... ¡Cobarde, cobarde!

Su voz excitó a algunos, y Eulogio hubo de partir con la cabeza baja, mascando una sonrisa, mientras el jorobadito se levantaba en silencio y, sin osar mirar siquiera a su salvadora de siempre, entró en su portal. La mamá de Emilio tiró de Elvira hacia dentro, y al cabo logró calmar su cólera que persistía en un taconeo innumerable y en la contracción de los labios. Cuando la tía Adela, Emilito y su padre llegaron, aún estaba en el salón nerviosa, febril. Todos fueron unánimes para reñirla: ''Aquello no estaba bien, se expuso a que le contestaran una desvergüenza, a buscar un disgusto serio... Las cosas de hombres son de hombres''... Ella sintió ganas de responder: ''¿Antoñito es un hombre? ¿Es noble dejar a un ganapán cebarse así en un niño indefenso?'' Pero tuvo la certeza de no ser comprendida; y cuando ya iba a echarse a llorar, iluminó su espíritu una suave luz de consuelo: pensó que aquella acción vituperada por los tres debía encontrar una aprobación imposible en los únicos que representaban allí el alto y fenecido espíritu de nobleza: en los retratos, cuyos rostros graves sobresalían confusamente de los muros...

VII

Dos días después publicaron los periódicos la noticia de haber aparecido ahogado Antonio. Había en la torpeza y en los pormenores de la información algo macabro y ridículo a la vez. Unos pescadores, al ir a aparejar cerca del embarcadero chico, vieron un bulto y por su forma creyeron se tratase de alguna mina o de algún monstruo; en realidad era esto último: la hinchazón había hecho casi desaparecer las piernas y la cabecita dentro del bulto enorme del cuerpo; como si al ausentarse por la muerte el espíritu, la materia quisiese satisfacer toda su abominable tendencia a la deformidad, el cadáver ofrecía un aspecto espantoso. El no haber dejado ni una carta y la riña con Eulogio Ochoa daban coyuntura al periodista para capciosas suposiciones que hicieron durante dos días fluctuar la creencia del pueblo, y que Elvira desechó desde el primer instante. No, el jorobadito se había matado. Sin duda no quiso valerse de aquel revólver que de nada le sirvió contra su enemigo, y fué a sepultar la vergüenza de su derrota en el légamo de la bahía.

De aquel drama que la salpicaba doblemente, por las presuntas relaciones del muerto con su hermana y por su propia intervención en la contienda, quedaron en el alma de Elvira, al disiparse la impresión de tristeza, una inconfesada admiración al suicida y la duda de haberlo incitado con su defensa, quizás más vejaminosa para Antonio que los mismos golpes del hércules. Esto le produjo unos días de estupor en que temía, al quedarse sola, ver aparecérsele al jorobado sin cabeza y sin pies, hecho una bola repugnante y vindicativa; por las noches despertaba con sobresaltos, obligando a Emilio a encender la luz y hasta a registrar debajo de los muebles. Cuando la tensión nerviosa cedió, se puso tensa la voluntad; y en vez de la calma ya necesaria a su salud, acometiéronla ansias de realizar pronto todos sus designios, como si la muerte estuviese también sonando a su puerta; la inevitable necesidad de resolver en actos dinámicos su energía, la llevó a realizar las gestiones pensadas desde mucho tiempo: la visita de don Marcos el prestamista, la conferencia con Elías Romero en demanda de

un destino para Emilito, la ida a la notaría con la vana pretensión de posponer una diligencia de protesto... Pero don Marcos, el elegante y el notario debieron tener la misma idea vil, a pesar de sus diferencias de clase: los tres se atusaron los bigotes para recibirla y dieron a entender la odiosa manera en que preferirían cobrar sus mercedes. ¿Y era esto el mundo, todo el mundo? ¿Una mujer joven y bella sólo podía mover en los hombres ideas lascivas? Elvira sintió otra vez la violencia subirle a la voz y a las manos, pero recordó el drama y se contuvo. Salió triste, tragando por la calle todo el dolor de esas lágrimas que no se lloran; y como era largo el camino y temió no poder resistir, fué a refugiarse a casa de sus padres.

Apenas hablaba con Emma; las separaba una mutua conciencia de culpabilidad en el fin de Antonio. Por eso fué derechamente a encerrarse en el cuarto del abuelo; y otra vez, como algún tiempo después, la sacudió allí una congoja; congoja más triste, más profunda; congoja cuyos hipos y lágrimas eran por sus pecados, por la víctima que viera enterrar en un féretro de niño obeso, por su propia juventud muerta también y yacente quizás hasta pudrirse en el siniestro ataúd del matrimonio. Fué un momento largo, patético. De entre la barba de plata surgió trémula de piedad la voz:

—No llores así; todo tiene remedio en el mundo, nena... ¿Por qué no me dijiste la verdad?

—¡Ay, abuelito, abuelito mío... No debes nunca perdonarme!

—¿Y cómo no perdonarte si eres desgraciada?... Tú eras mucha mujer, nenita, y por eso quería yo para ti, hombre de temple... ¡Si pudiéramos convencerle para que fuese allá a Venezuela!...

Aquella nota maniática y las explicaciones siguientes constituyeron una tregua para su aflicción. Como en sus tiempos de doncella mulló la almohada y recortó la barba dispersa. Hubiese querido detener el tiempo, olvidarse, en aquel remanso de la vida, de que había ya trocado las esperanzas por los hechos. Pero sonó una hora y fué preciso separarse. Al salir no vió ni a su hermana ni a doña Julia; con pasos rápidos, sintiendo de vez en vez la curiosidad de las gentes y pagándola con gestos

de altivez, llegó a su casa y, antes de entrar, sus ojos se clavaron en el escudo nobiliario. En el alma llevaba ella las águilas. Estaba dispuesta a volar, a incidir con el pico, a ejercitar las garras. ¡Tal vez el campo de azur tornárase rojo! ¿No había puesto ya en él el jorobadito una mancha de sangre? Sabría desdeñar, despreciar; y aprendería a sonreir, a prometer, a pecar si era necesario, para triunfar mejor. Su paso sería firme en el mal camino; don Marcos y Elías Romero servirían quizás de escabeles; su espíritu conservaba aún por señuelo y escudo el gestecillo sensual de la boca, las carnes morenas, turgentes y frescas. ¡El dolor no había matado a la Dolorosa! ¡Ah, no, todo no estaba perdido! Un tropiezo es sólo un revés; daría la batalla y, caso de no lograr el triunfo... entonces el camino era ancho, libre, largo para una mujer como ella.

Al subir sintió fatiga y hubo de sentarse; su voluntad no pudo vencer el desfallecimiento y quedó traspuesta, sin energía para moverse y, al mismo tiempo, ágil y espoleado el espíritu. Como otras veces, tuvo miedo de sus pensamientos y quiso amortiguarlos interesándose por algo. En la alcoba de la tía Adela hacinábanse los rimeros de libros; algunos títulos la hicieron, a pesar suyo, sonreir; y al cabo tomó un volumen que por estar a medias intonso se le antojó ya interesante. Si la tía no lo pudo acabar—se dijo—sin duda es menos malo que los otros. Empezó a leer y quedó fascinada en seguida. Se titulaba *El rojo y el negro,* y las últimas luces del sol casi se apagaron sobre las páginas postreras. En el protagonista veíase Elvira, a pesar de las diferencias del lugar, la época y el sexo, retratada; aquella energía indómita, aquel insaciable poder de intriga eran su trasunto... Y al leer el fin trágico de aquella voluntad debatiéndose contra un medio pequeño hasta perecer, sintió angustia, sintió miedo. ¡Pobre Julián Sorel, de quien ella sentía descender más que del hombre que pasó la vida mirándose las cadavéricas uñas! ¡Pobre alma gemela! La debilidad femenina, jamás manifestada ante la realidad, surgía ante la ficción. Sin que el juicio pudiese sofrenar la fantasía, veíase ya en la plaza del pueblo, sobre un cadalso, ante la multitud placenteramente aterrorizada de la cual se destacaban Rosita Gil, las Puig, su hermana Emma y Eulogio Ochoa con

aquella masticada risa de rencor. Y de repente el patíbulo cambiábase en hoguera, y sayones alzaban hasta su boca torcida de sufrimiento un crucifijo que a su vez se mudaba en forma sagrada: la misma ante la cual no había querido arrodillarse aquella tarde del Viático. Por la noche tuvo fiebre y delirios, y hasta pasados varios días no recobró la conciencia y se enteró de que la enfermedad fué grave. De todo, sólo recordaba pasos tácitos en la alcoba, cuchicheos y un rostro barbado que la hacía ensoñar con su abuelito. Poco a poco notó en sus suegros, en la tía y en Emilio cierto alborozo que no acertaba a discernir. ¿Habría caído sobre el seco yermo de la casa alguno de aquellos fugaces chaparrones de oro? Al darla de alta el médico le dijo misteriosamente:

—Y ahora a cuidarse, señora... Ya no se trata sólo de velar por usted, sino por lo que venga.

Elvira hubo de realizar un esfuerzo para comprender. La noticia era tan inmensa, que hasta tuvo miedo de pensar en ella y se dijo: "ya tendré tiempo para reflexionar, para decidir". Durante la convalecencia la enteraron de que Eulogio y Emma habían reanudado las relaciones con consentimiento de su madre, e hizo el propósito de no hablarles más. Este fué uno de los primeros asideros a que pudo prenderse para salir de aquella atmósfera de irrealidades cuya duración le era imposible medir. ¿Cuánto tiempo duró su inconsciencia? En su alcoba no había calendario y tenía supersticioso terror de pedir uno. Y así pasó otra semana. Al fin tuvo valor para enfrentarse con "aquello"... ¡Iba a ser madre! Sus proyectos de conquista, de fuga, deteníanse ante aquel hecho tan natural... y tan inesperado. ¡Iba a ser madre! La imagen de un hijo no lograba precisarse bien; y de pensar que era obra única del contacto animal, sin la menor comunión de espíritus, sentía hacia sí misma menosprecio, mientras multitud de incógnitas buscaban en su mente fórmulas interrogativas. ¿Sería niño o niña? ¿Traería las manchas de la rama paterna o algo del temperamentó linfático de los suyos? El devanar constante de ideas dejábala a veces adormecida, cual si la inteligencia renunciase poco a poco a sus aleteos. Por las noches acudían todos a formar la tertulia en torno de su sillón; las más diversas con-

versaciones recaían siempre sobre el próximo acontecimiento, y ella, con el rostro contraído en una sonrisa, manteníase así mucho tiempo, temerosa de que el menor gesto transformase en crispatura y en lágrimas la pena inmensa de que estaba saturado su corazón.

—Estoy segura de que será rubio, decía la tía Adela.

—Rubia, añadía el suegro; ha de ser niña.

—Ya muy pronto será menester salir para preparar algo... A la tienda de la calle ancha podemos ir aún, continuaba su suegra.

Y su suegro, apoyando la frase con amplio ademán de dignidad, argüía:

—Si es preciso se verá a don Marcos; no faltaba más.

—¡Alégrate, alégrate, mujer!—palmoteaba Emilito.

Aquella alusión a las deudas precisas para preparar el advenimiento herían su alma; era algo depresivo, augural, que daba a su inteligencia motivos de torturadoras reflexiones. Cuando pudo andar, su primer cuidado fué acercarse al espejo del salón y comprobar allí algo que por secreto instinto, por las miradas de los demás, por palabras cogidas al vuelo, íbase trocando de miedo en certidumbre: ya no era ella; su cuerpo perdía los airosos contornos, su cara se alargaba y tomaba un tono amarillento, sus manos, antaño perfectas, aparecían abultadas, deformes, cual si el jorobadito, para vengarse, hubiérales transmitido algo de su ser... Ante su imagen tuvo Elvira un gesto de repulsión y un pensamiento ansioso: ¿Qué sería de ella si perdía la fuerza suprema de su personalidad? Su inteligencia, su constante aspirar, nada eran sin el hechizo físico. Su mismo esposo, apenas descifrado ese misterio sensual vivo en cada mujer, ¿no había roto el yugo que a ella le pareció impuesto sobre todo al espíritu subalterno por su inteligencia superior? Sin la belleza la ambición era arma sólo contra sí misma esgrimible; pretensión que a todos—y aun a ella también—parecería inmotivada. ¡Cuántas más inteligentes e instruídas andarían por el mundo! En vano afanábase en limpiar la luna del espejo, por si hubiese algo interpuesto entre el cristal y su gracia perdida; en vano se obstinaba en buscar siquiera vestigios de aquel harmonioso conjunto, de aquel hechizo que hizo siempre

converger en ella las miradas de todos los hombres. Torturadoramente, casi gozando con hacerse daño, hasta pretendía descubrir semejanzas entre su imagen y la de doña Julia. Y parecíale, con ingenua inmodestia, que acababa de malograrse para el mundo algo grande; los dramas de que venían llenos los periódicos los juzgaba menores junto al suyo; la misma tragedia de la guerra antojábasele algo confuso y demasiado multiforme para ser comparable a su dolor; y desde ese día no dejó ninguno de llorar por su juventud muerta, por sus sueños muertos, por aquella Elvira tan impetuosa, tan llena de gracia, tan femenil y tan viril, muerta para siempre... ¿Para siempre?.. Sí, para siempre, para siempre.

Los días transcurrían para ella casi sin realidad. Iba aprendiendo a no pensar. Horas pasaba con las manos sobre el regazo, la vista fija en cualquier sitio sin ver nada objetivo, apenas atenta a una sombra interior, tal vez el fantasma de sí misma. Las visitas de los suyos le eran enfadosas, molestos los mimos, dañinas cuantas voces hablábanle de la vida nueva que pronto se desprendería de sus entrañas. Ya no iba a buscar el testimonio de los espejos; bastábale sentir su fealdad para saborear íntegra la desdicha. Marzo había pasado con vendavales y abril anunciaba ya el fragrante y multicolor florecer; sobre los búcaros algunas rosas erguíanse para mustiarse luego, dejando en torno cadáveres de hojas. Elvira las miraba ya con despego, ya con piedad: todo tomaba en sus ojos el valor de emblema de su vida. Flor marchita era ella, y hojas muertas las ilusiones que aún se movían levísimamente a su alrededor... A mediados de mes era la fiesta de la patrona del pueblo. La tía Adela preparó las viejas cortinas de brocatel para el paso de la procesión y, como otros años, comenzó a exhortar a Emilito para que no dejase sin salir, por falta de brazos dignos de portarlo, el pendón de la casa, añoso y polvoriento en la vitrina.

—Parece mentira—plañía la beata noble—; así estamos como estamos. ¡Ni que tuvieras vergüenza de ser quien eres y de creer en Nuestra Señora!

—Si no es eso, mujer.

—Cada año que veo pasar la Virgen así, sin uno de nosotros, me parece que nos la han robado... Anímale tú también, El-

vira. ¿Verdad que debe él llevar el pendón como lo llevaban antes nuestros mayores?

—Claro que sí.

—¿Lo ves, ¿Lo ves?

—Bueno, haré lo que queráis... Ya era hora de que tuvieras un antojo... Me veréis con el estandarte, para que no tengamos que ver al niño con uno en la barriguita o en la cara.

—Sí, ahora lo prometes, pero ya veremos cuando llegue.

Y sin ser avanzada ni un solo minuto por impaciencias ni retrasada por temores, la tarde de la procesión llegó con ese ritmo seguro del Tiempo. Elvira vió cubrir los balcones a donde hacía mucho no se asomaba, vergonzosa de la rotundez maternal de su vientre. En la tarde radiosa flotaban hálitos vernales, y mientras los demás, ligeros de júbilo infantil, se aprestaban por ver pasar el pendón familiar llevado por Emilio, ella, sola, con la cabeza entre las manos, sentía tan pronto cóleras, laxitudes, como una tristeza mate, resignada, invencible. Muy lejanas oyéronse músicas, creciente clamor de multitud, y desde el balcón le gritaron:

—¡Ven Elvira, ya se ve, ya se ve!

Luego nadie volvió a ocuparse de ella. Pero el balcón del gabinete empezó a atraerla y en vano quiso resistir. Casi arrastrándose, segura de no ser vista merced a la cortina, fué hasta él y se puso a mirar. Por la tortuosidad de la calle avanzaba el múltiple temblor de los cirios y las llamitas eran cual lágrimas de oro. La Virgen, pequeña y extrahumana bajo el negro manto constelado, venía muy lentamente, oscilando; y en torno de ella rebrillaban los oros de las casullas, los uniformes, las desnudas armas, la cabeza del sacerdote cuya nieve avivó y acendró en Elvira el recuerdo del abuelito. Vasto silencio de veneración llenaba la calle. De la sala contigua llegaron voces emocionadas:

—¡Allí está, allí está! ¡Míralo!

Al ir a empinarse para ver mejor el estandarte que flotaba a lo lejos, Elvira sintió algo extraño: un movimiento, la sombra acaso ilusoria de un movimiento dentro de su vientre. Y aquella idea del hijo, hasta entonces tan incorpórea, tomó en un segundo conciencia carnal. Una iluminación de certidum-

bre esclareció sus interrogaciones: Sería una hija, una hijita blanca, gemebunda, necesitada del alimento de su pecho y del socorro de sus manos. ¿Cómo había podido dudar esto? Y toda su vida le pareció que no era suya ya, sino del nuevo ser, y en su alma florecieron de pronto innumerables rosas de mansedumbre, de renunciación; y volviendo en un solo segundo a incorporarse a la fe del pueblo, de la que en tantas horas de tesón había pretendido separarse, cayó de rodillas, la frente—caja de pensamientos locos—contra la balaustrada, las manos sobre el corazón saltarino, la vista en la imagen que se iba acercando, acercando. Y la imagen volvió a parecerle lo mismo que en los días remotos de la niñez, preciosa y divina; y cuando estuvo delante de ella, cuando vió la corona de oro, el niño sonriente entre sus brazos, y sintió la solemnidad de la música y el místico aroma del incienso, los ojos se le llenaron de llanto y, con toda el alma hecha plegaria, juntó los dedos en haz y pidió:

—¡Te ofrezco mi vida, Virgen santa! ¡Te ofrezco mi vida porque hagas que la hijita que se agita dentro de mí no sea inconforme, porque acepte la humildad que le depare su destino, porque hagas que no sea orgullosa, ambiciosa y desgraciada como he sido yo!

A. HERNÁNDEZ CATÁ.

LA DESTRUCCIÓN DE POLONIA


NTRE los muchos acontecimientos que han hecho inmortal el siglo XVIII, se destacan con relieve extraordinario los que, actuando sobre las fronteras de los Estados europeos, transformaron por completo los mapas geográficos, para engrandecer a unas naciones empequeñeciendo a otras. Entre ellos, dos son los que llaman más poderosamente mi atención, porque el uno viene a ser la antítesis del otro.

Con poco intervalo de tiempo nació a la vida de las naciones un nuevo y vigoroso Estado y dejó de existir vieja y noble nacionalidad. Me refiero a los Estados Unidos de Norte América y a la República de Polonia. El 5 de agosto de 1772 se pactaba de hecho la esclavitud de Polonia; el 4 de julio de 1774 declarábase la independencia de los Estados Unidos. Tal parece que se cumplía el grito de los heraldos: ¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey! Un estado ha desaparecido, otro ha venido a sucederle, y el que antes era libre e independiente ha cedido el paso a la vieja colonia inglesa, que tras breve guerrear vino a ocupar su puesto en el mundo.

Voy a referirme a un hecho, o, mejor dicho, a una serie de hechos que, cuando se estudia la historia de las naciones, salta de sus páginas para apoderarse de nuestro pensamiento y mostrarnos cuánta ambición y cuánta perfidia encierran en su seno los grandes Estados.

Generalmente, cuando se hojea la Historia, nos encontramos con que cada Estado ha tenido momentos de gloria e instantes de oscurantismo, tiempos de riqueza y épocas de penuria; y

ofuscados muchas veces por la luz esplendorosa que en su derredor esparcen los hechos gloriosos, no nos damos cuenta, o no queremos darnos cuenta de lo infame de ciertos actos y de lo indigno de ciertos procederes.

Tal sucede cuando estudiamos la historia de Rusia, de Austria y de Prusia, naciones las tres que se nos presentan rodeadas de una aureola tal de grandeza que nos aturde por completo; sin embargo, todas tienen en sus pergaminos el borrón indeleble de la destrucción de la República de Polonia.

Así como el nacimiento de un individuo llena de regocijo a los familiares del nuevo ser, ante la bella esperanza del que al mundo viene; así la aparición de una nueva nacionalidad es motivo de loca alegría y de orgullosa satisfacción para los que lucharon por darle vida, para los parias que ya tienen patria. Pero... ¡Con qué tristeza! ¡Cómo siente el alma en lo más recóndito, en lo más hondo, la muerte de una nación! ¡Con qué dolor miramos a los que han sido despojados de su patria!... Y cuando esa nación, cuando esa patria ha sido grande y noble, cuando sus ciudadanos han luchado con heroísmo por sostenerla, cuando el mal que roía sus entrañas ha sido auxiliado en su obra por los que cubriendo con el manto de la filantropía las carnes ulceradas de su ambición han empujado hacia el abismo la endeble nacionalidad, ¡ah!... entonces no es ya la tristeza la que abate nuestro espíritu, no siente nuestra alma piedad hacia la víctima, no; es la indignación la que nos hace ponernos frente a frente al poderoso y maldecirle; es el sentimiento del hombre honrado que se rebela ante la villanía de la infamia... Y, si yo pudiera lograrlo son solo mi deseo, gritaría a Polonia cual hizo Cristo con Lázaro:—¡Levántate y anda!, para ver si ella resurgía, como nuevo fénix, de sus cenizas.

Pero, para poder juzgar, para poder condenar, es necesario tener conocimiento de la causa. Así, pues, con la mayor brevedad que me sea posible voy a dar ligeros detalles del estado de Polonia en aquellos turbulentos tiempos y de la intervención que tuvieron en su reparto las tres naciones acusadas por la Historia.

La República Polaca ocupaba un territorio que estaba enclavado entre Rusia, Austria, Prusia, y el Mar Báltico. Era

una vasta extensión de terreno que habitaban 14 millones de habitantes; pero la sociedad y el estado tenían una organización completamente primitiva.

La sociedad polaca se componía de dos clases: nobles y paisanos; pero no recuerdo yo clases sociales entre las cuales hayan existido más diferencias que entre éstas a que me refiero. Los nobles eran inmensamente ricos; tenían todos los derechos, todos los privilegios: los paisanos eran inmensamente pobres; tenían todos los deberes, todas las obligaciones. A costa de esta falange de raídas gentes vivían los nobles. Entre estas dos clases existía otra, que venía a ser la intermedia: era llamada la ''plebe nobiliaria'', de cuyas riquezas nos da buena cuenta el siguiente dicho que recoge un historiador: ''cuando su perro se sienta en el suelo, en medio de su propiedad, la cola se extiende sobre el campo del vecino''.

Los pocos negocios que había estaban todos en manos de los judíos alemanes, que venían a ser los dueños de todo. De aquí que los nobles, para poder pagar a estos usureros lo que habían consumido en fiestas y orgías, exprimiesen al bajo pueblo el oro necesario para cubrir el vacío que en su fortuna se formaba.

La religión católica era la dominante, no existiendo la libertad de cultos. Los católicos tenían toda clase de derechos, y los ''disidentes'' o ''no-conformistas'', como eran llamados los que no profesaban la religión católica (en su mayoría griegos ortodoxos y protestantes), carecían de ciertos derechos políticos; lo cual, como veremos más tarde, fué causa de serios trastornos.

El clero era muy numeroso y contaba con hombres de gran talento; pero ello no fué obstáculo para que su actuación dejara mucho que desear, según observan los historiadores de la época. Phillipson asegura que el clero era muy poderoso, pero que no hizo nada por inculcar moralidad y cultura entre los nobles y entre el pueblo; mientras que Carlos Forster, miembro que fué del Gobierno de Polonia, llegó más lejos al decir que la decadencia de las ciencias y de las letras fué obra de cierta secta religiosa muy conocida; asegurando en otra parte de su libro que la persecución contra los disidentes hizo que muchos sabios se

expatriasen y que sus producciones se esparcieran por los países que fueron a habitar.

A pesar de eso hubo hombres que con tenacidad extraordinaria cultivaron las artes y las letras. Los nombres de Bacciarelli y Czechowicz en la Pintura, de Juan Lebrun en la Escultura y de Alberto Gucewicz en la Arquitectura, son bien conocidos por la estela gloriosa que tras sí dejaron.

Y así como en el clero hubo quien hizo mucho mal, también hubo algunos príncipes de la iglesia que, ilusionados con el amor de su patria, hicieron esfuerzos sin cuento por sacar a Polonia del marasmo. Según dice Forster, los dos obispos Zaluski emprendieron la tarea de revivir la literatura, y con ese objeto y buena intención recorrieron Francia, Italia, Alemania y Polonia. Compraron, sacrificando su propia fortuna, los libros y manuscritos diseminados, llegando, gracias a aquel sacrificio, a reunir una biblioteca de 200,000 volúmenes. Poco después, gracias a los desvelos del notable Estanislao Konarski, salió a luz una recopilación de las leyes nacionales, en ocho tomos en folio.

Pero el mal era muy grave. La forma de gobierno era la república monárquica. La corona que en las épocas de grandeza, allá en tiempos de los Jagellones, fué hereditaria, se hizo más tarde electiva. El rey tenía que jurar el cargo ante la asamblea de los nobles, los cuales iban mermando cuanto podían la autoridad real, en beneficio suyo y menoscabo de la nación.

Existían dos cámaras: el Senado y la Cámara de los Nuncios, que cuando discutían en conjunto formaban el organismo llamado la Dieta. En la Dieta, todas las leyes y proposiciones tenían que ser votadas unánimemente. Un solo voto en contra echaba por tierra toda una reforma, desbaratando a veces la voluntad de la nación entera. Este sistema de votación recibió el nombre de *liberum veto,* y fué una de las armas que Polonia inconscientemente al principio, y obligada después, fué hundiendo lentamente en sus entrañas. Nunca faltó a Rusia un poco de oro para comprar el voto que destruiría el proyecto que, beneficiando a Polonia, perjudicase su obra de absorción.

El ejército no era tal. Aquel antiguo conjunto que con sus relucientes armaduras y fe inquebrantable detuvo a los salvajes de las estepas rusas, llevando su estandarte hasta las llanu-

ras de la Siberia, había desaparecido para dejar lugar a otro que, si bien derrochaba el valor a manos llenas, no estaba organizado como aquel en que los nobles peleaban cual simples soldados, siguiendo el ejemplo que les daba generalmente un noble y viril monarca. Ahora los nobles no eran sino oficiales, y se daba el caso de haber un oficial por cada tres soldados, cuyo mayor general era nombrado por la Dieta, en su afán de restar fuerzas al poderío casi nulo del rey.

Como vemos, el estado político y social de Polonia no podía presentar peor aspecto. La anarquía era completa, y, como dice un autor: "Nunca se ha visto en un Estado de 14 millones de habitantes más lastimoso espectáculo."

Los embrutecidos paisanos, y junto a ellos aquel monarca de tan decorativo papel, estaban por completo a merced de los nobles, que a su vez dependían de sus amos los judíos. ¡Qué porvenir podía tener aquel Estado que económicamente dependía de lo más despreciable de la sociedad! ¡Cómo podía vivir aquel pueblo cuyas clases directoras preferían insensatamente la banalidad de los placeres a los arduos trabajos de la dirección de la sociedad!

Observando esas instituciones polacas, creo notar en aquella Polonia el primitivo estado feudal que tantos años antes habían dejado todas las naciones de la vieja Europa; y, viendo la debilidad de ese Estado, cabe preguntarse: ¿qué vida pudo llevar en medio de tan insaciables potencias como Rusia, Austria y Prusia?

Viendo esa dañina organización, alguien podrá pensar que Polonia no obtuvo sino el premio de su imprevisión y de su anarquía, y que las naciones que verificaron el reparto no hicieron más que acabar con una nacionalidad más muerta que viva. Pero a esa persona le preguntaría yo: ¿no constituye esa situación la más grave enfermedad de una nación? Pues bien; yo quiero que se me diga: ¿dónde, desde cuándo se curan los enfermos dándoles muerte?

Hoy que se rechaza la aplicación de la pena de muerte a los criminales, los seres que más daño hacen a quienes con ellos comparten la existencia, no se concibe que se diese fin a aquella

nación que no perjudicaba a nadie, sino que más bien se destruía a sí misma.

Pero, ¿cómo se perpetró lo que Mackintosh llamó el asesinato de una nación?

Con la muerte de Augusto III, acaecida en octubre de 1763, comenzó a cerrarse aun más el ya obscurecido horizonte de Polonia. La lucha por el trono debió hacer palpar a los polacos su ruinoso estado. Rusia, actuando sin disimulo alguno, impuso el nuevo soberano. Este fué Stanislaus Augustus Poniatowski, miembro de la polaca familia de los Czartoryski. Poniatowski había ocupado un cargo diplomático en la corte de Rusia, y, según cuentan las crónicas, mereció los favores de Catalina II. Aquella inteligente mujer no se dejó arrastrar por su amor. Vió en el elegante hombre de bello exterior, pero de gran debilidad de carácter, el instrumento preciso para comenzar la obra de anexión de Polonia.

Los polacos devotos del príncipe Xavier no lo aceptaron; pero el oro, 40,000 soldados rusos, más los recursos de la familia Czartoryski, decidieron la contienda sangrientamente en Slonim.

La Dieta fué obligada a reunirse, y, aunque solamente concurrieron 4,000 de los 80,000 delegados, tuvo que sancionar lo ocurrido, ante la amenaza de las brillantes bayonetas rusas.

Poniatowski, que fué todo lo buen gobernante que se lo permitían su debilidad de carácter y su amor a los placeres, comenzó tímidamente a reorganizar a Polonia. Pero Federico II de Prusia y María Teresa de Austria, que también tenían los ojos en Polonia, llamaron la atención a Rusia acerca de que no convenía que la anarquía fuese desterrada del territorio polaco. En adelante las reformas acometidas por Stanislaus Augustus sólo serían factibles en el papel en que se escribiesen; y al intentar derogar el *Liberum Veto,* tuvo que convencerse de que Polonia dependía completamente de Rusia. Dióse cuenta de esto y se declaró vencido, abandonándose al curso de los acontecimientos.

Por esta época empezaron los disidentes a moverse mostrando su inconformidad. Rusia creyó llegado el momento y tomó bajo su égida a los no-conformistas, pidiendo a Polonia el esta-

blecimiento de la libertad de cultos. La Dieta, tradicionalista e irritada ante la ingerencia del extraño, se negó. Y por segunda vez los rusos, atropellando todos los derechos, invadieron a Polonia y llevaron sus armas hasta la misma Varsovia, obligando a la Dieta a votar las medidas que pidieron.

Y los que no se dieron cuenta del ultraje cuando la imposición de Poniatowski, no pudieron soportarlo ahora que se trataba de una justa medida, pero que iba en contra de su tradicional religión. El sentimiento nacional se sublevó e hizo correr por las venas de los poloneses el fuego de la venganza. Aquellos corazones, que adormecidos por los placeres no veían o no querían ver la situación de su patria, fueron bruscamente despertados por el latigazo cruel que cruzó sus sienes. Y se lanzaron a los campos y a las ciudades, inflamados de ese ardor bélico que tan grande hace a quien defiende su patria amenazada.

Reunióse en Bar en 1768 una gran confederación, es decir, una especie de gran asamblea revolucionaria, que con gran entusiasmo dió nuevos impulsos a la santa causa, pidiendo la reimplantación de las medidas contra los disidentes y la expulsión, del solio polaco, de Stanislaus Augustus Poniatowski. El monarca se vió perdido y volvió los ojos a su antigua amante. Catalina II, pretextando apoyar al rey y a las instituciones vigentes, vertió sobre las llanuras polacas los contingentes numerosos de su obediente ejército, que pronto se apoderaron de varias ciudades, entre ellas Bar y Cracovia, las dos más importantes.

Los ejércitos rusos por un lado, y los griegos ortodoxos por otro, acabaron con los reducidos ejércitos polacos, que maltrechos y desbandados aún continuaron la guerra. Y hasta que Polonia no se humilló, los rusos no le concedieron la paz. Poniatowski recibió el premio de su actitud en un aumento en la pensión.

Para Phillipson, la Confederación de Bar acaso marca el acontecimiento de mayor importancia en la historia de Polonia, puesto que fué la que precipitó el cataclismo. Para mí tiene toda la importancia de los hechos ocasionales que determinan los grandes conflictos.

De las naciones europeas, solamente Francia y Turquía

desaprobaron la conducta de Rusia. Choiseul, primer ministro francés, envió dinero y oficiales. Turquía declaró la guerra a Rusia. El sentimiento que guiaba a la primera era una mezcla de simpatía y rencor al ver que su influencia no pesaba en los acontecimientos polacos. A la segunda la guiaba el instinto de conservación.

Los turcos habían observado con creciente alarma el ensanchamiento de las fronteras rusas, y, viendo cómo trataban de apoderarse de Polonia, tuvieron miedo de verse envueltos por Rusia. Turquía a la sazón se encontraba en un floreciente estado de organización y confiaba mucho en su aguerrido ejército. Varias veces pidió a Rusia que retirase sus tropas de Polonia, y siempre contestó despectivamente Catalina. La tirantez de sus relaciones era cada vez mayor, y no había de faltar un hecho propicio al rompimiento entre las dos naciones... y éste se presentó.

Corriendo tras los polacos que huían, llegaron los rusos ante la población turca de Balta. No se arredraron, la atacaron e incendiaron. El populacho se amotinó en Constantinopla, y, como lo hizo hace poco, pidió la guerra a gritos. El embajador ruso fué preso, y la Puerta declaró la guerra a Rusia en octubre de 1769.

Al enterarse de la guerra turco-rusa, los polacos acrecentaron su actividad, comprendiendo que aquel era el supremo instante para ellos; pero aun entonces les faltó el arrojo de que tanto gasto hicieron antes y después.

La guerra, que hubiese tenido un glorioso fin para Turquía si ésta no se hubiese dejado arrastrar por el entusiasmo del momento y hubiese preparado de antemano su ejército y su marina, culminó en un desastre. La flota turca fué destruída completamente en Tchesmé, y el ejército ruso llegó hasta el Danubio.

Austria, que había dejado a Catalina manos libres en el asunto de Polonia, no vió con agrado el acrecentamiento del poder ruso sobre Turquía, y trató con los turcos para expulsar a los rusos. Catalina lo entendió así e hizo comprender a María Teresa y a su hijo José II que lo mejor era ponerse de acuerdo en vez de guerrear, y repartirse a Turquía. Austria aceptó. Pero fué entonces Federico el que puso el grito en el cielo.

El no recibía nada, rompiéndose de este modo el *statu quo* en su disfavor. Agriábanse las discusiones, y una gran guerra europea amenazaba asolar las tres naciones, cuando se acordaron de Polonia. Ella ocupó el lugar de Turquía en las negociaciones que llevaban a cabo las tres potencias.

Polonia, enclavada entre las tres, podía dejar jirones de su territorio nacional entre las garras de los tres Estados, y de esa manera, tomando cada uno su parte, no habría motivo de riña. Catalina lo comprendió en seguida, y propuso a María Teresa y a Federico la expoliación. María Teresa se horrorizó frente al atentado, pero luego, convencida por José II, aceptó por el bien de sus Estados.

Austria, pretextando que las tomaba bajo su protección, ocupó militarmente varias provincias, polacas ahora, aunque en tiempos pasados no lo habían sido. Clara idea de la índole de la protección la da el hecho de que fué nombrada jefe de aquella región, con el título de "Administrador del Territorio Reconquistado".

Ya se había hecho lo más difícil, empezar. En seguida Catalina invitó a Federico a que tomase una parte, pero se opuso a que escogiese la Prusia Polonesa, que separaba a Prusia de Koenisberg. Entonces Austria y Prusia sospecharon de Rusia, y, presumiendo que lo que deseaba era que la dejasen hacer en Turquía, se aliaron Turquía, Austria y Francia, que no se resignaba a quedarse sin papel en aquello que parecía un sainete, y que en realidad eran los primeros actos de una tragedia. Prusia permanecería neutral. Rusia arrugó el ceño, y por un momento se temió una conflagración general; pero todo aquel ruido bélico se desvaneció como esas grandes nubes que pasan sin descargar. En cuanto Rusia se dió cuenta de que tenía dignos rivales en su felonía, procedió a lo que llamaron "legalizar el reparto", cediendo la Prusia Polonesa. El tratado se firmó el 5 de agosto de 1772, y se comunicó a Polonia el 25 de septiembre de 1772. Austria obtenía la Galitzia, con cerca de 3 millones de habitantes; Prusia, la Polonia Prusiana, con cerca de 700,000 habitantes, y Rusia la Lituania, con cerca de 2 millones. La Dieta fué obligada a aceptar lo consumado, y, aunque resistió un año, tuvo que ceder porque los ejércitos enemi-

gos ocuparon más territorio del pactado. Al fin se resignó el 19 de abril de 1773.

Los polacos, aturdidos por el golpe, no se movieron en varios años. Pero, reconociendo la causa del mal, empezaron a reorganizarse y trataron de transformar la monarquía electiva en hereditaria, de centralizar los poderes y de fomentar un gran ejército. Mas, los que habían pactado el mantenimiento del *statu quo* en el resto de Polonia, es decir, el mantenimiento de la anarquía que les era tan conveniente, intervinieron pretextando que se violaba el tratado. Y así como el que pierde el honor no lo recobra nunca, Polonia, desgarrada por un primer reparto, perdió la unidad nacional para no recobrarla jamás. Y se acordó un segundo reparto en 1793.

Aunque tarde, comprendieron los polacos que la cuestión era de vida o muerte; y se lanzaron a la guerra hombres y mujeres, ancianos y niños, ricos y pobres, nobles y paisanos, católicos y disidentes. Aquello no fué una guerra, fué una carnicería de las más espantosas y crueles que recuerda la Historia. Polonia quedó aniquilada, y el tercer y último reparto se consumó. Corría el año de 1795.

Buscando datos para este modesto ensayo, preguntaba yo en la Biblioteca Nacional por una composición, que había leído hacía tiempo, del Poeta Anónimo de Polonia. No la encontré, pero el culto Bibliotecario de dicho plantel, señor Domingo Figarola-Caneda, me dió a conocer otra, que es una joya y que tiene además el mérito de ser obra de un cubano.

Los últimos momentos de una nación son siempre solemnes; permitidme, pues, que como homenaje a Polonia recuerde algunas estrofas del inspirado poema de Joaquín Lorenzo Luaces:

Brillaba el sol. Varsovia moribunda
en sopor convulsivo
insomne descansaba cual enfermo
que perdiendo las fuerzas agoniza,
y cuyo cuerpo débil solamente
el fuego de la fiebre galvaniza.
Los almenados muros, ya por tierra
no son reparo al invasor impío,
y el fin augura de la inicua guerra
con eco triste el sojuzgado río.

El triple cinto de montados bronces
que la ciudad indómita ceñía,
con un raudal de sangre salpicado
sólo un grupo de ruinas ofrecía
por el cañón del ruso ametrallado;
y el águila bifronte de Moscovia
padrón de la ominosa tiranía,
flotaba en la ya muda batería,
baluarte ayer de la inmortal Varsovia.

....

El sol, en tanto, perezoso avanza
cual no queriendo presidir el día,
que ha de ver insaciable de matanza
agitar su pendón la tiranía;
mas llegado a mitad de su carrera
inunda en luz la dilatada esfera
y su paso fatídico apresura;
y al punto Paskewish... ¡nombre funesto!
domador de ciudades,
alma de esclavo, corazón de roca,
el ejército sálmata convoca.
Ya corren a su voz! Del Czar la guardia
la envidia excita de la rusa tropa
en los hombres luciendo y los caballos
el oro que arrebata a sus vasallos
el cruel coloso insultador de Europa.
Los ásperos boyardos en sus filas
bajo el mando se muestran altaneros
del Gran Duque Miguel. En líneas densas
más distantes se forman decididos
de Souvarow y de Astrakan y Varna
los célebres guerreros. No oscurece
tanto la luz el polvo que difunden
húsares, coraceros,
y dragones, y hulanos y lanceros
que impida ver el diferente equipo
del inmenso tropel de los infantes
que amenazan cubrir el horizonte.
Allí ostentan plumajes carmesíes
las tiaras de los altos granaderos,
y más allá, en los cascos puntiagudos,
el águila imperial los cazadores
de espaldas recias y semblantes rudos.
¡Cómo brillan al sol! Yelmos, corazas,

bandoleras, arneses,
hebillas, placas... todo centellea
con lúgubre fulgor... Mas, ¿quién podría
dar nombre a los revueltos batallones
que saliendo del fuerte campamento
se extienden por los ámbitos del llano?
¿Ni quién a relatar alcanzaría
al bello y mal domado circasiano,
al tártaro feroz, al samoyedo,
al horrible calmuko
y por fin, al cosaco infatigable;
él, más que todos, impaciente y fosco
que evocando con ásperos aullidos
la sangre y el botín de la pelea,
a toda brida, con la lanza en ristre,
sobre el potro ukranés se gallardea?
Mas ¿qué extraño furor, qué rabia ciega,
qué demencia sus ánimos domina,
que la hueste confusa arremolina
y al paroxismo llega?
¿Cómo olvidan la antigua disciplina?
¿Cómo en vez de formar vivientes muros
se agitan como espigas tembladoras
que azota el vendaval? Los mismos jefes,
sin reprender el insolente alarde
unen su voz a las blasfemias sordas;
y aplauden, revolviendo las espadas,
los gritos de furor y carcajadas
que al aire arrojan las revueltas hordas...
¡Ebrios están! El triunfador soberbio
del Asia envilecida
queriendo enaltecer sus corazones,
perturba la razón de sus legiones,
y, en vez de patrio amor o sed de gloria,
sólo vierte en sus pechos encendidos
el fuego vil del afrentoso Baco.
¡No hay duda, no! La rabia amenazante,
que brilla audaz en su pupila ardiente,
no es el valor plausible que se irrita;
es la rabia del ebrio que demente
a muerte sin honor se precipita.
¡Honor al varsoviano, al ruso mengua,
pues ya no puede desmentir la historia,
que así dirá para baldón eterno:

''Los que en París, en Erivan y Varna,
con paso regular, firme y seguro,
del turco, persa, y del francés vencieron;
sólo inflamados en licor, pudieron
subir resueltos de Varsovia el muro!''
....
....
¡Mirad al pueblo! En grupo amenazante
saciado ya de sangre y exterminio
siempre grande aparece;
de la Dieta el Palacio circunvala
y, al martirio sublime aparejado,
un trueno de amenazas impregnado
en sólo un grito simultáneo exhala
que el blando seno de la Paz aterra:
''¡No haya conciertos, dicen, haya guerra!
Y nuncios, generales, dictadores,
todo el que apreste la cerviz al yugo
humíllela ante el hacha del verdugo,
que polacos no son, sino traidores!''

En el interior del Templo de las Leyes
ruge también la tempestad. Los nuncios
se indignan escuchando
al Dictador osado que propone
rendirse a Paskewish... ''¡Cómo!'', exclamaba
el bando más temible y animoso:
''Sólo para olvidar tanto heroísmo
derrocando su infame despotismo
retar osamos al feroz coloso?
¿Será vana la sàngre que a torrentes
de Ostrolenska y Varsovia en las derrotas
vertimos, los que ayer torpes ilotas
alzamos hoy las rescatadas frentes?
Por nuestras propias manos arrancados
¿arrojaremos hoy a sus corceles,
juntos con nuestras armas, los laureles
a esos viles salvajes desalmados?
¡Nunca... jamás! Y si morir es fuerza,
con un coraje al opresor funesto,
muramos en la brecha defendida
no prolongando la afrentosa vida
que la Siberia acabará tan presto!''
''Mirad, exclama el Dictador perjuro,

mirad, por compasión que se aproxima
el terrible momento.... Yo os conjuro
que salvéis a Varsovia amenazada
de destructor y horrible bombardeo.
Mirad que no son dioses los polacos
que defienden la brecha ya accesible
con la fe de un sublime fanatismo...
¡Héroes son nada más, y el heroísmo
nunca pudo vencer de lo imposible!''

''¡Silencio al Dictador! ¡Fuera cobardes!
exclama un nuncio; y el que sienta extinto
su pecho de furor y de venganza
no profane más tiempo este recinto
refugio de la patria, y esperanza!
Polonia su poder nos ha legado.
No entreguemos atada la Polonia
a los pies de ese monstruo coronado.
Dictador, Dictador, son invencibles
los que saben morir! Incendios, muertes
son males, para el pecho de los fuertes,
a la vil servidumbre preferibles!...

''¡Abajo el Dictador!'' En el instante
de resonar el tumultuoso grito
''¡Abajo el Dictador!'' ruge indignada
la noble muchedumbre convocada,
y, ''¡Abajo el Dictador!'' con voz tonante
de extremo a extremo respondió Varsovia...
Mas, ¡ay! ¿Qué rugido regular, lejano
interrumpe a la plebe amotinada?
¡Es que junta su voz a la asonada
el estampido del cañón del ruso
que da principio a la fatal jornada!
Al punto que lo escuchan los magnates
''¡Al muro, al muro!'' con ardor exclaman
sedientos de combates;
y cual nubes que en cielo encapotado
al campesino tímido amedrantan,
del arrabal de Cziste amenazado
en la línea de fuego se presentan.
....
....

¡Y al fin llegan! Los bravos defensores
los reciben rugiendo de alegría,
y pecho contra pecho encarnizados
defienden la ominosa batería.
El chocar de los bárbaros aceros,
el golpe abrumador de los fusiles
convertidos en mazas de combate,
el funeral silencio rompe solo.
No se escuchan clarines ni atambores
provocando a la cruel carnicería,
ni aun arrancan el miedo y la osadía
al débil ayes ni al audaz clamores.
Atravesando un seno generoso
hiere la bayoneta el bronce duro
de las ya mudas piezas, y al empuje
salta el hierro templado o se doblega.
Ruedan los bravos: las teñidas plumas
de polacos y rusos se confunden,
y, ya sin armas en la diestra fuerte,
nuevas presta al sitiado la energía,
y a la inútil presión del brazo inerte
el triunfo incierto de la patria fía.
Allí un noble polaco moribundo
arranca el hierro que le rasga el pecho,
lo esconde del contrario en la garganta
y: ¡adiós Polonia! con ardor clamando
sucumbe con delicia contemplando
que besa el ruso, al expirar, su planta.

Mas ¡ay de mí no puede prolongarse
lid tan horrible!... Expiran los valientes
unos tras otros: inflamados globos
incendian la ciudad: llega la noche
a aumentar el horror. Los que resisten
pocos, pero resueltos a abismarse
con la noble Varsovia
por las voraces llamas divididos,
sucumben por el número oprimidos
y mueren con placer. Los moribundos
batallan con furor. La faz airada
revuelven contra el ruso en su agonía,
tenaces muerden la enemiga espada;
y... terror del Imperio todavía

con sus cuerpos defienden la estacada
que en vano cubre muchedumbre impía.

Mas ¡ay! ceded polacos... Es inútil
la defensa. ¡Mirad! ¡Cayó Varsovia!
¡Cayó por cuarta vez! Ya vuestros jefes
han resuelto ceder. En los baluartes
donde aún la sangre derramada humea,
en vez de los polacos estandartes,
el blanco lienzo de la paz ondea.
¡Os conceden la paz! la paz... ¡no hay duda!
¡Qué insultante sarcasmo! ¿Ni qué lazos,
qué vínculos de afecto estrechar pueden
la paz que ofrece el vencedor que llama
rebelde siervo al infeliz vencido?
¡Cómo los tigres del romano imperio
paz llaman a la infame servidumbre
y a la horrenda quietud de los sepulcros!
Vivid, vivid para besar la mano
del triunfador tirano.
Y haced que olvide la imperial alteza
que fuísteis de Varsovia defensores;
imitando ese grupo de señores
que al yugo rinde la servil cabeza
con la audacia infernal de los traidores!

Mas, no más tiempo, con osado labio
la sangrienta ironía
vuestro valor santificado insulte...
y si queréis vengaros... ¡escuchadme!

Nada esperéis de pueblos ni de reyes!
y pues miráis que las naciones callan,
y el ''mercader de Julio'' os desconoce,
y... como Luis y Napoleón lo hicieron,
permite que la patria tinta en sangre
se debata a los pies de los triunviros
que su naciente libertad insultan:
castigando tan vil apostasía
unid vuestros robustos batallones
del Czar triunfante a la aguerrida tropa
y, en mengua de Occidente y Mediodía,

haced, con vuestra noble bizarría,
colonia rusa la mitad de Europa.
. . . .

Hacer la crítica del reparto de Polonia es cosa a que no debe atreverse quien no tiene los profundos conocimientos que para ello se necesita; sobre todo, cuando lo han hecho hombres de la talla de Mackintosh, Talleyrand, Ferrán y otros. Por tanto, me limitaré a recordar algo de lo que sobre esta materia han escrito, sin perjuicio de poner en ellos la nota descolorida de mi comentario.

Dice Laurent, en un capítulo titulado *La Fuerza Bruta,* que se puede encontrar en su *Historia de la Humanidad:*

Crimen e ignominia eterna de la monarquía es el reparto de Polonia.

Crimen de la monarquía, es decir, que acusa a la monarquía de haberlo cometido, y lo hace de una manera determinativa. Pues bien; si esa interpretación que yo hago es la correcta, creo que Laurent se equivocó. No debe culparse exclusivamente a la monarquía por semejante atropello. ¿Acaso ha sido únicamente ella la que, apoyando su ambición en la fuerza, ha despojado a un Estado de parte de su territorio? Si es así, yo quiero que se me diga: ¿por qué los Estados Unidos de Norteamérica despojaron a México de gran parte de su territorio cuando la guerra del 48? No fué entonces la monarquía la que llevó a término esa obra, no fueron ni los reyes, ni los emperadores, ni los czares; fué uno de los países considerados como fuente de la libertad. Fué un presidente, no un monarca.

No debe culparse, por tanto, ni a Catalina, ni a Federico, ni a María Teresa; sino a Rusia, Prusia y Austria. ¿Que los monarcas intervinieron?... Conforme. Pero, ¿no lo hacían en representación de sus Estados? No hay, por otra parte, que achacar el caso a la época en que se efectuó. Es una página en la historia de la ambición. ¿No se anexó Rusia la Crimea? Inglaterra, la libre Inglaterra, ¿no conquistó a sangre y fuego el Transval? ¿No ha pasado Korea a poder del Japón? ¿Qué significan las convulsiones que a menudo ensangrientan el suelo latinoamericano?... Yo no culpo a los monarcas; yo acuso a las naciones, a esas naciones que *quad nomine Leo* intervienen en otros

Estados pretextando un fin humanitario, como hizo Austria cuando intervino en Polonia, como hacen a veces los Estados Unidos cuando intervienen en alguna república débil.

Nadie como Laurent se expresa con tanta claridad y energía acerca del reparto de Polonia y de la responsabilidad de los repartidores:

Los herederos de los culpables—dice él—se echan la responsabilidad unos a otros. Los escritores políticos no se contentan con esta excusa, que es la de los criminales más vulgares; quieren hallar una significación moral en la muerte de una nación, no pudiendo creer que la vida de un pueblo dependa, como la de un individuo, de las malas pasiones de cualquier bandido.

No es el reparto lo más odioso, es la política de preparación del reparto. He ahí una nación que envía sus representantes a la Dieta. La Asamblea delibera sobre la salvación del Reino y está casi unánime en sus decisiones. ¿Se salva por eso la patria? ¡No! Un solo nuncio declara que no consiente; y aquella voz única tiene en jaque la voluntad de un pueblo. ¿Cómo sale Polonia de aquella dificultad?... Se divide en confederaciones que se hacen la guerra: ¡al más fuerte, el poder! El "liberum veto" y las "confederaciones" son la anarquía organizada.

El mal databa de antiguo. Desde fines del siglo XVII era proverbial la anarquía polaca. Se lee en una descripción de Polonia en versos latinos: "No hay rey, ni ley, ni razón en los polacos; mejor dicho, hay una "multitud de reyes sin monarca, una masa de leyes sin fuerza ejecutiva. "Todos quieren reinar y nadie reina; todos quieren hacer la ley, y nadie "observarla. ¿Qué resulta de ahí? Que en lugar de libertad, hay licencia; "en vez de justicia, rapiña." No era necesario ser profeta para prever que la anarquía conduciría a la ruina. Hace cerca de dos siglos un predicador llamado Skarga decía: "Serviréis a vuestros enemigos en el ham"bre, en la sed, en la necesidad, en la pobreza, porque no habéis querido "servir al Dios de vuestros padres en la alegría y en la abundancia, y "en el seno de vuestra felicidad habéis despreciado a vuestros soberanos, "a vuestros sacerdotes, a vuestras leyes y a vuestros magistrados, gua"reciéndoos detrás de *vuestras libertades infernales*. No temáis la guerra "ni las invasiones; pereceréis por vuestras discordias interiores."

El mal, aunque grave, tenía remedio. Era necesario, como dice el culto profesor de la Universidad de Gante, abolir lo que el predicador Skarga llamaba *libertades infernales*. Así lo comprendieron las potencias, y a impedirlo dirigieron sus esfuerzos.

El famoso Patkul—dice el autor antes citado—escribió a Pedro el

Grande:—"Guardaos de pacificar las turbulencias de Polonia. Es pre-"ciso mantener en ella la discordia a fin de que se debilite la república. El "Czar debe aprovechar las facciones que desgarran a Polonia para com-"prar partidarios en la nobleza y en el clero."

Luis XV decía a su embajador en Polonia:

El gobierno polaco no puede ser considerado más que como una anarquía. Pero como esa anarquía conviene a los intereses de Francia, toda su política, respecto de este reino, debe reducirse a mantenerla.

El Ministerio Inglés, contestando a la nota que las naciones firmantes del tratado dirigieron a Jorge III comunicándole el reparto, dijo:

El rey supone que las tres cortes están convencidas de la justicia de sus respectivas pretensiones, aunque Su Majestad ignora los motivos de su conducta.

Lord Chesterfield y el Duque de Choiseul, primeros ministros de Inglaterra y Francia respectivamente, estaban de acuerdo en ese tan delicado punto; aunque, como dice Laurent, es tan difícil explicar el pretendido interés que tenían esas dos naciones, como el *liberum veto* y las confederaciones.

Vemos, pues, que no son solamente culpables del desmembramiento de Polonia las tres naciones que directamente tomaron parte en él. Otras dos son tan culpables como Rusia, Prusia y Austria. Y aunque Voltaire, con ática cortesanía, aplaudiese el reparto, yo estoy con Laurent, Talleyrand, Alejandro III y otros mil que califican duramente la acción de las naciones firmantes del tratado.

Y para no cansar más la atención que tan bondadosamente me prestáis, diré rápidamente lo que he aprendido en los estudios de historia que llevo hechos, y principalmente en éste que termino.

El reparto de Polonia y otros hechos que con él guardan cierta semejanza, me han dado la seguridad de lo que yo, como la mayoría de las gentes, he pensado siempre: que la ley del más fuerte, aunque en pugna con un proceder noble y honrado, es una ley natural que se ha cumplido siempre, y que, salvo un caso, indefectiblemente se cumplirá. Pero, afortunadamente, yo creo encontrar una excepción a esa ley terrible: y es que cuan-

do el débil no da motivos, cuando no presta el punto sobre que apoyar la poderósa palanca que lo derriba, el fuerte no puede oprimir al que no lo es.

Y cuando la Historia, llevándome de la mano, me ha enseñado que la ambición amparada por la fuerza es la que impulsa generalmente la política de los grandes Estados, he pensado en mi Patria. Y he pensado en ella, porque en esa peregrinación por las páginas de la Historia he aprendido a desconfiar de los poderosos, y especialmente de los que decoran con rampantes águilas sus escudos. No aludo a nadie; pero si yo pudiese extender mi voz por todos los ámbitos de la cubana tierra, si pudiese hacer que mis compatriotas todos me oyeran, les diría: Aprovechad las lecciones que ofrece la Historia. Tended la vista hacia el pasado y analizad la destrucción de Polonia. Observad cómo allí el patriotismo heroico y sublime no condujo a nada. Acatad las instituciones, para que no se pueda decir de nosotros lo que se dijo de los polacos: ''todos quieren reinar y nadie reina; todos quieren hacer la ley y nadie observarla''; ''pereceréis por vuestras discordias interiores''. Y así, si nosotros no damos motivo para ello, las águilas que se ciernen majestuosamente sobre nuestras cabezas, tendrán que alejarse respetuosas ante nuestra nacionalidad, que, robustecida, y dando un mentís a los que desconfían de ella, presentará al mundo con orgullo nuestra independencia en entredicho.

GUSTAVO GUTIÉRREZ Y SÁNCHEZ.

NOTA DE REDACCIÓN.—CUBA CONTEMPORÁNEA da hoy publicidad a esta brillante conferencia del joven Dr. Gutiérrez, pronunciada el 3 de marzo de 1913 en la clase de Historia Universal de nuestra Universidad, porque a pesar de los cinco años transcurridos es de completa actualidad y conviene tener presentes las enseñanzas de la Historia; y, sobre todo, por la patriótica advertencia final.

VICTOR HUGO Y "LOS MISERABLES" (*)

Su objeto al escribir la novela, y la relación de ésta con los problemas sociales

(Esta carta de Víctor Hugo está tomada de una versión manuscrita en italiano, traducida por el Secretario del gran novelista, y fué escrita en respuesta a una pregunta del Conde V. A. Pepe, de Italia, sobre los propósitos de Hugo al escribir su gran novela. La situación general en Italia ha mejorado desde que esta carta se escribió.)

Hauteville House, octubre 18, 1862.



TENEIS razón, señor, en decir que *Los Miserables* está escrito para todos los pueblos. No sé si todos los pueblos lo leerán, pero, ciertamente, lo hice para todos. Está dedicado a Inglaterra tanto como a España, a Italia tanto como a Francia, a Alemania igual que a Irlanda, a las repúblicas que tienen esclavos tanto como a los imperios que tienen siervos. Los problemas sociales cruzan las fronteras; las llagas de la humanidad—vastas llagas que cubren el globo—no se detienen ante las líneas azules o rojas trazadas en los mapas. Doquiera haya un hombre ignorante y desesperado; doquiera se venda una mujer por pan; doquiera sufra un niño por falta de un libro que lo ilustre y de un hogar donde calentarse, el libro *Los Miserables* llama a la puerta, diciendo: "¡Abrid! Aquí estoy para vosotros."

En el escenario—aun tan obscuro—de la civilización en que existimos, el nombre del miserable es el Hombre: sufre en todos los climas; gime en todas las lenguas.

(*) En el *Century Magazine,* publicación mensual norteamericana, apareció hace algunos años esta interesantísima carta de Víctor Hugo, probablemente desconocida en Cuba, y cuya traducción del inglés al castellano ha sido admirablemente hecha por un joven cubano, el señor José Poyo, a quien agradecemos su atención de enviárnosla para darla a conocer en Cuba Contemporánea. Siempre será de interés cuanto se refiera al gran escritor de Francia; y en estos momentos en que un señor obispo de Cuba califica de "mentecato", desde el último número de *El Fígaro*, de La Habana, al modelo de obispos que Víctor Hugo presenta en *Los Miserables* como Monseñor Bienvenido, nos parece conveniente y oportuno publicar esta carta que contiene tan altos y nobles conceptos.

La nota que precede a la carta, es del editor del *Century Magazine.* (*N. del D. de C. C.*)

Vuestra Italia no está más exenta del mal que nuestra Francia; vuestra maravillosa Italia tiene en su propia tierra toda especie de miserias. ¿Acaso el bandidaje—que es una clase insana de pauperismo—no mora en vuestras montañas? Pocas naciones están tan corroídas como Italia por la úlcera de los monasterios, úlcera que traté de sondear. Aun cuando poseéis a Roma, Milán, Palermo, Turín, Siena, Pisa, Mantua, Boloña, Ferrara, Génova, Venecia, una historia heroica, sublimes ruinas, magníficos monumentos, ciudades soberbias, sois tan pobres como nosotros; abundáis en maravillas y en podredumbres. El sol de Italia es indubitablemente espléndido; pero, ¡ay, el azul del cielo no quita los andrajos del hombre!

Al igual que nosotros, tenéis prejuicios, supersticiones, tiranías, fanatismos y leyes ciegas que sostienen costumbres ignorantes. No gustáis nada del presente y del futuro, excepto cuando tiene mezclados algunos sabores del pasado; y tenéis entre vosotros un bárbaro—el monje—y un salvaje—el *lazzarone*. La cuestión social es la misma para vosotros que para nosotros. Vuestro pueblo muere algo menos de hambre y algo más de fiebre; vuestra higiene no es mucho mejor que la nuestra; las nubes de obscuridad, que en Inglaterra son protestantes, son católicas en Italia; pero, bajo distinta denominación, el *vescovo* es idéntico al obispo, y hay un obscurantismo de casi la misma naturaleza. La mala interpretación de la Biblia equivale a la falsa concepción de los Evangelios.

¿Debo continuar? ¿Debo demostrar aún más completamente este paralelismo? ¿Tal vez no tenéis necesitados? Mirad hacia abajo. ¿Quizás no tenéis parásitos? Mirad hacia arriba. ¿Acaso ante vuestros ojos, como ante los nuestros, no oscila la despreciable balanza en cuyos platillos tan tristemente se contrapesan el pauperismo y el parasitismo?

¿Dónde está vuestro ejército de maestros, el único que reconoce la civilización? ¿Dónde vuestras escuelas públicas obligatorias? ¿Es que en la tierra de Dante y Miguel Angel todos saben leer? ¿Habéis transformado vuestros cuarteles en "*prytanea*"? ¿No tenéis, como nosotros, un presupuesto de guerra exorbitante y una consignación ridícula para la educación? ¿No tenéis también esa pasiva obediencia de la que tan fácil-

mente se hace una soldadesca brutal? ¿No tenéis un militarismo que obedece la disciplina hasta el extremo de disparar sobre Garibaldi—que es como disparar sobre el honor viviente de Italia?

Examinemos vuestra organización social; tomémosla tal cual es y revelemos su flagrante iniquidad: mostradme vuestra mujer y vuestro niño. Nosotros medimos el grado de civilización por la suma de protección dispensada a estas dos débiles criaturas. ¿Es posible que la prostitución sea menos deplorable en Nápoles que en París? ¿Qué patrimonio de verdad contienen vuestras leyes, qué cantidad de justicia emana de vuestros tribunales? ¿Tenéis, por ventura, la alegría de no conocer la acepción de estas tenebrosas palabras—venganza pública, infamia legal, las galeras, el cadalso, verdugo, pena capital? ¡Italianos! Beccaria ha muerto y Farinacio vive entre vosotros, como entre nosotros. Y luego, observemos vuestro régimen gubernamental. ¿Tenéis, de veras, un gobierno que comprende la identidad de lo moràl y lo político? ¿Os halláis a punto de amnistiar a vuestros héroes? Aun en Francia hicieron algo parecido. Y, ahora, revistemos las miserias; dejad que todos aquí traigan su carga. ¡Ved: sois tan ricos como nosotros! ¿No tenéis también, al igual que nosotros, dos maldiciones: la religiosa, pronunciada por el sacerdote, y la social, pronunciada por el juez? ¡Oh, gran pueblo de Italia, te asemejas al gran pueblo de Francia! ¡Ay, hermanos míos, como nosotros, sois "miserables"!

Desde las profundidades de las tinieblas en que estamos todos sumergidos, no veis mucho más distantemente que nosotros las espléndidas y remotas partes del Edén. Además, los sacerdotes a sí mismos se engañan al sostener que esas partes están detrás de nosotros, cuando, por lo contrario, se hallan a nuestro frente.

Resumo lo que he dicho. Este libro *Los Miserables* es un espejo de nuestra situación, como lo es de la vuestra. Hombres y castas hay que se rebelan contra él, y comprendo la razón: los espejos dicen la verdad, y de ahí que sean aborrecidos; pero no cesan, por ello, de ser útiles.

En cuanto a mí, escribí para todos; con un profundo amor

por mi patria, pero sin preocuparme más por Francia que por otro pueblo cualquiera. Paulatinamente, según avanzo en la vida, tórnome más simple y me convierto más y más en un patriota de la humanidad.

Además, tal es la tendencia de la época, la ley del desenvolvimiento de la Revolución Francesa; y, a fin de corresponder al perpetuo ensanchamiento de la civilización, deben cesar los libros de ser exclusivamente franceses, italianos, alemanes, españoles, ingleses, para tornarse europeos; y, aun más, humanos. De ahí una nueva lógica de arte y ciertas necesidades de composición, que modifiquen todo, hasta las condiciones—tan estrechas en el pasado—de gusto y lenguaje, las cuales deben ahora, al igual que todo lo demás, ser ampliadas.

Algunos críticos franceses me han censurado, con gran placer para mí, porque me encuentran fuera de lo que ellos llaman el gusto francés; ¡ojalá fuera merecido el encomio!

En fin, hago lo que puedo; sufro del dolor universal, y busco aminorarlo; y, poseyendo la pobre fortaleza de un solo hombre, grito a todos: ''¡Ayudadme!''

Ahí tenéis, señor, lo que vuestra carta me ha impelido a deciros; y lo digo para vos y para vuestro país. Si he sido tan enfático, es porque en vuestro escrito hay una frase en la que manifestáis que hay italianos que dicen: ''Este libro de *Los Miserables* es francés y no nos concierne. Que los franceses lo lean como historia; leámoslo nosotros como novela.'' ¡Ay—repito—ya seamos italianos o franceses, la miseria nos concierne a todos! Desde que la Historia y la Filosofía meditaron por vez primera, la miseria es la vestidura de la raza humana. ¡Ojalá llegue al fin el momento en que sean arrancados esos andrajos, y los malditos remiendos del pasado sustituídos en los miembros del Hombre-Pueblo por el gran manto purpúreo de la aurora!

Si estimáis esta carta útil para iluminar alguna mente y disipar algunos prejuicios, podéis publicarla. Aceptad, os ruego, esta nueva seguridad de mis distinguidos sentimientos.

VÍCTOR HUGO.

NOTAS EDITORIALES

UNA CARTA AL DIRECTOR DE "EL MUNDO"

La Habana, 3 de marzo, 1918.

Dr. Gastón Mora y Varona,
Director de *El Mundo.*
Pte.

Distinguido compañero y amigo:

En la edición de hoy del periódico que usted dirige, página segunda, aparece un suelto titulado *"El Mundo" y la Asociación Cívica,* en el cual se me nombra y cuya redacción me obliga a dirigirle estas líneas.

Mis aclaraciones a lo que dije en la sesión celebrada el jueves 28 del próximo pasado mes de febrero por la Asociación, no fueron "reconociendo la hombría de bien del doctor Gastón Mora", como en el suelto se dice; porque yo no tenía necesidad de referirme a lo que no he puesto ni puse en entredicho, ni siquiera mencioné. Por lo regular, no hablo nunca de los hombres, sino de sus actos en la vida pública; y de lo que hablé fué de la actitud pública de usted desde la sección editorial de *El Mundo;* de su modo de ver y juzgar las relaciones que Cuba mantiene con los Estados Unidos de la América del Norte.

Permítame, pues, para restablecer la verdad y para satisfacción mía, que relate sucintamente lo ocurrido. En la sesión del 28 de febrero, y a propósito de un debate planteado con motivo de la lectura de párrafos de Martí el 24 de dicho mes en el Parque Central—párrafos por él escritos, acerca de los Estados Unidos, muchos años antes de que éstos tomaran parte decisiva en nuestra última lucha por la independencia—, yo probé que el *Diario de la Marina* comentó aviesamente el 26 ciertas declaraciones recientes, desmentidas, del Gobernador de Puerto Rico, y llamé al propio tiempo la atención de mis compañeros acerca de que no podíamos ni debíamos los cubanos permitir que de ese modo se formara una opinión que, repetida y comentada, daría lugar a recelos injustos y a una mala inteligencia lamentable entre nosotros y los norteamericanos. En este punto me interrumpió el coasociado señor Alacán preguntándome, en relación con el

mismo particular, porqué no mencionaba también a *El Mundo*. Contesté que sentía mucho verme obligado a decir en ese momento mi parecer sobre la opinión que ese periódico expone en sus editoriales, casi a diario, respecto a las relaciones de Cuba con los Estados Unidos por virtud de la Ley Platt, porque estaba dirigido por un compañero cubano a quien yo distinguía en el orden personal; pero que, preguntándoseme en esa forma, era mi deber exponerlo. Y lo sinteticé en estas palabras:

A mi juicio, la manera en que en la sección editorial de *El Mundo* se trata día tras día el asunto de las relaciones de Cuba con la gran nación del Norte, es funesta, nefasta; y es funesta, porque deprime el sentimiento nacional en vez de fortalecerlo para que el cubano encuentre energías y sepa defender sus derechos y cumplir sus deberes.—Los reunidos aplaudieron calurosamente...

Y en la sesión del sábado 2 del actual, el Secretario de Redacción de *El Mundo*, nuestro compañero el señor Enrique Palomares, pidió se le informara de lo acaecido en la anterior, a la que no concurrió, pues deseaba saberlo para defender a su periódico si se le había atacado. Y yo, contra la mayoría de la concurrencia, defendí el derecho de él a enterarse y pedí que se le informara de todo lo relacionado con el particular. Así lo hizo el Presidente, Dr. Julio Villoldo; y seguidamente yo ratifiqué lo que dije y aquí repito, lamentando que el compañero no hubiese estado presente en aquella sesión.

Incidentalmente, y para terminar, debo decir a usted que no es de ahora este parecer mío respecto a los editoriales en que *El Mundo* trata de la situación internacional de Cuba. Lo vengo exponiendo desde hace años; y en mi libro *Aspectos Nacionales*, del cual tuve el gusto de enviar a usted un ejemplar dedicado cuando se publicó en 1915, puede verse en las páginas 127-129. En ese mismo libro puede observarse que en otros asuntos pensamos usted y yo lo mismo; pero no en el que es objeto de estas líneas. Es cuestión de ideas, de opiniones; no de personas. A éstas guardo yo siempre, en el orden personal, todo respeto.

Con mis manifestaciones se dió el señor Palomares por satisfecho, y... no ha habido más que el suelto de *El Mundo* de hoy, el cual me brinda la oportunidad de ofrecerle a usted el testimonio de mi consideración.

Soy su atento compañero y amigo,

CARLOS DE VELASCO.

IMPRENTA DE AURELIO MIRANDA, TENIENTE-REY, 27. HABANA.

Cuba Contemporánea

AÑO VI

Tomo XVI. Habana, abril de 1918. Núm. 4.

BJORNSTJERNE BJORNSON



A infancia de Bjornson se desarrolló en la luminosa paz de los campos y al bello azar de los caminos. Su padre era un pastor de almas que moraba en el corazón de la sierra, inculcando la fe en los espíritus humildes, predicando la pureza moral, enseñando a vivir bien con Dios y a comulgar con la naturaleza. Bjornson creció en aquel ambiente de misticismo y de paz. Su espíritu volaba al cielo con las alas fervientes de la plegaria; su cuerpo adolescente se reclinó muchas veces sobre el regazo de la madre tierra.

Su espíritu se formó en el amor de la naturaleza y en la adoración de un Dios de bondades. Así, acostumbrado a la rústica sencillez de la vida campestre, a la austera serenidad de las tierras de labranza, a la altiva poesía de las montañas, al himno fragoroso de los torrentes, a la majestuosa grandeza de los cielos, a los cantos, murmullos, sacudimientos, gritos y aleteos que resumen el alma fecunda del bosque, Bjornson amó los sentimientos honrados, las aspiraciones sencillas, los amores ingenuos, la vida rústica y dulce de los campos, el alma sincera de los campesinos.

Cuando se sintió con fuerzas para oficiar en el altar de la belleza, cuando las palpitaciones de su espíritu inquieto ten-

dieron a encontrar una forma artística que les sirviera para recorrer el mundo, cuando su alma buscó una amplia comunicación con las almas de los demás hombres, el canto que entonó Bjornson, el que palpita en sus cuentos idílicos de juventud, fué un canto de paz bucólica y de sencillez moral. Era como si los bosques patrios palpitaran en él; era el alma de la antigua floresta, donde el niño iba a buscar adelfas y violetas, lo que repercutía hoy en el hombre como un eco de la gran naturaleza, como un himno de paz, de fe y de esperanza.

La floresta vibraba en él. Así, cantó la vida de los pastores y campesinos de la edad presente, poniendo el alma hecha recuerdos en esos tiernos idilios que se llaman *Arne, Synnove Solbacken, Un chico feliz...* La poesía de sus cuentos voló por toda Noruega y consagró su nombre, aureolándolo con una popularidad verdaderamente nacional.

Más tarde, sus creencias vacilaron. Viajó, abrevó en las corrientes positivistas, que entonces imperaban en el mundo, el ansia de la eterna verdad. Se engolfó en la lectura de los filósofos y pensadores modernos. Su fe se derrumbó lentamente. Bjornson comprendió que su misión no era la de cantar idilios, sino la de predicar a la humanidad un ideal.

> Soy poeta—dijo entonces—no porque puedo escribir versos (hay muchos que pueden escribirlos), sino por la virtud de ver más claro, de sentir más hondo, de hablar con más certeza que la mayoría de los hombres. Todo lo que concierne a la humanidad, me concierne. Si por mi canto o por mi prédica puedo contribuir en algo a mejorar la condición de una parte de mis semejantes en desgracia, me sentiré orgulloso de ello.

Fué, de entonces, un vehemente luchador de la pluma y de la palabra. Libró campañas tendientes a acentuar la personalidad nacional de Noruega, en la literatura y en la política; hizo la guerra a la superstición; combatió rudamente la poligamia que se practica ilegalmente en todas las sociedades modernas; predicó la necesidad de múltiples reformas en el orden social. Muchos de los propósitos que persiguió, como el de levantar el espíritu nacional en Noruega, a la cual vemos hoy como dueña absoluta de sus destinos, fueron cumplidos, en gran parte merced a los esfuerzos de Bjornson y su activa campaña de ideas. Por eso, durante los últimos años de su gloriosa vida,

Bjornson fué respetado y querido por su pueblo como el genuino representante del espíritu patrio. ''Pronunciar el nombre de Bjornson ante un grupo cualquiera de sus compatriotas —dijo Georg Brandes—, equivale a desplegar la bandera nacional.''

Bjornson afrontó el análisis de arduos problemas sociales, y de tal suerte estudió en la escena el conflicto entre el capital y el trabajo, la injusticia del privilegio de sexos, la inconsistencia del régimen monárquico. Diríase que al agitar estos problemas, perdida ya la fe que él tenía en las creencias de sus mayores, se había apagado la nota de paz y de ingenua ternura que vibraba en sus primeras obras. Empero, no fué así: después de la tempestad de sentimientos y de ideas que constituye el centro de sus nuevas concepciones, después del choque violento de opuestas tendencias, brota en sus obras, como arcoiris de redención, el grito sano y robusto de su sincero optimismo. Es como un eco de la antigua floresta que cantaba su alma juvenil. Quien debe sonreir al contemplar ese arcoiris es la humanidad, a la cual va dirigido el nuevo himno de amor. ''El amor que Ibsen tiene a las ideas—dice Georg Brandes—, en Bjornson se transforma en amor a la humanidad.'' A través de las obras de Bjornson, la humanidad canta un himno de paz, de fe y de esperanza.

*

Las obras teatrales de la primera época literaria de Bjornson pertenecen al género de dramas histórico-románticos, puestos en boga por Oehlenschlaeger (1), a quien también imitó Ibsen en su juventud. A esa época pertenecen *Entre batallas, Hulda la coja, El Rey Sverre* y la trilogía *Sigurd Slembe.* Estas obras, en rigor, no pasan de ser ensayos felices, aunque en-

---

(1) Adam Gottlob Oehlenschlaeger, nació en 1779 y murió en 1850. Su figura señala en la literatura de su país el advenimiento del romanticismo, del cual fué el representante más popular y afamado. Su influencia en las literaturas escandinavas, durante la primera mitad del siglo XIX, y aun varios lustros después de su muerte, ha sido positiva e indudable. Aparte de sus poesías, que alcanzaron gran popularidad, sus obras más famosas son las tragedias *Haakon Jarl, Axel y Valborg,* y *Disa.* Casi todas sus obras de teatro están inspiradas en leyendas o en temas históricos escandinavos.

tre todas ellas sobresale la última, la trilogía dramática, que tiene verdadera intensidad trágica.

La tragedia *María Stuardo en Escocia* y el drama épico *Sigurd el Cruzado,* demuestran mayor dominio de la escena, aunque se resienten demasiado del influjo romántico, quizás exagerado para el momento en que fueron escritas ambas obras, alrededor de 1870.

La última obra de Bjornson que puede considerarse dentro de esta primera etapa de su labor literaria, es una comedia delicada, de fino corte moderno: *Los recién casados.* A esta obra exquisita pueden perdonársele algunos convencionalismos a cambio de las bellezas que encierra a cada paso. Con esta comedia puso Bjornson de manifiesto su inclinación hacia un arte más humano y sincero que el que hasta entonces había cultivado.

*

Una quiebra inicia la segunda época literaria de Bjornson. En esta segunda etapa de su vida intelectual, Bjornson se propuso hacer arte social. Supo conservar, dentro de esta tendencia, suficiente dominio de los resortes técnicos, para no perjudicar su labor artística con la exposición utilitaria de sus ideas, evitando, por lo tanto, recargar sus dramas con digresiones tendenciosas. Puede afirmarse que sólo en *El periodista* y *Un guante* llevó Bjornson a la exageración la manera de presentar la tesis que quería sustentar, lo cual restó valor artístico a ambas obras.

De todas suertes, antes que el polemista, antes que el defensor de una idea social, en los dramas de Bjornson se destaca el artista. Fácil es comprobar esto con *Una quiebra,* comedia de enérgicos relieves, en la cual el estudio de almas que desfilan por la escena se destaca con mayor brillo que la tendencia moral que encierra la obra al condenar el agio y toda clase de especulaciones comerciales que descansen sobre base falsa o aventurada. La atención del espectador se ve repartida entre la serena gravedad del abogado Bérent, la vivacidad imprevisora de Tjaelde, la abnegación silenciosa de la esposa de éste, la generosa dignidad de Sannaes, la voluble estulticia de Jacobsen, la vanidad pueril del teniente Hans, la altivez bondadosa de

Valborg y la pureza de alma de Signe. Es difícil encontrar en el teatro contemporáneo una obra en la cual estén estudiados con tanto celo, hasta en detalles mínimos, ocho caracteres de primera fila. Sobreponiéndose al uso constante de concentrar la acción alrededor de tres o cuatro personajes, Bjornson ha logrado dar a su comedia extraordinaria animación.

Fácil es comprender que el hecho de llevar al teatro en 1874 un tema tan escabroso como el de presentar al desnudo algunos aspectos del mundo de los negocios, hubo de suscitar algunas protestas. *Una quiebra* no pudo ser apreciada en todo su valor desde el primer momento. Algunos factores de la banca y del comercio en Noruega se manifestaron hondamente disgustados, y el desquite que quisieron tomar fué el de difundir el concepto de que la obra resultaba fatigosa, logrando que esta opinión se generalizara en un principio, pues, por otra parte, la novedad del tema llevado a la escena no se avenía con los gustos y los hábitos del público. A Bjornson le tocó realizar en Noruega lo que poco antes había realizado en España Adelardo López de Ayala con *El tanto por ciento;* lo que en Francia realizó algunos años después Henri Becque con *Los cuervos:* poner en escena las combinaciones de explotación y de cálculo, de todo género, que a diario se practican en el mundo de los negocios.

El periodista es, sin lugar a dudas, la obra más descuidada de Bjornson. Los recursos escénicos son vulgares, los caracteres no pasan de esbozos, la tendencia está expuesta con demasiada crudeza. El tipo principal, el del escritor venal, está a todas luces incompleto: se le hace aparecer, simplemente, como un monstruo de ignominia, pero no hay en la obra un solo rasgo que precise su carácter.

En *El Rey,* Bjornson enderezó la tesis contra el sistema monárquico. De esa obra se desprende la consideración de que dicho sistema está llamado a fracasar, aunque dentro de él se otorguen las más amplias libertades y se practiquen los principios más liberales. *El Rey* que pone Bjornson en su obra es un monarca demócrata, de espíritu abierto a todas las ideas nuevas y avanzadas. Este soberano concede bajo su gobierno toda clase de libertades, llama al pueblo a tomar parte en la direcciöón del Estado, establece una presidencia hereditaria, y une

su suerte a la de la hija de un republicano intransigente. A pesar de todo, tiene que sucumbir en la lucha. Sus reformas no habían sido bastante radicales: lo que había que demoler era la institución misma y no sus manifestaciones accesorias. El monarca liberal se ve atacado, en un momento dado, por la nobleza y por la plebe a un mismo tiempo. *El Rey* termina sus días con el gesto implacable de un suicidio, con el recurso supremo de los débiles.

Es curioso consignar, nos dice Hjalmar Hjorth Boyesen, que Bjornson no era partidario del sistema republicano en Noruega, y que, según su propia declaración, él sólo quiso, con esa obra, ensanchar el campo de discusión de los problemas nacionales, animando a los espíritus tímidos a discutir el derecho divino. El espíritu antirrepublicano de Bjornson influyó de una manera decisiva sobre los destinos de su país: cuando Noruega se separó de Suecia, la representación nacional convocó al pueblo a un plebiscito para decidir la forma de gobierno que debía adoptar la nueva entidad independiente; la opinión de Bjornson, favorable a la monarquía constitucional, contribuyó a que fracasara en esa hora la tendencia republicana.

Leonarda—escrita a seguidas de *El Rey*—es la obra más bella e intensa de Bjornson. Puede ser que en la obra haya el propósito de combatir cierto orden de preocupaciones sociales, pero la tendencia que pueda encerrar queda eclipsada ante la potencia del conflicto pasional que en ella estalla. Es un drama íntimo y terrible: Leonarda es una mujer joven aún, divorciada, que ha educado a su sobrina Agat con cariño de madre. Agat celebra esponsales con Hagbart, joven fogoso que un día llamó públicamente ''mujer equívoca'' a Leonarda. Esta perdona la antigua ofensa, y, en el trato frecuente, poco a poco, Hagbart y Leonarda llegan a amarse. Agat, a quien su fino instinto de mujer le advierte lo que ocurre, renuncia a su enlace con Hagbart, después de una crisis de lágrimas y de amargas reflexiones. Leonarda, empero, no vacila; aunque Hagbart le pide de hinojos su amor, ella tendrá la fuerza de voluntad necesaria para volver a unirse con su antiguo esposo, y partir lejos de allí, dejando a Agat el campo libre. Para Leonarda el sacrificio es deber. Al irse ella, deja tras de sí la desolación, pero la voz

vacilante de la abuela de Hagbart nos anuncia que "ha vuelto el tiempo de los grandes sentimientos". Este es el iris de esperanza.

Un guante es la obra más discutida de Bjornson. La tendencia está expuesta con energía y atrevimiento. Toda la base reside en la resolución de Svava, la protagonista, al rechazar de plano a su prometido, porque averigua que éste no conserva intacta su castidad. Svava, mujer independiente y generosa, que funda asilos para niños pobres y practica la caridad en diversas formas, tiene ideas propias y aspira a mejorar la sociedad actual. Para ella la base del matrimonio debe ser la virginidad de los dos esposos al jurarse fidelidad: lo contrario es establecer un indigno privilegio en favor del sexo masculino. Ningún razonamiento logra convencer a Svava de que en acatamiento a la costumbre debe sancionar ese privilegio. Al saber que su padre ha abusado, antes y después del matrimonio, de la inmunidad que se concede al sexo masculino, arroja indignada su guante al rostro de Alf, su prometido, que desea reconcilarse con ella. Este guante es la bofetada del sexo débil, vejado y oprimido, sobre el rostro envilecido del hombre. Es una protesta formulada por la mujer consciente y dueña de sí misma.

Con este altivo gesto termina la obra en la segunda y definitiva forma que le dió su autor. En su primera forma, terminaba con el iris de esperanza: Svava dejaba escapar un *¿Tal vez?* que prometía su aquiescencia futura a la costumbre establecida. Era más natural este desenlace y se avenía mejor con el sistema optimista de Bjornson, pero restaba fuerza a la tesis sustentada. Así, al reformar la obra, Bjornson consintió, por segunda vez en su labor dramática, en ser pesimista, como lo había sido en *El Rey*.

La presentación de la tesis ha restado valor artístico a *Un guante*. Bjornson, con esa exaltación que le era peculiar, según afirman los que le conocieron íntimamente, tomó con tanto calor la defensa de su tesis, que abandonó todas sus ocupaciones para ir de pueblo en pueblo, hasta el último rincón de Noruega, pronunciando su famosa conferencia *Monogamia y Poligamia*, en la cual sustentaba las mismas ideas, robustecidas con enérgicas argumentaciones.

Esta campaña, como es lógico suponer, fué infructuosa. Muchas burlas y denuestos llovieron sobre el ardiente defensor de la castidad. Bjornson no les hizo caso: no falta razón a un escritor francés, Ernest Tissot, cuando afirma que con la campaña emprendida Bjornson no había demostrado más que bondad y belleza de alma, pues juzgar que los otros son puros es la manera más justa de demostrar que lo es uno mismo. Al cabo, Bjornson hubo de abandonar la campaña, decepcionado. La base de la tesis de Bjornson, empero, es de importancia capital. Pero, ¿por qué creyó que la única solución posible era restringir las libertades del sexo masculino?

En su comedia *Amor y Geografía,* escrita posteriormente, Bjornson se aprovechó, con sumo ingenio, de la situación de abandono en que dejó él sus asuntos particulares para marcharse, de ciudad en ciudad, en defensa de una idea. El protagonista de esta comedia es un geógrafo a quien su consagración a la ciencia impide ver lo que pasa a su alredor y, sobre todo, en su propio hogar.

El nuevo sistema, escrito a seguidas de *Un guante,* es una hermosa obra dramática, en la cual se desenvuelven menudas intrigas políticas de aldea. La vida de parroquia, el ambiente estrecho de las ciudades pequeñas, están admirablemente copiados en esta comedia, acaso con alguna prolijidad, pues el tema se alarga en cinco actos que podían reducirse a tres. Hjalmar Hjorth Boyesen dice que

nunca ha escrito Bjornson nada más convincente, penetrante, sutilmente satírico. Penetra bien hondo con el bisturí; cada incisión hace brotar la sangre.

Por eso no pudo esta obra tener la aceptación merecida en la escena noruega. La crudeza del ataque la hacía repulsiva, aunque nadie se atrevió a negar que había un gran fondo de verdad en esa virulenta sátira de la vida política.

En *Por encima del poder humano,* Bjornson estudia dos problemas: el de la superstición religiosa y el de la opresión del capital sobre el trabajo. Son dos dramas agrupados bajo un título común, por el parentesco que une a los protagonistas. La primera parte, que es la que mejor justifica el título, ataca

rudamente la superstición del milagro, el cual está *por encima del poder humano.*

El autor hace constar que la obra no fué escrita sin haber previamente consultado las *Lecciones* de Charcot sobre el sistema nervioso y los *Estudios Clínicos* de Richer sobre la histero-epilepsia o gran histeria. Clara Sang es un personaje construído científicamente, a la manera de Strindberg. Tiene alucinaciones de la vista y del olfato, cree pasar meses enteros sin dormir, y se imagina muchas veces no poder mover un solo miembro de su cuerpo. Sólo su marido—un pastor de almas, que es fama hace milagros—suele arrancarle de esos estados desesperantes; pero la enfermedad, una postración invencible, no cede a los empeños del pastor. Este se decide a apelar al milagro, envolviendo a Clara en un rosario de plegarias. Las oraciones comienzan entre el fragor de un alud, mientras Clara queda sumida en apacible sueño. Al fin, cuando la enferma se levanta y el pastor la recibe en sus brazos, lo que alcanza a tocar es un cadáver que se desploma al suelo. Al darse cuenta de la terrible verdad, el pastor cae exánime también, agotado por el ayuno y la exaltación mística.

Tal es el drama. El milagro está por encima del poder humano. El que pretenda buscarlo se expone a sucumbir, víctima de su propia ambición. La obra tuvo gran resonancia en toda Noruega, aunque no fué representada sino mucho después de su publicación. En aquel país, el clima, el paisaje, las costumbres, sugestionan y abruman el espíritu. Bjornson copió ese ambiente en *Por encima del poder humano.* La poesía que envuelve sus escenas es lóbrega y misteriosa. El lector siente, al través de esas páginas, la frialdad aterradora de aquellas montañas que recortan el horizonte y reducen el espíritu, produciendo una extraña sensación de soledad y desencanto. El aire parece enrarecerse también, el cielo es opaco. Esa calma imperatoria, llena de silencios, se interrumpe sólo con el fragor del alud que desciende por las flancos de la montaña.

En las almas enfermizas que allí moran, la superstición prende sus garfios torturantes de extraños terrores: el achatamiento mental es completo. La famosa escena en que los curas de aquellos contornos se reúnen para discutir el milagro, es sor-

prendente de verismo y sencillez. Uno de ellos asegura que en su parroquia se ven a diario los milagros, y que lo extraño sería que no los hubiese; otro dice que debe creer en el milagro porque la escritura afirma que los hay, pero no parece haberlos visto, y todos hablan durante largo rato en torno del tema, sin llegar a una explicación satisfactoria, repitiendo toda clase de despropósitos y lugares comunes.

La segunda parte de *Por encima del poder humano* es un poema anarquista, sin que esto quiera decir que Bjornson abogue en la obra en favor del anarquismo. Es una historia de rebelión y de fatalidad. Es un grito de alerta, ante el porvenir preñado de amenazas y de castigos para los que oprimen, de ruina y desolación para los oprimidos. En la obra de Bjornson estalla, hecha pólvora, la protesta del obrero contra la opulencia. El palacio de los potentados se derrumba, sepultándolos bajo sus ruinas, pero de esos escombros humeantes no surgirá el nuevo edificio de la equidad social. Bjornson no cree que la redención ha de venir por medio de la destrucción ni del exterminio. No indica tampoco el medio adecuado para encontrarla, pero condena la violencia. La nota de esperanza que corona la obra es la de la unión por el trabajo, la de la confraternidad social. Spera y Credo—nombres simbólicos de los sobrinos del rico industrial—repiten la frase de Raquel, la hermana del *leader* anarquista: ''Es preciso que alguno comience perdonando''.

En los albores del siglo veinte, Bjornson escribió el drama *Laboremus*. Lydia, la protagonista, parece simbolizar el ensueño, es la ondina que seduce el espíritu y extingue toda fuente de actividad fecunda. Por doquiera va sembrando la destrucción y la desgracia: un artista se disparó un pistoletazo por ella; otros enloquecieron, víctimas de las artimañas de Lydia; por culpa suya, una mujer enferma, presa de la fiebre de los celos, ve acercarse el fin de sus días. Lydia es una pianista que entusiasma con el arte de sus interpretaciones, pero todos los hombres que ella seduce pierden las energías de la acción, sienten agotarse su fuerza creadora. Así sucede con el joven compositor Langfredo, el cual ve esterilizarse su inspiración al lado de Lydia. La seducción de la ondina mata la facultad creadora, que Langfredo no volverá a poseer sino cuando

se liberte de Lydia y ésta siga otros rumbos, sembrando a su paso la desgracia, la muerte, el suicidio. Laboremos, pues, cumplamos nuestra misión en la vida, seamos fuertes para resistir las tentaciones de todo aquello que pueda aniquilar nuestra facultad de acción.

Tal es la prédica que Bjornson esboza en el símbolo de ese drama. *Laboremus* ha sido el himno de su vida. El tuvo que romper con el viejo amor a los ensueños que inspiran los campos vírgenes de su tierra natal, tuvo que renunciar a las joviales correrías por el mundo alado de la fantasía, desechó la nota idílica de ilusión y de poesía, para entrar de lleno en la acción, para tomar parte en la ingente lucha de señalar nuevos rumbos a la sociedad actual, para vivir, en fin, la verdadera vida: la vida del que trabaja, estudia, evangeliza y crea, para bien de la humanidad y por amor a la humanidad.

Glorificando esa noble existencia vibrará por siempre la voz profética de Ibsen:

Tus obras están en primera línea en la literatura universal. Pero si yo tuviera que escoger una inscripción para colocarla en un futuro monumento que fuese erigido en honor tuyo, quisiera que estuviese concebida así: *Su más bello poema fué su vida.*

MAX HENRÍQUEZ UREÑA.

SOBRE LA FORMACION DEL ALMA NACIONAL CUBANA

LOS TRES FACTORES FUNDAMENTALES



N medio de la revolución mundial que presenciamos, interesados en ella como todos los pueblos del planeta, estamos llamados a experimentar en mayor o menor grado, como todos también, y más o menos directa o indirectamente, sus repercusiones incalculables. Por ello mismo, sin olvidar, antes teniendo muy en cuenta los asuntos generales del mundo que en tan gran parte debátese en la más terrible y compleja crisis de su historia, hemos de examinar con mayor atención tal vez que nunca los asuntos propios. En esta crisis suprema de la humanidad, cada unidad nacional, aun las más apartadas de la lucha armada directa, dijérase que siente una suerte de necesidad de prepararse para la áspera lucha inerme que, terminada la guerra, ha de seguirla al parecer de modo inevitable; de prepararse en todos sentidos, y ante todo moralmente, en la afirmación de su conciencia de sí misma, que la hace en definitiva una nación. La afirmación de esta conciencia, conciliada y en armonía con el interés humano, constituye el origen y cimiento del nacionalismo.

Para ser a un tiempo verdadero, durable y fecundo, todo nacionalismo ha de estar, si orientado hacia lo por venir, basado en el pasado, y en la historia que le desentraña el sentido y que lo consagra y sintetiza.

El conocimiento de un pueblo en un momento dado—hace constar Le Bon (1)—implica el conocimiento de su medio ambiente y, *sobre todo*, el de su pasado.

---

(1) GUSTAVE LE BON, *Psicologie des Revolutions*, pág. 52.

En un número reciente de CUBA CONTEMPORÁNEA tuve el placer de comprobar que el perspicaz patriotismo de un querido y talentoso amigo y compañero, José Antonio Ramos, conduce a éste a idéntica conclusión en lo que a los cubanos particularmente nos concierne (2). No hace ya mucho menos de dos lustros tuvo la ocasión y el honor quien esto escribe de formular a su vez, por primera en su vida de escritor, la propia idea en el prólogo al ensayo de novela cubana *La Insurrección.* Los años no han hecho en él más que fortificar aquella convicción y enlazarla con otras que, frutos como ella de la meditación de los problemas patrios, tratará de exponer con brevedad en este artículo.

*

Nuestro primer paso, pues, es no dar al olvido el pasado que nos hizo, lenta y dolorosamente, lo que somos, que forjó nuestro carácter al través de los siglos y que sólo lo explica y aclara. Nuestras revoluciones, nuestros héroes y mártires, resumen nuestro pasado relativamente reciente; España el pasado mediato. No tenemos derecho, al juzgarnos, no tiene derecho quien nos juzgue con toda buena fe, a olvidar o ignorar uno ni otro. Son ellos dos de los tres factores primordiales en que hemos de basar todo estudio de nosotros mismos y de nuestro porvenir como nación. El tercer factor, mucho más reciente, no por ello mucho menos poderoso en la formación de nuestra psicología colectiva y de nuestra constitución nacional y social, es la influencia norteamericana.

Los tres factores, por otra parte, se entrelazan en el curso del tiempo. La influencia española es virtualmente omnipotente en Cuba hasta mediados del siglo XIX. La primera idea del grande iniciador de nuestra primera gran revolución es una idea española: el primer título de Céspedes, antes de ser electo Presidente, fué el de *Gobernador General.* Con el propio Céspedes, por lo demás, se establece, y se afirma posteriormente con fuerza cada vez mayor, la tradición neta y puramente cubana, comenzada con anterioridad, desde las primeras tentativas de rebelión, casi exactamente a mediados del siglo anterior, es de-

---

(2) *Seamos cubanos,* en CUBA CONTEMPORÁNEA de diciembre de 1917.

cir, hace ya cerca de setenta años. La influencia de los Estados Unidos, por último, no comienza en realidad a ser efectiva, a pesar de la cercanía topográfica de la gran civilización norteamericana, hasta después del Tratado de París. Mas, desde entonces se desarrolla a su vez con celeridad y potencia crecientes.

Nos hallamos unidos desde entonces, no ya por la ley geográfica tan sólo, por estrechas relaciones económicas y políticas, por acontecimientos históricos para nosotros fundamentales, con la poderosa nación vecina. Como consecuencia natural de tales relaciones y aquella vecindad, la influencia de la nación mayor tenía que penetrar en la menor. El problema, desde el punto de vista nacional cubano, a este respecto ha de ser lógicamente —aceptando los hechos cuales son y partiendo de ellos—el de considerar las probabilidades que existan de hacer esta influencia, como puede en más de un concepto ser, beneficiosa, y adaptarla a nuestra idiosincrasia, sin fundir en ella nuestra personalidad, lo cual equivaldría al suicidio.

Somos los cubanos, originariamente, un pueblo de cultura española y europea. (Por cultura entiendo aquí el conjunto de hábitos de pensar y sentir, y las costumbres y manera de ser que de él proceden.) El señor James Bryce, en su libro *South America* (3) ya citado por mí en otra ocasión (4), opina que es en general la América de nuestra habla

un grupo ibero-celta europeo occidental de naciones establecidas... en medio de los mares del Sur *(an Ibero-Celtic West European group of nations planted... in the midst of Southern Seas),*

o mejor, agrega:

una cosa nueva en el mundo, un grupo racial con carácter enteramente propio (*a new thing in the world, a racial group with a character all its own).*

En América, en efecto, según parece evidente, conviven dos civilizaciones o culturas distintas, llamadas a coexistir en armonía y a enriquecerse y completarse sin por ello fundirse en una sola. La una de esas dos culturas está representada por los

---

(3) *South America. Observations and Impressions, by* JAMES BRYCE.
(4) *Letras,* de La Habana, 27 de octubre de 1912.

Estados Unidos del Norte y el Canadá; la otra, por todo el resto del continente americano y las Antillas. Los cubanos pertenecemos a la segunda por tradición y origen, y estamos en contacto especialmente directo con, y bajo la influencia creciente de, la primera. En esta situación excepcional se hallan también, por otra parte, en mayor o menor grado (casi todas en menor grado, descontando a Panamá, y acaso a Nicaragua), las repúblicas hermanas del golfo de México y las de la América Central.

Nosotros, además, no sólo por razones estratégicas y de diverso orden, ya apuntadas, somos un punto de interés y mira permanentes para la nación vecina, sino que hemos sido ayudados por ella de modo directo en nuestra larga lucha por la independencia; y si bien lo fuimos de aquel modo—y la equidad ecuánime de la Historia y nuestra propia dignidad nos obligan naturalmente y de consuno a no perder de vista tal extremo, en el reparto justo de nuestra gratitud—, luego de diezmadas en el esfuerzo heroico varias generaciones de cubanos, lo fuimos eficaz y poderosamente; y tal intervención, decisiva en sus resultados, asegura a la gran nación auxiliadora nuestro profundo y permanente reconocimiento.

Que la influencia de aquélla sea benéfica—conviene sobremanera repetirlo—, depende esencialmente de la forma en que haya de ser asimilada, y del saber asimilarla con discernimiento y tino, y, sobre todo, sin naufragar en ella.

Jamás debemos echar en olvido que ninguna nación o sociedad son tales sociedad o nación por causas extrínsecas, sino intrínsecas. El Japón, tan a menudo citado, es precisamente un ejemplo típico y muy notable de transformación externa y de inquebrantable instinto de la propia conservación: ciego habrá de ser quien no distinga que lo que hace al Japón respetado no son, en el fondo, sus ejércitos ni su flota admirables, ni su adopción de *los métodos* occidentales; sino la adaptación a estos métodos, y el profundo discernimiento de su propia conveniencia en adoptarlos, sin perder, antes afirmando altamente y con mayor fuerza cada vez, su alma autóctona y diversa. Lo que constituye el nervio de la fuerza de los japoneses es su unidad moral manifestada en su devoción casi religiosa a la patria, y

al Emperador que para ellos la encarna; en el culto a los antepasados, en la idea del deber.

En el caso del Japón trátase de una nación grande. Las naciones pequeñas, como lo es en importancia material y fuerza la nuestra hasta el presente—y acerca de las cuales, y de su utilidad e importancia, acaba de publicar un sesudo trabajo el Barón Bayens (5)—, no pueden hacerse respetar sino por causas morales y no materiales. Tres razones merecedoras de respeto ante la conciencia mundial, en la paz y más aún en momentos de crisis, tienen estas naciones: la afirmación de su unidad fundamental, la honradez y el buen orden de sus asuntos públicos, interiores y externos; y la manifestación de su aptitud en los campos de la actividad del espíritu.

La primera y la segunda son esenciales (6). La tercera basta a veces, por sí sola, para hacer inmortales a una raza o un pueblo, como sabemos todos con sólo recordar el ejemplo, prescindiendo de otros más recientes, de la influencia, a través de los siglos, de la pequeña y prodigiosa Grecia.

España nos legó su cultura, con sus cualidades y defectos. De esta cultura, modificada por otras influencias secundarias, y en vía de rápida evolución bajo la influencia primordial de la del Norte, está formándose nuestra cultura *definitiva* (si puede emplearse tal vocablo en lo que es, por su naturaleza misma, movedizo y se halla siempre—a no ser en los pueblos difuntos—en perpetuo y fecundo *devenir*). De aquella cultura hemos de velar por la conservación, sobre todo, del medio de expresión:

---

(5) *Rêvue des Deux Mondes*, de 15 de enero del corriente año 1918.

(6) Escrito lo anterior, llega a manos del autor de estos apuntes, remitido por las de un inteligente y buen amigo, el discurso pronunciado en el Senado Nacional, el 14 de diciembre del año que acaba de transcurrir, por el Senador de la República Ldo. Cosme de la Torriente, en que este ilustre hombre público expone con extraordinaria claridad, previsión y alteza de conceptos cómo el honor y el interés bien entendido de nuestro porvenir como nación, conjuntamente, nos aconsejan cooperar, en lo posible, en la guerra mundial, "manteniendo el orden y la tranquilidad" (en lo que al interior respecta) "por la común inteligencia, la concordia y el amor entre todos los cubanos" y suministrando nuestros productos y en lo hacedero nuestro apoyo económico a los aliados, en lo que a lo exterior atañe; y ello para que "cuando termine la contienda, la personalidad mundial de la República Cubana... sea lo que todos ansiamos... la que soñó Carlos Manuel de Céspedes... la que vislumbró José Martí."

el idioma, que es al propio tiempo el áureo estuche que la conserva y el vehículo precioso que la transmite y la enriquece.

La unidad fundamental se manifiesta, aparte del idioma, en la célula social: la familia. La familia cubana—la familia de raza española en general—puede tenerse, en conjunto, y sin parcialidad alguna, por ejemplar. En ella se basa en Cuba una de las más fundadas esperanzas sociales, cualesquiera que puedan ser las transformaciones que el tiempo y la aplicación cada vez mayor del espíritu moderno hayan de ir operando en lo externo de su estructura. Manifiéstase también aquella unidad en el recuerdo vivo de los héroes y fastos nacionales, en las costumbres propias, modificadas asimismo a su vez por el transcurrir del tiempo, pero conservando en el fondo su sello inconfundible, y en el sello de la solidaridad general en los asuntos vitales para la comunidad (7).

Una sociedad puede y aun debe transformarse, como se transforma sin cesar cada individuo; debe estar abierta a la ley del progreso constante; debe aceptar, y tratar de asimilarse, las cosas buenas (y para su propia contextura convenientes) de otras sociedades o civilizaciones distintas. Y no puede, sin correr el riesgo de desaparecer, perder, por una parte, su carácter y cultura propios, ni sustraerse, por otra, a la natural evolución y a los deberes que le imponga su existencia misma. En la obra al comienzo citada consigna asimismo el autor que la historia de una raza (y en más pequeño, y en nuestro caso particular, de una nación) es ante todo ''la narración de sus esfuerzos para estabilizar su alma''. Tal es, al igual que la historia de cada pueblo, nuestra historia. Síntomas halagüeños parecen anunciar, al través de todas las tristezas, contrariedades y tropiezos que no suelen faltar por desventura en las obras humanas, la lenta consecución de aquella estabilidad. De nos-

---

(7) El Dr. Dainow, escribiendo acerca de su propia patria, la—por lo demás y de todas suertes—grande y simpática Rusia, y de las causas de las terribles y asombrosas pruebas por que actualmente pasa, afirma (en *La Sémaine Littéraire*, del 19 de enero del año corriente: artículo *El Problema Ruso*) que por causa y culpa del fenecido zarismo ha faltado hasta ahora en Rusia "de modo casi total la participación activa de la población en la vida pública, la comunidad de intereses, la existencia de relaciones estrechas y seguidas entre ciudadanos, la consciencia de los lazos de todo género que los unen los unos a los otros."

otros mismos depende sin duda, mucho más que de ningún agente externo, el que el alma nacional, forjada con dolor y en la sangre de las revoluciones, condicionada por su arrastre racial y su educación secular, y sometida a influencias nuevas que tienden naturalmente a modificarla, vaya sintiendo cada vez más clara y fuertemente en sí la firmeza y maleabilidad, a un tiempo, que le permitan, fuerte de todas las enseñanzas del pasado, lanzarse con segura y serena confianza al porvenir.

Luis Rodríguez-Embil.

Ginebra, Suiza, febrero 1918.

LA ALTA PRENSA DIARIA EN CHILE


HILE sigue de cerca el progreso en materia de prensa; pero no imita de ningún modo el estilo de los periódicos norteamericanos, sino que más bien copia la vieja tradición de la prensa europea. Como los grandes rotativos argentinos, los nuestros desechan el sensacionalismo, la información afiebrada, esa avalancha de trabajo reporteril, que hace tan maravillosamente movidas y curiosas las páginas de los diarios de Estados Unidos, Méjico y Cuba. La sobriedad es la característica de los más importantes órganos de la prensa chilena; y lo mismo se nota ese sello en el suelto de crónica, que en el artículo de fondo, sea cual fuere la índole de la materia tratada. La energía de una campaña va siempre sobre los suaves resortes del lenguaje parsimonioso, y funda su esperanza de triunfo más en la aducción sistemática de pruebas que en la brillantez de la frase.

El tono general de los diarios es tranquilo; y esto es natural si se considera que hay pocas pasiones públicas en juego, y que son raras las polémicas individuales o de grupo. Sin embargo, cuando la política hincha el entusiasmo de los partidos, aparecen aún las veteranas plumas que antaño mantuvieron la hoguera de ideas en la tribuna o en los periódicos de combate, y son como destellos de guerra en medio de la paz los escritos de Zegers, de Cifuentes, de Egaña, de Barriga, de Irarrázaval, de Espejo, de Rodríguez Mendoza...

Con la cimentación política posterior a 1891, cerradas las heridas del odio fraternal, desapareció en Chile el periódico de lucha. El último sobreviviente fué el órgano de la fracción

radical, que murió tras vibrante existencia al clarear este siglo, cuando precisamente el radicalismo comenzaba su formidable avance en el parlamento, en la instrucción pública y en la clase media. *La Ley*, que así se llamaba el diario del patriarca Palazuelos, y que reunió al más selecto grupo de talentos anticlericales en su época, bajó al sepulcro por extremar la violencia de su lenguaje. La misma suerte corrió *La Razón,* que intentó suceder a *La Ley* en el campo liberal avanzado.

Nuestro público no protege al diario ultrapartidarista. Ni los radicales leían su órgano excomulgado, ni los conservadores son bastante desprendidos para sostener sin pérdidas al gran diario católico *La Unión,* que sale, y seguirá siempre saliendo, porque la Iglesia afronta el déficit.

Tampoco gusta ya el chileno del periódico netamente político. El mismo lector antiguo de la *Libertad Electoral,* de *La Tarde* (1), de la *Nueva República,* que entre el año 85 y el 900 fueron hojas retóricas y atildadas, pero de fila, prefieren hoy la informativa serenidad de los papeles modernos, que son bajo cierto aspecto los sucesores del único diario grave que aparecía en Santiago desde la mitad del siglo XIX: *El Ferrocarril.*

El Ferrocarril fué modelo de mesura, aun en agitados tiempos. Si bien su tendencia era liberal, mantúvose durante más de sesenta años haciéndose leer de moros y cristianos, con sesudos editoriales, traducciones de la *Revue des Deux Mondes,* parcas noticias y correspondencias bien firmadas. Anunciaba el cambio de las estaciones y tenía sus fórmulas inalterables para cada aniversario o ceremonia. Durante la revolución de 1891, clausuró sus puertas por algún tiempo y vino a morir de arterioesclerosis, de petrificación, en 1905, cuando ya *El Mercurio* y *El Diario Ilustrado* trajeron nueva vida al periodismo nacional.

La colección de *El Ferrocarril* es un lujo de las bibliotecas chilenas y un arsenal de historia patria.

En 1900 se abrió en Santiago la edición capitalina de *El Mercurio* de Valparaíso, el diario más viejo de Chile y de todo el hemisferio austral del mundo, pues su fecha de fundación

---

(1) Diarios en que Ruben Darío dió sus primeros pasos.

es 1827. *El Mercurio* ha contado entre sus colaboradores a los hombres más ilustres de la América del Sur, gozando de un prestigio continental ganado en noventa años de ininterrumpida publicación cotidiana en Valparaíso. Al hacerse dueña de la empresa la poderosa familia Edwards, pensó que Santiago de Chile necesitaba rejuvenecer su prensa y que bien podía fundarse allí una edición de *El Mercurio,* montada a la moderna. Los señores Edwards no tenían valladar de dinero, de modo que, por suerte para el país, realizaron su idea en 1900.

Dos diarios poseían a la sazón el campo: *El Ferrocarril* y *El Chileno.* Este último, en pleno auge, habíase ganado con prodigiosa rapidez al pueblo y amontonaba prestigio a voluntad. Cayó, pues, *El Mercurio* en tiempo propicio para conquistar el alto público, que deseaba con vehemencia cambiar las hojas monótonas de *El Ferrocarril* por algo más contemporáneo. Y así fué.

Acudieron al nuevo diario escritores de nombradía; adoptáronse maquinarias modernas; renovóse la presentación material de las páginas y cambióse el aspecto rutinario hasta entonces en uso. El comercio con sus anuncios, y el lector con sus abonos, dieron pronto preferencia al gran diario, que no tardó en fundar una edición vespertina. La guerra ruso-japonesa trajo luego a *El Mercurio* la ocasión de iniciar en Chile la grande y cara información cablegráfica, que hasta hoy es mantenida con orgullo en cada rotativo chileno.

En la rica empresa de *El Mercurio* han descollado (ediciones de Santiago) periodistas de mucho renombre: Carlos Silva Vildósola, director hasta 1912 y actual corresponsal en Europa, un tipo genuino del diarista; Joaquín Díaz Garcés, diplomático y celebrado pintor de costumbres, que ha sido un cultivador de la gracia y del donaire, y que ahora es severo redactor; Juan Larrain, rebelde a la firma, redactor también de esmerado estilo, que hace el mayor trabajo en su diario; el economista don Julio Pérez Canto, que hoy dirige la edición matriz de Valparaíso; el actual director don Guillermo Pérez de Arce, hombre balanza, cuyo criterio es precioso a la empresa; el fallecido *Tatin* (Benjamín Vicuña Subercaseaux),

hijo de don Benjamín Vicuña Mackenna; Emilio Rodríguez Mendoza, luchador infatigable de la prensa, diplomático, novelista, publicista, uno de los cerebros más fuertes del país; *Omer Emeth* (Emilio Vaïsse), clérigo francés de extraordinaria cultura humanista, que desde once años atrás, sin falla alguna, ha escrito cada lunes su crítica literaria, como Sainte-Beuve, "*toute proportion gardie*"... Además, casi no hay pluma sobresaliente del país que no haya aparecido en *El Mercurio,* sea en cuestiones de política, sea de finanzas, de historia, de diplomacia, de ciencias o de artes. Este gran diario, por su carácter conciliador y su serenidad política pocas veces desmentida, goza de plena confianza. Durante la guerra ha sido francamente aliadófilo, inspirándose en las ideas de su dueño principal, el Ministro chileno en Londres, don Agustín Edwards, que cree sinceramente ver ligados los intereses de Chile al triunfo de Inglaterra, patria de sus abuelos y madre de nuestra gloriosa flota militar (2).

Un año después de aparecida la edición de *El Mercurio* en Santiago, don Ricardo Salas Edwards fundó un periódico de modesto origen, que constituyó una novedad revolucionaria en la prensa. *El Diario Ilustrado,* como se llamó la hoja, adoptó por primera vez el fotograbado de información a una publicación cotidiana, obteniendo un ruidoso triunfo. Se suprimió en el nuevo diario el artículo largo, la noticia voluminosa, el pesado comentario de cajón, la osamenta ya gastada de los antiguos órganos. El primer efecto de *El Diario Ilustrado* fué herir a *El Chileno,* algunos de cuyos dueños entraron luego en trato con el señor Salas Edwards y, separándose de aquella empresa, diéronse de lleno a explotar la del *Diario Ilustrado,* que en poco tiempo surgió a la vida de los grandes tirajes. El público se enamoró de este tipo de periódico, tan liviano, tan expresivo y gráfico, desconocido hasta allí entre nosotros y ante

---

(2) Yo guardo especial simpatía a *El Mercurio,* porque fué en sus columnas de honor donde publiqué mis primeros trabajos literarios, ocupando allí un sitio sólo reservado al verdadero mérito. Silva Vildósola quiso levantar mi entusiasmo de los veintidós años otorgándome esa inmerecida distinción, tan apreciada en Chile. Muchos de mis artículos de entonces, forman mi librejo *Crónicas Literarias,* editado en 1912, con prólogo del bien reputado artista don Paulino Alfonso.

el cual el propio *Mercurio* parecía un retardado. El señor senador don Joaquín Echenique y los señores Alberto y Nicolás González Errázuriz, integérrimos representantes de la más pura tradición santiaguina, dueños del diario, comprendieron claramente el porvenir y no omitieron los medios de procurar el éxito rápido. Tuvieron la suerte de encontrar un hombre de primer orden para que dirigiera la empresa, un tipo nato de periodista, Misael Correa Pastene, cuyas dotes literarias, culturales y administrativas, complétanse con la modestia y la energía. Trabajó durante catorce años en *El Diario Ilustrado,* formando a su alrededor un núcleo juvenil que le guarda admiración, aunque el valeroso director ha querido últimamente cambiar la independencia política y religiosa de nuestro libre periódico, por la bandera católica militante del gran diario clerical *La Unión.*

La carrera de *El Diario Ilustrado* ha sido vertiginosa. Fiscalizador inflexible, amplio de miras, amigo del pueblo, ha hecho un inmenso bien al país, no sin cargar muchos enemigos a la espalda, como ocurre siempre que se ataca de frente el abuso o las debilidades. Sus mayores campañas han sido: la constitución de la propiedad salitrera, la instrucción obligatoria y técnica, la fortificación militar del país y la altivez en toda cuestión exterior. En materia económica, ha defendido el libre cambio, y en materia política, la conciliación. Al cabo de quince años es el diario de más extensa circulación en el país y, con sus ganancias, posee un palacio edificado especialmente.

Como en *El Mercurio,* han colaborado en *El Diario Ilustrado* los mejores escritores chilenos y muchos extranjeros. Hoy día forman el cuerpo de redactores: don Alejandro Silva de la Fuente, autoridad en finanzas y sereno tratadista de asuntos políticos, que es el principal redactor; Rafael Luis Gumucio, cuya pluma goza fama de valiente, y que es heredero de un padre que fué gran periodista; Genaro Prieto Letelier, talento extraordinario en el humorismo; y yo, que hago los editoriales de asuntos internacionales y diplomáticos, sin más méritos que el estudio y la sinceridad. Son activos colaboradores: Renato Valdés, Fernando Díaz Garcés y Jorge E. Silva, jóvenes todos, que en diversas cuestiones trabajan brillantemente. Es Director don Guillermo González Echenique, hombre de ta-

lento y empuje, que por lo común escribe impulsando el progreso de la enseñanza pública en el sentido de hacerla apta para las profesiones prácticas.

Fuera de *El Mercurio* y *El Diario Ilustrado,* no hay en Santiago sino otros dos grandes periódicos: *La Unión,* dirigida ahora por Correa, donde trabajan entre otros Pedro Belisario Gálvez, de buena cepa "valeriana", y Víctor Silva Joacham, ironista de porvenir liberal y de actualidad celebrada. *La Unión* tiene una próspera edición en Valparaíso, que administra el popular Ronquillo, Egidio Poblete, secundado por Luis Cruz. El otro periódico del cual me resta hablar es *La Nación,* recién fundado con gran capital por cuatro hombres públicos millonarios, a cuya cabeza está uno de nuestros más inteligentes y honorables políticos liberales, el orador parlamentario de primera fila y gran jurisconsulto, don Eliodoro Yáñez. Dirige la empresa, con gran talento, Enrique Tagle Moreno, el primer "periodista" de Chile en la actualidad. Colaboran Emilio Rodríguez Mendoza, Gustavo Silva, internacionalista; Ernesto Barros, redactor político joven; Galvarino Gallardo Nieto, abogado de inteligencia fecundísima y pluma fogueada, y otros que colaboran bajo el anónimo y que aún no son descubiertos por el público, dado lo nuevo del diario.

La Nación, si permanece en su liberalismo tolerante, se mantendrá indefinidamente como órgano de gran rango.

Menos considerables, pero también significativos, son otros tres periódicos: *Las Ultimas Noticias,* edición vespertina de *El Mercurio; La Opinión,* diario de informaciones sensacionales y de poderoso espíritu renovador, fundado por Tancredo Pinochet, y *El Tiempo Nuevo,* de tendencias germanófilas. Sólo mencionaré, de los menores, *La Patrie,* el *Deutsche Zeitung* y *La Patria degli Italiani,* fomentados por las respectivas colonias extranjeras.

Como resumen, creo justo decir que Chile tiene en su alta prensa un guardián de su prestigio interior y exterior. En Chile no hay prensa amarilla, ni venal, ni subvencionada por el Gobierno. Hay prensa libre y respetada. El periodismo de los grandes diarios es un oficio ejercido generalmente por personas de conocida situación social, intelectual o política, cuya

integridad raras veces cae en manos de la maledicencia pública. El delito de imprenta es juzgado por Jurados, y la mayor pena que tiene es una multa de trescientos pesos.

FÉLIX NIETO DEL RÍO.

N. B.—En una breve memoria que he de escribir para CUBA CONTEMPORÁNEA acerca de la literatura chilena, hablaré algo de las revistas y sus círculos.—F. N. DEL R.

NOTA DE REDACCIÓN.—Desde Méjico, donde ahora está nuestro estimado compañero chileno el señor Nieto del Río, nos remite este artículo. El anterior, que nos entregó a su paso por La Habana, y fué publicado en CUBA CONTEMPORÁNEA (diciembre, 1917), bajo el título de *Tacna y Arica,* ha tenido gran resonancia en toda América. *El Comercio,* diario de Lima, lo ha comentado *in extenso; El Universal,* de Caracas, lo reprodujo íntegro; *The American Review of Reviews,* de Nueva York, también lo comentó en su número de febrero de este año, en su sección titulada *Artículos notables del mes,* y *La Nación,* de La Habana, reprodujo el 22 de marzo último uno de los artículos del diario peruano *El Comercio.*

GOTAS DE SANGRE (*)

(NOVELA DE LA GUERRA)

I

—¡Todos nuestros cálculos por tierra! ¡Un hijo más y las ventas sin aumentar!... No comprendo cómo ha sido eso...

Tadeo Felicidad se esforzaba en demostrar su enojo. En realidad, y a pesar de sincero descontento, deseaba un hijo.

Su mujer acababa de anunciarle que no la cabía ya duda: se hallaba encinta.

—No comprendo cómo ha sido eso, no lo comprendo, insistió él.

—¡Qué importa, Tadeo! Un hijo más es casi la misma cosa. No somos pobres; y aunque lo fuésemos, Dios da para todos.

—¡Mucho se ocupa Dios de Tadeo Felicidad cuando le sorprende con regalos como ese!

—Deja a Dios tranquilo. No te quejes inútilmente. Piensa en lo bueno y divertido que es tener un bebé.

—Sobre todo cuando la madre debe pasarse los días tras del mostrador, cobrando y llevando cuentas.

—Ya habrá tiempo para...

—Tú arreglas las cosas muy tranquilamente, con palabras... Agrega a eso una posible guerra... ¿A que no se te ha ocurrido pensar en la guerra?

(*) A la amable deferencia del autor, recién ascendido por nuestro Gobierno a Ministro de Cuba en Pekín, debe CUBA CONTEMPORÁNEA la oportunidad de comenzar la publicación de esta interesantísima y bien documentada novela de la Gran Guerra; novela que en breve será impresa en un volumen en Europa. (*N. del D. de C. C.*)

—No me gusta pensar en muchas cosas a la vez. Si la guerra tiene que venir, vendrá. ¿Para qué rompernos la cabeza con tantas cosas?

—Muy bien, tienes mucha razón, si es eso lo que quieres que te diga; tienes mucha razón, pero no sabes lo que dices.

Ella se le acercó, le echó los brazos al cuello. Y besándole:

—Apostaría que estás contento.

—¿Crees que me he vuelto loco?... Lo que sé es que va a ser otra niña... Las tres gracias...

—No, un hijo, te apuesto. Lo verás.

Tadeo Felicidad: un hombrecillo un tanto ancho de hombros, ligeramente ventrudo, de semblante algo común, ojos oscuros, vivos, descuidado bigote y corta barba algo en punta. Su biografía cabía en una línea no más larga que su estatura. Hijo de un panadero de Versalles, con muy escasa instrucción, republicano ''sin matiz'', a su decir, republicano porque Francia era una república, y convencido de que todos los políticos eran unos vividores; conservador de espíritu, revolucionario inofensivo de palabra, preconizando a veces, excitado, innovaciones en el orden social que no hubiera sabido precisar; satisfecho en realidad de su existencia y del estado de cosas en general, vivía—en los altos del ''Pan de oro''—dedicado a su comercio y su hogar, empeñado en asegurarse una vejez libre de preocupaciones materiales y constituirles apreciables dotes a sus pequeñuelas Marta y Corina. De vez en cuando, por la noche, iba al café a jugar al billar, la manilla, o las damas; los sábados llevaba a su mujer al cinematógrafo o, en París, a algún café-concierto. No tentándole los viajes, ni aun cortos, sólo había realizado uno, a Moyen, cuatro años antes, para casarse con su prima Francisca Dubois, una gran rubia sin belleza, pero sana, amable, cariñosa y útil, a la que era fiel, asombrándose de haber creído gozar, antaño, días u horas felices en compañía de numerosas ''ranas sabias'', excepción hecha de la desgraciada Antonia Nadier, vendedora del ''Bon marché'', la dulce prometida que la tifoidea le arrebató.

Bajando Tadeo por la escalera que le conducía al fondo de la tienda, renunció mentalmente a acertar cómo pudo ser ''eso''; se acusó de reprochar algo absurdo a su mujer—''¿aca-

so era la culpa toda de ella?''—y, acariciándose la punta de la barba, díjose que lo único que al fin y al cabo le preocupaba, o debiera preocuparle, no era sino la posible guerra. ''¿A que no se te ha ocurrido pensar en la guerra?'' A él tampoco. ¿Por qué entonces avanzó semejante argumento? ¿Creyendo anonadarla con la pregunta? Lo ignoraba; pero, al hacérsela, abordó por primera vez en su vida, seriamente, semejante hipótesis. ¡La guerra! ''¡Cosas de periódicos que no saben de qué escribir!'', había exclamado dos días antes Francisca, pareciéndole a él tan justa la aseveración, dada la poca importancia concedida por ella al asunto! Tanto oyó hablar a su padre de la posibilidad, de la necesidad del desquite, que, cuando a los veintidós años lo perdió, creyó enterrado un sueño en su tumba. Sin embargo, lo cierto era que la prensa parecía temer su eventualidad, las gentes no andaban muy tranquilas, había cierto temor. ''¡La guerra!, ¡qué amenaza!''

Al día siguiente, afirmándose en su mente la posibilidad del conflicto, comenzó a sentir, creyendo haberlo sentido siempre, despreciativo odio por raza de la cual sólo sabía que era muy belicosa y fuerte, que había derrotado a Francia en el 70 y que se disponía a batirla una vez más.

—*¡Mazette!*—exclamó—, serán muy fuertes los alemanes, pero ¡haremos de ellos miga de pan! Todo es querer. ¿Qué opinas, Francisca?

—¿Yo?, nada, le respondió ella, con indiferencia.

—Eso no es responder. ¿Tengo razón, o no?

—Tienes razón. Además, ¿qué sé yo?

—Al fin y al cabo tanto como yo.

—Es verdad, tanto como tú... y no es mucho...

Muy temprano era cuando se dirigió, en la mañana del último día de julio de 1914, a un kiosco situado en la esquina de su casa, decidido, contra su costumbre, a leer otro diario que ''su'' *Petit Parisien,* a pesar de entender que todas las hojas decían más o menos la misma cosa a distinto precio.

—No quedan sino dos *Gaulois* y un *Figaro.*

Abrió *Le Figaro,* posando los ojos en la primera columna, titulada ''La crisis europea y Francia'':

''A la hora angustiosa que atravesamos y en medio de si-

tuación que, puede decirse, se modifica de minuto en minuto, tiene que definirse bien el papel de Francia; porque la decisión de su gobierno y la orientación de la opinión pueden ejercer decisiva influencia sobre la marcha de los acontecimientos. Procuremos por lo tanto darnos cuenta de nuestros propios sentimientos.

"Ante todo debo señalar que en todo el país, en todos los franceses, obsérvase fría resolución, reflexiva y tranquila determinación. Acabo de atravesar nuestras provincias desde la frontera del este hasta París; he visto, interrogado, escuchado; he hablado con los que mandan y obedecen, mostrando todos el mismo aire de calma y decisión: 'Si hay que partir, partiremos; si se nos llama, cumpliremos con nuestro deber.' En ninguna parte observé excesiva preocupación del interés particular; todos y cada uno piensan en la cosa pública, dispuestos a subordinarla todo. Muy sinceramente lo digo: jamás hubiera pensado que este pueblo francés tan vivo, tan impresionable, era capaz de demostrar un sentido tan sereno, una disciplina tan perfecta, una voluntad tan tranquila en circunstancias tan graves..."

—¡Perfecto!, exclamó en voz alta, aprobando la franca aserción de que el duelo austro-serbio, con todas sus posibles consecuencias, no interesaba hondamente a los franceses.

"Todo el mundo comprende que la cuestión es algo sin duda trascendental, y que trátase, en suma, no de la fiel ejecución de tratados de alianza, sino de la suerte de Europa y de la libertad de los pueblos..."

Sacudió el periódico. "¿En qué piensa este hombre que deja de lado a Alemania?" Fijóse en la firma al pie del trabajo: Gabriel Hanotaux. Y en las últimas palabras:

"Francia está dispuesta a sostener con sus Aliados y amigos una causa que ha servido tan a menudo en el curso de los siglos: la de la libertad del mundo..."

—Frases, frases.

Leyó más arriba:

"Lo que podemos decir es que Francia no tiene responsabilidad directa ni indirecta en el *casus belli* actual; que no ha

provocado, atacado ni excitado a nadie; que tiene el corazón puro y las manos limpias...''

Le pareció muy bien la afirmación del escritor de que Francia debía encontrarse alguna vez con Alemania; mas, la de que, caso de estallar la guerra, raras veces habíasela presentado la eventualidad en condiciones tan favorables, se le antojó algo exagerada, sin poder precisar cierto irritante temor que la en su pensamiento bien anclada certeza de la potencia germana le inspiraba.

—Yo no sé más que este antiguo ministro de relaciones exteriores, le dijo a su mujer después de leerla el artículo. Soy uno de los tantos dispuestos a cumplir con mi deber; sin embargo, paréceme que Francia no está bastante preparada. No sé ni el dinero ni el ejército que tenemos, ni el dinero ni el ejército de Alemania; no sé nada, estoy dispuesto a partir; pero, ¿estamos listos?

—¡Qué importa lo que tú no sabes, Tadeo! Si el Gobierno va a la guerra, ya sabrá lo que hace.

—En el 70 fué y... ya sabes...

—No hará la misma estupidez una vez más.

Perdió Tadeo ese día las ganas de bromear con sus parroquianos, y hasta olvidó enterarse de las entradas en caja.

—Es curioso—observó—: hasta ahora nunca me di cuenta de que la patria es algo bien mío.

Esa noche no durmió. Le visitaron varios amigos. Tomó dos veces café, fumó más de la cuenta y se agitó demasiado oyendo hablar, más que hablando, de la posibilidad de la guerra y oyendo discutir más que discutiendo el asesinato del líder socialista Juan Jaurès.

—''Muy sensible, pero se trata de una medida de higiene nacional que me quita un peso de encima'', había adelantado un amigo.—''Un acceso de pacifismo suyo hubiera podido costarnos muy caro en momento dado'', dijo otro.—''Más caro pudiera costarnos un ¡abajo las armas! del socialismo.''—''Eso sería una traición.''—''Porque lo que es a los alemanes no se les ocurrirá semejante cosa.''—''El gobierno no las tiene todas consigo. ¿Habéis leído la proclama? Apela al patriotismo y pide calma.''—''El socialismo está podrido.''—''De lo bueno

que hay en su doctrina nada o bien poco útil ha salido. Se ha convertido en una escuela de odio de clases y de aparatoso internacionalismo bien antipatriótico.''—''Es una fuerza. En fin, mañana veremos su actitud.''—''Sea lo que fuere, sostuvo Tadeo, el crimen me ha impresionado; este no es momento para tales cosas; no se puede condenar a nadie sin oirle.''—''Jaurès era un vividor, como todos los socialistas y anarquistas con dinero.''—''Aburguesado, no quería sin embargo arrojar al agua completamente sus ideas.''—''Era una incógnita inquietante.'' —''Un hombre de gran corazón y talento, empeñado en realizar lo irrealizable.''—''A veces daba la impresión de un farsante.''—''No había medio de conciliar una parte de su personalidad con la otra.''—''Un orador elocuente es siempre temible cuando no se sabe qué viento le soplará a la hora de las grandes decisiones.''—*''Un fumiste!''* No hay que darle vueltas.''—''No olvidemos que, ante todo, era francés y tenía como tal que pensar justamente ahora...'' No llegaron a ponerse de acuerdo. Con respecto a la cuestión guerra, convinieron en que Alemania la deseaba; era una gran calamidad acercándose a pasos de gigante.

A eso de las cuatro de la tarde del 1º de agosto se precisaron los rumores de guerra. ¡La guerra!, ¡la guerra!, corría de boca en boca. En los muros acababa de surgir junto al cartel relativo a las medidas relacionadas con la situación de los extranjeros, el de la movilización. Los hombres se atropellaban para leerlos.

Tadeo logró con dificultad pasar la vista por el mensaje del Presidente de la República. ''La movilización no es la guerra''. Los curiosos leían en alta voz, comentaban. ''Fuerte en su ardiente deseo de llegar a una solución pacífica de la crisis, el Gobierno, al abrigo de estas precauciones necesarias, continuará sus esfuerzos diplomáticos y espera todavía salir airoso. Cuenta con la sangre fría de la noble nación francesa, que no se dejará arrastrar por injustificada emoción. Cuenta con el patriotismo de todos los franceses y sabe que no hay uno solo que no esté dispuesto a cumplir con su deber. En este instante no hay más partidos. Sólo existe la Francia eterna, la Francia pacífica y resuelta. Sólo existe la patria del derecho y la justicia...''

Mazzette!, ¡la guerra!, ¡la guerra! ¿Era posible? ¿Acaso no la había esperado? ¡La guerra! ¡la guerra! Creyó que se le saltaría el corazón del pecho. ¡La guerra! Le zumbaron los oídos como si la nación toda repitiese sorda e insistentemente: ¡la guerra!, ¡la guerra! Hubiera querido gritar algo patriótico, reir, llorar. La emoción le ahogaba. ¡La guerra! Se despertó en él el guerrero, antepasado escondido, dormido hasta entonces. Y en esos segundos, aunque no lo adivinaba, era una fibra del alma de la raza, despierta, vibrando, dilatada, el recuerdo hirviente de heroísmos y glorias de antaño por venir. ¡La guerra!, ¡la guerra!

Al llegar a su casa, menos nervioso, "¿estamos preparados?", se preguntó. Una sombra de duda le nubló el entusiasmo. ¡La guerra!, ¡la guerra!, ¡qué desgracia!

En cuanto comió se marchó a París a ver a su hermano, condueño de "La nueva taberna", situada casi frente a la estación del Este. No le encontró. Su cuñada, agitada, le dijo:

—Jacobo dice que ya es un hecho, pero él exagera siempre. París, estupefacto; o triste, o anodadado, no sé; algo por el estilo. Ni gran cólera, ni patrioterías, ¡una tranquilidad!... Yo me digo, y mucha gente también: ¿por qué la guerra? ¡Y yo, yo puedo juzgar! ¡Pasa tanta gente por un café! Los bancos se han visto asediados. El oro se ha evaporado como por encanto; nadie quiere billetes; no se ve un luis ¡y la guerra todavía lejos! ¿Qué va a ser de nosotros si se declara?

Tadeo la prestó poca atención. Se dirigió a la estación, inundada de gente. Baúles y maletas en la acera formaban montañas. Atravesando el primer cordón, no vió un solo centinela, un solo agente de la autoridad, un solo empleado. Grupos animados discutían, envueltos por remolinos y corrientes de gente ansiosa a quien nadie prestaba atención en particular, y que gritaba, exclamaba, llamaba, preguntaba, se interpelaba en todos los idiomas. Los diarios de la noche mostraban blancos aquí y allí, obra de la censura. En un muro leyó la prohibición de la exportación de granos y harinas. "¿Sabe usted que, para evitar roces que pudieran ser fatales, las tropas han sido retiradas a diez kilómetros de la frontera?" "Eso es prudente", oyó decir a un anciano en conversación con otro.—"¡Si

a eso llama usted prudencia! ¿Tenemos, sí o no, derecho a guardar nuestra línea?... ¿Sí?... Entonces, si se nos ataca bruscamente, ¿por qué vamos a perder en muchas partes esos kilómetros? ¿Prudencia?, ¡estupidez!''—''Tiene usted razón, le interrumpió un hombrón que les escuchaba. Cada uno en su frontera. Y con los ojos bien abiertos. Yo soy de Briey. Ustedes no saben lo que vale esa región. Si no hemos enviado muchos soldados allí, los meterán los alemanes en cuanto les huela a guerra segura; si no los han metido ya.''

Regresó a Versalles serio y preocupado. Su mujer prorrumpió en llanto al oirle decir que la guerra era un hecho. Ensayando consolarla, le venció el sueño.

Al despertar, a las cinco y media, tenía ella los ojos rojos e hinchados. No había podido dormir.

—Vamos, hay que tener valor. Cuando yo me marche deberás ocuparte de todo. Llorar porque podría ser que debiese partir, es como llorar porque lloviese. Vamos, no seas boba, ¡dame ese pico!... Así... Y ahora, ¡a vestirse y lavarse esas linternas empañadas!

Francisca prorrumpió nuevamente en llanto y él la dejó, bajando a ocuparse de la tienda. Una hora después se reunieron. Y a poco él partió nuevamente para París. Tenía necesidad de conversar con su hermano, de sentirse contagiado por el entusiasmo que sin duda le animaba.

Le encontró en cama, casi sin poder hablar. Durante la noche un nuevo ataque cardíaco le había derribado.

—El reloj no anda bien, le dijo anheloso, pero ¡con tal de que no se descomponga algo más! Vuelve luego, ¿eh?... Oye, ¿Inglaterra marchará?

Sentado en la terraza del café, lleno, púsose a observar la masa que rodeaba la estación, sombría como las de todas las grandes ciudades, sólo animada por el pálido amarillo de los sombreros de pajilla. Por entre ella se abrían paso, aclamadas, las Damas de Francia con sus cofias y sus mantos de lana azul, una pequeñita cruz roja en los cuerpos. En los cafés cercanos, llenos también, entre muchos uniformes sobresalían los claros de los jovenzuelos, ya oficiales, acabados de salir de Saint-Cyr. De vez en cuando, de la confusión, y por sobre el murmullo de

las voces, se elevaba exaltada nota de patriotismo. En esos momentos el teniente Mayer, del 5º de cazadores de Mulhouse, cuyo escuadrón con una sección de ingenieros de Estrasburgo había reforzado la compañía convertida en escuadrón desde el 27, destacada en Pfetterhausen, acababa en Joncherey, bien dentro del territorio, de dar muerte a un mocito de veintiún años, el cazador del 12º, Julio Andrés Pouget, cayendo a su vez atravesado por balas francesas.

Veinticuatro horas más tarde, violada nuevamente la frontera atravesada por el enemigo desde el 30 en diversos lugares, en Réméréville, enfrentándose una patrulla francesa de siete números con una de veintisiete del 14º de ulanos, daría muerte el teniente Bruyant al teniente Dickmann, dejando, deliberadamente, que se llevasen su cadáver. Y por la tarde, celebradas ya las honras fúnebres del primer caído, iba a anunciar en la Cámara el presidente del Consejo, René Viviani, que el embajador de Alemania le había entregado la declaración de guerra, ensayando justificarla con falaces motivos.

El 8, después del almuerzo, se despidió Tadeo de su mujer y de sus hijas. Escapándosele gota a gota unas lágrimas que hubiera deseado poder contener, partió bruscamente, diciéndole a la compañera, deseosa de retenerle un instante más recordándole que no la había dejado bastantes instrucciones sobre la marcha de la panadería:

—Todo lo que hagas bien hecho estará. ¡Hasta pronto!

A los pocos minutos le pareció hallarse a leguas de su hogar, del otro lado de inmensa losa indestructible e infranqueable que debía separarle para siempre de él.

La emoción le embrolló talmente las ideas que le convirtió en autómata moviéndose empujado por mecanismo dominador de su voluntad.

En la estación donde debía embarcar dió con agitado y clamoroso mar de gentes, despidiéndose con las frases triviales, insignificantes, de los que quisieran decirse muchas cosas. Se abrió paso con dificultad, alcanzó el cordón de tropas que la circuían, pasó la barrera de fusiles. Al sentirse aislado entre hombres desconocidos que, desparramados, gritaban frases de despedida agitando brazos, sombreros y pañuelos, mientras de

la multitud partían otros gritos y se agitaban otros brazos, sombreros y pañuelos, le pasó por la mente el semblante de su hermano, en su habitación cercana, casi a unos pasos, derribado en su lecho, anheloso, despidiéndose de él momentos antes con un "¡buena suerte!" Entonces el enorme edificio le dió miedo. Se le antojó voraz monstruo llenándose sin cesar el vientre de carne humana. Alguien tropezó con él. Y echó a correr hacia dentro.

Unido a los doscientos cincuenta hombres de su compañía, saltó en una de las varias líneas de cuarenta vagones en espera, adornados con ramas, cubiertos de inscripciones y dibujos entre los que se repetía la cabeza del emperador Guillermo II, tirados por locomotoras decoradas con flores y banderas; confundiéndose con movilizados de todas las capas sociales, comerciantes, políticos, abogados, obreros, rentistas, campesinos, artistas; pantalones y sacos impecables rozándose con otros ajados, de inelegantes líneas, blusas de trabajo, hongos, sombreros de fieltro, de pajilla, gorras de viaje; quince hombres en departamentos para ocho en algunos vagones, apretados muchos en las dos filas de bancos colocados a lo largo en los de mercancías, saliendo en racimos por puertas y ventanillas; tres mil entonando ora la Marsellesa, ora el *Chant du départ* o *Sambre et Meuse*, lanzando vivas y chistes, como si partiesen en excursión, escondido sin duda en la forzada alegría de muchos el presentimiento de no ver más a los que atrás dejaban.

Momentos después trabó tímida amistad con tres de los compañeros: Enrique Laboulle, dueño de una camisería del bulevar Hausmann; el marqués Jacobo de Leray—ambos de su misma edad, veintiocho años—y el diputado Pedro Marsouille, un lustro más viejo.

—Es admirable, decía éste último, admirable cómo la nación, sin impresionarse, acepta el desenlace con valiente y grave serenidad. Grande, ancho de espaldas, barrigón, con espeso bigote, cuadrada barba negra y desmelenada cabellera peinada hacia atrás; hablador de mediana cultura y fácil palabra, se introdujo en la Cámara de Diputados gastando algunos francos, cultivando amistades en las tabernas—"corazón de la nación" a su decir—, prometiendo en largos, vacíos, deshilvanados discursos salpicados de "igualdad" y de violentos epítetos

contra "la más odiosa y retrógrada de las creencias, cáncer de la patria", el triunfo de la "democracia pura" y "la repartición ecuánime de las riquezas, desgraciadamente en manos de una docena de capitalistas sin conciencia". Sin haber jamás tomado la palabra en el Legislativo, reducida su actividad radical-socialista a gesticular y discutir en los pasillos, cobrar su sueldo y gestionar insignificantes prebendas, entre los compañeros en mejores relaciones con el gobierno, para algunos de los más influyentes entre sus modestos electores; en espera de oportunidad favorable, siempre lejana, de "levantar la voz del pueblo", creíase un grande hombre al que "no le había todavía sonado su hora". En el hogar, ordenado, excelente padre de familia, echaba pestes contra colegas envidiosos de su talento, contra las corrompidas costumbres electorales, contra la calamidad que para un bienintencionado político son la ambición, la codicia, la deslealtad y la grosería de los electores, y, complaciendo a su mujer con íntima satisfacción, olvidando "su conocida oposición a la educación religiosa", hacía educar a su hija por monjas.

Laboulle, joven, alto, rubio, de azules ojos, afeitado, musculoso, activo, práctico, culto, dotado de notable memoria, realista entusiasta, dividía su tiempo entre su negocio, los deportes y la propaganda fogosa de sus ideas políticas, las de *La Acción Francesa,* periódico de doctrina y ardiente combate, único en su género, el cual a veces, en compañía de amigos, *camelots du roi* como él, pregonaba y vendía los domingos a las puertas de las iglesias.

De Leray, descendiente de vieja familia de arrestos guerreros en olvidadas épocas, rubio, casi calvo, alto, flacucho, con apagados ojos grises, carnes flácidas de pez al podrir, encorvados ligeramente los hombros, anémico, gastado; soltero nocharniego, elegante, rico y ocioso, hombre de club, bastidores de teatros, paseos diarios por el bosque de Bolonia, cenas, mujeres y caballos; nervioso, burlón, escéptico, desinteresado por completo de la cosa pública, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, tirándose continuamente el bigotillo fino, caído, un poco largo.

En Bercy, Villeneuve-Saint-Georges y otros pueblos cercanos a la capital no se veían sino movilizados parisienses.

Avanzaba el convoy a muy modesta velocidad, deteniéndose frecuentemente en las vías laterales para dejar pasar trenes de tropas sucediéndose a minutos de intervalos.

En las estaciones, a cada parada, vivas, cantos, cambios de impresiones, mutuas simpatías de segundos; café, vino, sandwiches, flores, que damas y campesinos les ofrecían; en todas partes llenos de movilizados los andenes donde montaban guardia los territoriales, comparables a sobrevivientes de ejército rendido tras largo sitio; soldados de aspecto poco marcial en su mayoría, armados con chassepots, sin más uniforme ni equipo, muchos, que un pantalón rojo o un kepis.

Lavando fresco airecillo nocturno la atmósfera de humo, polvo, cuero y cuerpos sudorosos, fatigados los hombres del ajetreo moral y físico, se puso cada cual a buscar el modo de instalarse con la mayor comodidad en el menor espacio posible.

—No creo equivocarme—dijo el diputado echando la cabeza hacia atrás, metiéndose los dedos por entre la cabellera y paseando a su alrededor mirada que creyó fiera y expresiva, de gran perro gordo y satisfecho—, no creo equivocarme—repitió—: aquí se hallan reunidas las opiniones todas de Francia, fundidas en esta idea: la defensa de su suelo, conquista del que la robaron, aplastamiento de los bárbaros y la libertad del mundo.

—¿Y el ciempiés republicano? ¿Y el socialista? ¿Y los imperialistas? ¿Y los sindicalistas, anarquistas, y antimilitaristas? ¿Y los realistas que leen *Le Gaulois* y la *Gaceta de Francia* y suspiran cada diez años por un rey que les importa poco? ¿Y los rabiosos de la nueva escuela? ¿Y todos los demás *istas?*

Le interrumpió con vehemencia Elpidio Collin, sujeto escuchimizado, cubierto el semblante por negruzca, ensortijada y pobre barba, clavándole en sus ojos los suyos, dos puntos perdidos detrás de sus pómulos color de pus, subidos y puntiagudos. Maestro de escuela primaria, pobre, muy mediocremente instruído, recordando haber sido antimilitarista, jactándose de aborrecer a los ''solideos, las partículas, el capital y todo lo que significase desigualdad'', enconoso, impaciente e irritable, habiendo ya interrumpido a todos los compañeros, alguien aca-

baba de ponerle mote que iba a quedarle—"Herr Odio"—, bautizándole el marqués de "Demi-Citrouille":

—La República ni quería ni pensaba en la guerra. Cuando se dibujó en el horizonte, hizo todo lo posible por evitarla. La historia no podrá siquiera insinuarla responsabilidad alguna en el gran crimen. Nacida en campos de derrota a que un imperio que no supo prever ni defenderse empujó a la nación, ha sido siempre prudente y pacífica. Se la ataca traicioneramente y vese obligada a defenderse y a derribar al gigante de paja y aserrín, con coraza y casco de acero, que es Alemania.

—¡Muy bien, ciudadano Citrouille! (1), exclamó el marqués palmoteando.

—Lo del casco y la coraza no está mal; pero la paja y el aserrín me parece que hay que ponerlas en cuarentena, comentó Collin.

—Francia es una nación pacífica...

Laboulle hizo un gesto de impaciencia.

—Maboul (2) contra Citrouille, *ça va bien!*, exclamó nuevamente el marqués, gozoso.

Laboulle, con voz clara y fuerte:

—Amigos míos, acabamos de oir una...

—¡Dejad terminar antes al otro!, dijo Collin.

—Lo cierto es—continuó Marsouille—que en este instante Francia puede compararse a un mosquetero arrojado y generoso, dispuesto a desenvainar su espada por su honor y la justicia.

—Aturdido por inútiles y efímeros éxitos—habló Laboulle—, llegó en una época a mostrarse tan belicoso que el mundo púsose a pensar de él, asombrado, lo que pensaría hoy día, aterrado, del salteador de caminos alemán victorioso. Desde el 70, empeñada la República sólo en subsistir, descuidó la salud del fatigado mosquetero, presto sin embargo a vengar, como va a probarlo, agravios no olvidados.

Collin:—Por un lado un gigante de paja y aserrín disfrazado de guerrero medioeval; por otro Artañán-Don Quijote. ¿No hay por ahí otro títere?

---

(1) Calabaza.
(2) Chiflado.

Laboulle prosiguió:

—Hace cuarenta años que deseamos vengar una afrenta, repitiéndolo en todos los tonos...

—Una minoría, una minoría, le interrumpió el diputado. La herida sanaba, feliz o desgraciadamente, pero sanaba; y la mayoría no pensaba en verla sangrar nuevamente. Una minoría...

—Bien, una minoría celosa del honor patrio—minoría activa y decidida—, empeñada en que no se olvidase la afrenta; ¡e insisten algunos ahora en hacer representar a Francia el único papel que jamás conoció!, ¡el de víctima!, sencillamente porque en estos últimos días ni avanzó una vez más ese deseo, ni declaró la guerra! ¡Dejémosnos de hipocresías! Para mí este ha sido y es el problema: Alemania, pretextándose congestionada por exceso de población para invocar el derecho a la expansión y a la adquisición de nuevas y mayores colonias, fuerte y preparada, decidida, como es lógico, en momento oportuno, a asestarnos el golpe que considera necesario y definitivo; Francia, no bastante fuerte para realizar su empeño, sufriente de exceso de gloria y de reveses desmedidos, sobre todo desde la época—la Revolución—en que su desarrollo dejó de ser normal; anemiada, despoblándose, víctima de la anarquía del republicanismo, de la tiranía de grupos de mediocres, de todas las imperfecciones de un régimen excelente en teoría, pero imperfecto y corrompido; y porque hipócrita, mas superficialmente seductor, cuerpo sin cabeza, casi sin huesos, obsedido por la insoportable pretensión de nivelar lo innivelable... Pretender que Alemania nos declarase la guerra cuando nos conviniese, era infantil; pensar, por otra parte, que la república oficial, pacífica por no lograr hacerse bastante fuerte—lo que el ejército pidió año tras año, lo que el parlamento le concedió, unos simples números imborrables, fijos, acusadores, en los archivos y en los diarios están—, que la república, mediocre e imprevisora, iba diciendo, declarase alguna vez la guerra, o al menos se preparase a resistir nuevo asalto inevitable, aprovechando la ocasión para tentar la revancha, era un sueño.

—De la república, de Gambetta, es sin embargo, el "pensemos pero no hablemos", dijo Marsouille.

—¿En qué quedamos?, avanzó el marqués.

—Una de esas frases que tan fácilmente seducen a los espíritus superficiales; especie de efectista consejo patriótico empapado de falsa prudencia, rayano en el antipatriotismo o la cobardía. ¿Por qué no pensar y hablar también? ¿Por temor a irritar a un vecino que no ha hecho sino pensar en Sedán y hablar de otro? A fuerza de no hablar estábamos acabando por no pensar, y a fuerza de no pensar, por llegar casi a perder la noción de la dignidad.

—A fuerza de pensar ha hecho la república lo que ha podido.

—¡Lo que ha podido! Hace un par de días, hablando con un capitán, me espantaron las cifras que me citó aproximadamente sobre nuestra preparación comparada con la alemana. Si el enemigo invade, ocupa y devasta parte del territorio, digamos un departamento, la más corta ocupación, la más moderada devastación representará muchísimo más del puñado de millones necesarios para el material que necesitamos. La artillería de plaza es vieja, carece de movilidad, rapidez de tiro y alcance. No tenemos piezas de sitio capaces de abordar eficazmente el hormigón de los fuertes de Metz; carecemos, en las obras defensivas, de cañones capaces de defenderlas adecuadamente. Nuestra artillería de tiro rápido—me refiero a la calidad—es superior a la alemana; pero no podrá hacer frente a la pesada de campaña de ellos. En el 70 tirábamos a mil quinientos metros; los alemanes a dos mil quinientos. La desproporción, cuarenta y dos años después, es la misma: mientras nuestras piezas ligeras de campaña perderán su poder de acción a cuatro kilómetros, las pesadas alemanas nos barrerán desde seis! Somos los primeros pilotos, poseemos magníficas máquinas; pero parece ser que la aviación de guerra de ellos supera a la nuestra. Todo lo que los militares han aconsejado, todo lo que la prensa ha dicho repetidamente, las campañas de *La Acción Francesa,* los artículos del *Correspondent,* tan proféticos: ''Si la guerra estallase''—, las recientes revelaciones de Humbert, ni han quitado ni quitan el sueño al gobierno ni al parlamento. ¡Y si se tratase solamente de eso! No hay bastantes municiones, no existen las fábricas para producirlas con los armamentos indispensables; exportamos productos que no nos hacen fal-

ta, e importamos los cuerpos químicos y las materias primas esenciales de la química de guerra que al enemigo le sobran! No tenemos benzol y fenol, bases de la melinita, ni tolueno, base de la tolita, ni otros productos de primera necesidad. La sanidad militar sólo cuenta con relativa preparación para once cuerpos de ejercito de veintiuno, para ocho divisiones de caballería de diez, para quince aisladas de veintiséis; el cuerpo médico desconoce el funcionamiento del servicio...

—*E "ben" mon colon!,* exclamó con voz fría y sorda, en el paroxismo de admiración y asombro que nadie comprendió, un individuo alto, afeitado, huesudo y descarnado, de pequeños ojos grises sin brillo y hundidas mejillas. Se llamaba Antonio Perron. Seco, impasible, pipa en boca, ni se había movido ni despegado los labios desde que sonando sus pesadas botas claveteadas penetró en el departamento incrustándose en una esquina.

Gran desazón le causaron las carcajadas que acogieron sus palabras y las miradas que en él se posaron. Deseó poder irse volando al establo y sus vacas, lanzó una gran bocanada de humo y se bajó el sombrero de castor casi hasta las narices.

—La guerra es la barbarie—sólo se le ocurrió decir a Marsouille, preocupado con lo que acababa de oir.

—¡Y era inevitable!

—¿En qué quedamos?, repitió el marqués.

—La república no la deseaba, sabedora de la sangre que hay que derramar. El carácter que tomaba la civilización francesa era pacífico.

—Ese carácter nada tiene que ver con los deberes del Estado. No se ha previsto, no se ha organizado la defensa.

—¿Acaso no se adoptó nuevamente el servicio de tres años?

—Ante la creciente agresividad alemana. Fuerza mayor. Jamás ejército alguno ha sido desmoralizado como el nuestro: se le facilitaron ciertas uniones, los superiores fueron expuestos a las denuncias de los inferiores; se le sometió a la delación política, se le cercenó la precedencia que le acordaba el decreto de mesidor. Jamás marina alguna decayó tan rápidamente como la nuestra en manos de politicastros; en 1899 era todavía la segunda; avergüenza observar el lugar que hoy ocupa. Jamás régimen alguno ha obrado tan en contra de los intereses de

la nación como la república contra Francia. Ha reducido a la impotencia el servicio del espionaje, no ha podido defender los secretos del Estado contra sus propias fuerzas, ni las sentencias de la justicia, ni los servicios superiores del ejército, ni nuestra dignidad. Por la voluntad del kaiser cayó Delcassé en 1905. "Humillación sin precedente", según un republicano. Una de tantas. La república—régimen de protestantes, de francmasones, de judíos—la gran banca cosmopolita—, de extranjeros, sólo se ha ocupado de impuestos, sueldos y retiros, cosas secundarias en realidad; de repartir el capital, no de aumentarle ni protegerle; de romper con el Vaticano, denunciando el Concordato; de perseguir la enseñanza religiosa y expulsar a las congregaciones, desencadenando la guerra religiosa. Su administración irresponsable, todo se lo ha permitido; no ha hecho sino vejar, cometer ilegalidades contra los contribuyentes. En todo se ha metido la república y todo lo ha hecho mal.

—Mariana nació ciega, dijo el marqués. Por eso el 70 no la afectó. Tras la ceguera la atacó la sordera. Ni informes de sus diplomáticos, militares, espías, viajeros, ni la lectura de los presupuestos alemanes, ni la de su literatura y prensa, ni...

—¡Ni que la república hubiese sido hecha para hundir a Francia!, exclamó Collin.

—Eso, eso, le apoyó Marsouille.

Laboulle:—Bismarck así lo pensaba... La república ha sido un segundo Sedán en plena paz...

Marsouille:—La república pensaba en las provincias perdidas, pero no quería provocar criminal conflicto. La Historia glorificará su amor a la paz y la Suerte la ha puesto en el camino de la reparación.

—La república es más culpable que el imperio, puesto que no aprovechó la lección decisiva del 70... ¿Por qué renunció el general de Négrier?... En julio de 1909 le decía en el Senado el general Langlois al ministro de la guerra, que si, "por desgracia, la inferioridad de nuestra artillería" resultase en "pérdida inútil de sangre a la infantería, en él recaería, entera, la responsabilidad." ¡Ojalá no sea necesario pedir cuentas alguna vez!... El gobierno y el parlamento, ¿han escuchado la voz de los patriotas? La república ni previó ni preparó. Im-

prudente, consciente de su imprudencia y debilidad, ahogábase el remordimiento que sin duda a veces la asaltaba, cantándose a sí propia himnos de paz; repitiéndose cuando, atemorizada, percibía en lontananza la amenazadora sombra alemana: ''pensemos y no hablemos''. En vez de repetirse: ''pensemos y preparémonos''. Y si verdaderamente patriota: ''pensemos, hablemos y preparémonos''. Ni patriota ni inteligente ha sido.

—Ha hecho lo que ha podido.

—¡Qué confesión!

—Como no hay más remedio que jugar la carta, ¡para qué meternos tanta idea negra en la cabeza!, dijo Tadeo. Ya no hay...

—Lo que no hay ya más es república, le cortó la palabra Laboulle. Es Francia la que vuela a la frontera.

Marsouille insistió:

—Jamás creyó la guerra inevitable.

Tadeo habíase sentido atraído por Laboulle desde el instante en que comenzó a hablar, adivinando en él una gran fuerza de sinceridad y de reflexivo y hondo patriotismo. Estimó necesario continuar apoyándole.

—Quizá, quizá, le respondió al diputado en el más convincente de los tonos; pero convenga usted, convenga en ello: el señor tiene razón: la guerra era inevitable.

Laboulle:—Alemania ha vivido con los ojos fijos en su espectro.

—Convenga usted en ello, insistió Tadeo.

—Mis opiniones son roca dura.

Laboulle:—Francia tenía necesidad de esta guerra. No sólo para recuperar su territorio perdido y hacer trizas el tratado de Francfort, sino para dar con la fe que en ella misma iba perdiendo y renacer, fuerte y respetada, con la optimista constancia y confianza, la alegre energía reparadora, ya en nosotros, de los victoriosos. El viejo mundo y el mundo entero también sentían su necesidad, porque hay injusticias que reparar y la amenaza alemana que borrar.

Marsouille escuchó las últimas palabras sin perder una, con ostensible indiferencia, empujándose hacia atrás la cabellera con los dedos.

—La Francia republicana, usted no me negará que el voto...

—El voto es una farsa. Además, ¿qué tiene que ver el voto republicano con la guerra? Nuestro gesto no tiene matiz político, usted mismo lo ha dicho. Con cualquier régimen de gobierno la actitud de la nación hubiese sido la actual. Nada de extraño hay en ello. El peligro nos une.

—¡Caramba!, dijo el marqués, hay que dejar hablar al señor diputado. En cuanto abre la boca le coge usted las ideas, se las revienta como si fuesen globitos y nos hace un discursito. El monopolio de la verborrea debe dirigirlo el ilustre representante de nuestra gran jaula de loros!

Marsouille levantó los brazos teatralmente, estirándolos después hacia Laboulle, pareciendo querer expresar que no había modo de decir dos palabras cuando se tenía enfrente a semejante loco.

Tadeo, durante el corto silencio, se preguntó cómo abordaría el primer combate, prometiéndose no hacer mal papel; sintiendo una especie de tranquila curiosidad por asistir a una batalla que antojábasele toques de clarines, marchas briosamente ejecutadas por las bandas, descargas, humo, confuso choque entre dos ejércitos, brillantes cargas de caballería desbocada, flameando los sables al sol, violentas luchas cuerpo a cuerpo por una bandera, bayonetazos, cañonazos, gritos de cólera, dolor y júbilo, polvo, caballos caracoleando azorados, heridos heroicos marchando jubilosos con sus compañeros, apenas vendadas sus heridas; detalles de cuadros vistos, reminiscencias de escenas de combates de la Revolución y napoleónicas, de teatro y cinematógrafo; movidas divagaciones arrestadas súbitamente por escalofrío de sensación de pierna arrancada y llevada lejos por un obús, y toda la sangre yéndosele a chorros por el muslo convertido en reventada cañería.

—Esta guerra, dijo Marsouille, dirigiéndose a él, será terrible lucha de la que saldrá vencedora la más preparada, la más rica en hombres y acero de las partes.

—En ese caso—le respondió Tadeo dominando cierta timidez y temeroso de alguna burla del marqués o de ser interrumpido por Laboulle—la victoria será de los alemanes... Pero en fin, Dios...

—Hágame el favor de no interrumpirme, no estamos en la cámara.

—¡Diríase que todavía no ha salido usted de ella!, exclamó el marqués.

Marscuille levantó nuevamente los brazos. Pero continuó, dirigiéndose a Tadeo:

—No me dejó usted terminar... Bueno es estar preparado, pero el genio de una raza de viva inteligencia y patriótica voluntad puede recuperar el tiempo perdido creando en un momento lo que pacientemente costó años a otra. Además, esto será cuestión de tres meses, seis quizá; ninguna nación resistiría más. ¿De donde van a salir los millones que se traga por minuto tal aventura?... Cuanto al Dios de ustedes los creyentes—agregó, sonriendo satisfecho porque no se le interrumpía—, muy ocupado debe de andar siempre cuando tantas injusticias tolera en este mundo. ¿Acaso no hubiera podido evitarnos el conflicto recetándole, hace una semana, terrorífico temblor de tierra a Alemania? No se debe invocar a Dios para mostrar su lado flaco. ¡Qué difícil es emanciparnos de la fraseología vacía de los mercaderes de promesas e ilusiones que son los sacerdotes!

—¡No es nada lo que babea esta barba vieja!, gruñó con voz gruesa y vinosa, bostezando, Torrin, corto, cuadrado y membrudo cavador parisiense.

Perron, aprobándole, lanzó por la nariz dos violentas nubes de humo.

Tadeo, pensando en su hogar, no escuchó unas frases del marqués reídas a coro.

En cuanto se hizo nuevo silencio, declaró Marsouille que las burlas nada podían contra su "conocida paciencia". Y continuó perorando en medio de la indiferencia general:

—Sí, señores; no vencen siempre en las guerras los más fuertes, como en los duelos no son siempre aquellos que mejor manejan las armas los que hieren o matan... En las guerras...

Avanzaba el convoy a muy modesta velocidad.

En la oscuridad de los vagones sin luces, apenas si cada hombre distinguía el semblante de sus vecinos.

Pensaba el agrio Collin en su mujer y en su monaguillo.

Pensaba el marqués en sus hermanas y en sus padres, sobre todo en su madre. Pensaba Torrin en su Amelia y en sus dos pequeñuelas. Pensaba Perron en su vieja, y también en la "Tostada", que sin duda le llamaba con melancólico mugido para que la vaciase las ubres hinchadas. Pensaba Laboulle en una mujer que... ¿pensaba ella en él?

Calló Marsouille y se puso también a pensar en su hija y su mujer.

Se detuvo el tren.

Aunque la espera iba a ser larga, nadie le abandonó esa vez para estirar las piernas y curiosear, recoger flores o tirarse en la yerba.

Corrió por el convoy apagado murmullo en que mezclábanse bostezos, indiferentes preguntas, cortas exclamaciones de voces soñolientas.

Algunas cabezas salieron por las ventanillas, respirando con placer el frescor del campo, posando los ojos en alguna lejana lucecilla. Sonaron diez campanadas en el reloj de un villorrio perdido en la sombra. Ladró un perro.

Parecía que el mundo entero dormía en paz.

Los pensamientos de los hombres seguían, seguían lejos. Eran todos desgraciados en ese instante, aunque no lo hubieran confesado. Hermanos en la ternura y en la tristeza.

Ronco ladró otro perro, sin ganas, como por deber.

En el silencio de la noche se oía solamente la respiración despaciosa de la locomotora.

Willy de Blanck.

(Continuará.)

EN MEMORIA DEL DR. RAIMUNDO MENOCAL

(Discurso leído en la sesión solemne de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, el 1º de noviembre de 1917, por el Académico de Número Dr. Federico Torralbas.)

Honorable señor Presidente de la República; Sr. Presidente de la Academia; Sres. Académicos; señoras y señores:

"Ai posteri, l'ardua sentenza."



ON el pecho oprimido por el dolor; con el alma entristecida al peso de una desgracia y bajo el esfuerzo realizado por contener el brote de una lágrima indiscreta, pero también en plena conciencia de cumplir con un acto de justicia, nos reunimos en este recinto consagrado a la Ciencia, suprema reguladora de la humanidad, a rendir homenaje tan sentido como pensado y en armónica relación con el fin perseguido, al gran corazón y al gran cerebro que prisidieron conjuntamente, hasta extinguirse, la vida pura, altruista, amorosa, sapiente, modesta, del Académico Raimundo Menocal y Menocal.

Y esta Academia, cuya ejecutoria en más de medio siglo no es oportuno, ni necesario, dar a conocer, ha querido celebrar esta sesión solemne, exclusivamente a él dedicada, por reclamarlo así la proteica personalidad de quien la inspira y sin olvidar por ello los preceptos reglamentarios, siempre estrechos e inadecuados en casos como el presente, cuya excepcionalidad, por lo que ella significa, reviste caracteres de incuestionable justificación.

Ahora bien: por exigencias de belleza, de verdad, todos los actos de nuestras manifestaciones individuales o colectivas, tanto en el orden sentimental como en el del entendimiento, reclaman un paralelismo más o menos aproximado con el plano donde nos proponemos desarrollar tales iniciativas, con la obra buena que intentemos llevar a feliz término, mucho más exigentes y concordantes cuando al comenzarlas nos encontramos ante la tumba recientemente abierta de un hombre que siempre fué útil a sus semejantes.

La cultura refinada, la erudición extensa, la severidad del juez que sólo emplea la balanza de la Justicia como medio de apreciación; el conocimiento de los recursos reveladores de la psicología humana y sus medios de desarrollo, constituyen condiciones fundamentales para el que, afortunado, intente iluminar con destellos de sol esplendoroso las características del hecho u hombre cuyo paso por este mundo se presenta a la consideración de sus coetáneos, a la veneración respetuosa y agradecida de sus sucesores. La carencia de esas facultades; el *nosce te ipsum,* que trato de practicar; la realidad de mis insuficientes fuerzas, no me habrían permitido elevar mi voz en tal homenaje, ni comparecer ante audiencia tan escogida, ostentando además la honrosa representación de la Academia, si al propio tiempo, y en completa concepción de mí mismo, no me hubiera dado cuenta de que esas mis escasas facultades y el fondo gris de mi modesta personalidad no me pudieran servir, en contraste, para hacer brillar aún más con su luz suave y diáfana los hechos que simbolizan y forman el mejor monumento erigido a la memoria de uno de nuestros elegidos.

Emerson, el gran americano, en su capítulo sobre el carácter, comienza de esta manera:

He leído que aquellos que oyeron a Lord Chatham sintieron en este hombre algo más superior a lo que él había dicho.

Y a mí me parece que la misma impresión deben haber experimentado todos los que en el paso desigual de la vida tuvieron la feliz oportunidad de tratar a aquel hombre de continente respetable, rememorando la exquisitez del clásico *gentleman* londinense: de contextura física robusta; de suaves y serenos

movimientos; de parca palabra, y en cuya vestidura corporal se albergaba un alma describible únicamente con palabras como las empleadas por Navarro y Ledesma, al hablar de Angel Ganivet, y que dicen así:

Consagrada al recto pensar y honrado sentir, cuajada de bondad pura y compacta, como tabla de mármol blanco sin veta de egoísmo ni de bajeza.

Para hablaros de él y darnos cuenta de las enseñanzas que de un hombre de tales condiciones pudieran obtenerse, es indispensable unir a la relación de hechos, manifestación tangible de una vida, un estudio siquiera somero de los factores del medio en que se desenvolvió, o es producto, el elemento que deseamos presentar a la consideración de los que generosamente acuden a nuestras instancias, para estimarle, utilizarle o mostrarle como resultante de las prácticas esencialmente típicas en el perfeccionamiento del hombre, puesto que es evidente que el tipo de la sociedad (Spencer) tiende constantemente a fijarse y que cada adición sumada a su estructura, ya sea por su intrínseca naturaleza, ya procedente de épocas anteriores o de elementos heterogéneos, pero que al fin se confunden, es un paso en el sentido de la fijación que representa la perfección de la colectividad.

Un aumento de actividad atrae sangre con mayor abundancia, mientras que por algún tiempo se forman nuevos tejidos a más de los que son necesarios para reparar las pérdidas. Son constructivas, no reintegradoras. Estudiémoslas. De esa época fecunda de nuestra historia, en que actuaron nuestras dos generaciones más gloriosas, en que brillaron y trasmitieron sus poderosos gérmenes Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Calixto García, José de la Luz Caballero, Padre Varela y Saco; Felipe Poey, Nicolás Gutiérrez, Zambrana y Antonio Mestre, es fruto, riquísimo en mies, Raimundo Menocal y Menocal.

Para valorar su actuación, mostrándolo en dos de sus primordiales aspectos, entiendo que deben hacerse algunas consideraciones históricas en el concepto de patria y ciencia, íntimamente ligadas en todo tiempo, y con especial significado en este caso que me permite comparecer ante vosotros. No puedo

yo, por falta de años y por insuficiente personalidad, trazaros aquí en ligero bosquejo las características de ese período de nuestra historia cuyas fronteras convencionales pudiéramos fijar, de una parte, en los años que marcan los primeros esbozos de regeneración social cubana, y de la otra, aquella que se limita con la fecha tristemente célebre del Pacto del Zanjón. A tal objeto, subsanaremos nuestra falta dejando hablar a dos de nuestros más autorizados hombres, aún vivos para satisfacción y bien de la Patria: Rafael Montoro y Enrique José Varona.

Montoro, en el Elogio de otro insigne cubano, Bachiller y Morales, se expresa en esta forma:

¿Qué fué, sin embargo, la vida pública en Cuba a partir de 1839? Una vana y triste sombra. Pero aun así era posible, y era de Ley, servir la causa pública, utilizando los escasos medios que se ofrecían, ya que para hombres serenos y de buena voluntad, libres de inútiles arrogancias y de desesperaciones infecundas, nunca falta ocasión en que cumplir concienzudamente el alto deber de contribuir al triunfo de la justicia y del derecho, aunque la arbitrariedad y la calumnia, por caminos diversos, pero que al cabo se cruzan, pugnen por esterilizar sus generosos esfuerzos.

¿Qué nos dice el austero Varona? Oigámosle:

Los frutos por donde puede conocerse el estado de una sociedad, saber si vive lozana o se depaupera por algún vicio interno, son sus sentimientos dominantes. ¿Cuál es el que da color y tono a la vida del cubano en ese período de nuestra historia? Uno solo: el miedo. El esclavo teme al amo y el amo al esclavo; el criollo teme al español y el español al criollo; el pueblo teme al Gobierno y el Gobierno al pueblo. Los instrumentos de tortura están en todas partes, en la plaza pública y en el hogar de la familia; la vida del cubano era una prolongada pesadilla; dentro el enemigo doméstico, el negro; fuera el enemigo exterior, el corsario; así castigado, y como poseído de terrores constantes, tuvo miedo hasta de la libertad... El saber toma carácter exclusivo, no hay sociedades de propaganda, sino cenáculos de iniciados; pero con el impreso que entró de contrabando han penetrado las ideas; han caído en uno, en dos, en diez cerebros, y fructificarán tarde o temprano.

Las dos descripciones no pueden ser más gráficas y precisas. En las comunidades, como en las naciones, preside de manera inmutable, siempre actúan de esa manera, las leyes biológicas, el principio fundamental que rige toda asociación en que por la sabia división del trabajo, a los fines del armónico

desenvolvimiento del conjunto, asumen respectivamente el papel de constructores y defensores del organismo que integran y que conocemos o aceptamos bajo la denominación de defensas naturales. Al igual que se estudian las relaciones del estado fisiológico y patológico del hombre, para deducir y aprender de ellas las hermosas prácticas admitidas por el mundo médico, beneficiándose por ello de las inmunidades naturales y artificiales, así también las sociedades enfermas, por la naturaleza misma de su existencia, producen anticuerpos y antigenos que por la virtualidad de sus cimientos han de llevar en su íntima estructura las cualidades para neutralizar el mal, las bases de profilaxia a las desintegraciones y desventuras del porvenir; de ese tipo, dotado de tales cualidades, es la figura respetada y respetable, pródiga en enseñanzas, a cuya memoria ofrecemos nuestros recuerdos en este instante.

De estirpe pródiga en grandes ciudadanos, cruzó los siempre felices días de la niñez y adolescencia llevando en sí el germen vigoroso que a su madurez habría de actuar en lo que constituye la base inconmovible de toda sociedad: el hogar, donde el hombre pone sus facultades mentales en relación con la vida nacional e individual, mostrándose, como hijo, en la prolongación del pasado, respetándolo y reverenciándolo; como esposo, aureolando a la dulce compañera con el santo nombre de madre; y como padre, preparando el futuro aplicando las sabias enseñanzas de amor, laboriosidad y honor, que en hermosa trilogía significan y forman los cimientos de la especie humana, la cual, en su marcha secular hacia lo infinito, persigue el mejoramiento y perfección de la vida organizada al servicio de los supremos designios que rigen el universo. Y para ello llevaba siempre como norma y fin de todos sus actos la aplicación del deber; no concebido dentro de los estrechos límites de la casuística a cuyo auxilio acuden los pobres de espíritu, y que anula el razonamiento convirtiendo la inteligencia en inútil facultad y los sentimientos en despreciables mecanismos, sino como el resultado de la ley no escrita, tan despreciada y tan bien temida por algunos, que se aplica al conjuro mágico de la conciencia en cooperación con el análisis, el estudio y desarrollo de los hechos que no siempre pueden caer dentro de la previsión

humana, ni tampoco estar sujetos a índices, claves o catálogos, tan depresivos para los hombres superiores.

Y ese deber, entendido de la manera que acabo de señalar, lo puso a contribución con su pensamiento, ya nutrido en el estudio que prepara la acción, para desenvolver su vida ciudadana desde el doble punto de vista que intento presentaros: el de ciencia y el de patria, ambos compenetrados e identificados en la misma relación existente entre órgano y función, para hacer surgir, como en otros elementos no menos ilustres de nuestra nacionalidad, una serie de juicios y actuaciones primordiales a las que es difícil sustraerse, y determinantes de una acción política, desde luego muy distinta a la interpretación que hoy se le concede, y que ejercita el carácter, demuestra la experiencia, revela la memoria, expone el frío razonamiento y sintetiza aquel galardón que los antiguos llamaban filosofía y que yo me permito calificar de sabiduría.

Tal equilibrio, acépteseme la frase, entre la idea y sus medios de mostrarse; entre la predicación y la práctica; entre el catedrático y el discípulo, y entre el pensamiento y la ejecutoria, teniendo como base las enseñanzas de su inmediato pasado, fué el mandato del ''Íntimo yo'' que con fidelidad inimitable quiso y supo imprimir a su vida, cuando ya formado, y en posesión del título que tantos laureles había de conquistarle, regresó a Cuba procedente de la entonces Metrópoli, y comenzó a ejercer el ingrato apostolado de la Medicina; esperando, al propio tiempo, tranquilo, con la fe de los convencidos y la certeza de la evolución biológica, el momento afortunado para actuar de modo directo mostrando el camino en que como patriota sacrificó los ingresos considerables que hubo de recibir en retribución de sus servicios, y abrazó con todos sus peligros, incertidumbres e inconvenientes, la causa de la independencia patria; empleando en ella, con la fe derivada y adquirida por herencia, tradición y hombría de bien, todas las energías que en tan hermosa manifestación de la vida del hombre sólo pueden utilizar los de su temple y contextura moral.

En efecto. Llegó el momento en que el genio inmortal de nuestro sublime sacrificado, de Martí, hizo vibrar por su verbo luminoso, por su alma penetrante, las fibras sajonas de un

Charles Dana; el brioso entendimiento latino de Calcaño, el Pelletán venezolano; al Continente Americano con sus valles y volcanes, con sus Bolívares y Washingtons, con sus Céspedes y Agramonte, e hizo que la Isla de Cuba,

en virtud del trabajo general y respetuoso que inició el Partido Revolucionario Cubano, se levantara de su libre voluntad, y después de largo y previo acuerdo con el apoyo ordenado del exterior, para conquistar, con una guerra enemiga de la devastación innecesaria y de la violencia inútil, su independencia absoluta de la dominación española.

Raimundo Menocal, ya preparado, conspirando primero, emigrando después, no solamente aportó el fruto pecuniario de su trabajo, sino también raudales de ciencia y caridad en la dulce hermandad por él mantenida en el sacerdocio de la profesión, en su más alto y amplio concepto.

Su gran amistad con el general Calixto García, aquel hombre que en sublime rasgo de patriotismo supo unir el cerebro elaborador del pensamiento con la mano que esgrime la heroica espada del guerrero y la pluma severa del intelectual, escribiendo en su propia frente el símbolo del honor, se me antoja, por la serie recíproca de corrientes mantenidas entre tan preclaros cubanos, como dos riachuelos que surgiendo de la espesura se derraman en un gran océano para reunir allí las ondulantes y apacibles aguas nacidas en la ciencia y las encrespadas olas que los grandes ideales provocan en las epopeyas por alcanzar el engrandecimiento de la patria. Sí; la guerra final, la de 1895, llamada por algunos ''la revolución de los médicos'' (tal fué el número de ellos que aportaron su concurso), sirvió a Menocal para desenvolver sus ansias de triunfo para el separatismo, figurando como miembro prominente de la Junta Revolucionaria en esta Capital; como conspirador perpetuo después, en el seno del inolvidable Club ''Oscar Primelles'' y en la Delegación en Nueva York, prestando con su habitual constancia e inteligencia cuantos servicios fueron necesarios a la causa en que todos estábamos comprometidos. Ya redimida la tierra que le vió nacer, perseveró, sin que nunca existiera solución de continuidad, su condición de maestro dentro de los campos jamás exhaustos de la ciencia, y que en cuanto a mí respecta, os lo puedo asegurar, despertó más de una vez esa felicidad que provoca la

admiración al observar cualquier acto de la naturaleza del hombre en sus más acabadas manifestaciones.

Tiempo es ya de abandonar este aspecto de la vida de Menocal, que, como todos los suyos, se presta a extensas e interesantes consideraciones; debiendo, por lo tanto, dirigir nuestra mirada hacia ese escenario donde fructificó en copiosa cosecha su vigoroso entendimiento y donde pudo alcanzar, sancionado y aplaudido por discípulos y compañeros, el enaltecedor título de Maestro. Y así como al comenzar nos ocupamos en esbozar las características del medio de donde surgieron los materiales de su formación, para llegar a definirlo como un verdadero carácter, de igual modo ahora nos vemos impelidos a fijar la fisonomía que su origen le diera en el terreno científico utilizable, para mostrar las condiciones que le fueron peculiares, cultivadas en el estudio, en la observación metodizada y libre de prejuicios que atraía su devoción a la ciencia bajo la egida de esa cualidad tan poco frecuente en nuestros días, la modestia—y que el talento del insigne Trousseau describiera en su nacimiento—, en relación con el ejercicio de la medicina, en ese instante en que el recién graduado, lejos ya de la tutela del catedrático, quiere sacudir la impuesta en el libro de texto no siempre apropiado, y se enfrenta con la práctica en la familia, sin más recursos que los prestados por las enseñanzas recibidas y el juicio de sus inmediatos maestros, sometiéndolo a la inteligencia que recoge los hechos, los clasifica, los compara y sujeta a la deducción, para recibir después, y en plazos indeterminados, la aprobación del éxito y la justificación de sus presunciones, cuando el genio de uno de los grandes hombres que han engrandecido la Medicina ha evidenciado de modo elocuente sus primitivas ideas.

En la Universidad Central Española, el año de 1876, terminó Raimundo Menocal los estudios que le autorizaban para ejercer libremente la profesión, recibiendo el incomprensible título de Licenciado. ¿En qué período de evolución se encontraba la Medicina? ¿Qué ideas predominaban? ¿Cuáles eran las orientaciones de esa ciencia divinizada por los antiguos y que nació con el primer dolor? La Medicina, como todas las ciencias, como todas las tendencias humanas, tenía que someterse a las le-

yes producidas por el medio; tenía, como actualmente tiene, que ser influída por las corrientes dominantes, serenas, apacibles y con rumbo bien definido, unas veces; sometidas otras al torbellino de las ideas antagónicas puestas al servicio de los problemas fundamentales y que se intensifican al encontrarse, cruzándose, entorpeciéndose en derroteros tortuosos y llenos de tinieblas, pero que a la postre resultan como dispuestas para una preparación que en un instante señalado, por mano desconocida, se unan y confundan para precipitarse en un solo esfuerzo y romper con el ímpetu de la tormenta el obstáculo, el valladar formado por las falsas concepciones y los egoísmos siempre latentes y que detienen el triunfo, la adquisición de la verdad. En efecto: cuando aquellos años corrían, el origen de las enfermedades, la interpretación del signo, síntoma, del síndrome, se subordinaban indistintamente a los sistemas preconizados por las variadas escuelas existentes; los sostenedores y discípulos de cada una se encerraban en fortalezas construídas sin la sólida base que hoy nos ofrece la experimentación, y, sin embargo, en ese flujo y reflujo, entre esas violentas y opuestas tendencias, empezaron a delinearse las siluetas del verdadero organismo de la ciencia de Hipócrates; el célebre aforismo de nuestro Luz Caballero: ''Todos los sistemas y ningún sistema; ese es el sistema'', se hizo visible como veréis más adelante. El eminente clínico Peter nos auxiliará abriéndonos el camino: Dos hombres dotados del genio de la observación, así los calificaba, descubrieron cada uno por su lado las lesiones; pero Rokintansky, el hombre de la naturaleza muerta, se dió por satisfecho con conocer el cadáver de la enfermedad, no vió al enfermo; Cruveilhier, por el contrario, el hombre de la naturaleza viva y paciente, vió al enfermo, partió del síntoma en busca de la lesión; y, agrego yo, fueron ambos grandes hombres víctimas del mismo error, aunque en campo muy distinto, en que han caído otros colosos de la ciencia, Mechtnikoff, quien fué un preclaro biólogo, insigne hombre de laboratorio y dotado de indiscutible mérito, pero que no era médico.

Esas tendencias, como otras muchas que por no cansaros omito su exposición, no eran sin embargo las llamadas a trazar programas ni solidez a las investigaciones y estudios patológi-

cos; pero unidas a otro factor, ya robusto y simbolizado en la figura de Bichat, contribuyeron, por el cultivo de la histología y anatomía normales y patológicas a formar la escala regia para llegar al pórtico de la nueva ciencia formada por Claudio Bernard en sus trabajos de Fisiología, llamada también introducción a la medicina experimental, verdadero sostén de la Medicina, puesto que ella igualmente, y sobre toda consideración, es una ciencia esencialmente biológica. Por otra parte, la Anatomía, ya perfeccionada en sus aplicaciones por Malgaigne y Petrequín, vigorizada y ampliada en sus aplicaciones por la mano de Velpeau, fijó la primera faz de la especialización, otorgándole, no obstante, un exagerado individualismo que aún persiste y que Menocal supo apreciar, alumbrando el porvenir, en la forma que hemos de ver más adelante.

Conocíanse en tales tiempos los procedimientos operatorios guiados por la anatomía topográfica y el llamado diagnóstico eliminatorio; la anestesia y el perfeccionamiento de instrumentos y aparatos, permitieron que la cirugía abandonara el lento paso en que avanzaba, para constituir rápidamente una gran rama de la medicina a la cual se entregó Menocal, de cuerpo entero, con los entusiasmos provocados cuando se ha concebido una forma de arte, una fórmula científica que viene a despejar y solucionar problemas seculares, una noción que representa el ideal y que incuestionablemente fué el que dió fuerza y forma al "Espíritu quirúrgico de la época", como lo calificara el eminente profesor Varela Zequeira, en momentos de grata recordación, refiriéndose al cirujano que inspira nuestras palabras.

En 1881, tres años después de terminar sus estudios, en contacto con el roce ingrato con el público, le vemos entrar de lleno, con sus peculiares clarividencia, perseverancia y sangre fría, en la nueva era que al esplendor de las adquisiciones ofrecidas por el benemérito de la humanidad, Pasteur, cambió total y definitivamente todo el edificio científico, y cuya inmediata aplicación por Lister fué acogida por Menocal en su tesis para el Doctorado en Medicina ante nuestra Universidad, bajo el título de *Teoría sobre la patogenia de la infección purulenta, y verdadera utilidad práctica de las llamadas curas antisépticas.*

No es posible mencionar esa época sin dedicar algunos ins-

tantes al desenvolvimiento médico cubano llevado a cabo en tan memorables días: Nicolás Gutiérrez, modificando la enseñanza universitaria en todos sus órdenes, y muy especialmente en el sentido quirúrgico; González del Valle, preconizando las prácticas de la patología externa; Rosainz, mostrando su amor a las intervenciones; Federico Gálvez con su talento superior, y tantos otros cuyos recuerdos han evocado, reclamando para ellos la gratitud de los cubanos, Enrique Núñez y Jorge Le Roy, sembraron y prepararon el futuro en una labor perfectamente concebida, llevándola a su evolución progresiva; y ''como el trabajo silencioso y no interrumpido de miriadas de generaciones de pólipos corolarios formó en las vastas soledades del Océano Pacífico el asiento de las Islas Corales, así también la constante labor mental de ellos, por la agregación de conocimientos, trabajando constantemente para conseguir el progreso de los diversos ramos del saber, formó nuestro mundo científico; mas, para que ese adelantamiento no se interrumpa, para que el esfuerzo hecho con tan laudable objeto no se olvide o dé resultados negativos, se necesita establecer comunicaciones directas, eslabones fuertes que unan, al través de los tiempos y de los cambios de medio, el trabajo de ayer con el de hoy y éste con el de mañana''; y para cumplir tan honrosa misión, por medio de la práctica, de la cátedra, de los centros científicos y publicaciones de la misma clase, surgió un grupo de tres cirujanos: Menocal, Plasencia y Casuso, que en unión de otro gran clínico—Cabrera Saavedra—iniciaron en Cuba las reglas de la antisepsia y anunciaban como la buena nueva los beneficios que mucho más tarde, y en su último discurso en esta Academia, ofreció como comprobación de aquellas ideas el académico Menocal, bajo el título de *Contribución de la Cirugía a los progresos de la Medicina,* y leído en la sesión solemne del 19 de mayo del año próximo pasado.

Entre uno y otro trabajo, presentados, como habéis visto, a nuestros dos centros más elevados de cultura—la Universidad y esta Academia—, y que marcan el principio y el fin de su bibliografía, su personalidad de cirujano se mantuvo con la misma solidez, con el mismo relieve ya bien destacado en 1891, cuando con motivo de su ingreso como Académico, y en contes-

tación a su discurso titulado *Contribución al tratamiento abreviado de las fracturas,* el doctor Ignacio Plasencia, su compañero en lides científicas, se expresaba en estos términos:

> Se ha aquilatado su sabiduría y el profundo espíritu de observación que le distingue en todos sus actos, y que tan joven como es, puesto que nació en el año de 1856, llena ya con sus hechos como cirujano una página brillante en la historia de la Ciurugía en la Isla de Cuba.

Si a tal grado habíase elevado Menocal en aquellos días, sin haber alcanzado las seis mil intervenciones graves que su estadística sumaba cuando nos abandonó, fácil, muy fácilmente, se comprenderá la seguridad en sus juicios diagnósticos, en la indicación terapéutica en sus variadas aplicaciones, y la decisión para dar a conocer con su habitual parquedad, con sus frases breves, concretas y elocuentes, el resultado de su observación, tan bien utilizada, para describir su carácter, por el doctor Grande Rossi en su reciente artículo *El viejo maestro desaparecido.*

Realmente es admirable la cohesión que se observa en todos sus trabajos, manteniendo una línea recta a la cual hacía converger todos sus vastos conocimientos, todas las adquisiciones nuevas utilizables en el cultivo de la cirugía, en su enseñanza, en su engrandecimiento, abordando con iguales éxitos los problemas de la ginecología, como los del aparato génito-urinario; los de la cirugía abdominal como los de las vías respiratorias, y sin descuidar jamás aquellas prácticas del gran Trousseau, quien al inmortalizar los procedimientos estrictamente clínicos, por su sagacidad y sabiduría, quiso al propio tiempo prever el porvenir diciendo que la facilidad y el encanto del estudio del hospital pudieran convertirse en peligro, o en el sentido de ofrecer una seducción demasiado grande por hacerla exclusiva y alejando estudios tan serios y necesarios como ella. Eran los esbozos del actual entrecruzamiento de la Clínica y del Laboratorio, para alcanzar el fin apetecido. Entre sus trabajos publicados, que comprueban esa manera de juzgar tan importante asunto, pudiera referirme al que en colaboración con el doctor Leonel Plasencia hizo sobre *Trombo-flebitis del cordón espermático en los países cálidos,* así como al que escribió en francés, titulado *Contribuciones al estudio de la funiculitis linfo-tóxica de los países cálidos;* en ambos se ve la perfecta orientación ha-

cia el diagnóstico utilizando esas ideas, y que su condición de médico, en la más completa acepción de la palabra, sabía emplear, ya que por unidades, o asociadas, son elementos primordiales para el médico, puesto que el reconocimiento y acción simultáneos, paralelos y recíprocos en toda manifestación biológica cuyo estudio perseguimos, alumbra la vía ascendente hacia la meta representada por el diagnóstico, fuente de las mayores satisfacciones ofrecidas al médico, y que Menocal obtenía por esa metódica y disciplinada labor que entre sus innumerables casos nos hace fijar en uno de epilepsia refleja por una neuritis del ciático, publicado por la *Revista de Ciencias Médicas* en su instructiva sección dedicada a recoger observaciones clínicas en ese hospital Mercedes, tan pródigo y tan querido por todos los que contamos en nuestra historia el paso por sus limpias salas.

No se amolda a las necesidades del momento la presentación de una relación detallada de los trabajos publicados por Menocal, comprobadores de su ciencia, laboriosidad y entusiasmo, y en cuyas páginas sobresale siempre el cirujano; pero no puedo sustraerme, sino, por el contrario, hacer especial mención de ella, al deseo de citar una obra que alcanzó dos ediciones con el título de *Manual de enfermedades de la piel y sífilis.* En esta obra se destaca su figura de profesor, a que he de referirme más adelante. De su prólogo, sencillo como hijo legítimo de su autor, copio estas palabras:

Este *Manual* ha sido publicado sin pretensiones de ninguna clase.

¡Cuánta modestia! ¡Y qué facilidad se ve en sus páginas para la determinación del diagnóstico! ¡Qué forma más apropiada empleó para llevar al discípulo, sin grandes sacudidas, a la investigación y metódica observación del enfermo, y qué hermosa coordinación entre todos sus conocimientos para llegar a obtener la identificación de la personalidad por la especialización enciclopédica, si se me permite la clasificación, al demostrar la necesidad en que se halla el especialista de ser, ante todo, médico capaz de utilizar el valiosísimo concurso de todas las ciencias que en un solo cuerpo cubren a la Medicina, por Menocal comenzada a cultivar muy desde el principio. A este

extremo me referí al ocuparme en su origen científico, y ese libro es una condensación para sus discípulos del momento y sus compañeros del mañana.

Cualquiera de sus lecciones, la de la anatomía de la piel, con su histología y evolución; la dedicada a la elefantiasis, con sus interesantes problemas; aquella inspirada en el amenazante epitelioma; su exposición sobre las afecciones parasitarias; la avariosis, en fin, son pruebas inequívocas de la autoridad en él reconocida por los médicos cubanos en esa escabrosa especialidad, y medio, además, de revelarse como un verdadero profesor.

Profesor he dicho, sí; tenía el corte de los grandes maestros: enamorado de su ciencia, conocedor de sus encantos y sin ninguna clase de egoísmos, se sentía feliz en todos los momentos que se le presentaban para transmitir a los demás, fueran o no alumnos, sus conocimientos, las impresiones nuevas que recibía en su permanente lectura de libros y revistas profesionales y los juicios o descubrimientos que su diaria labor le proporcionaba. ¿Cuándo se inició esa brillantísima fase de su fecunda vida? Pues apenas de vuelta en Cuba, en 1878, al ser nombrado cirujano del hospital Nuestra Señora de las Mercedes; allí, como ocurre siempre con el mérito verdadero, muy pronto se fueron conociendo sus especialísimas aptitudes; su opinión se solicitaba frecuentemente en los problemas más difíciles; y entonces, como en los últimos días de su vida, los jóvenes asiduos al Hospital acudían a él en cada momento de duda, en busca de determinaciones que pudieran revestir grandes responsabilidades, que él nunca eludía, y movidos no por la bastarda intención de hacerle fracasar, sino por el entusiasmo de presenciar el triunfo del Maestro llamado a decir la última palabra, y, si no había quien realizara la intervención, llevarla a cabo él con la impavidez, serenidad y sangre fría que le eran peculiares.

No obstante ello, la enseñanza universitaria no contó con tan preclaro profesor hasta después de haber terminado la evacuación española en 1899, año en que fué nombrado catedrático de Clínica-Quirúrgica, agregándosele la enseñanza de la materia que inspira el libro citado anteriormente. Tanto amaba esa cátedra, que en los momentos de ocupar el alto cargo de

Secretario de Sanidad y Beneficencia, y al ser interrogado respecto a ella, le arrancó esta exclamación: "¿Abandonar la cátedra?: Jamás." Se consagró así, de modo perdurable, su calidad de verdadero maestro.

No fué el conferencista de párrafos extensos al exponer su concepto acerca del tema escogido, no; era el maestro, que a la cabecera del enfermo explicaba y hacía trabajar al alumno obligándole a aprovechar cuantos elementos le fueran útiles, entre los cuales figura como precioso legado el Museo de Enfermedades de la Piel, por él formado con la cooperación de sus alumnos, y que se encuentra en el hospital Mercedes. En tal empeño pudo aportar también sus condiciones de investigador al auxilio del microscopio para precisar las lesiones anátomo-patológicas, y depurar, afinándolos, algunos trabajos de laboratorio; demostrando también su preparación en tan bella observación como sus célebres trabajos sobre las Micosis, en las cuales llegó a diagnosticar numerosas especies nuevas que, al ofrecerlas a sus alumnos y a la ciencia, proclamaban la importancia fundamental de la medicina experimental, que reconoce como centro de su espléndido desenvolvimiento el Laboratorio.

En relación con tales estudios, en momentos imborrables para mí y en ocasión de entregarle un trabajo que mi padre no pudo terminar por habérselo impedido su desaparición de este mundo, me dijo con síntesis admirable: "Torralbas: cultive las Ciencias Naturales, cultive la Biología." No es posible extenderme en las consideraciones que en mí se despertaron, y que seguramente no han de escapar a vuestra cultura y refinamiento, habida cuenta de la inconmensurable perspectiva abierta hoy a los conocimientos médicos al estudiar el papel que los insectos y otros elementos de la vida organizada representan en la transmisión de las enfermedades, en su diagnóstico y profilaxia, y comprobantes de ese enciclopedismo de que ya he hecho mención, y que revelan en Menocal esa permanencia, jamás desviada, de un sentimiento sin altas ni bajas, sin crisis de aumento o disminución (el arcoiris nunca rompe su perfecto ajuste matemático), e inspirador en todos los momentos de su ideal, personificado en la ciencia de sus amores al servicio del engrandecimiento patrio.

La sociedad, tal como nos la muestra Emerson, es una ilusión para el joven ciudadano; se le presenta en rígido reposo, con cosas, hombres e instituciones unidas en sus raíces como robusta encina bajo cuya sombra se cobijan todos y cada uno de la manera más apropiada a sus necesidades; pero el hombre de estado, formado con los elementos que le son propios y con el estudio, sabe de su naturaleza flúida, en uno de cuyos puntos radica el centro integrado por una fuerte y firme voluntad que aplica los diversos conocimientos a la consolidación del conjunto, al perfeccionamiento de la colectividad de que forma parte por su origen y desarrollo, y tendientes a destruir la errónea y generalizada creencia de que las leyes hacen las naciones, en lugar de darse cuenta de que ellas son hijas de las ideas dominantes y extendidas por aquellos de sus hijos que analizando las condiciones del medio, las prácticas cívicas de sus conciudadanos cuya ejemplaridad en tales órdenes, cuyas manifestaciones al guardar severa consecuencia a los principios, son siempre modelos a seguir en la labor, a que todos nos debemos, de ser útiles a los demás, y que fué, unida al sentimiento de la equidad y de la justicia, la norma seguida por Menocal en todos los cargos públicos que ocupó.

Terminada la dominación española en Cuba, procedióse a la organización de los Ayuntamientos, donde descansan las nacionalidades inspiradas en los principios que rigen a la nuestra; constituyóse el primer Concejo Municipal habanero por muy prestigiosos elementos de nuestra sociedad, y allí ocupó su sitio Raimundo Menocal haciéndose cargo de los Servicios Sanitarios Municipales; su presencia allí fué suficiente a renovar, casi creándolas de nuevo, las Casas de Socorros, aquellos centros que por la incuria oficial eran focos sépticos con todas sus terribles consecuencias; se las dotó de materiales suficientes y fueron sometidas a las prescripciones de la ciencia contemporánea. Fué también entonces cuando Menocal lanzó la idea, para llevarla a la práctica, de utilizar el concurso de la mujer cubana, siempre estoica y amante de las buenas causas, en un campo propio a su condición y manera de ser utilizable como medio de subsistencia: el Cuerpo de Enfermeras, bien conocido de todos

por los bellos servicios que presta desde que empezó a desenvolverse.

En fecha ya muy próxima, por desgracia, al día en que había de separarse de nosotros, fué designado para ocupar la importante Secretaría de Sanidad y Beneficencia en sustitución de aquel espíritu fuerte y patriótico, científico y emprendedor, que encarnaba en Enrique Núñez; razones bien conocidas (fuí objeto de sus generosas distinciones) me imposibilitan para señalar aquí su actuación. Solamente puedo repetir las palabras que por mi buena fortuna tuve el honor de oir de labios de nuestro gran Varona, dirigidas a Raimundo Menocal con motivo de esa designación en la cual tenía que emplear sus dos aspectos científico y patriótico: Doctor—le dijo el ilustre pensador—; por su patriotismo, es usted una garantía en ese puesto.

Señoras y señores: este acto, que por no molestaros más debe acercarse a su término, y que la Academia ha querido celebrar en sesión solemne, debía responder, según entiendo no sé si erróneamente, a rendir homenaje al Académico esclarecido que honró a la Ciencia y a Cuba, provocando una reunión en que por comunidad de sentimiento, por el deber de consagrar un recuerdo a los que nos abandonan, por las exigencias presentes reclamando la exposición de hechos que nos eleven, y por el humano egoísmo de consolarnos mutuamente de nuestras desdichas, sin demandar la crítica y enumeración prolija encomendada a los que con más tiempo disponible, y de acuerdo con las exigencias de la Historia, ofrezcan en forma de libro todas y cada una de las manifestaciones en vida del ciudadano íntegro, del padre amante, del patriota inviolable, del insigne cirujano, del médico completo, del investigador paciente, del maestro esclarecido, del amigo leal, del hombre público que se llamó Raimundo Menocal y Menocal. Si mi capacidad ha sido insuficiente para lograr tal fin, si mi pensamiento ha estado pobre en su exposición, dejando sólo que mi palabra se posara ligera y sin perfume en el bello jardín plantado en la vida de Menocal, encontrará como recompensa la generosa atención que me habéis dispensado permitiéndome asociar mis débiles ideas con las superiores vuestras, y que siquiera sea en carácter de molécula me proporciona la satisfacción de verme incluído en aque-

lla grandeza descrita por el ilustre francés diciéndonos: No hay nada que nos haga más grandes que un gran dolor. Dolor de que participó la Nación Cubana al conocer que el día 1º de agosto del corriente año expiró Raimundo Menocal; dolor demostrado en todos los elementos de la sociedad, y dolor que también tuvo un instante de suspensión cuando ya en la última morada, terminándose los honores debidos a su posición en el Ejecutivo Nacional, y cuando la madre tierra abrió sus brazos para recibir el cuerpo de su ilustre hijo, el cañón rugió participando de la tristeza de la enseña cubana que envolvía el cadáver, cesaron las descargas, y el clarín militar, con su imponente acento, dejó escapar sus notas hasta perderse en el azul purísimo de nuestro cielo que pudo responder: "Sí, silencio; no interrumpáis: el Maestro habla con la Posteridad."

UN SOLDADO DE FRANCIA (*)

> De un artista francés, joven soldado
> muerto en el campo del honor sangriento,
> queda así para siempre embalsamado
> en su póstuma carta el sentimiento.
> Pintar no pudo el cuadro que soñaba
> y perdió de su genio la corona,
> mas le ganó la fe que le inspiraba
> la palma del martirio en el Argona.

Tienes, madre, razón: para la vía
tan larga y dolorosa en que marchamos,
más aún que paciencia y bizarría
la sublime virtud necesitamos
de nuestra Juana de Arco... Fe serena
en el Intento Creador y Activo
que nos depura en un crisol de pena
para darnos el Bien definitivo.

*

¡Si vieras lo que sufren los soldados!...
La lluvia por tres días fué incesante,
y dormir en los fosos inundados
es suplicio mayor que los del Dante.
Hollé de noche entrañas; en reciente
asalto, al avanzar, una granada
mató a mi lado a un hombre y de caliente
sangre sentí la cara salpicada...
Mas pasamos los días sin curarnos
de tanto horror, chanceamos y reímos;
dénos la suerte lo que quiera darnos,
quien la dirige es Dios, y Le servimos.

(*) Se refiere al autor, desaparecido, de *Lettres d'un Soldat*, Chapelot, Paris.

Así, tenlo por cierto, la esperanza
no perdemos jamás en la trinchera,
con las pruebas más duras más se afianza,
y ya empieza a lucir la primavera:
los muertos no la dañan, los rencores
humanos no la inmutan; sonriente
esparce por doquier sus nuevas flores
y con sus auras roza nuestra frente.
Ayer vimos la gloria en que moría
el sol que hoy renació... ¿No es la Belleza
un eterno consuelo, madre mía?...
Y tampoco es cruel Naturaleza;
parece que ella dice a quien la escucha:
Los sacrificios no serán perdidos,
los golpes y destrozos de la lucha
serán de bendiciones resarcidos.

*

Nunca he sentido más profundamente
que estoy ligado al mundo como ahora;
nunca más cosas comprendió mi mente...
la guerra es, madre, una eficaz tutora.
Y en el sentir domina el sufrimiento,
ramillete que ató crespón de luto;
ya sé lo que es la vida: el instrumento
que abre el paso del alma a lo Absoluto.
No soy más que un soldado aunque podría
pintando indemne dar a luz la obra
que forjándose está en mi fantasía...
La seña del deber me basta y sobra;
salvar la vida, aun por el arte, fuera
indigno cuando el territorio santo
de la patria violó hueste extranjera;
no vale el gesto de un esclavo tanto.
En Francia es grande porque es libre el arte
y al propio tiempo fiel: su intensa traza
es siempre una emoción de nuestra parte,
un rasgo del impulso de la raza...

. . . . .

¡Dichosos los que puedan el exulto
canto oír de la paz!... ¡y aún más dichosos
los que pueden oírlo en el tumulto,
al fragor de cañones rencorosos!...

*

Dióse la orden de atacar y ansío
decirte, madre, lo que al punto siento.
Reina dulce quietud en torno mío,
rayando el alba está, dormido el viento
y el bosque es un poema en claroscuro...
Nada recuerdo que me aflija, a nada
temo ni mal deseo... Te aseguro
que tengo el alma como al cielo alzada.
—Privilegio es, quizás, de la presente
generación sufrir para que avance
la especie... Entonces, del honor consciente,
a la altura se ha puesto de su trance.—
La acción ya comenzó... muchos caemos...
mas, aunque enorme, Thánatos no impera:
sólo destruye el vaso que exponemos,
no el perfume... ¡Será lo que Dios quiera!...
Una palabra más de despedida
que no ha de ser final de ningún modo:
gocé cuanto hay de hermoso en esta vida
y doy sincero a Dios gracias por todo.

G. ZÉNDEGUI.

Londres: agosto, 1917.

Desde Londres, su habitual residencia desde hace muchos años, nos envía esta bella composición poética el notable literato cubano Gabriel Zéndegui, Primer Secretario que fué de la Legación de Cuba en Inglaterra. Colaborador de nuestros principales periódicos y revistas, así como de importantes publicaciones del extranjero, el nombre literario del señor Zéndegui es altamente apreciado. En 1913 publicó en Londres un notable libro titulado *Versos*, del que hizo una corta edición no puesta a la venta. Le agradecemos mucho esta colaboración con que distingue a CUBA CONTEMPORÁNEA.

UN ESCRITOR ESPAÑOL CONTRA LOS AMERICANOS



L señor Pío Baroja, escritor español a quien las letras castellanas deben unas cuantas novelas comunes y algún drama sin valor, dió a la circulación en Madrid, el día 12 de octubre de este año, un nuevo libro: *Juventud, egolatría,* en el cual hay párrafos de diatriba para la América y los americanos. Muchos buenos escritores de nuestro Continente se han producido en frases de enérgica protesta contra el señor Baroja, y aun contra España, ligando en su repulsa del brutal desafuero a nobles intelectos de la Península y a España con el descomedido agresor. La cosa no es para tanto: el señor Baroja trajina por los sesenta años, y, cansado de esperar que la fama corone la carrera de su vida, ha resuelto echarse por el atajo del escándalo para lograr así lo que desespera ver realizado con otros medios. La obra literaria del señor Baroja es de aquellas que por su insignificancia, va muriendo al par del nacimiento. Ninguna de sus novelas ni ninguno de sus dramas perdurará, ni servirá de modelo a nadie, por infeliz escritor que sea. Pacíficamente, pues, estaba destinado el señor Baroja a irse del mundo, llegado el término y falla de sus días, con el molesto equipaje de sus libros: en previsión de tan *trágico* desenlace para "las doradas ilusiones de la edad primera", habrá querido el señor Baroja dejarse atrás siquiera uno de tan endebles y desmirriados hijos, sujetándolo con los garfios del escándalo... Lejos de atacarle, al señor Baroja debemos compadecerle de todas veras.

Por otra parte, ¿qué es lo que ha dicho para que produzcan tanto escozor sus palabras? Que los americanos no somos hom-

bres, que no hacemos sino imitar como los monos, que nada bueno hemos escrito, que él nos odia con toda su alma... etc. Eso no vale la pena de una calentada. Todo lo más que puede producir es risa, de esa risa sabrosa que se riega por la cara y sale de lo más hondo de las entrañas, cuando se goza de la vida, cuando todavía el mundo nos halaga con ensueños y esperanzas, cuando no hemos acabado por odiarlo todo y a todos, como parece ser el caso del señor Baroja.

¿Que no somos hombres? Pero, entonces, ¡qué vamos a ser, señor! Descendemos de españoles, mal que a Baroja y a muchos renegados de nuestra América (que los tenemos) les pese; y los españoles de los siglos diez y seis a diez y nueve eran hombres como los demás del globo terráqueo, y como parece que siguen siendo los de este siglo veinte tan lleno de sorpresas y sobresaltos. El abolengo indio y africano es poco en relación a la gran masa humana de americanos. Nuestros abuelos destruyeron la raza autóctona al apoderarse del Continente, parte por circunstancias inherentes a la lucha que les fué preciso sostener con los nativos al despojarlos de sus tierras y bienes, parte porque los individuos inferiores desaparecen en presencia de los que orgánicamente les son superiores; de modo que de la población indígena poco quedó sobre el suelo del Nuevo Mundo, y las importaciones de africanos, esclavizados en las costas del Congo y Cafrería, no montaron a una cantidad tan crecida que puedan disputarles los hombres de color a los españoles la gloria de haber repoblado la América hispana.

Para no ser hombres los americanos, sería menester, pues, que tampoco lo hubieran sido los conquistadores españoles y los colonizadores que en pos de ellos llegaron a estas comarcas. Y, ¿quién le disputaría la condición humana a Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Gonzalo Jiménez de Quesada, Valdivia, Balboa, Almagro, Ponce de León, Heredia, Belalcázar?... ¿Podremos restarles grandeza humana a tan magnos varones como fueron los virreyes y presidentes de Nueva España, Santa Fe, Lima, Habana, Chile y el Río de la Plata? ¿Cómo decir que no fueron hombres D. Antonio de Mendoza, D. Luis de Velasco, D. Pedro de la Gasca, D. Andrés Díaz Venero de Leiva, D. Antonio González, D. Andrés Hurtado de Mendoza, D. Diego Fer-

nández de Córdoba, el Príncipe de Esquilache, el Conde de Revillagigedo, D. José Manso, D. José Solís Folch de Cardona, D. Antonio Caballero y Góngora, D. Pedro Mendinueta y Muzquiz, D. Miguel Tacón, el Marqués de la Concordia, y tantos otros que dejaron en la Historia y en el Continente tan profunda huella de su personalidad, tan manifiestos rastros de sus capacidades de gobernantes y de estadistas?

¿Que el americano no ha pasado de ser un mono que imita? Ya sabemos cómo no somos monos, porque no lo ha sido de tales el tronco o raíz de nuestro abolengo racial e intelectual; y en cuanto a lo de la imitación, media humanidad imita a la otra media, que a su turno fué imitadora de la que le precedió en el orden cronológico. Los *hombres originales* han sido tan pocos, tan singulares en relación con la pluralidad humana, que esta portentosa acusación de imitadores que hace el señor Baroja a los americanos es aun menos significativa que la anterior. Y, bien miradas las cosas, la ciencia no es sino imitación de lo que otros hicieron antes; el arte, de las formas o fórmulas ya empleadas, y los conocimientos humanos en general, de cuanto el estudio y la observación nos muestran; y nada de cuanto bueno se descubra podría conservarse sino por la imitación. Hasta los mismos grandes descubrimientos, aquellos que han revolucionado el mundo y cambiado las civilizaciones, son obra de la imitación: el progreso material quedaría estancado el día que faltase la imitación; la sabiduría humana desaparecería si no hubiera imitadores.

¿Habrá querido decir el señor Baroja que los americanos somos malos imitadores? En primer lugar, si eso quiso, ha debido decirlo; en segundo, las magníficas ciudades americanas, la solidez de las instituciones de que gozan muchas de las naciones de este Continente, la gran riqueza que acumulan nuestros pueblos, la obra de nuestros pensadores, escritores y artistas, y la ciencia que se acopia cada día en la tierra de Colón, pregonan la bondad de nuestras facultades imitativas. Malos imitadores que fuéramos, y ya estaríamos necesitando de una segunda conquista; lo que sería menos bochornoso para nosotros que para los que son, y de ello se glorían, tronco y raíz de nuestra raza.

¡Con cuánta frecuencia se arroja, como un insulto, a la faz de los hombres la tacha de imitadores! Y, sin embargo, ¡cuánta falta hace saber imitar! Por no practicar bien esta cosa, mucho mal escritor suelta a la calle toscas y dañadas imágenes de los buenos modelos que no supieron imitar, y lo que hubiera podido ser pasable copia queda reducido a la triste condición de monstruosa parodia!

¿Que los americanos no hemos escrito nada que valga la pena; que el *Facundo* es pesado, vulgar, sin interés; que los libros de Ingenieros, Ugarte, Rojas y Contreras son una oleada de vulgaridad, de esnobismo (en castellano, novelería), de chabacanería, etc? Señor, todo en América no ha de salir a la altura de *Los siete tratados, Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes,* la *María,* las *Afecciones espirituales,* los poemas de Sor Juana Inés de la Cruz, las poesías de La Avellaneda y de Heredia, y ese mismo *Facundo,* genial y hermosísimo, que el señor Baroja no ha querido o no ha podido comprender. Como dice un antiguo proverbio, *de todo hay en la viña del Señor:* tal en América. Junto a los Sarmiento, los Bello, los Caro, los Cecilio Acosta, los Martí, los Arboleda, los Isaac, los Montalvo, los Heredia, los Gutiérrez Nájera, los De la Luz y Caballero, los Varona, los Henríquez, los Quesada, los Rufino J. Cuervo, los Ameghino, los Baralt, crecen, viven y escriben mediocridades destinadas a sucumbir en el olvido y el desdén. ¿Acaso en España, al lado de nombres tan justamente famosos (citaremos sólo contemporáneos, porque la vida secular de nuestra madre patria nos obligaría a hacer lista demasiado larga para tomar en los tiempos nombres famosos al acaso), tan famosos, insistimos, como los de Menéndez y Pelayo, Galdós, Echegaray, Benavente, Bonilla y San Martín, Cejador, Valle-Inclán, Jacinto Octavio Picón, Pardo Bazán, Coloma, Fita, etc., no crecen, viven y escriben mediocridades infatuadas a favor de las facilidades editoriales que allá hallan, de la desvergüenza del estilo y del pensamiento, y... hasta del dinero que se gastan en pagar gacetilleros hambreados y periodistas benévolos? ¿Y qué tienen de común estos anónimos con aquellos verdaderos hombres de mérito, para que el desfavorable juicio que merecen los segundos lo hagamos extensivo a los primeros? Si desde América

nos pusiéramos a juzgar la intelectualidad española por la oleada de obras escandalosamente indecentes, enojosamente insulsas, incorrectas miradas a la luz del idioma y hasta del sentido común, faltas de todo interés y originalidad, desmañadas y torpes, que de España nos llegan, poco bueno podríamos decir de ella; pero tal criterio simplista revelaría incapacidad o pasión en el juzgador, y por consiguiente no representaría valor alguno como juicio ni como fallo. Los hombres ilustrados de todo el mundo podrían reirse de quien semejante cosa hiciese. Lo que nosotros podemos del señor Baroja.

El valor de la literatura americana no es ya materia disputable: sobre ella ha caído, pleno de justicia y de encomio, el valioso, indiscutible y tal vez nunca sobrepasado fallo del gran crítico contemporáneo, del insigne D. Marcelino Menéndez y Pelayo. ¿Por qué, pues, ha de inquietarnos una apreciación caprichosa y sin basamento, fruto de tan mediocre escritor y tan nulo crítico como el señor Pío Baroja? ¿Pueden, acaso, no ésa, sino centenares de millares de apreciaciones de otros tantos Barojas, desvirtuar lo que acrisoló el fuego del vastísimo talento de Menéndez y Pelayo? Las embestidas del señor Baroja contra la intelectualidad americana, se nos antojan lanzadas, no ya de D. Quijote, sino de su vulgar y ridículo escudero contra la inconmovible firmeza de las pirámides egipcias. En vez de insultarle debemos compadecerle, ayudarle a soportar el doloroso peso del fracaso de su vida, consolarle y fortalecerle, que esa es obra de piedad y cristianismo.

Gabriel Porras Troconis.

Cartagena de Indias, dic. 1917.

NOTAS EDITORIALES

"EL CUBANO LIBRE" Y EL LIBRO "PENSANDO EN CUBA"

En su número del 8 de marzo último empezó *El Cubano Libre,* de Santiago de Cuba, a reproducir en su folletín algunos capítulos del libro de nuestro malogrado compañero el Dr. José Sixto de Sola, *Pensando en Cuba.* Hasta hace pocos días estuvo ese diario cubano divulgando aún más en sus patrióticas columnas las nobles concepciones y saludables prédicas de aquel excelente y cubanísimo joven que con nosotros fundó CUBA CONTEMPORÁNEA; y esta revista agradece profundamente al estimado colega oriental no sólo su alto pensamiento de contribuir por tal manera a la mayor difusión de algunas partes de la obra del desaparecido camarada, sino las palabras generosas y cordiales con que supo anunciar a sus lectores el empeño que acometía. Efectivamente, cumplió "un deber de edificante patriotismo y de alta cultura cívica e intelectual", que ojalá tuviera imitadores en otros diarios que estragan cotidianamente el gusto público reproduciendo engendros cuya lectura nada bueno ni sano puede ofrecer a un pueblo como el nuestro, necesitado de guías y no de seguidores de *"su gusto".*

Además, agradecemos al culto colega oriental este nuevo homenaje rendido a la memoria de José Sixto de Sola.

PALABRAS DE ALIENTO

El diario *La Montaña,* que dirige en Manzanillo un periodista y pedagogo distinguidísimo, el Sr. Francisco Rodríguez Mojena, ha honrado señaladamente a Cuba Contemporánea al dedicarle su editorial del 11 de marzo último. La pluma vigorosa e hidalga del Director de ese diario, bien probada en numerosos empeños de ferviente cubanismo, tiene para nuestra publicación enaltecedores conceptos que nos mueven a darle aquí las más rendidas gracias, y a reproducirlos no sólo como testimonio de gratitud, sino para que todos puedan ver cómo juzga a Cuba Contemporánea un valioso periodista liberal, sin prejuicios, que no se hace eco de hablillas impropias del valor cívico que los hombres deben tener en todo instante cuando se trata de aquilatar la vida pública de quienes proceden siempre por impulso propio y aceptan la plena responsabilidad de sus actos, rechazando también, dignamente y cuando se pretende de modo franco hacerles partícipes de ajenas culpas, infundados cargos hijos de la pasión política o de secreta e inconfesable mezquindad de alma.

En cuanto a las halagüeñas frases que para el Director de esta Revista tiene el del diario *La Montaña,* parecería desagradecimiento suprimirlas: por eso aparecen también en la reproducción que seguidamente hacemos del editorial citado, que lleva por título el de esta publicación: Cuba Contemporánea:

No es la primera vez que mojamos nuestra pluma para hablar de Cuba Contemporánea, la importantísima revista que bajo la dirección de Carlos de Velasco, uno de los jóvenes más valiosos de Cuba, se publica en La Habana. Hoy lo hacemos de nuevo, en la seguridad de que no es esfuerzo perdido cuanto se diga en honor de la publicación aludida. Un mes tras otro, con toda exactitud, llega a nuestras manos, y siempre, al hojearla, experimentamos el mismo deseo, éste que hoy nos mueve a dedicarle nuestros aplausos.

De todas las revistas cubanas, acaso es ésta a que nos referimos la más notable, si bien es muy posible que no sea la más favorecida. Las publicaciones de la índole de Cuba Contemporánea no suelen, entre nosotros, disfrutar del favor público. En primer término, carece de *monos,* y ya esto es algo que la hace desmerecer en la opinión general. Tampoco se dedica a zaherir personalidades, ni a ridiculizar instituciones, ni publica

tonterías más o menos brillantes, ni hace hincapié en insubstanciales vulgaridades. Por las páginas de CUBA CONTEMPORÁNEA desfila el pensamiento de nuestra patria; pero no el que se pierde en frivolidades, sino el que se consagra al propósito de mejorar y dignificar nuestro pueblo. No hay problema nacional que no sea tratado en CUBA CONTEMPORÁNEA, y que no lo sea con patriótica elevación. En sus folios tienen cabida todas las aspiraciones y todos los ideales, con la sola limitación del respeto que se debe a las personas y a las instituciones de nuestro país. Su actual director, Carlos de Velasco, vive encariñado con la tradición revolucionaria y ha hecho de esa revista una tribuna del liberalismo rectamente considerado, que no es más que el ansia constante de evolución, adaptación y mejoramiento. Todos los asuntos pueden ahí ser estudiados, pero desde luego se exige que se les trate desde un punto de vista general y educativo. Lo cual no quita que se dé especial preferencia a los de carácter sociológico y político, a que parece inclinarse su Director, a juzgar por el sumario de cada número y por el meritísimo libro *Aspectos Nacionales*, que, en 1915, dió a la estampa, con unánime aplauso, y para honor de la bibliografía cubana, el Sr. Carlos de Velasco.

La lectura de CUBA CONTEMPORÁNEA provoca un esfuerzo: el de pensar y raciocinar, esfuerzo a que no somos muy propicios los cubanos. De ahí que esta revista no se encuentre verdaderamente difundida en nuestro pueblo, a pesar de su mérito considerable y del eminente servicio que viene prestándole al país, que tiene en ella un paladín sensato y brioso de su cultura y de sus libertades, y un magnífico y gallardo resumen de la intelectualidad cubana, que se pasea con orgullo por todos los dominios del habla de Castilla. Ella dice en todas partes adonde llega, que hay en Cuba otra vida distinta de esa que agota su energía en estériles y a veces perjudiciales contiendas, y en torpes bizantinismos.

LA EMANCIPACION DE LA MUJER

A nuestras mujeres, a las cubanas, recomendamos especialmente la lectura de estos párrafos entresacados de un admirable artículo publicado por una admirable mujer, Aurelia Castillo de González, el mismo día que estalló el victorioso movimiento revolucionario de Baire. Apareció en *El Fígaro* de La Habana, número del 24 de febrero de 1895; y los párrafos que convienen a nuestro propósito de mover el ánimo de los senadores cubanos para que al fin voten la necesaria ley del divorcio, aprobada hace años por la Cámara de Representantes, dicen así:

. . . .

La familia, tal como está constituída en los países católicos, es sin embargo excelente... para seres más perfectos que los que hoy pueblan el mundo. Como ideal, es bella; en la práctica no ha dado buenos resultados.

Muchos hogares han sido paraísos para la esposa; para la madre, altares. Pero, por cada uno de esos ¡cuántos en que el lazo de flores se ha trocado en grillete! ¡Cuántos en que los hijos mismos se han trocado en déspotas!

Y sin llegar a esos extremos, otros males de grande trascendencia socavan los cimientos de las sociedades. La vida especial que se ha creado a la mujer ha anulado en ella, como hemos indicado, lo que ya venía escaso por naturaleza—la energía física, sostén de la independencia de carácter y por ende, de la dignidad—y ha producido en cambio espantosa hiperestesia afectiva. El sentimiento, en su más alto grado, dió a la mujer todas las abnegaciones, hizo de la madre un ser extranatural, y el hombre, reconociéndose incapaz de llegar a alcanzarla en esa cúspide, la veneró como a una santa y la elevó al grado de educadora de sus hijos y en particular de sus hijas. Pero como esa madre sublime estaba colocada en cierto modo fuera de la órbita social, su acción educadora tuvo que ser deficiente por completo, y sólo acertó a transmitir en la mayor parte de los casos sus increíbles preocupaciones, su higiene absurda, su vidrioso sentimentalismo, su horror a la salvadora innovación—que a nadie como a ella interesa—; todo ello regido por una moral enteca, no hija de la convicción, sino aborto de la imposición; moral expuesta a desmoronarse al roce del mundo, como se desmorona un cadáver al contacto del aire libre.

. . . .

Sabido es que el remedio de muchos males surge de ellos mismos, en la cima cercada de abismos donde ya no es posible dar un paso más. Algunas mujeres y—justo es decirlo—algunos hombres a par de ellas, o antes que ellas, comprendieron al fin el inmenso error, durante tantos siglos prolongado, y han puesto manos a la obra de reparación. Ellas reclaman. Ellos les han ido abriendo poco a poco, con más o menos restricciones, las puertas de los ateneos, de los institutos, de las universidades, de los gimnasios, de las oficinas del Estado. Las han admitido en el comercio, en las imprentas, en muchas industrias. Algunos países les han cedido el magisterio—y no hay que encarecer la fuerza de esta palanca—en más de la mitad. Las leyes se han modificado en favor suyo. El divorcio, única puerta de escape en un matrimonio desdichado, se ha establecido en gran número de naciones, gracias a la reforma religiosa.

La causa está ganada en principio. Esto es decir que el problema se ha reducido a una cuestión de tiempo. Que es preciso luchar aún y esperar.

. . . .

Pero luchar ¿contra quién? ¿Contra los hombres? Nunca el hombre ha sido enemigo consciente de la mujer. Siempre se ha considerado su

protector, su amigo, su amante apasionado. Siempre los buenos han sido todo esto; y aunque no han faltado ya casos de hostilidad masculina contra las que se han lanzado las primeras a los campos de la competencia, esto no ha tomado, ni creemos que tome nunca carácter general. La lucha ha de ser contra la colectividad preocupada por la rutina. La mujer tiene que luchar en primer término, y sin duda ninguna en las últimas trincheras, contra la mujer.

La costumbre inveterada y la pereza mental en que han caído, hace que la mayoría de las mujeres estén perfectamente halladas en su condición de pupilas, que tienen quien piense, disponga y ejecute por ellas. Éstas forman legiones. Son grandes masas inertes, pero resistentes. Una sonrisa desdeñosa, un afectado apartamiento a veces, les basta para retrasar el movimiento llamado feminista. Plantadas en la tradición, como ejército de momias, obstruyen—no hay que dudarlo—la vía de porvenir por donde marcha el grupo resuelto de las innovadoras, relativamente muy pequeño. El elemento masculino se divide en la misma proporción. Nobilísimos campeones ayudan al impulso, y viniendo su influjo del lado del poder, digámoslo así, suele ser decisivo. Pero éstos son pocos. Los más se mantienen indiferentes.

ÍNDICE DEL TOMO DECIMOSEXTO

(ENERO-ABRIL, 1918)

POR MATERIAS

POR AUTORES

IMPRENTA DE AURELIO MIRANDA, TENIENTE-REY, 27. HABANA.






UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00041848260